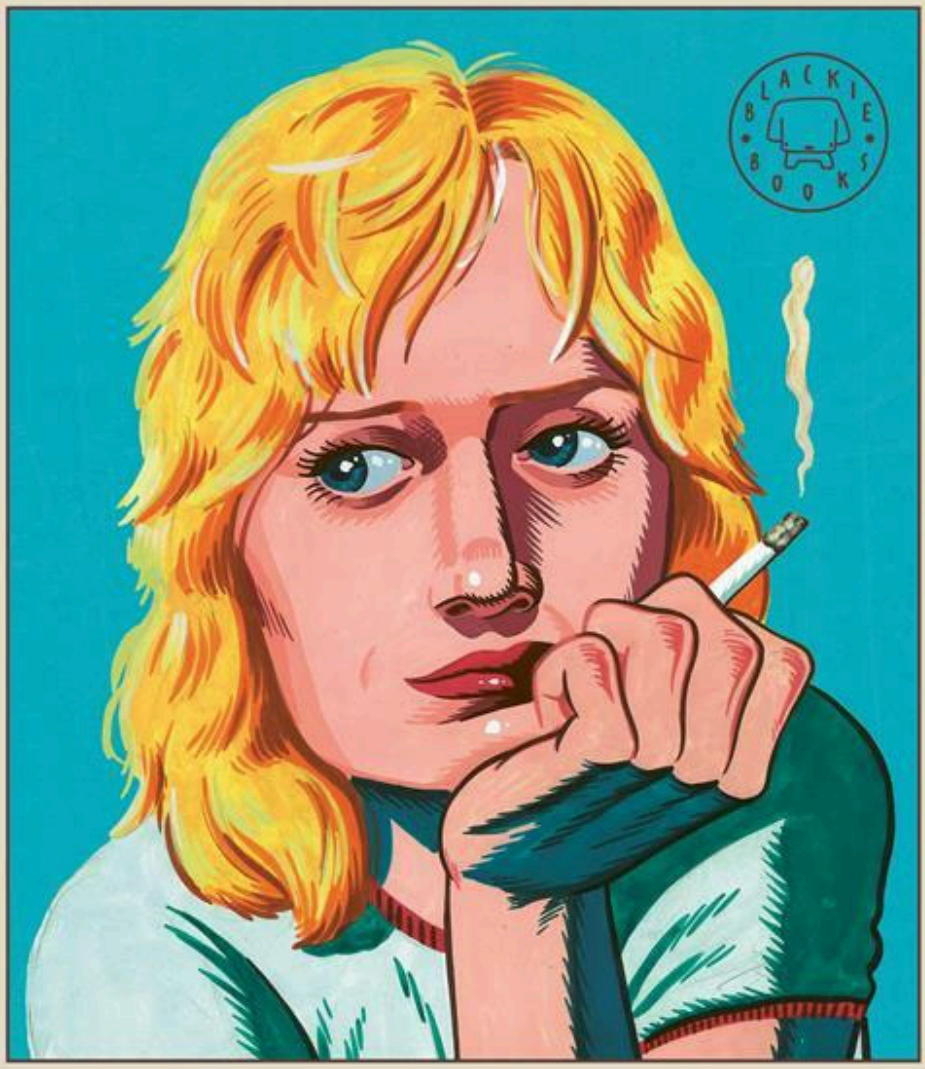


Tabby

NO ERES NINGUNA PERDEDORA

UNA NOVELA DE **Sarah Mian.**

«ME PREGUNTO SI REALMENTE EXISTEN LOS LAZOS DE SANGRE. AUNQUE SIEMPRE HE PENSADO QUE MI FAMILIA NO ES MÁS QUE UNA MANADA DE LOBOS OBLIGADOS A CONVIVIR EN UNA GRAN CHOZA LLENA DE CORRIENTES DE AIRE, DE VEZ EN CUANDO SIENTO COMO SI ALGO TIRASE DE MÍ. IMAGINO QUE HAY UNA LARGA CUERDA QUE NOS MANTIENE UNIDOS, QUE SE ESTIRA Y SE DESHILACHA CON EL PASO DE LOS AÑOS. SUPONGO QUE TENGO MIEDO DE QUE LA CUERDA ESTÉ A PUNTO DE ROMPERSE POR FIN.»



Tabby

NO ERES NINGUNA PERDEDORA

UNA NOVELA DE **Sarah Mian.**

«ME PREGUNTO SI REALMENTE EXISTEN LOS LAZOS DE SANGRE. AUNQUE SIEMPRE HE PENSADO QUE MI FAMILIA NO ES MÁS QUE UNA MANADA DE LOBOS OBLIGADOS A CONVIVIR EN UNA GRAN CHOZA LLENA DE CORRIENTES DE AIRE, DE VEZ EN CUANDO SIENTO COMO SI ALGO TIRASE DE MÍ. IMAGINO QUE HAY UNA LARGA CUERDA QUE NOS MANTIENE UNIDOS, QUE SE ESTIRA Y SE DESHILACHA CON EL PASO DE LOS AÑOS. SUPONGO QUE TENGO MIEDO DE QUE LA CUERDA ESTÉ A PUNTO DE ROMPERSE POR FIN.»



Volver a casa, decía la perrita Blackie, es un deporte de riesgo.
Uno que es mejor jugar en equipo.


BLACKIE
BOOKS

Tabby



Sarah Mian nació y creció en Canadá. Este es su debut en narrativa, ganador de los premios Jim Connors Dartmouth y Margaret and John Savage, y finalista del Stephen Leacock, uno de los premios más prestigiosos dedicados a la literatura humorística. También ha escrito relato breve, poesía y ensayos, y colaborado en programas de radio en la

cbc

. Sarah reside en Nueva Escocia, la misma Nueva Escocia a la que regresa la protagonista de esta brillante novela.

SARAH MIAN

Tabby

No eres ninguna perdedora



Traducción de Julia Viejo

Título original: When the Saints

© Sarah Mian, 2015

Publicado con el acuerdo de The Foreign Office y Transatlantic Literary Agency Inc.

© de la traducción: Julia Viejo, 2025

© de la ilustración de la cubierta: Adrián Bago

© de la edición: Blackie Books S.L.

Calle Església, 4-10

08024, Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Maquetación: Bookwire

Primera edición digital: mayo de 2025

ISBN: 978-84-10323-51-3

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial

de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

Agradecimientos

Para mi madre.

1

Las hojas de ruibarbo han crecido hasta las ventanas del primer piso. Desde la entrada a la parcela veo una jarra de zumo y unos vasos de plástico en la mesa del porche. Aguzo el oído en busca de alguna voz, pero no se oye más que el zumbido de los insectos y del tendido eléctrico.

Al acercarme, me doy cuenta de que hay una telaraña que une la mesa a la barandilla, y una pluma gris metida en la jarra. En el respaldo de una silla cuelga un suéter de lana que no se mueve ni un milímetro con el viento. Entorno la vista para mirar a las ventanas y reprimo el impulso de salir corriendo mientras hundo las manos en los bolsillos traseros del vaquero. Un cuervo me desafía con la mirada desde el tejado hasta que al fin desvío la vista hacia un montón de latas de cerveza esparcidas por la hierba, mientras me pregunto qué restos serán originales de la casa y cuáles se habrán dejado aquí los chavales que han usado este lugar para hacer fiestas.

Me cuesta concentrarme con esos ojos brillantes escrutándome desde ahí arriba, así que me rindo y rodeo el patio lateral hasta llegar al garaje. Los arbustos espinosos de la pendiente se me enganchan en el dobladillo de la chaqueta mientras intento abrir la puerta a patadas, y cuando al fin lo consigo, me deslizo dentro. Las escopetas del abuelo están oxidadas y todo huele un poco a gasoil. Debajo del arcón congelador donde papá solía arrojar pedazos de carne de venado hay una gran mancha negra que hace años era un charco de sangre. En los ganchos de la pared no hay nada, ni una sola llave, ni siquiera la del tractor desguazado.

Algo me pasa rozando el pie y se escabulle por detrás de un bidón de gasolina. Aparto el bidón con la bota, me agacho y descubro una culebra enroscada detrás de los polvorientos estantes de herramientas. Sale disparada hacia la puerta y, mientras sigo su camino entre las malas hierbas, me doy cuenta de que la maleza está aplastada en la zona de entrada a la cocina. En cuanto empiezo a abrirme paso hacia allí, el cuervo desciende hasta el toldo para no perderme de vista.

Me invade una inquietud familiar mientras me acerco a la pequeña ventana redonda de la cocina. En tiempos, por este tragaluz espiaba a papá cuando la estaba liando dentro de casa. Si ya estaba anocheciendo y me rugían las tripas, solía subirme a un caballete de madera y pegaba la cara al cristal. A veces distinguía una silueta repantingada en el sillón o vislumbraba la sombra de una botella en lo alto. Una vez, papá me miró a los ojos sin previo aviso y me dio un susto de muerte. Me caí de culo en la hierba, me arrastré entre los arbustos y desde una distancia prudencial vi cómo salía por la puerta dando tumbos y se tropezaba con el caballete mientras gritaba que me iba a hacer picadillo. Y cuando luego él se quedó inconsciente bajo la luz de la luna, esperé durante una hora entre los árboles, temblando, hasta que llegó mi hermano mayor. Luego miré cómo Bird pinchaba a papá con un palo largo y, cuando comprobé que no reaccionaba, salí corriendo de mi escondite. Bird me metió en casa a empujones y cerró con llave tras de sí. Nos quedamos junto a la ventana mirando cómo la barriga de papá se hinchaba y se deshinchaba.

—Será gilipollas —dijo Bird—. Seguro que mañana no se acuerda ni de cómo ha acabado ahí.

Entonces se dio la vuelta, agarró el vaso de papá, se lo llevó a la boca y, mientras se lo bebía, un riachuelo de color ámbar le resbaló por el cuello.

Ahora para mirar adentro solo tengo que ponerme de puntillas, pero no veo más que siluetas borrosas. Giro el picaporte y la puerta se abre, así que me meto en la casa.

Las paredes y encimeras están llenas de quemaduras de cigarros. Hay colillas por el suelo, vasos con líquidos mohosos y un ratón mustio en un plato. Parece una merendola en el infierno.

Me tapo la nariz y busco cualquier cosa que me resulte familiar. Después de unos segundos, descubro el reloj del gallo que nos regalaron con unos cupones de las cajas de cereales. Para dar la hora solía emitir un «kikirikíííí», hasta que un día le dio un susto a papá y lo reventó de un puñetazo. A partir de entonces, solo susurraba una especie de «kiii» a las horas en punto, seguido de un ruido raro, como de asfixia. Lo descuelgo de la pared, le sacudo el polvo y acciono el mecanismo de la parte de atrás, pero hace tiempo que el pobre pájaro ha dejado de sufrir. Lo devuelvo a su sitio y voy a la siguiente habitación.

Las pisadas de mis botas desencadenan una serie de chirridos y chasquidos por toda la casa. En esta penumbra verdosa parece que el edificio estuviera sumergido bajo el agua. El pasillo es una jungla de perchas, cintas de casete enmarañadas, pedazos de escayola y adornos navideños rotos. Alguien ha colocado una trampa en la escalera clavando una sábana de franela sobre el hueco de un peldaño.

En el piso de arriba, el suelo ha cedido en algunas zonas. Me fijo en una viga que ha quedado al aire y camino por encima hasta el dormitorio principal. Dos gatos blancos están tumbados sobre un colchón desnudo. Me miran con los ojos como platos. En el armario, el vestido amarillo de mamá ha sido pasto de las polillas. Los botones que guardaba en el tarro de la cómoda están pegados. Las paredes están llenas de humedades y desde el desván se oyen aleteos. Hasta las nubes crujen en el cielo.

Me detengo en un punto de suelo firme y me giro despacio para observarlo todo. Antes de poder asimilar lo que tengo delante, oigo a lo lejos la puerta de un coche. Vuelvo a la escalera y me asomo por una ventana. Un policía con el que he hablado antes acaba de aparcar abajo y se dirige a la casa. Abro la puerta de entrada mientras me desabrocho corriendo un par de botones de la blusa. Necesito un lugar donde dormir y no me pienso quedar aquí ni muerta.

—Tenía que verla con mis propios ojos —digo mientras él se acerca.

Se quita la gorra.

—Lo siento, no tengo mucha más información.

Es mentira. Lo sé por lo rápido que me ha apartado la mirada. Bajo del porche y le pregunto:

—¿Sabes si en algún sitio de por aquí necesitan una camarera?

Me clava la mirada en las botas rojas, tratando de no subirla por mis piernas. En un dedo lleva una alianza de matrimonio. De pronto le suena un ruido de interferencias en la radio del cinturón y baja el volumen con el pulgar.

—Justo ahora iba a la taberna. West siempre se entera de todo. Seguro que te resuelve todas las dudas a la vez.

—¿Quién es West?

—El que se quedó con el Four Horses cuando se murió Clutch.

—¿Tiene novia?

—Vamos a ver, Tabatha. —El agente se revuelve inquieto y se pone la gorra de nuevo—. Últimamente por aquí está todo muy tranquilo.

—¿Me vas a llevar o no?

Oigo un rumor de plumas y al mirar arriba veo una bandada entera de cuervos posados en el cable pelado del teléfono. Parece que estén esperando una señal. Levanto el brazo y les hago un corte de mangas, pero no era eso.

Los Saint nunca hemos sido bienvenidos en la calle principal del pueblo. Se me encoge el estómago mientras pasamos por delante del ultramarinos donde solía robar de la caja registradora, y, a continuación, por la barbería donde hay un poste pintado a rayas como un caramelo, que Bird lamió una vez que perdió una apuesta.

A lo lejos veo el mural donde se representa la historia del pueblo. Si te colocas en un punto determinado se produce un efecto óptico y parece que tu cabeza forme parte de la multitud de gente que jalea a los hombres que vuelven de la guerra. A medida que nos acercamos, me doy cuenta de que han mancillado a todas las mujeres con espray. Ahora todas tienen unas tetas enormes y la lengua fuera, como si quisieran abalanzarse sobre el primer soldado con piernas que pasara por delante.

El policía me deja junto a una señal de stop y se marcha sin decir ni pío. Necesito despejarme, así que me meto por un callejón hacia el club de campo de Doyle Street. Así es como llamaron los policías al descampado donde los chavales quedaban para pasarse botellas de Great White barato. Por la cantidad de botellas vacías que hay por el suelo, el club sigue en funcionamiento, aunque parece que la nueva bebida de moda se llama Dory 72. En la etiqueta sale un pescador bizco con el eslogan: «¡Todo el mundo arrima el ascua a su sardina!».

Deslizo el dedo por la línea verdosa que dejó la inundación a lo largo de las fachadas traseras de los edificios, mientras recuerdo cómo todas las casas y los coches se llenaron de algas y pedazos de basura. El día después de la tormenta, mi padre nos llevó a toda la

familia en canoa por la calle principal, señalando cabezas de muñecas y botellas de whisky flotantes, pinchando con un bastón de esquí todo lo que mamá le pedía. El cementerio entero había quedado sumergido, a excepción de las cruces más altas, y más adelante nos enteramos de que algunos cuerpos se quedaron flotando por ahí a la deriva. Uno de ellos apareció boca abajo junto a la ventana de la abuela Jean. Estaba convencida de que era Jim Weir, en cuyo funeral había estado dos semanas antes. Cuando se hartó de mirarlo, pagó a unos chavales para que lo ataran a una lancha y lo remolcaran hasta la estación.

Me enciendo un cigarro y me lo fumo entero mientras busco mi viejo grafiti. En un contenedor pone: «Anoche me follé a tu madre», y debajo: «Más quisieras, papá». Ojalá me encontrara por aquí al chaval que ha escrito esto para poder contarle algunas de nuestras fechorías. Como aquella vez que unos fanáticos religiosos vinieron predicando la luz del Señor y repartieron un montón de panfletos y camisetas que decían: «jesús escucha». Arrancamos las mangas de las camisetas, robamos unos rotuladores permanentes de la farmacia y añadimos debajo «a metallica» con letras estilo heavy metal. El domingo por la mañana nos sentamos en la escalinata de la iglesia y las repartimos entre los feligreses.

Apago el cigarro y me crujo el cuello varias veces. Luego me meto un chicle en la boca y vuelvo por el callejón. Empiezo a subir por la calle principal, pero en cuanto paso por el salón de belleza se me vuelve a encoger el estómago. Una vez, mi madre y yo íbamos caminando de la mano y se detuvo justo delante de esta puerta. Ese día tenía un moratón de color amarillo verdoso, casi bonito, que se le extendía por la mejilla como fuegos artificiales. Me dijo:

—Voy a ver si consigo un trabajo y nos largamos de aquí. —Luego me cogió de la mano, entró por la puerta y preguntó—: ¿Necesitáis empleadas? Puedo hacer cualquier cosa. Puedo trabajar dieciséis horas al día por el precio de ocho.

Y sin tan siquiera levantar la vista de los rulos que le estaba poniendo a una señora, Beula Dean, la encargada, soltó:

—Prefiero contratar al perro callejero que anda siempre por la biblioteca con un ojo colgando.

Por culpa de momentos así, ahora soy como soy. Cada vez que se me ha ocurrido diferenciarme mínimamente de los Saint, me he topado con algo que me ha devuelto a la realidad de una hostia. De solo pensarlo me entran ganas de meterme ahora mismo en el salón de belleza, rebanarle el cuello a Beula Dean con una navaja y ponerme a patinar en su sangre. Pero la única persona que hay allí es una señora negra con cara de aburrimiento detrás del mostrador leyendo una revista del corazón. Me mira y me hace señas para que entre, pero paso de largo.

La funeraria está tapiada y se ha trasladado a la vuelta de la esquina, a lo que antes era la bolera. No veo por qué no puedo entrar y preguntar si alguien de mi familia la ha palmado últimamente. Al abrir la puerta suena un timbre a todo trapo. Detrás del mostrador hay un radiocasete antiguo con música de órgano. Curioseo por la sala, toqueteando todos los ataúdes y urnas en exposición, hasta que un chico joven de gafas grandes y raya a un lado sale de la trastienda.

—Hola. Soy Tabby Saint. Me preguntaba si habéis enterrado a alguien de mi familia en los últimos once años, más o menos. Acabo de volver al pueblo y, bueno, no es que haya tenido mucho contacto con ellos.

—¿Saint? —Por su forma de mirarme, aterrorizado, me da la impresión de que me va a decir que han muerto todos en un incendio o algo así—. No hemos ofrecido ningún servicio a los Saint.

—¿Porque no se ha muerto ninguno? ¿O porque han preferido cavar un hoyo en el bosque antes de pagar por vuestro servicio?

No parece que vaya a soltar prenda.

—Sin ánimo de ofender —añado—. Pero es que les pega hacer algo así.

—Un momento. —Abre una puerta y baja por la escalera.

Cuando vuelve, se aclara la garganta y explica:

—Mi padre dice que no ha fallecido ningún Saint desde Jack Saint en 1971.

—La gente siempre decía que éramos duros de pelar. Por cierto, ¿qué hicisteis con todos los bolos y las cosas de la bolera cuando os mudasteis aquí?

—Los metimos en cajas y los dejamos en el aparcamiento. Unos niños se los llevaron.

Me imagino a mis hermanos colocando unos tablones de contrachapado y montando su propia bolera en el jardín para cobrar entrada a los niños.

Se ajusta las gafas.

—¿Desea algo más?

Echo un último vistazo a todos los ataúdes medio abiertos con forros rosas y almohaditas tan brillantes que me dan dolor de cabeza.

—Parecen coches de lujo —digo, deslizando la mano por el lateral de un ataúd negro—. Me apuesto lo que quieras a que el típico imbécil que acaba en uno de estos durante su vida conducía un Ford Pinto con las ruedas hechas polvo y la puerta del conductor pegada con celofán.

Me mira con cara de póquer.

Parpadeo.

—Creo que me gustaba más este sitio cuando había cerveza.

Abro la puerta y al salir a la acera veo cómo se me acercan unos rizos andantes. Debajo hay una niña de seis años con la nariz chata y churretes de zumo en el cuello. Se para y dice:

—¿Eres escoria? Mi madre te ha visto esta mañana y ha dicho que eres escoria.

—Qué maja —digo mientras escupo el chicle en la acera—. ¿Y quién es tu madre?

—Nancy Roth-MacDonald.

Conozco ese nombre. Nancy Roth iba a mi curso. Les dijo a mis amigas que mis padres eran hermanos y el rumor se corrió por el colegio como un pedo maloliente. Con la cantidad de burradas de verdad que podían decirse de mi familia, la chavala esa no tenía ninguna necesidad de echar más leña al fuego. Me arrodillo delante de la niña y le digo:

—Cuando tenía catorce años, a mí me llegaba la melena por el culo y la pobre Nancy Roth solo tenía cuatro pelos en la cabeza que parecían vello púbico. —Le agarro un mechón de pelo y lo enrollo con el dedo hasta su cuero cabelludo—. Cuanto más mala era, más apretados y encrespados tenía los rizos. Piénsalo.

Titubea y da un paso atrás como si la hubiera quemado con una plancha candente.

—Saludos a tu madre.

Han pintado la taberna, pero los clientes de dentro son peores que nunca. O tal vez son los mismos borrachos que hace una década, pero más viejos y más feos; todos los culos gordos que veo aplastados en los taburetes me parecen iguales. Me acerco a la barra y por fin el camarero despega los ojos de la televisión donde están mirando todos.

—¿Eres West?

—El mismo.

—Soy Tabby Saint.

Hace un gesto como si le estuviera rondando un mosquito.

—¿Y qué?

—Y nada. —Agarro un taburete—. Ponme una cerveza.

No se mueve. En una pizarra que hay a su espalda pone: «Oferta especial de hoy: dos copas por el precio de dos copas».

—Viví aquí hasta los catorce años —digo—. No me acuerdo de ti.

—Soy de Cable.

—¿Conoces a mi padre?

Escupe en el fregadero.

—Sí. Conozco a tu padre.

—¿Dónde anda?

Un hombre suelta una carcajada y sacude la cabeza. Toda la taberna se queda en silencio a excepción de la partida de dardos que están echando por la tele. Me fijo en un cuenco de galletas saladas con

pinta de rancias que hay un poco más allá. Hace mucho que no como nada.

—¿Y dónde andan los demás? —pregunto mientras cojo un puñado.

West descruza los brazos, saca un botellín de Ten-Penny de la nevera a su espalda, le quita la chapa y lo estampa en la barra.

—Salieron por patas hace mil años. Al otro lado del puente. —¿Y eso?

Se encoge de hombros y se vuelve hacia la tele. Me parece que no voy a sonsacarle nada más. Al menos no aquí. Tiene un diente de abajo roto, pero por lo demás no está nada mal. Brazos fuertes debajo de la camiseta, bastante pelo, ojos castaño claro.

Me trago otro puñado de galletas con un sorbo de cerveza.

—Necesito curro.

—Anda, mira —West señala la hilera de caras pálidas—. Bienvenida al club.

Me quedo unas cuantas horas viendo los dardos, después la natación, después los bolos, después los dardos otra vez, has ta que el último borracho se levanta, coge su gorra del percher o y sale dando tumbos por la puerta. West saca la basura, vuel ve y echa un candado a la nevera, recoge varias jarras sucias y las echa en el fregadero.

—Sigues ahí —dice mirando para atrás mientras se abrocha el abrigo.

—¿Ahora te das cuenta?

Se apoya en la barra con los brazos cruzados.

—El tío que se ha ido justo antes de Carl ha venido vestido con una cazadora de cuero de un amigo mío al que le entraron a robar en el camión. Parece que le ha arrancado las lengüetas y la ha raspado un poco, pero es la misma. —Me mira el escote—. El muy gilipollas me ha pagado con un billete de cien, lo que significa que acaba de vender algo, y me ha dicho que se llamaba Dave. Obviamente, cuando he fingido que han llamado preguntando por Dave, no ha reaccionado hasta que se lo he repetido dos veces. Entonces se ha dado cuenta de que iba a por él. ¿Sabes cómo lo sé?

Me encojo de hombros.

—Porque el colega se ha pirado justo en ese momento dejándose un tercio de la cerveza, mientras que las dos botellas anteriores se las había bebido hasta la última gota, como tú y el resto de perdedores de este antro. —Se lleva a la boca un caramelo de menta que hay en un plato de cristal junto a la caja registradora—. A mí no se me escapa una.

—He visto el billete de cien que te ha dado —digo—. Y también otros dos de cincuenta que llevaba en la cartera, y un carnet de conducir donde ponía que se apellida Graves. Y por cierto, no soy ninguna perdedora, no me hace ninguna gracia que des por hecho cosas solo por mi apellido.

Muerde el caramelo de menta y suena un crujido. Después esboza una sonrisa y me aparta un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Hecho.

Esa noche enrosco las piernas en el cuerpo de West. Cuando terminamos, él se pone a roncar y yo me quedo despierta y vuel vo a recorrer mentalmente todas las habitaciones de casa. No me imagino qué puede haber llevado a papá a dejar que se pudriera.

Solía presumir de que su padre la había construido con sus propias manos, lo cual ni siquiera era cierto, pero hasta él se lo creía.

Después de que el abuelo Jack se emborrachara en el río y se ahogara el año en que yo nací, papá hablaba de él como si fuera el mesías, cuando en realidad era un tirano alcohólico y desequilibrado que pegaba a papá con una figurita de un caballo negro que había en la repisa de la chimenea. Una vez, íbamos en la camioneta y pasamos junto a un caballo negro que pastaba en un prado. Papá empezó a frotarse el lado izquierdo de la cabeza con la palma de la mano y pisó el acelerador con tant a fuerza que todos los árboles se emborronaron al otro lado de las ventanillas. Mi hermano pequeño Jackie empezó a chillar y papá frenó en seco en el arcén y le dijo a mamá que tenía diez segundos para callar al puto niño. Encendió el mechero mientras ella salía del coche de un salto y sacaba a Jackie de su asiento. Salió una llama y papá la sostuvo para que ella la viera desde el arcén mientras intentaba tranquilizar a Jackie cantándole al oído. Entonces papá se dio la vuelta y nos miró fijamente a Bird y a mí mientras presionaba la llama contra el asiento del copiloto, hasta que abrió un agujero donde unos segundos antes estaba la cabeza de mamá. Me agarré a Bird con tanta fuerza que le dejé en el brazo las marcas de las uñas con forma de diminutas medias lunas.

West balbucea en sueños una retahíla de palabras. Intento descifrar lo que dice. No sé qué de muros de yeso y algo sobre un chollo. Anoche, cuando fuimos a su casa, me dijo que llevaba mucho tiempo esperando a que una mujer como yo entrara en la taberna. Le pregunté qué quería decir con eso y me dijo que alguien con medio cerebro. La verdad es que no recuerdo haber dicho nada brillante. Excepto, quizá, cuando le sugerí que tal vez entrarían más mujeres si obligara a los clientes a llevar pantalones de su talla.

—Pruébalo durante una semana —dije—. Cuelga un cartel que diga: «ahora con menos charcos de sudor».

Al salir el sol sigo con los ojos abiertos y cansados, así que me escabullo por la puerta y camino hasta el río. Consigo encontrar mi antiguo refugio entre los arbustos de arándanos y la máquina recreativa de Space Invaders. No puedo creer que este cacharro siga aquí, tirado boca abajo como una ballena varada. Los dibujos fluorescentes están descoloridos y la han destripado para llevarse los cables de dentro, dejando solo la carcasa. Siempre me pregunté cómo había acaba do aquí. Quizá unos chavales la robaron y la trajeron a rastras para sacarle las mo nedas a golpes. En esa época las monedas de veinticinco centavos eran las más cotizadas, porque Doreen vendía cigarrillos a los niños por ese precio en la tienda de la esquina. Le encantaban los niños. Mientras esperaba a los clientes solía tejer pequeños calentadores de bebés, y tenía una reserva enorme preparada por si alguien del pueblo daba a luz.

—¿Necesitas fuego, cariño mío? —preguntaba, estirándose sobre el mostrador con su Zippo.

Tenía respuestas preparadas para todo. Cuando alguien le preguntaba cómo estaba, decía:

—Mejor que ayer y peor que mañana.

Cuando un hombre compraba un billete de lotería, decía:

—Si te toca, estoy soltera.

Siempre lo mismo. Y a continuación se reía tanto que se le aflojaba la flema de la garganta.

La hierba está empapada tras las interminables lluvias frías de la primavera, así que extiendo la chaqueta para sentarme encima. En tiempos venía aquí cada dos por tres solo para mirar los remolinos del agua. De vez en cuando pasaba algún resto de basura flotante,

como una lata de Dr. Pepper o un tro zo de carrocería de un coche. Me quedaba hasta que bajaba la marea y se formaba un gran barrizal. Los insectos me subían y bajaban por los brazos y yo fingía que era una brizna de hierba.

Una vez intenté desaparecer en un banco del pueblo, pero creo que se me veían las intenciones en la cara. Una mujer me dio un golpecito en la rodilla y me preguntó si había visto a su fantasma. Le dije que no tenía la menor idea de lo que me estaba hablando, y ella bajó la voz y me preguntó si hacía unos veinte minutos había pasado por allí una mujer idéntica a ella, quizá en una bicicleta con luces de neón en el lateral y una cesta blanca. Sacó un bolígrafo del bolso y me hizo un dibujo de sí misma.

Al menos, en los pueblos pequeños, todo el mundo sabe quiénes son los locos y de qué pie cojean. Los nuevos suelen enterarse al entrar en la tienda de la esquina: «No saludes a Angus o te obligará a escucharle tocar las cucharas durante horas». En los pueblos, los locos flotan por ahí como globos. No eres consciente hasta que alguno se te arrima en un banco del parque.

Ahora hay algo distinto en el aire. Cuando éramos pequeños, la brisa siempre olía a la fábrica de coches. A lo mejor la han cerrado, porque lo único que me llega es el olor de los pinos al otro lado del río. Papá solía esconderse en este bosque cuando lo perseguía la policía. Una vez le pregunté a mamá qué hacía para pasar el rato allí y me dijo algo tipo: «Seguro que intenta convencer a los pájaros de que es el rey, se emborracha y se caga en el río y planea nuevas formas de joderme la vida».

Cuando tenía tres años, acompañé a Bird a buscar a papá. Teníamos que decirle que se nos había estropeado la caldera y que mamá necesitaba dinero para arreglarla. Yo llevaba las piernas al aire y, al poco de salir de casa, un animal salvaje me hundió los dientes en la espinilla. Bird le dijo a todo el mundo que era una cobra, pero probablemente no era más que una rata.

Entorno la vista para mirar al otro lado del puente viejo, pero apenas distingo el rumor de unos pocos coches y camiones entre la bruma de la mañana.

La abuela Jean, la madre de mi madre, siempre decía que el pueblo de Solace River era un desperdicio de clavos desde que se fundó, y que su única función era agrupar a un montón de gilipollas. Nos contaba historias de peleas entre irlandeses, de adultos que discutían por determinar quién era dueño de qué y obligaban a los demás a tomar partido. Su padre, Cleary Foster, era un pendenciero que se pegaba en la calle con campeones de boxeo de lugares tan lejanos como Boston. Iba por ahí suplicando a los tenderos que les pagaran el billete de tren, y cuando el boxeador de turno salía de Solace River con la cara hecha un cuadro, les devolvía el dinero con intereses. Cada vez que ganaba un combate celebraban unas fiestas legendarias. El propio Cleary organizaba esas veladas, invitaba a todo el mundo, lanzaba billetes por los aires y se subía a los niños a los bíceps. Después de aquella época de peleas a puñetazo limpio, Cleary se compró un coche, convirtiéndose así en la primera persona de Nueva Escocia en tener uno fuera de Halifax. Se paseaba por los pueblos buscando gresca en los bares, aunque nadie quería enfrentarse a él. Acabó cayendo en depresión y un día se estrelló con el coche a propósito, y durante un tiempo se dedicó a beber enjuague bucal y a gritar al locutor de la radio. La madre de la abuela Jean se llevó a todos los niños y, cuando volvió, habían saqueado la casa y todo estaba lleno de moscas. Incluso alguien había rebuscado en el cadáver de Cleary para arrebatarle su radio Crosley. La iglesia hizo una colecta, pero ella se gastó toda la recaudación en un coche nuevo.

—Decía que se lo merecía por haber aguantado todas esas peleas —me dijo una vez la abuela Jean—. Pero todo el mundo sabía que a esa mujer le pirraban los puñetazos en la mandíbula. Recogía los dientes ensangrentados del suelo y se los guardaba de recuerdo para enseñárnoslos a los niños en la mesa del desayuno mientras recreaba la pelea. Estabas ahí sentada comiéndote unas gachas y de

repente te agarraba de la cabeza. —Chasqueó la lengua—. El caso es que el alcalde, los granjeros e incluso la loca de mi madre no eran más que un atajo de ladrones, todos y cada uno de ellos. La gente dice que todos los problemas empezaron con la familia de tu padre, pero eso es una mentira como una casa. Garnet Saint no inventó la delincuencia en Solace River.

En casa teníamos un retrato de Garnet colgado en la pared. Todavía me acuerdo de su narizón y del sombrero negro que llevaba torcido hacia un lado. Por lo que había oído, cuando era adolescente se escapó de casa y se las ingenió para unirse a una pequeña tripulación que traficaba con ron desde la isla de San Pedro hasta Nueva York durante la Ley Seca, hasta que lo echaron por bocazas. Luego intentó colarse en una destilería ilegal de la isla de McNabs, pero acabó montando una ruleta de casino clandestina en los alrededores.

La abuela Jean dijo que probablemente Garnet Saint ni siquiera fuera el padre real del abuelo Jack, sino que la madre de Jack lo abandonó en una pensión de Halifax y Garnet se ofreció para adoptarlo. La dueña aceptó y él se fue de la ciudad con el pequeño Jack en brazos, en dirección al valle de Annapolis, sin quedarse nunca en ningún pueblo el tiempo suficiente como para que la gente se diera cuenta de sus chanchullos.

—El bebé le aseguraba la comida —decía la abuela—. Garnet no le daba al niño más que pescado podrido y tragos de alcohol barato, así que siempre estaba desmayado o vomitando. Garnet iba por ahí lamentándose de que su pobre Jack se estaba muriendo, para que la beneficencia le diera dinero para medicamentos.

Llegaron a Solace River más o menos cuando a Garnet le empezaron a fallar las rodillas. Jack tenía entonces unos siete años. Vinieron en busca de un viejo amigo feriante de Garnet, pero resulta que el hombre ya llevaba un tiempo muerto. Se instalaron en la antigua escuela y se dedicaron a robar gallinas y lechones hasta que

reunieron una granja lo bastante grande como para alimentar a los dos, y durante los diez años siguientes sobrevivieron gracias a alguna que otra estafa. Garnet tenía un cobertizo lleno de rocas pintadas que vendía a los curiosos como «¡Auténticos meteoritos!». También ofrecía sus servicios como una especie de vidente rural, un almanaque agrícola andante que, con tan solo oler el aire o pegarse una moneda en la palma de la mano, era capaz de adivinar qué cultivos prosperarían esa temporada. Evidentemente, la farsa no duró más que unos meses. Después fabricó una tintura a base de sangre de cerdo y savia de árbol e intentó venderla de puerta en puerta como remedio para todo, pero para entonces ya nadie le creía. Garnet les dijo que peor para ellos; aseguraba que el Elixir Saint le había devuelto no solo el cartílago de las rodillas, sino también los músculos de las piernas. Él y su nueva vitalidad se dedicaron a acosar a las esposas e hijas de los hombres del pueblo hasta que alguien hizo el favor de matarlo a golpes con una llave de cruz detrás de la gasolinera. En ese momento Jack era adolescente. Se fue a la guerra a ganarse el jornal y volvió con una muchachita enclenque que murió con mi padre aún dentro de ella. Tuvieron que sacarle a papá directamente cortándole la barriga.

La abuela Jean lo reconstruía todo a partir de retazos de memoria y habladurías del pueblo. Mi padre era como un punto al final de la historia, aunque, por supuesto, en realidad era un punto y aparte. Nunca entenderé por qué narices mamá se casó con papá.

Al cabo de una hora, ya estoy harta de pensar en ello. Me levanto, escupo en el río y vuelvo a la carretera.

Cuando entro en la cocina me encuentro a West sin camiseta. Nada más verme se empalma. Echamos un polvo en su sillón antes de que se vaya a trabajar. Anoche descubrí un par de cosas sobre él, como que no tiene apellido y no le gusta el café. No sé si seré capaz de confiar en alguien que no toma café.

Cuando cierra la puerta al salir le grito de broma:

—¡Que tengas un buen día en el trabajo, cariño!

Su casa está bastante bien, aunque no tiene más que un piso. Es húmeda y los techos son bajos, pero tiene algunas plantas de interior y se nota que pasa la fregona de vez en cuando. Me sirvo un vaso de agua y examino los imanes de su nevera. «Chapa y Pintura Tim». «2-4-1 Pizza». Hay uno con forma de pez que dice: «Trata bien al prójimo». Observo la cocina e intento imaginármela con un mantel bonito y cortinas en las ventanas. Las paredes están desnudas, salvo por un calendario y una pequeña estantería de madera donde hay un libro de cocina y una foto enmarcada de una mujer de pelo cobrizo con las piernas bonitas y morenas y los brazos alrededor de West. Me pregunto qué habrá hecho para joder la relación.

Abro el libro de cocina y leo que dentro pone: «¡Feliz Navidad, West! Ahora aprende a cocinar y deja de gorronear sobras en nuestra casa».

Le paso un trapo al espejo del baño. Hacía tiempo que no me miraba bien. Al bajarme del autobús en Halifax, hice autostop en la 101 y me recogió una familia de Paradise muy simpática que se ofreció a dejarme dormir en su tienda de campaña hasta que decidiera a dónde ir. La «tienda» era un invento casero lleno de mantas y colchonetas de Mi Pequeño Pony. En lugar de una hoguera, habían metido un calefactor eléctrico conectado a la casa con unos alargadores de cable. Todo el conjunto era una bomba incendiaria que olía a quitaesmalte, pero gracias a la pila enorme de colchones esa noche dormí como nunca.

Tenía bastantes esperanzas puestas en Paradise, por culpa del nombre, y me quedé por ahí un par de semanas a ver si pasaba algo. Pero no pasó nada. Salvo que contemos como algo el karaoke fosforescente en el sótano de la iglesia. El micrófono rosa eléctrico

brillaba en la oscuridad y una mujer corpulenta cantaba The Rose con tanta pasión que le salieron dos charcos de sudor en las axilas del caftán. Creo que se pensaba que yo era una cazatalentos de Nueva York de incógnito, y durante el descanso no dejaba de mirarme para calibrar mi reacción. Al final acabé admitiendo que estaba volviendo a mi pueblo natal, me acerqué al arcén de la carretera y me puse a hacer autostop.

Ahora que estoy aquí, me parezco más a mi madre. Tenemos el mismo pelo encrespado y los mismos ojos de animal cautivo. Últimamente pienso en ella más de lo habitual. Como en instantáneas muy rápidas. Me pintaba corazoncitos y cosas así en las uñas antes de que se pusiera de moda. Apenas se reía, pero cuando lo hacía, sonaba como el tubo de escape de una moto oxidada. Cuando empezábamos a imitarla enseguida se callaba.

Husmeo por los cajones. Supongo que si hay alguna posibilidad de que la pelirroja vuelva y me pille, encontrar maquillaje en un cajón sería una buena señal. Las mujeres a veces dejan ollas, sartenes o ropa, pero nunca maquillaje. Una vez que encuentras ese tono de pintalabios que distrae sutilmente la atención del resto de tu cara, te arrastrarías por donde fuera con tal de recuperarlo. Pero no hay rastro de ella.

Saco el bolso de debajo de la cama en busca de mi propio maquillaje y me pinto para refrescarme un poco, pero luego pienso que me vendría bien una ducha, así que me lo vuelvo a limpiar todo. La cabina es minúscula y las paredes, en lugar de estar cubiertas de algún material aislante, están revestidas de madera, que está toda gris y blanda y tiene moho entre los listones. De la alcachofa apenas sale un hilo de agua y todo huele fatal. La mitad del tiempo que tardo en ducharme lo paso intentando averiguar cómo hacer que el agua salga caliente y, cuando lo descubro, empieza a sonar el teléfono.

—¿Sí?

—¿Has encontrado las toallas?

—¿Me estás espiando por alguna cámara o qué?

—¿Qué?

—Acabo de salir de tu ducha. Estoy aquí chorreando.

—Hay una toalla limpia en el armario de la entrada.

—Debe de ser lo único limpio —miento.

—Tuve que arrancar todos los azulejos para llegar a las tuberías.

—Y aun así no arreglaste las tuberías.

—Oye, cuando quieras te puedes ir. Pensaba que te habías ido esta mañana cuando me desperté.

—No parecía que te hubiera molestado.

—En fin. Pasa la fregona cuando termines.

—¿Qué? ¿Un hogar tan refinado como este no tiene servicio de limpieza?

—La puerta está en la cocina.

—¿Vienes a cenar?

—Y echa la llave cuando te vayas. Quiero conservar mi tele.

Cuelgo y a través de la ventana miro unos árboles desgreñados que no sé cómo se llaman. Las hojas que rozan el cristal tienen unos lunares con agujeros marrones que me recuerdan a cuando vi el vestido de mamá devorado por las polillas en el armario.

Así que se han ido del pueblo.

Me siento en la cama y me miro los muslos desnudos mientras me pregunto qué estarán haciendo en Blood Rain. Es la reserva donde viví durante un tiempo hasta que dejé de sentirme bienvenida. Me alojaba con un chico llamado Jared, pero lo nuestro no funcionó. No fue culpa mía, pero tampoco es que fueran muy amables conmigo después de aquella reunión. Una curandera de allí me dijo que tenía el alma ligera como una pluma y que, si no arraigaba en algún sitio, me quedaría flotando para siempre. Luego me dijo que debía colgar de un acantilado o casi ahogarme para coger algo de peso y cuando le dije que no, gracias, me dijo que vale, pero que entonces flotaría para siempre. Pues muy bien.

Probablemente esperaba que me matara en algún accidente. No sería la primera vez que un desconocido intenta engañarme. Una vez estaba en un taxi de camino a un casino y el conductor me dijo:

—Anda, ¿va al casino? Puede que no se lo crea, pero soy vidente. Si promete darme la mitad de lo que gane, le digo a qué número tiene que apostar.

Lo sé, lo sé, suena como el culo, pero soy incapaz de ignorar a alguien que asegura que ve el futuro. Si, en lugar de la gilipollez de la pluma flotante, la curandera esa me hubiera dicho que algún día acabaría empalada por un bastón de caramelo volador, juro que me habría pasado todas las Navidades paranoica. La cosa se remonta a la gran inundación. Una chica más pequeña que yo fue corriendo por toda la escuela diciendo a quien quisiera oírla que atara un bote a un árbol y gritando «Sálvese quien pueda». Ni siquiera habían anunciado lluvia para esa noche, y al día siguiente la mitad del pueblo acabó subida al tejado de su casa.

Así que le dije al taxista:

—De acuerdo, hecho.

Y me dijo:

—Veintiséis.

Entré y aposté hasta el último centavo al número veintiséis, e increíblemente gané seiscientos dólares. Salí corriendo al aparcamiento, le di su mitad y se partió el culo mientras me decía que se había sacado el número de la manga porque no tenía nada que perder.

—Si hubieras perdido, lo habría sabido solo con ver tu cara. Me habría largado y te habría dejado aquí —dijo, y luego soltó una carcajada—. Menuda gilipollas. Si tuviera poderes para adivinar los números, ¿para qué coño iba a conducir un taxi?

Me acerqué a pocos centímetros de su cara y dije:

—Colega, si no me hubieras gastado esa bromita no tendría ahora mismo trescientos dólares en el bolsillo, así que, ¿por qué no te piras a pagar a una puta para que te aguante tus gilipolleces?

Echo otro vistazo a los árboles antes de marcharme. Mientras vuelvo a vestirme, me acuerdo de que mamá se ponía el ves tido amarillo cada dos por tres porque decía que le gustaba que oliera a limón. A mí también me gustaba. Aunque a lo mejor solo parecía que olía a limón porque era muy amarillo.

West vuelve a casa pasada la medianoche. Había pensado recibirlo tumbada en el sofá como Cleopatra, pero me pilla revolviendo en su nevera con el gato en una mano, una tostada en la otra y un cigarrillo en los labios.

—Te he traído un ramo de cervezas —dice.

Cierro la nevera de una patada y suelto al gato.

—Debe de ser nuestro aniversario.

—La gente ya está cotilleando.

—Menuda novedad.

—Todo el mundo quiere saber qué ha sido de ti.

Dejo el cigarro en la tapa de un tarro de pepinillos.

—¿Estaban todos atentos a ver si el chófer me dejaba en la puerta de la taberna o qué? —Le acepto una cerveza y me seco en la blusa la humedad de la condensación.

—Me imagino que se preguntan cómo te ha ido la vida, ya que te criaste en otro sitio. ¿Quién te ha dicho que aquí se puede fumar?

—Créeme, ya estaba más que criada cuando me fui. Me mandaron con otra familia, pero no tardaron mucho en meterme en Raspberry.

—¿El centro de menores para chicas de New Brunswick?

—Centro de material defectuoso, diría yo. Ahí todas eran zorras violentas, o suicidas, o estaban locas de atar.

—No creo que nadie sepa que fuiste allí.

—No, no creo. Lo sabrías, ¿no? —Me siento en el sofá y el gato se tumba en mi regazo.

—¿Y tú qué eras?

—¿Qué?

—¿Zorra violenta, suicida o loca de atar?

—Probablemente las tres. —Cojo el cigarro y miro a West mientras doy una calada. Está más guapo que esta mañana, o más alto, no sé —. Te había juzgado mal.

—¿Por? —pregunta.

Me muerdo una uña.

—Porque pensaba que no te gustaba hablar.

—Esto es solo el calentamiento.

—¿No se supone que los que trabajáis en bares solo escucháis?

—Bueno, yo no llamaría trabajar a sacar cincuenta cervezas por noche de una nevera rota. —Se estira en el sillón y por fin se da cuenta de que he reorganizado todo el salón—. Madre mía, tú ya estás como en casa, ¿no?

Al día siguiente vuelvo a dormir en su casa. El chico de los periódicos lanza el Solace River Review al jardín del vecino y voy corriendo a robárselo. En la portada hay un artículo sobre una mujer que ha ganado una fortuna vendiendo los trastos viejos que tenía en el sótano. Rebusco entre los armarios de West para ver si tiene algún tesoro escondido, pero lo más valioso que hay es una bolsa de monedas de cinco centavos enrolladas y una cadena de oro con un medallón de un águila. Mientras me preparo una taza de té, me doy cuenta de que ha desa parecido la foto de la estantería en la que salía con la pelirroja buenorra.

Llega pronto a casa, cuando todavía hay luz, y le preparo espaguetis de lata con tostadas con ajo y mantequilla. Nos sentamos en su mesita. Sus sillas no combinan; una es de madera, estilo campestre, y la otra es plegable de metal, como las de los salones parroquiales. Me pregunto si habrá tenido alguna vez dos sillas iguales y, de ser así, a dónde habrá ido a parar la otra. Intento imaginármelo cabreado en una timba de póquer y estampándole la silla a alguien en la cabeza, aunque no parece ese tipo de tío. Esta mañana se ha tropezado con mi bolso y se ha disculpado, y eso que he sido yo la

que lo ha dejado tirado en todo el medio. Se ha agachado y ha empezado a recogerlo todo, y cuando he intentado explicarle por qué llevo un retrovisor, me ha dicho que no era asunto suyo y simplemente lo ha vuelto a guardar junto a mi cepillo de dientes.

—Qué rico —dice entre bocado y bocado. Se acerca el plato a la boca para que el tenedor llegue más rápido.

—¿Esto? Podría hacerlo un mono. Deberías comprar comida de verdad, y así te hago un asado.

Se saca unos billetes del bolsillo y los deja encima de la mesa, justo lo que esperaba que hiciera.

—Escucha —digo mientras me guardo el dinero en el calcetín—. Necesito saber algunas cosas.

—Pregunta.

—No voy a abrirme de piernas hasta que no me des información.

—¡Joder! —Se atraganta con un espagueti y le entra tanta tos que tiene que dejar el plato en la mesa—. ¿Qué coño te pasa? He dicho «pregunta».

—¿Quién echó a mi familia de aquí?

Se limpia la boca con una servilleta y frunce el ceño.

—Unos fulanos a sueldo fueron a buscarlo a su casa.

—¿Por qué?

—Porque tu padre estaba metido en una especie de estafa.

—¿Y qué? Siempre estaba metido en estafas.

—No sé los detalles. Se metió en una movida de drogas. Les dijo a unos tíos con pasta que iba a triplicar su dinero. Supongo que ya lo había hecho alguna vez.

—¿Y?

Se lleva otro bocado a la boca.

—Y lo perdió. O lo gastó, yo qué sé.

Algo golpea contra la ventana y West corre hacia la puerta, la abre y grita:

—¿Acabáis de tirar algo a mi casa, pedazo de capullos? ¿Y eso que tienes en la mano? ¡Más te vale correr, sí!

Vuelve a la mesa y me mira con la cara inexpresiva.

—¿Y entonces? —insisto—. ¿Qué pasó después de que robara la pasta?

Se sienta.

—Pues que querían sangre y mandaron a los mendas esos a partirle las piernas.

—¿Y mi madre qué hizo?

—No lo sé, y aunque lo supiera, creo que debería ser yo el que hace preguntas.

—Pues dispara.

Se reclina en la silla.

—Dices que llevas sin ver a tu familia cuánto, ¿diez años?

—Once.

—Vale, ¿y por qué ahora?

—¿Por qué no? —Me encojo de hombros, aunque parece un escalofrío—. A lo mejor quiero verlos.

Levanta la ceja y se incorpora hacia delante para rebañar los últimos restos de salsa del plato con el tenedor.

Miro mi vaso.

—¿Mi padre te robó alguna vez?

—No. Le corté el grifo cuando dejó de pagar la cuenta y empezó a sacar cervezas a escondidas de la trastienda cada vez que yo me daba la vuelta. Le eché varias veces, pero un día vino y se comportó, así que le dije que le dejaría volver siempre que pagara las cervezas una por una. Luego, para cobrarme lo mío, le di el cambio mal varias veces cuando estaba borracho.

—Bueno, entonces tú también eres un poco ladrón.

Me acerco para apartarle el pelo de los ojos, pero él se echa a un lado, arruga la servilleta y la tira en el plato vacío.

—Solo estaba recuperando lo que era mío. No soy ningún ladrón.

De lejos se oyen chillidos de niños y ruidos de puertas calle arriba y calle abajo que crujen como galletas navideñas. Algo vuelve a impactar contra la ventana.

Jared Smoke nunca se sentaba así delante de mí. Tenía la mente, no sé, como rota en mil fragmentos afilados que le daban vueltas dentro de la cabeza. No le gustaba que lo mirara demasiado tiempo o con demasiada severidad. Y tenía un millón de secretos. Me da la sensación de que West no tiene muchos. Me devuelve la mirada con sus ojos castaños y siento que un rubor me recorre las mejillas y me baja por el cuello. Me arrastro un poco por la mesa hasta llegar a su

regazo. En pocos segundos se desabrocha el cinturón y acabamos enredados en el suelo.

Mi hermana Poppy era la pequeña de la familia; nació dos años después de que mamá pensara que Jackie la había hecho polvo por dentro para siempre. Todavía me acuerdo de cómo le rebotaba una larga coleta oscura en lo alto de la cabeza. Nunca llegamos a pasar demasiado tiempo juntas, en parte porque era mucho más pequeña que yo, y en parte porque estaba como unas maracas. Una tarde, antes de que tuviera edad para ir a la escuela, salió a buscarme a la puerta de casa y me preguntó si le cambiaba la mochila por unas piedras que llevaba en la mano. Le dije que no, así que me tiró las piedras a la cara y me la quitó. Así era Poppy.

Tenía la voz de pito y lo que más odiaba en el mundo era bañarse. Siempre tenía la ropa llena de pinchos y hojas de tanto meterse entre los arbustos para perseguir a los chicos y morderles la barbilla. Tenía una colección de animales muertos: ardillas, mapaches, escarabajos. Siempre dejaba algún pájaro medio seco en el alféizar o alguna oruga en el congelador.

Una vez, cuando tenía unos cuatro años, le dio un puñetazo a la mesa y le dijo a papá que cerrara el pico. Él la miró como si fuera a estamparla contra la pared, pero entonces cruzó la mesa, la levantó de la silla y le hizo una pedorreta en la barriga. Cuando la devolvió a su asiento, ella se cruzó de brazos y dijo:

—Lo digo en serio.

Otra cosa que le encantaba, aparte de los animales muertos y pegar mordiscos en la cara, eran los malvaviscos. Una vez papá llevó una bolsa rancia y Poppy se los ventiló como si fueran crack. «Maliscos», los llamaba. Solo los comió aquella vez, pero durante dos años le habló de los maliscos a cualquiera que viniera a casa y siempre le preguntaba a todo el mundo si sabía cómo conseguirlos.

Trato de acordarme de más cosas cuando West se da la vuelta en la cama, se sienta y se frota la cabeza. Lleva todas las mañanas repitiendo la misma secuencia desde que llegué: se da la vuelta, se sienta, se frota la cabeza.

—¿Qué hora es? —murmura, guiando mi mano hacia su erección.

—Las nueve o así. Oye, ¿tú conoces a mi hermana, Poppy? —Solo de vista.

—¿Es guapa?

—Sí. —Se vuelve a tumbar—. Tiene las piernas bonitas.

—Me alegro. Por lo que parece, el Tang y los Cheetos no detienen el crecimiento. ¿Seguía viviendo en casa con mis padres cuando la cosa se puso fea?

—¿Cómo es que no lo sabes? ¿Ni siquiera habéis hablado por teléfono?

—Nunca han tenido teléfono.

—¿O sea que te fuiste a vivir con otra familia y ya está?

Miro al techo.

—Me habían arrestado varias veces. Nada serio, solo por chorradas como robar desodorante o romper alguna ventana. La policía le dijo a mamá que tenía que pagar una multa o no sé qué, lo que era mentira podrida porque tenía derecho a pagarla con servicios a la comunidad. Pero se puso de los nervios. Y estaba convencida de que yo tendría una vida mejor si me iba lejos de aquí. Tuvo una infección en los oídos y mientras estaba ingresada conoció a una mujer que iba a llevarse a sus padres, ya ancianos, a vivir con ella a New Brunswick. Le confesó a mamá que no sabía cómo se las iba a apañar sin ayuda, así que mamá le habló de mí como si yo fuera la

Madre Teresa de las cuidadoras. En cero coma, ya estaba en el asiento de atrás del coche de camino a no sé dónde.

—¿Y cómo era la mujer?

—Un encanto. Llevaba los pendientes a juego con el vestido, la pobre, pero yo no era ninguna Madre Teresa. Nada más verme supo que no podía dejarme sola ni con su pez, así que mucho menos con sus padres. Al final acabé aburriéndome y estorbando. Le robé, le mentí, luego mentí sobre que había mentido. Le hice una paja a su fontanero para que me llevara a la ciudad, volví una semana después colocadísima e intenté venderles unas pirulas a sus padres. Todos los vecinos estaban acojonados. No sé por qué no me echó antes. Creo que le daba lástima mi madre. Me acogió como a una mascota, incluso un domingo me engañó para que fuera a misa.

West reprime una sonrisa.

—¿Y qué te dijo para que fueras?

—Se llamaba Barbara Best. Solía corregirme la manera de hablar. Si yo decía «El cartero andó ayer por aquí», ella decía: «El cartero anduvo». Y cuando le decía: «¿Cuál diferencia hay?», ella respondía: «¿Qué diferencia hay?».

—Pues funcionó —dice West—. Hablas bien.

—Una vez fuimos al pueblo a comprar leche y me pilló mirando una guitarra en un escaparate. Me preguntó si quería aprender a tocar. Le dije lo que mi madre decía siempre, que los Saint no tenemos oído musical, pero Barbara Best dijo que eso no era verdad, que todas las personas nacen con oído musical desde el momento en el que salen al mundo y abren los pulmones. Me dijo: «La música está en todas partes, Tabatha». —Hago una pausa, recordando su cara—. Y a veces todavía me acuerdo: la música está en todas partes.

—La música está en todas partes —murmura West.

—Así que hicimos un trato: ella me regalaría la guitarra roja por mi cumpleaños si yo me portaba bien hasta entonces. Mi cumpleaños es en junio y estábamos en enero. Duré dos meses, hasta que robé un pisapapeles de la Torre Eiffel del escritorio de una profesora y se lo vendí a un alumno de otra clase. No creía que eso fuera a contar, pero sí que contó. —Estiro el pie para descorrer las cortinas y la luz del sol se derrama por la habitación. Entrecerramos los ojos—. Ojalá hubiera aguantado más. No me han hecho un regalo de cumpleaños en mi vida.

—¿En serio? ¿Ni siquiera tu madre?

—Nos hacía tartas.

—Eso no es lo mismo que tener una caja brillante con tu nombre puesto. ¿Y en Navidad?

—A veces celebrábamos la Navidad, pero solo si estaba papá. Pero no envolvíamos los regalos y no los sacábamos de ninguna tienda.

—¿Y de dónde los sacabais?

—De otras casas. —Vuelvo a meter el pie debajo de las sábanas—. ¿Por qué quieres saber todo esto? —pregunto, al mismo tiempo que él dice:

—¿De verdad le hiciste una paja a un adulto con catorce años?

Nos miramos.

—Olvídalo —suspira West—. Mejor no contestes.

West conduce una camioneta pickup naranja con unas puertas azules que probablemente proceden de otra camioneta. Cuando salimos y las cerramos, una pieza de metal se cae por alguna parte.

Cualquier otro hombre se tiraría hasta el anochecer buscando la pieza, dando golpes y diciendo «Mira por ahí» o «Sostén esto», hasta que acabaras hasta las cejas de grasa y con el pícnic frío y seco; todo para que al final te dijera: «Me cago en la hostia, déjalo». Pero West no da más que un par de vueltas a la camioneta, asoma la cabeza por debajo y se encoge de hombros.

Me sigue a través de los árboles hasta una amplia franja de arena donde por fin brilla el sol y, en cuanto ve agua, se desnuda y echa a correr. Me siento en una roca y veo cómo desaparece en el lago con el culo al aire. Emerge a la superficie con un aullido, se echa el pelo hacia atrás y vuelve tiritando con una mano en la entrepierna, salpicándome agua helada mientras se desploma sobre la arena.

—Está fría como la madre que la parió, pero es mejor que bañarse en el río con los del pueblo —dice—. ¿Cómo es que tú conoces este sitio y yo no?

—Mamá y papá solían traernos aquí en verano. Se ponían juguetones delante de nosotros. Asábamos pollo a la cerveza en una hoguera y papá nos lanzaba al lago de cabeza y nos hacía volver a nado hasta la orilla. Una vez, a mi hermano pequeño Jackie se le pegó una sanguijuela a la pierna y no dejaba que nadie se la quitara. Lo perseguimos por la arena hasta que papá gritó: «¡Hostia, mirad, una sirena!», y entonces le arrancó la sanguijuela de la pierna a Jackie, la clavó en un palo y la metió en el fuego. Todos aplaudimos mientras se freía.

—Sí que os lo pasabais bien.

—Aquí todo el mundo era menos gilipollas. Incluso papá. En casa, su humor podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Cada vez que entraba por la puerta, alguno de nosotros ponía un tiburón de plástico encima del buzón para que los demás supieran que no se podía entrar. Nos sentaba y nos obligaba a contarle todo lo malo que habíamos hecho durante su ausencia. Si decíamos que no habíamos

hecho nada, nos pegaba el doble. Una vez vimos acercarse un coche de policía y nos metimos corriendo en casa, pero en vez de avisar a papá, solo le dijimos que Poppy se había caído al sótano para que fuera a comprobarlo y no tuviera escapatoria cuando entrara la policía. Las cosas siempre iban mejor cuando él no estaba. Pero cuando salió pagamos caro el haberle tendido esa trampa. Cogió la comba de Poppy y nos azotó con ella a las dos, y luego envolvió a Bird y a Jackie en una manta y los tiró por la ventana del segundo piso.

West me coge de la mano y me la aprieta. Me quedo ahí con la mano atrapada hasta que no aguanto más. La deslizo y finjo que me espanto a un mosquito del cuello.

—Vamos —digo, poniéndome en pie.

Chapoteamos en una zona donde el agua nos llega por las rodillas, hasta que el sol empieza a esconderse y tiñe el lago de los colores que más me gustan. Observamos todos los hilos dorados que cosen las nubes y solo cuando West dice: «Creo que voy a volver a casa así tal cual», me doy cuenta de que sigue desnudo. Toma el camino de vuelta más largo, por unas carreteras semiocultas, y pasamos por delante de una iglesia abandonada con un árbol que sale del tejado. Un autoestopista aparece de la nada y West reduce la velocidad con intención de detenerse.

—West, vas en pelotas —le recuerdo.

—¡Mierda! —Vuelve a acelerar, saca la cabeza por la ventanilla y grita—: ¡Lo siento, colega!

Cuando iba a primero, solíamos jugar al juego de las sillas. Era un puto estrés. Estaba convencida de que, si me quedaba sin asiento al cortarse la canción, me convertiría en una pringada de por vida. Me sentía como si se me fuera a salir el corazón del pecho y, cuando

paraba la música, me abalanzaba sobre los asientos de plástico naranja como un puma. Ni siquiera había premio, salvo quedarme allí sentada con cara de triunfo, pero tengo que reconocerlo, fue la mejor manera de aprender que más vale llegar a tiempo que rondar un año.

Me despierto después de que West se haya ido a trabajar y tardo un rato en darme cuenta de que el ruido sordo que oigo es el viento batiendo contra la fachada trasera de la casa. Por la ventana veo cómo unas bragas gigantes pasan volando y se quedan enredadas en un seto. Me incorporo para ver mejor y me doy cuenta de que el patio de West está lleno de todo tipo de ropa a la deriva. Hay blusas y faldas que vuelan como pájaros raros y enloquecidos.

Salgo a todo correr para cogerlas, vestida tan solo con una camiseta vieja de West y, cuando tengo los brazos llenos de ropa, vuelvo adentro y dejo caer el montón al suelo. Me pruebo algunas cosas, pero ninguna me queda bien, así que cojo unas tijeras de cocina oxidadas y un kit de costura y me paso varias horas planchando y cosiendo. Cuando West vuelve a casa, ya tenemos un juego de cortinas nuevo y un delantal.

—¿Qué es esto? —pregunta cuando me pongo el delantal y se lo enseño—. ¿De dónde has sacado la tela?

—Ha venido volando hasta el patio. El viento ha debido de desenganchar la ropa de alguien de su tendedero.

—¡Tabby! —Mira las mangas sobrantes y las cremalleras que hay por la mesa y se muerde el pulgar—. No puedes ir por ahí robándoles las cosas a los vecinos. ¿Qué crees que le va a parecer a la dueña de ese vestido si lo ve de pronto colgado de las ventanas de mi casa?

—¿No quedan bonitas?

—Sí, la verdad es que quedan muy bonitas —dice, suavizando el tono—. Pero esa no es la cuestión. —Cuelga el abrigo del respaldo

de la silla—. Siéntate. Tengo que contarte una cosa. —Se deja caer en el asiento y enseguida se levanta de un salto y empieza a meter botellines de cerveza en la nevera.

—Me estás poniendo nerviosa —digo.

—He averiguado algo sobre tu hermana. Al parecer se dedica a hacer la calle en Jubilant. A lo mejor no es verdad, pero eso es lo que dicen.

Estuve en Jubilant una vez. Mi madre tenía una amiga llamada Bev que se casó y se mudó allí con su marido, e hicimos un viaje de cuatro horas para ir a visitarla. Tenía un búho de macramé colgado de la pared y usaba una concha de vieira como cenicero para las chustas de los porros. Me volvía loca la manera en que pronunciaba el nombre de su marido Daryl: «No, cielo, ese es el sillón de Daraaal». Todos teníamos prohibido sentarnos en el sillón de terciopelo de Daral, a pesar de que Daral estuviera en un langostero en mitad de la bahía de Fundy. Pasaba la aspiradora incluso donde nos sentábamos, y siempre se aseguraba de que todos los pelitos de la tapicería quedaban en la misma dirección. Su casa estaba justo al lado de la orilla, donde olía a azufre. Solíamos pasar allí la noche y yo salía a hurtadillas del saco de dormir para mirar por la ventana. Entre las sombras veía sirenas arrastrándose por la arena con los antebrazos y despertaba a mamá para contárselo. Ella me decía que solo era un sueño, pero yo estaba convencida de que a la mañana siguiente veríamos sus surcos plateados y nos las encontraríamos hinchadas y mareadas en el suelo de cemento del sótano.

Me imagino a Poppy encima de un camionero gordo y peludo mientras observo cómo West admira las cortinas nuevas por el rabillo del ojo.

—West, eres una buena persona.

—Pues entonces, ¿me he ganado un asadito?

—Primero necesito un delantal. No se puede cocinar un asado sin un delantal.

—Se te están acabando las excusas.

—Tendrás tu asado.

El domingo me levanto antes del amanecer, preparo un par de sándwiches de mortadela y unas manzanas y vuelvo a la c ama. West tuvo una mala noche en la taberna. Un par de tíos empezaron a pelearse por una mujer y tuvo que separarlos. Vo lvió a casa a las tantas de un humor de perros y cubierto de sangre.

—Es este pueblo —digo—. Yo llevo con ganas de apuñalar a alguien desde que me bajé del autobús. —Me doy la vuelta en la cama—. Y bueno, ¿la mujer era guapa?

—Dios. Tenía el culo por los tobillos y por delante se le marcaba toda la pezuña.

—Le diste un buen repaso, por lo que parece.

—Si quieres puedes venir de visita y así la ves en todo su esplendor.

—Sí, claro. Y escucho la opinión de todos. —Le cojo la mano para examinar los vendajes—. ¿Quieres ayudarme a encontrar a mi hermana o qué?

—La verdad es que no.

—¿Y si voy yo por mi cuenta?

—¿Cómo? ¿En mi camioneta?

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que me dé a la fuga con ella?

—Puede.

—¿Te crees que quiero robarte la chatarra Frankenstein esa? Que yo tenía un Mustang, gilipollas. —Cojo las bragas de entre las sábanas, me las meto en el bolso y me pongo los vaqueros, subiendo la cremallera de la bragueta con fuerza para que haga un buen «ziiip». West sale de la habitación y por un momento creo que me va a despachar, pero entonces vuelve y tira las llaves en la mesilla de noche.

—Vale.

—Da igual. No las quiero.

—Llévate la camioneta de las narices antes de que me arrepienta. —Cojo las llaves y añade—: Pero deja algo aquí para que sepa que vas a volver.

Tiro el bolso en la cama y rebusco dentro. Encuentro el sobre rojo de plástico y saco con cuidado mi cromo firmado de Randy Savage, más conocido como Macho Man.

—Tiene valor sentimental —digo mientras se lo enseño.

—Madre de Dios —suelta West—. Eso no cuela.

—¿Por qué no?

Le da varias vueltas.

—¿Tanto significa para ti?

—¿Sabías que el nombre real de Macho Man es Randy Mario Poffo?

—No.

—¿Sabes quién es Lanny Poffo?

—¿No era el luchador ese que escribía poemas en frisbis y los lanzaba al público?

—¿Sabías que los hermanos Poffo empezaron a luchar juntos aquí en el Gran Premio de Lucha Libre de Atlantic?

West se frota las cejas.

—No.

—Antes de eso, habían luchado entre ellos en el Torneo Internacional de Truro, ¿y sabes quién fue a verlos? Aquella fue la única vez que mi familia salió de Solace River. Yo solo tenía seis años, pero me acuerdo de absolutamente todo. ¿Sabes lo que es un moonsault?

—No.

Me subo a la cama.

—¿Quieres que te lo enseñe?

2

En el puente hay un cartel nuevo: «puente de ernie ells». Supongo que eso significa que Ernie ha estirado la pata. No vivía muy lejos de nuestra casa. Solía venir hasta aquí en bici todas las mañanas para saludar a los coches que cruzaban el río. Era parte de su rutina diaria. De nueve a doce de la mañana se dedicaba a saludar a los coches del puente. Luego se iba a casa y sacaba a todos sus gatos al patio para contarlos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis; así una y otra vez. Después se escondía y esperaba a que la señora Glen volviera de su paseo de la tarde. Se agachaba detrás de un arbusto o de un árbol, salía de un salto y gritaba: «¡Qué bien me lo paso con usted!». Ella lo odiaba, pero no había ninguna alternativa a ese camino. De cualquier forma, Ernie no era el mejor escondiéndose.

La señora Glen siempre le contaba a todo el que quisiera escucharla que su marido había muerto en un accidente en la fábrica. Debió de decirle a Ernie la fecha de su aniversario, porque él le dijo a todo el pueblo que le había preparado una sorpresa. Se puso un pasamontañas y un par de guantes de fregar amarillos, se subió al árbol que marcaba el límite de su parcela y se quedó esperando durante una hora. Cuando la señora Glen pasó justo por debajo, él pegó un salto mientras gritaba: «¡Qué bien me lo paso con usteeeeeeeeed!». Por poco le parte el cuello. A la señora Glen le dio un ataque de ansiedad y, como Ernie no sabía qué hacer, vino y nos llamó a la puerta. Mamá bajó a por ella y se la trajo a casa. Yo estaba en la cocina. Me quedé mirando cómo a la señora Glen se le derretía la gruesa capa de maquillaje como una máscara, por culpa de los chorros de sudor que le corrían por la cara. No quiso sentarse en nuestro sillón hasta que coloqué su jersey encima, y como no se fiaba de nuestra agua, mamá tuvo que hervírsela. En cierto momento se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Y tú de quién eres? —Le dije que era Tabby y añadió, delante de mamá—: ¿Todos los hermanos sois del mismo padre?

Mientras se marchaba, Jackie le preguntó a mamá a voz en grito por qué no mandaba a la zorra esa a tomar por culo. Mamá esperó hasta que la señora Glen cerró la puerta para susurrarle:

—¡Porque hoy es su aniversario de boda con su marido muerto!

Supongo que le han puesto al puente el nombre de Ernie porque le gustaba venir aquí a saludar a los coches. Me pregunto qué le parecerá a la señora Glen, si es que sigue viva. A su pobre marido le hizo picadillo una grúa y es Ernie el que se lleva la gloria. Seguro que le dio mucha rabia.

Justo al lado de la rampa de salida veo una roca gigante en el arcén de la autopista que algún paleto aburrido ha pintado para que parezca un cubo de Rubik. La mayoría de los cuadrados están casi borrados, pero aún se distinguen los colores. Dos caras del cubo están parcialmente resueltas, lo cual, para el que alguna vez haya intentado resolver un cacharro de esos, no significa una mierda. Incluso aunque consigas alinear cinco caras, al final tienes que deshacerlas para poder formar la sexta. La única manera de resolverlo es quitarle las pegatinas y volver a pegarlas cuando nadie esté mirando.

Tres coches en sentido contrario me dan las luces para avisarme de que hay un coche de policía escondido tras la curva. La palanca de los faros de West está trucada con un corcho de vino y no quiero tocarla demasiado, así que después de adelantar al coche de policía paso el aviso al siguiente levantando el dedo índice en el aire y girándolo como si fuese una sirena.

Este tiene pinta de ser el tramo más soso de la autopista. Lo único que distingue una hilera de árboles de otra es alguna granja de árboles de Navidad que aparece de vez en cuando, y la única diferencia entre esos árboles y el resto del bosque son carteles que

dicen: «árboles de navidad». Hacia la mitad del camino me empieza a rugir el estómago y me desvío de la autopista en busca de algún sitio donde aparcar y comerme lo que he traído. Paso delante de un antiguo cementerio mi'kmaq, una estación de bomberos voluntarios con un solo camión y un cartel que dice «elige la vida». Por algunas grietas del asfalto crece la hierba. Por fin vislumbro una pequeña granja. Aparco, me acerco a la valla con una manzana y espero a que se aproxime alguno de los ponis. Le acaricio el hocico junto a la camioneta mientras él me hace cosquillas con las pestañas largas. El cielo está cargado de lluvia y me doy cuenta de que una parte de mí está esperando a que salga el granjero y empiece a pegarme gritos para que me marche de su finca de una puta vez. Ten go que recordarme que ya no tengo catorce años y que nadie de por aquí tiene manera de saber que soy una Saint a menos que yo misma se lo diga.

Vuelvo a la camioneta y me como los sándwiches de mortadela en medio de la quietud del campo. Intento acordarme de la melodía de una vieja canción de misa que mamá nos cantaba sentada a los pies de nuestras camas. No consideraba que tuviera buena voz para cantar, así que solo recitaba la letra. Tal vez era lo más parecido a ir a misa: que tu madre pronunciara el sermón en camisón y lo único que pudieras ver fuera la punta de su cajetilla de Export «A» brillando en la oscuridad. Incluso cuando Jackie interrumpía los versos con sus pedos, ella seguía canturreando con esa voz espeluznante. Mamá nunca fue la alegría de la huerta. Cuando nos raspábamos las rodillas, decía: «¡Cómo no!». Cuando preguntábamos si iba a llover, decía: «Solo si no quieres».

Me pregunto si realmente existen los lazos de sangre. Aunque siempre he pensado que mi familia no es más que una manada de lobos obligados a convivir en una gran choza llena de corrientes de aire, de vez en cuando siento como si algo tirase de mí. Imagino que hay una larga cuerda que nos mantiene unidos, que se estira y se deshilacha con el paso de los años. Tal vez por eso he acabado en el quinto coño tratando de encontrar a una hermana a la que no he

visto desde que tenía diez años y que probablemente se dedica a abrirse de piernas para ganarse la vida. Supongo que tengo miedo de que la cuerda esté a punto de romperse por fin.

El centro de Jubilant hace que Solace River parezca Shangri-La. Algunas de las tiendas incluso tienen barrotes en las ventanas. West dice que Jubilant sale cada dos por tres en las noticias por todo tipo de conflictos desde que la población de langostas comenzó a disminuir. Hace unas semanas, unos pescadores asaltaron un camión que transportaba langostas baratas de Estados Unidos a una planta procesadora y le rompieron algunas costillas al conductor, y el verano pasado hubo un asesinato por un tema relacionado con los límites de pesca. West dijo que el barco del muerto tenía tantos agujeros de bala que parecía un queso suizo.

Llego al pueblo a primera hora de la tarde, pero cuando logro averiguar dónde vive Poppy ya está anocheciendo. Los dueños del ultramarinos me han dado las indicaciones. He entrado mientras estaban cerrando, y el viejo me ha dicho que nunca había oído hablar de Poppy Saint.

—Tiene las piernas largas —le he explicado—. Y probablemente suda mucho, porque nunca ha sabido vestirse acorde al tiempo. —En ese momento ha aparecido su mujer, se ha limpiado las manos y me ha dibujado un mapa en un trozo de cartón.

Conduzco la camioneta despacio con las ventanillas bajadas para ver bien los números de las casas. En algunas ventanas hay carteles con frases como: «¿te duelen los pies? prueva un día nuestras botas de goma y ya verás». En algunas casas hay algas puestas a secar en los tejados, y boyas de pesca apiladas en los patios. Espero que una de estas casas decentes sea la de Poppy, pero, por supuesto, no es así, sino que ella vive en el tráiler oxidado justo en la linde del bosque.

Aparco al final de la larga calle y me tomo mi tiempo para salir, con la esperanza de que me vea antes de tener que acercarme y llamar a la puerta. El aire aquí es mucho más frío y húmedo. No se ve el mar, pero puede olerse.

En el jardín de Poppy hay un columpio hecho con el asiento trasero de un coche y un cisne de plástico roto lleno de envoltorios de polos y chapas de cerveza. Los escalones de hierro forjado no están sujetos al tráiler, tan solo apoyados contra él. La pintura del buzón fijado a la pared frontal está desconchada, y en el hueco del nombre pone «saint». Siento una especie de puñetazo al mirar ese nombre tan feo y descascarillado.

Después de un largo minuto, una mujer se acerca a la puerta. Tiene aspecto de cenicero olvidado bajo la lluvia. Del cuello le cuelga un cordel típico de abuela con unas gafas. Se las pone con torpeza y se me queda mirando desde el otro lado de la mosquitera mientras le da una calada a un cigarro.

—¿Poppy? —digo, estúpidamente.

—No está.

—Soy la hermana de Poppy.

—No tiene hermanas.

—Antes sí.

La mujer se retira adentro y apaga el cigarrillo. Luego vuelve, me mira otra vez y mueve la lengua por la boca como para asegurarse de que sus dientes siguen ahí.

—¿Tabby?

—Hola, mamá.

Me quedo quieta mientras la niebla desciende entre nosotras como una cortina hasta que por fin abre la puerta. La luz del interior ilumina los escalones y la sigo adentro. Hay un olor penetrante a comida de microondas mezclado con el humo del cigarrillo. El sofá parece haber sido atacado por un hombre lobo, se le sale el relleno por las costuras.

—Menuda pocilga.

—Muy bonito. —Mamá se saca un nuevo cigarro del bolsillo de la blusa y lo enciende mientras se sienta en un sillón descolorido. La recuerdo guapísima, pero ahora está hecha polvo y tiene la cara abotargada. Parece que se haya cortado el pelo a navaja.

—Perdón.

Me evita la mirada.

—Dios mío, Tabby. ¿Dónde te has metido todos estos años?

—Suelta el cigarro—. Ven, que te doy un abrazo. —Ninguna de las dos nos movemos ni un centímetro, y mamá vuelve a coger el cigarrillo—. Poppy ha desaparecido. Se fue a trabajar una noche hace cinco semanas y no volvió.

Le pregunto a mamá en qué trabaja Poppy, pero no me contesta. Así que le pregunto si cobra por horas y mamá coge un trapo y empieza a limpiar la mesa como si se hubiera derramado algo. Como si hubiera algo que derramar. Ni siquiera me ha ofrecido un café.

Mamá me dice que Poppy desaparece así de vez en cuando, aunque nunca más de una semana, por sus hijos. Janis y Swimmer. Janis tiene cinco años y lleva gafas de sol en casa. Swimmer tiene tres. Tiene la cabeza grande y redonda y unos ojos tan enormes que parecen chocolatinas de crema de cacahuete. Al principio se hacen los tímidos y solo se asoman por detrás de la esquina, pero

enseguida entran y se acurrucan a ambos lados de mí como pequeños sujetalibros.

—Entonces, ¿dónde has vivido este tiempo? —pregunta mamá.

—Por New Brunswick, pero he vuelto y he conocido a un tío en Solace River.

—¿Solace River? —Mamá se queda paralizada—. ¿Qué coño hacías ahí?

—Os estaba buscando.

Vuelve a agarrar el trapo.

—Y el hombre este, ¿tiene trabajo?

—Claro —digo, como si fuera lo más normal del mundo que yo tenga novio y que además tenga trabajo—. Tiene su propio negocio.

—Bien. —Asiente—. Me alegro.

—¿Y papá?

—En el hospital, con ganas de morirse ya. —Retuerce el trapo entre las manos—. Dicen que tiene cáncer de colon. A lo mejor ya se ha muerto.

—¿No te habrías enterado?

—Hace tiempo que cortamos la relación.

—Ah. —No logro sentir ninguna emoción—. ¿Y Bird y Jackie?

Janis me da un golpecito en el brazo.

—Tengo una foto tuya.

—¿En serio? Si ni siquiera yo tengo fotos mías.

Me tira de la mano.

—Ven, que te la enseño.

La sigo por el estrecho pasillito hasta un pequeño dormitorio atestado de juguetes. Las paredes moradas están cubiertas de pegatinas personalizadas, estrellas doradas con su nombre escrito. Me doy cuenta de que ha intentado estampar «janis» por toda la habitación, pero la tinta se ha descolorido o se ha borrado. Hay algunas estrellas perdidas por la cómoda y por el techo, como las ascuas desvanecidas de un sueño.

Saca una caja registradora de plástico rosa de debajo de la litera. Dentro del cajón hay unas fotos viejas y pegajosas que me pone en la palma de la mano.

La primera foto es una de todos juntos delante de la casa: papá, mamá, Bird, Jackie, Poppy y yo. Parece que estemos en una rueda de reconocimiento. Me pregunto quién hizo la foto y por qué ese día en concreto. Hojeo la pila y encuentro una en la que salgo yo sola. Llevo un vestido agujereado y tengo el pelo tan rubio que casi no se ve.

—Odiaba esos zapatos —digo.

Hay un bastoncillo de algodón usado pegado a la foto y, cuando lo arranco, me llevo con él un trozo de mi diminuta pierna.

—Puaj. —Janis hace un gesto de asco—. Quédatela.

—Gracias —digo, guardándomela en el bolso.

Salgo de la habitación cuando mamá aparece para acostar a los niños, y Janis me grita:

—¿Seguirás aquí por la mañana? Si sigues, te puedo enseñar a dar dos saltos mortales seguidos.

—¿Sabes dar dos saltos mortales seguidos?

—Y cuatro.

—Entonces, ¿por qué solo me vas a enseñar a dar dos?

No me contesta, así que me dirijo al salón. Diez minutos más tarde, mamá vuelve con un montón de mantas de lana y algunas sábanas de franela.

—Puedes quedarte en el dormitorio —dice.

—No te voy a quitar la cama.

—No es mía. Es de Poppy.

—Estoy bien en el sofá.

Se me queda mirando unos segundos antes de irse. No puedo dormir, y sé que ella tampoco. No para de toser y los muelles de la cama chirrían cada vez que se da la vuelta. Cuando miro el reloj, apenas son las nueve. Cuando éramos pequeños, mamá nunca se acostaba antes de las dos de la madrugada. Se sentaba en la mesa de la cocina a tomar café, a hacer sopas de letras y a ponerse en lo peor. Una vez pasé a su lado de camino al baño y me recordó que no podía tirar de la cadena porque el pozo estaba casi seco. Luego me dijo: «Tabby, si se incendia la casa y os quedáis atrapados dentro, dales a los niños todas las pastillas rosas que tengo en el cajón de abajo». Asentí con la cabeza, entornando los ojos por la luz de la cocina, y cuando me di cuenta de que acababa de aceptar envenenar a Poppy y a Jackie, ella se lamió el dedo para pasar a la siguiente página de crucigramas.

Ahora hay unas cuantas cosas que me gustaría preguntarle. Me dan ganas de llamarle a la puerta, pero cada vez que me incorporo, me acojono y vuelvo a tumbarme.

Por la mañana, Janis me deja caer una tostada en el pecho desde el respaldo del sofá y me da un susto de muerte.

—Shhh —me chista—. La abuela está durmiendo. —Se mete debajo de la manta conmigo y mastica ruidosamente, llenándonos de migas a las dos.

—Qué rica está —susurro—. Eres muy buena cocinera. —Le levanto las gafas de sol y veo a mi hermana pequeña Poppy devolviéndome la mirada.

—¿Qué te pasa?

—Eres igual que tu madre.

—¿Por qué pones cara triste?

—Supongo que la echo de menos.

Janis suspira, con la boca llena de mermelada de fresa.

—Yo también.

Un gato se nos sube encima de un salto. Cuando alargo la mano para acariciarlo, Janis dice:

—Yo que tú no haría eso.

Me siento tan rápido que tiro a Janis al suelo.

—Es Gord, el hurón —explica mientras él se escabulle—. Lo trajimos como mascota para que matara a la rata, pero Swimmer le tiene más miedo a Gord que a la rata, así que la abuela sacó a Gord al bosque, pero sigue viniendo aquí cuando le da la gana. —Le tira un

trozo de pan tostado a la cara—. Siempre está lleno de caca y bichos.

Observo la estancia a la luz del día. Aparte de los muebles desvencijados, hay un equipo de música, una lámpara, un cenicero de pie, un caballito balancín de plástico descascarillado con muelles, y ya está. La moqueta gris está casi desgastada hasta el suelo de contrachapado y todo necesita una buena mano de lejía.

Janis se levanta, se sienta a horcajadas sobre el caballito de plástico y rebota encima un par de veces. Luego se pone de pie sobre el lomo y levanta despacio una pierna temblorosa hacia atrás en el aire, como una patinadora artística. Me doy cuenta de que debería parar el espectáculo, pero no sé cuáles son las normas de seguridad aquí. Antes de que pueda decir le nada, pierde el equilibrio y se desploma sobre la montura. Si le ha dolido, no lo dice. Aparto la vista y ella sigue mi mirada hacia los cuadros de palmeras de terciopelo que cuelgan de la pared.

—Son de Toronto. Mamá dice que cuando nos mudemos allí seremos ricas. En Toronto todo el mundo tiene coches blancos y dientes de oro. A lo mejor nos vamos pronto si vienen los malos.

—¿Los malos?

—Creen que fue mamá la que les robó el dinero, pero no. Fue Petunia.

—¿Quién?

—pe-tu-ni-a.

Siempre se está metiendo en líos. Mamá tuvo que dormir en la comisaría una vez por su culpa.

—¿Conoces a Petunia?

—No. Tampoco quiero.

Petunia, mis cojones.

—Oye, Janis. —Miro el reloj—. ¿Crees que a tu abuela le importará si te llevo conmigo a hacer algunos recados?

—¿Que si le importará? —Janis salta del caballo como si fuera a Disney World—. ¡Estará encantada de librarse de mí!

Se pone unos vaqueros azules de cintura elástica, pero se deja la parte de arriba del pijama. Me ofrezco a desenredarle un poco el pelo de las largas coletas castañas, pero no me deja. Le dejo una nota a mamá y, mientras salimos por la puerta, Swimmer aparece tambaleándose en el pasillo. Tiene la cabeza tan grande y desproporcionada respecto al resto del cuerpo que camina como un borracho, inclinado contra la pared.

—Quédate aquí viendo los dibujos, Swimmer —dice Janis mientras le empuja al dormitorio y cierra la puerta. Luego grita—: ¡Corre, antes de que salga!

—¿No puede venir Swimmer también?

Janis pone cara de echarse a llorar como se me ocurra insistir, así que no digo nada más. Sale corriendo delante de mí y abre la puerta de la camioneta ella sola. Cuando entro, está toqueteando todos los botones del panel, con cuidado de no pulsar ninguno, aunque me doy cuenta de que se muere por hacerlo. Echa un vistazo a los asientos y acaricia el vinilo.

—Qué bonita.

—Gracias. Pero no es mía.

—Lo sé. ¿Cómo se llama tu chico?

—West. —Me siento un poco culpable por hablar de él como si fuera mi novio.

Ella asiente.

—Mola el nombre.

—Hablando de nombres —digo, cambiando de tema—. ¿Tú eres una Saint?

—Sí, pero no soy ninguna santa. Eso dice mamá. Dice que solo son santos los que se portan bien todo el rato.

—¿Alguna vez has tenido otro apellido?

—No.

—¿Sabes quién es tu padre?

—Se llama Bruce o Barty, o alguna chorrada así.

—¿Y lo conoces?

—No.

—¿Te gustaría tener padre?

Se encoge de hombros.

—Me da lo mismo.

«Pues sí que es una Saint», pienso mientras arranco la camioneta.

Jubilant no es gran cosa. Janis me pone al día de todo. Tiene un cine donde solo proyectan películas los sábados por la noche, con una máquina de palomitas que se incendia cuando hace mucho

calor. Los trenes han desaparecido. Janis dice que arrancaron todas las vías e hicieron senderos por los que nadie puede caminar porque están llenos de quads por todas partes.

—A un tío le atropellaron el pie. ¡Le salía sangre a chorros! —Hace el gesto estirando los dedos en todas direcciones.

—¿Lo viste?

—Y tenemos un salón de uñas, pero nunca he ido.

—¿Y pintarán dibujitos en las uñas? Tu abuela me los hacía. Incluso sabía dibujar estrellas fugaces.

Me pregunto si mamá se acuerda de cuando me hacía las uñas. Sacaba el secador y me las secaba de una en una. Quizá ahora sería rica si hubiera montado su propio negocio.

Janis me indica dónde está la tienda de alimentación de Frosty por si necesito alguna bolsa de Cracker Jacks. Hay un cartel gigante de neón naranja en el escaparate: «canjeamos cheques del paro». Llegamos a un semáforo, giro a la izquierda por la calle principal del pueblo y recorro una hilera de tiendas descoloridas salpicadas por el oleaje hasta que encuentro el salón de uñas. Aparco sin problemas y entramos. En la pared hay un cartel con precios de los servicios de peluquería, manicura, depilación, piercings y retratos de mascotas. En un rincón hay una cámara montada sobre un trípode, junto a una estantería llena de atrezzo, incluidos sombreros de chef y pajaritas. Janis niega con la cabeza cuando le pregunto si conoce a la mujer que está limpiando el lavamanos.

—¡Hola! —digo—. Esta necesita hacerse las uñas.

La mujer cuelga la toalla, se acerca, coge la mano de Janis y la examina como un cirujano.

—Muy bien, cariño. Ven aquí conmigo y siéntate.

—¿Me van a hacer las uñas? —Janis apenas puede mantener la calma. Elige un tono turquesa con mariquitas que brillan en la oscuridad. Cada vez que la mujer termina una uña, Janis susurra—: ¡Madre mía!

—¿Necesitas empleadas? —pregunto, tratando de imaginar cómo hacer que un gato se quede quieto si lo envuelvo en una boa de plumas.

—No. Ni yo, ni nadie.

—Bueno, por preguntar que no quede. Pensaba pasarme luego por algunas tiendas de regalos. Igual necesitan a alguien que pinte a mano «Bahía de Fundy» en todas las conchas esas que importan de las Bahamas.

La ventana trasera da a un muelle resbaladizo por la lluvia donde unos pescadores apilan nasas. Al terminar la tarea, me quedo mirando cómo se ponen a hacer el tonto, recogen conchas de mejillón y se las lanzan los unos a los otros. Enseguida se lían a empujones.

—¿Alguna vez ha venido Poppy Saint a hacerse las uñas?

La mujer se para en seco, levanta la brochita y me mira fijamente.

—Poppy es la madre de esta niña, antes de que digas nada —le digo —. Resulta que ha desertado y ahora no la encontramos.

—Ha venido un par de veces. Pero hace tiempo que no la veo. Es mejor que le preguntes a Lyle Kenzie.

—¿Quién?

—Un tío. Suele estar en casa de Jody.

—¿Y está cerca la casa de Jody?

Con la mano libre me señala al final de la calle. Cuando termina, le pago con el dinero que me ha dado West en caso de avería de la camioneta. Le da a Janis un cupón del diez por ciento para hacerle un retrato a su mascota, pero Janis se lo devuelve y dice:

—A mi perro lo atropelló el camión de la basura.

La mujer se queda pálida y se disculpa dos veces. Cuando volvemos a la calle, Janis me dice que nunca ha tenido perro.

—¿Y por qué has dicho que sí?

Se baja las gafas y me mira a los ojos.

—Porque si digo que no tengo perro, ella me diría: «Entonces dáselo a una amiga, cariño». Y solo conozco a una niña con perro y a esa no le daría ni un pedo usado.

—¿Qué es un pedo usado?

—Un pedo que ya se ha usado. Mamá decía que el cartero era un pedo usado porque no paraba de traernos catálogos de juguetes y Swimmer los veía y los quería todos.

—Pero ¿cómo usas un pedo?

—Te lo tiras, luego lo hueles y entonces cuando la otra persona lo huele, ya está usado.

—¿Y se lo llamó a la cara?

—Sí. Le odia a muerte desde que él se chivó.

—¿Se chivó de qué?

—De que mamá nos dejaba solos cuando Swimmer no era más que un bebé. Yo le calentaba la leche en el microondas. Y cuando se

hacía caca en el pañal, lo tiraba por la ventana para que no le apestara.

Me inclino para rodearla con el brazo, pero ella se pone rígida y me da un manotazo. Vuelvo a agarrar el volante y ella se relaja de nuevo.

El taller de Jody es un negocio anexo a una casa. Está vacío, a excepción de algunos coches viejos en diversas fases de desguace y un amasijo de envoltorios de comida basura. Le susurro a Janis que huele a pedo usado. Ella asiente, muy seria. Cuando salimos, una mujer asoma la cabeza por la puerta y grita: «¡Están en la cafetería!», así que volvemos al coche.

La cafetería Dot's Daughter es larga y estrecha, y está medio llena de clientes que se quedan mirando a todo el que entra. Janis levanta las uñas y le dice a la mujer de la caja:

—Brillan en la oscuridad. Si se va la luz me verá perfectamente, así que no puedo robarle nada.

Nos sentamos.

—¿Habías venido alguna vez? —le pregunto a Janis.

Asiente.

—La abuela nos trae cuando a mi madre se le olvida hacer la cena.

Miro alrededor. Toda la pared está cubierta de fotografías de clientes posando con comida. En el centro hay una enorme foto enmarcada de Rita MacNeil con cara de susto sosteniendo un cuenco y una cuchara. Debajo hay un cartelito que dice: «La Primera Dama de la Canción de Cape Breton disfrutando de unos macarrones con queso».

—¿Tu madre sale en alguna de las fotos?

Janis niega con la cabeza.

—Intentaron hacernos una, pero mamá no les dejó. Dijo que traería una foto del trullo.

Me echo a reír.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes lo que es el trullo?

—Sí. Una foto de una caca.

El menú plastificado que hay encima de la mesa nos informa de que los clientes vienen a Jubilant desde muy lejos para probar las legendarias recetas de Dot, transmitidas después a su hija. Miro a mi alrededor, pero nadie parece venir de más lejos que la vieja fábrica de harina de pescado que vi ayer. El resto de la carta apenas es legible por culpa de todas las correcciones que hay hechas a bolígrafo. La mayoría son en los precios, pero me doy cuenta de que alguien ha tachado la palabra «casera» en «Lasaña casera... ¡como la que hacía Dot!». Da que pensar. Sigo bajando el dedo por la lista. También han añadido unas comillas bastante terroríficas en «Pruebe nuestro mundialmente famoso rollo de langosta recién salido del barco». No las han puesto a «mundialmente famoso», ni siquiera a «recién salido del barco», sino a «langosta».

La camarera aparece con un lápiz.

—Tú debes de ser la hija de Dot —digo.

Me mira con cara de aburrimiento.

—¿No necesitarás empleadas, por un casual?

—Ni por un casual, ni por dos.

—Queremos un par de raciones de patatas Dot y una sonrisa.

—Y un batido —dice Janis, balanceando las piernas.

—De fresa, ¿vale? —responde la camarera bajando el bloc de notas —. No nos queda de chocolate.

Janis murmura algo que suena parecido a «mentira».

—Por cierto, ¿ha venido por aquí hoy la madre de Janis?

—pregunto antes de que se vaya.

—No.

—¿Y ayer?

—Hace mil años que no la veo.

—¿Alguno de esos tíos es Lyle Kenzie?

Sigue mi mirada.

—El de la gorra de béisbol negra.

Se marcha y vuelve a los pocos minutos con el batido y una cara que me dice que es mejor no hacer más preguntas si no tienen que ver con comida.

—Espero que Dot tenga más de una hija —le susurro a Janis—. Esta es un poco borde.

Janis ignora la pajita y le da un sorbo al batido, manchándose la mitad de la cara.

—Se le ha olvidado la sonrisa. Deberías pedir otra. Una como esta. —Devuelve el pesado vaso a la mesa y estira la boca con una mueca exagerada.

—¿Qué tal está el batido? —pregunto, mientras me ruge el estómago—. ¿Mejor que el servicio?

Sacude los hombros, lo que deduzco que significa que sí. Parece tener toda una serie de gestos propios. Cuando mueve el puño arriba y abajo significa: «¡Conduce!». Si junta las manos en señal de oración significa: «Por favor, deja de hacerme preguntas».

—De todas formas, iba a pedirlo de fresa —dice después de tomar aire tras un sorbo—. Mi madre dice que tengo que probar de todo.

—Bueno —comento, echando un vistazo a Lyle Kenzie, que está detrás de mí—, la verdad es que ella se aplica el cuento. —Bajo la voz—. ¿Conoces al hombre de la gorra de béisbol negra?

—Ha estado en el tráiler.

En el tocadiscos suena Farewell to Nova Scotia, pero se ha quedado atascada en la frase «But still there was no rest for me... But still there was no rest for me... But still there was no rest for me...». Janis se levanta de un salto, coge un martillo que hay junto a la máquina y le da un buen golpe en el lateral. Salta a la siguiente canción.

—Para eso está el martillo —dice.

No pierdo de vista a Lyle Kenzie mientras se pone la cazadora. Me devuelve la mirada.

—Quédate aquí un momento, ¿vale? —le digo a Janis. Me levanto y salgo.

Lyle se detiene en la entrada antes de dejar que la mosquitera se cierre con un chirrido.

—¿Me buscabas? —Se ajusta la gruesa barriga cervecera que le cae sobre la cintura de los vaqueros y se mete la mano en el bolsillo de

la camisa manchada de grasa para sacar un cigarro.

—Estoy buscando a Poppy Saint.

—Pues ya somos dos. —Enciende el cigarrillo y vuelve a guardarse el mechero.

—Me llamo Opal Kent. Trabajo para el departamento de policía.

Intento no parpadear. Opal Kent era uno de mis personajes favoritos cuando vivía en un piso tutelado y era adicta a las telenovelas. Tenía los ojos azul acero y una americana a juego.

—¿Eres policía?

—Soy una investigadora privada que trabaja con el Departamento de Policía de Jubilant.

Hace una mueca y se aleja hacia una camioneta Ford nueva.

Le sigo mientras digo:

—La señorita Saint debería ser fácil de encontrar, pero si quiere facilitarme un poco más las cosas con alguna dirección o un número de teléfono, lo descartaré como pista falsa. Llevo dos días vigilando ese taller y creo que sabe a lo que me refiero cuando digo que no me gustaría tener que revelar lo que ocurre ahí dentro. Ahora mismo la policía solo está interesada en Poppy.

Me he lanzado un triple, pero el taller de Jody tiene pinta de ser el centro de operaciones de algo turbio, porque Lyle parpadea como un loco durante unos segundos y luego va a su camioneta y garabatea algo en un trozo de papel. Vuelve y me lo tiende de malos modos.

—No sé nada de lo que esa tía se trae entre manos y, si dice que lo sé, es una puta mentirosa.

Mira por el retrovisor al menos cuatro veces mientras se aleja. Me quedo observándolo hasta que el rugido de su motor se desvanece en la carretera. Entonces vuelvo a entrar y me siento frente a Janis.

—Ha sido fácil —digo.

Ella sorbe con la pajita el fondo del vaso vacío.

—Mamá dice que Lyle tiene menos luces que un barco pirata.

Miro la mesa. Las patatas Dot han llegado mientras estaba fuera y ahora no son más que un plato de migajas. Suspiro y rescato algunas con los dedos.

—¿La abuela sigue viva?

—Hablaste con ella anoche. No era ningún fantasma.

—Ah, claro. No, me refería a mi abuela.

—¿La bisabuela Jean? Se atragantó con un Mars y se murió en la mesa.

—¿Estabas delante?

—No, no fue en nuestra mesa. Nunca vivió con nosotros. Aunque ahora sí. Está en una caja en el tráiler.

—¿Qué?

—Se la llevaron al sitio de los hornos y la quemaron hasta que solo quedó una especie de polvo. Una vez Swimmer la atropelló con un camión de juguete y se desparramó por todo el suelo de la cocina. Tuvimos que barrerla para volver a guardarla, así que ahora tiene unos cuantos Cheerios dentro.

—Janis, eres una gran fuente de información.

Mamá nos está esperando en la puerta del tráiler. Verla me sorprende de nuevo. Parece que se haya puesto un disfraz de vieja. Cuando Janis entra corriendo para enseñarle las uñas a Swimmer, pongo a mamá al corriente de lo sucedido.

—Lyle Kenzie es un mindundi —dice—. No dejes que te intimide.

—No me intimida. He sido yo la que lo ha intimidado a él. ¿Quién es?

—Antes creía que era el novio de Poppy. Quedaba con él cada dos por tres. Pero creo que es más bien un contacto.

—¿Pastillas, pipa o jeringuilla?

Ella desvía la mirada.

—No lo sé exactamente. No le provoca alucinaciones ni nada por el estilo, y no lo hace nunca delante de los niños. Pero lo necesita. Eso es lo que siempre dice ella. Lo necesita igual que la comida. Dice que ojalá nunca lo hubiera tenido en la sangre, porque ahora no puede pasar un día sin consumir. —Sacude la cabeza—. Nunca lo entenderé.

Nos quedamos con los brazos cruzados, mirando al suelo.

—Tengo que enseñarte una cosa aquí al lado —dice mamá.

Me mira con una cara rara, se enciende un cigarrillo y le da tres o cuatro caladas antes de apagarlo con el tacón. Se dirige a la puerta, le dice a Janis que enseguida volvemos y cierra con llave. Mamá y yo echamos a andar, y es como el reencuentro que había imaginado: yo ya mayor y mamá con el pelo canoso, paseando por la calle al atardecer.

—Vamos a ver a tu hermano.

—¿A cuál?

—A Bird.

—¡A Bird! ¿En serio? Lo que más recuerdo de Bird son las mentiras que se inventaba. Como aquella vez que le preguntaste de dónde había sacado el reloj de oro ese nuevo con la etiqueta puesta y te dijo que lo había encontrado en la nevera vacía del Kwikway. O cuando dijo que había suspendido matemáticas porque la profesora le había sumado mal las notas. ¿Recuerdas cómo besaba a las madres de la gente en la mano cuando se las presentaban? —Me echo a reír—. ¿Todavía tiene ese pelo rubio tan largo?

Sigo parloteando hasta que mamá se detiene delante de una pequeña casa azul y me pone las manos en los hombros.

—Bueno, Tabby. No digas nada de esto.

—¿De qué?

Sube las escaleras hasta la puerta mosquitera y yo la sigo. Entramos en una habitación húmeda con todo el papel pintado hecho jirones en tiras de cinco centímetros de ancho a la altura de la cintura. Al ventilador de techo le faltan dos palas y el cable que lo conecta es tan largo que se arrastra por el medio de la moqueta marrón. Alrededor de una mesa hay tres hombres sentados bebiendo whisky de centeno. El que está de espaldas a nosotras está medio hundido en una silla de ruedas. El de la derecha tiene un parche en el ojo y un ojo bueno que no se está quieto, y creo que el hombre gordo y achaparrado de la izquierda no lleva pantalones.

—¡Hola, Birdie! —Mamá se dirige a la silla de ruedas al trote, se coloca detrás, se inclina y le da un beso en la mejilla.

Me acerco a la mesa por el otro lado para poder verle la cara. Tiene una cicatriz que va desde la sien izquierda hasta la mandíbula derecha. Parece una anguila viscosa y gris. En la nuca tiene una calva con un sarpullido escamoso y las uñas negras y amoratadas, como si se las hubiera pillado con un cajón. Por la parte delantera de la camisa le cae un hilo de baba.

Mamá le acaricia la cabeza.

—¿Qué hacéis, chicos? ¿Vuestras fechorías de siempre?

—Nada —dice el gordo. Ahora veo que ni siquiera lleva calzoncillos. Solo una camiseta, como Winnie the Pooh.

—Esta es Tabby —explica mamá—. Es la hermana de Bird. —Hola, Bird —digo, intentando esbozar una sonrisa—.

¿Te acuerdas de mí?

Saca la lengua por la comisura del labio mientras niega en rotundo con la cabeza.

—No pasa nada —añado.

Me mira fijamente mientras estira el brazo despacio, agarra un borde del papel pintado y lo arranca en un largo jirón. Mamá sale de la estancia para comprobar los armarios y los demás nos quedamos mudos hasta que vuelve y coloca un cuenco de sopa delante de cada uno de los hombres. A Bird le ata un trapo alrededor del cuello y empieza a darle de comer con un cu charón de plástico. Después de que sorba unas cuantas cucharadas, mamá le da un golpecito en el codo al hombre con el parche en el ojo y dice:

—Venga, cómete la sopa, Stanley. Tabby no muerde.

Cuando terminan de comer, mamá friega los platos y yo los seco. Me cuenta que Bird no está en condiciones de vivir solo, pero que se

niega a ir a un centro. Una vez intentó llevarlo y se puso a escupir a las enfermeras y rompió un televisor.

—Pregunté por ahí y me enteré de que estos dos estaban viviendo aquí con su hermano mayor. Bird recibe un cheq ue por discapacidad todos los meses, así que le dije al hombre que podíamos pagar un poco de alquiler y yo ayudaría con la limpieza y las comidas. Bird se mudó una semana después y el hermano me dijo que se iba de viaje a pescar. Esa fue la última vez que lo vimos. —Mamá limpia algunas manchas de sopa del trapo—. Yo me quedé durante un tiempo, pero cuando Poppy se largó tuve que volver al tráiler. Ahora estoy todo el santo día yendo y viniendo para darles de comer a todos.

Oigo un ruido fuerte y me vuelvo hacia la habitación contigua. Winnie the Pooh se ha agarrado a la silla de ruedas de Bird y está intentando tirarle al suelo. Se lo digo a mamá y ella se toma su tiempo para terminar de fregar antes de ir a separarlos. Cuando vuelve, trae una Game Boy en la mano.

—Se la voy a requisar para siempre. No provoca más que peleas. —Me muestra la pequeña pantalla—. ¿Ves estas barras? Tienes que moverlas muy rápido mientras caen para que encajen antes de que caigan las siguientes. —Sigue con la demostración hasta que le pregunto si no es hora de irnos ya.

Cuando por fin salimos, cojo una gran bocanada de aire y me alejo lo más rápido que puedo.

—¿Por qué no me habías dicho nada, mamá? —grito—. ¿Qué coño le ha pasado?

—Le dieron una paliza. Perdió la movilidad en las piernas y la mitad de la capacidad cerebral. A veces pienso que está mejor así. Por el camino que llevaba, seguro que alguien ya lo habría matado.

—¿Quién le dio la paliza?

—Empezó justo después de mudarnos aquí, con una bronca. Probablemente por alguna mujer, como siempre. Bird se estaba vengando de alguien cada dos meses. Ahora está bastante bien la mayor parte del tiempo, excepto cuando se da cuenta del panorama. Se pone de mal humor cuando no puede imponer su voluntad. Me siento mal por sus hijas. Su madre se las llevó al oeste cuando él salió del hospital. De vez en cuando pregunta dónde están, pero la mayoría de las veces se olvida de ellas, que es lo mejor para todos.

—¿Cómo va a ser eso lo mejor para todos?

Mamá no tiene respuesta.

—La vida es dura, Tabby. Siempre he culpado a tu padre de todo, pero sin él todo ha seguido igual de mal.

—¿Debería preguntar por Jackie?

—Jackie vive cerca. Está empeñado en averiguar quién le hizo esto a Bird. Pero le va bien, trabaja en la construcción, ya ni siquiera fuma. Su novia dice que ve programas de pesca y se acuesta temprano casi todas las noches.

—¿Puedo llamarlo?

—Por supuesto.

—¿No habla a través de una caja de voz o tiene un ojo de cristal o algo así?

—Pues...

—¿Qué?

—Que va a ser padre.

—Joder, qué susto me has dado.

—¿Te parece poco eso?

Antes de preparar el sofá para dormir, llamo a West desde el teléfono de la cocina.

—Voy a ver a mi hermano Jackie mañana por la noche —susurro—. Espero que no te corra prisa la camioneta.

—No me queda otra.

Jugueteo con el cable color mostaza.

—Te mentí. Nunca he conducido un Mustang.

—Los Mustang no molan tanto.

—Tengo una sobrina de cinco años. Se llama Janis. Le gusta tu nombre.

—Ah, ¿sí?

Intento pensar en qué más decir.

—Me gusta cómo suena tu voz al teléfono. Como un pastel de ángel.

—Lo de pastel de ángel suena bien. A lo mejor queda bien de postre después del asado.

3

Jackie vive a dieciséis kilómetros. Me ha organizado una fiesta de bienvenida. Cuando aparco el coche, todos sus amigos se dan la vuelta para saludarme con la mano. Salgo de la camioneta y Jackie baja del porche de un salto y se quita la gorra como si estuviéramos en misa o algo así. Tiene el pelo negro pegado a la frente, tan espeso y brillante como siempre. Mamá solía decir que Jackie se había quedado con todos los genes buenos, aunque yo no estoy tan segura de que tuviéramos de eso. Parece de otra familia. Tiene ojos grises enmarcados en unas gruesas pestañas. Cuando nació, papá lo miró y acusó a mamá de haberse tirado a otro.

—Tabby Vomitabby. —Jackie me da un puñetazo en el brazo. —Black Jack.

Se abrocha un par de botones de la camisa de franela antes de levantarme del suelo con un abrazo de oso.

—Me alegro de verte, tía. Creía que habías pasado a la historia. —Se da la vuelta y grita a los que están en el porche—: Gente, esta es mi hermana mayor, Tabby. No quiero verla sin una cerveza en la mano el resto de la noche.

Una morena bajita me saluda desde lo alto de la escalera con una cerveza fría, pero Jackie la coge del brazo.

—Esa mierda no —dice, y rebusca en la nevera para darme una Oland.

—Soy la novia de Jackie, Jewell —se presenta la chica—. Encantada de conocerte. —Es diminuta, a excepción de la barriga de

embarazada que se le marca debajo del vestido color marfil.

—No eres mi novia —dice él, dándole un pellizco en el culo.

Ella lo fulmina con la mirada.

—¿Quieres casarte? Tú sigue así. Y haré que me compres un anillo de compromiso tan rápido que te dará vueltas la polla.

Enseguida se pone a hablarme del tiempo y Jackie se excusa para ir a por salsa barbacoa. Me doy cuenta de que la mujer que le hizo las uñas a Janis está al otro lado del porche. Nos miramos al mismo tiempo y me saluda.

—Conociste a Tabby el otro día, ¿verdad, Kim? —dice Jewell.

—Pues sí. —La mujer termina de masticar una patata frita y pregunta—: ¿Qué tal tu sobrina? No me había dado cuenta de que erais familia de Jackie hasta que mencionaste a Poppy.

—Gracias por el dato sobre Lyle. —Saco el papel del bolso—. Me dio esto.

Se acerca y le echa un vistazo.

—No lo conozco. Pero deberías llevarte a Jackie si vas. Yo no me fiaría de Lyle.

—¿Por qué no?

—Porque es Lyle. —Me coge un mechón de pelo y se frota las puntas entre los dedos—. ¿La humedad te está jodiendo el pelo? Cuando me mudé a Jubilant, por poco me rapo la cabeza, te lo juro.

Antes de poder seguir haciéndole preguntas sobre Lyle, se baja del porche. Miro cómo rebusca algo en el maletero de un coche y saca un salón de belleza entero. Se mete la botella de Bacardí en el escote para liberar ambas manos y sube todo por las escaleras.

—Me lo llevo todo a casa por la noche porque me entran a robar en la tienda al menos una vez al mes —dice sin aliento. Se saca la botella de las tetas—. Ya nadie viene a peinarse. Todas van donde la zorra de Gina para ponerse extensiones. Yo no las hago porque todo el mundo quiere quitárselas en cuanto se las ponen, y acabas trabajando dos veces y cobrando una. Pero Gina lleva pantalones de chándal con su propio nombre escrito en el culo, así que no está dispuesta a hacer cuentas.

Me empuja al interior, a la mesa de la cocina de Jackie, aparta a un lado las novelas viejas de Jewell y las agujas de tejer, y sin darme cuenta acabo sentada en un taburete con una bolsa de basura colgada del cuello. Mientras ella me recorta las puntas, Jackie se sube al mostrador y empieza a hacerme todas las preguntas que se le ocurren.

—¿Tienes casa?

—Algo así.

—¿Hijos?

—No, pero ya veo que tú estás a punto de tener uno.

Kim mete baza y dice:

—Jackie es padre de la mitad de la escuela primaria.

Él sonríe.

—Trabajo setenta horas a la semana para pagarles las zapatillas.

—Te debe de encantar ser papá.

—Lo que me encanta es hacer el amor. Pero no todas las mujeres te dicen que te están tendiendo una trampa. No me di cuenta de que estaba haciendo a la mayor parte de esos niños hasta que a sus

madres se les hinchó la barriga y se presentaron en mi casa pidiendo pasta. —Se calla cuando Jewell entra y desliza unos posavasos por debajo de nuestras bebidas.

—Jackie —digo cuando vuelve a salir—. ¿Tienes serrín en el cerebro o qué? Hay una cosa que se llama condón.

—¡Dios mío! —Se deja caer sobre la encimera, muerto de risa—. Te juro por Dios que eso fue lo último que me dijiste antes de irte de casa hace un millón de años.

—Probablemente sea verdad —le digo a Kim—. Y eso que solo tenía once años.

Echo un vistazo a sus paredes. Tiene un calendario de Jack Daniel's con las citas del ginecólogo de Jewell garabateadas y un teléfono público montado junto a la nevera, que, según él, generará los ahorros para la universidad de los niños. Alguien echa una moneda y hace una llamada mientras estamos allí. No sé cómo lo ha montado, pero es prueba suficiente de que es hijo de su padre.

Veo que en la nevera hay pegada una foto de Jackie y Bird. Están agarrados del hombro, con rifles colgados a los lados. Bird parece enorme y fuerte; por lo menos le saca una cabeza a Jackie.

—Antes íbamos a la cabaña de caza —dice Jackie, señalando la foto con la botella—. Ese día Bird mató a cuatro faisanes y me lo restregó por la cara durante varios meses. Ahora le digo que los maté yo. No se acuerda. —Se le borra la sonrisa y le da un largo trago a la cerveza—. ¿Le has visto?

—Ayer —respondo.

No añade nada más. Kim me hace unas mechas en el pelo y me habla de sus labradores. Luego me lleva al lavabo, me aclara la cabeza y me ahueca el pelo con los dedos mientras me lo seca. —¡Tabby! —Jackie suelta un silbido—. Pareces una supermodelo.

Me miro en el espejo del baño y sonrío.

—Hostia, Kim, ¿cómo puedo pagarte esto?

Ella me retira la bolsa de plástico de los hombros y recoge todo el material.

—¿Ves al enano idiota ese con botas de goma? —Señala a un chaval con los dientes torcidos que bebe de una taza donde pone en letras borrosas: «demasiado sexo nubla la vista»—. No dejes que se me acerque.

Se dirige al porche y, efectivamente, él le pisa los talones. Le doy un golpecito en el hombro, me presento y durante las dos horas siguientes me cuenta toda la historia de su vida. Se apellida Miller, pero como todo el mundo llama Miller a su hermano mayor, se quedó con Mini Miller. Es el único cetrero de las Provincias Marítimas; entrena a su halcón ocho horas al día y le pagan cero dólares y cero céntimos por todo su duro trabajo. Finjo interés mientras me enseña todas sus marcas de garras y cicatrices de picotazos. En secreto, miro el reflejo de mi nuevo peinado en todas las superficies disponibles, incluida la tostadora de metal.

—Bueno, de todos modos —dice Mini Miller, volviendo a pegarse la tirita que se ha quitado para mostrarme la herida infectada que tiene en el cuello—. Tienes que venir un día para ver a mi halcón. —Se saca un porro mal liado de detrás de la oreja y enciende el extremo equivocado.

Jackie le oye mientras va a mear. Le da un golpe en la espalda a Mini Miller y le suelta:

—Lo siento, tío, a mi hermana solo le interesa ver las pollas de los tíos si miden más de siete centímetros.

—Joder, Jackie —dice Mini Miller, expulsando nubes de humo—. ¿Por qué tienes que contárselo todo a todo el mundo?

Jackie se dirige al Bluebelles. Reconoce la dirección. Dice que sus amigos lo llaman «Blue Balls» porque los hombres casados van allí después del trabajo a ver a las bailarinas y se les ponen las pelotas azules antes de volver a casa con sus queridas esposas.

—Obviamente, también los hay que pagan por aliviarse en la trastienda —dice, retorciendo la gorra entre las manos.

—Entonces, ¿quién es Lyle Kenzie?

Jackie vuelve a ponerse la gorra.

—No es más que un puto gordo perdedor que no sabe ni ser alcohólico.

—¿Es que hay una manera correcta de ser alcohólico?

—No te puedes emborrachar con todos los tipos de alcohol que existen. Hay que elegir uno. Una vez vi al tío este con una copa de ron y ponche de huevo espolvoreado con puta nuez moscada, sorbiéndolo con una rama de canela.

—¿Qué relación tiene con Poppy?

—No lo sé. Un día empezó a ir al taller de mierda ese. Probablemente le compra droga.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Él desliza el dedo por la capa de polvo del salpicadero.

—Hace unos tres meses. Dice que está bien, pero no lo está. Si te digo la verdad, yo ya he tirado la toalla con ella. Mamá cuida de los niños y parece que les va bien. Yo ayudo un poco, y Poppy manda dinero cuando pasa fuera bastante tiempo.

—Esta vez no.

—Bueno. —Jackie se yergue en el asiento—. Jewell ganó en el bingo la semana pasada. Le pediré prestado algo si es necesario.

—¿Cómo acabaste con Jewell, con lo buena chica que es?

—Es de Fiddle Bay, vino a Jubilant a ver a su primo. Yo pasé a su lado con el coche y, cuando la vi entrando en un bar con ese culo, me tiré detrás.

—Qué historia tan conmovedora para dormir al bebé.

—Cuando se enteró de que yo le iba a traer problemas, ya nos habíamos dado unos cuantos revolcones. Y ya era demasiado tarde, estaba pillada. Pero no le contaremos nada de eso al niño.

—¿Cómo sabes que es un niño?

—Hasta ahora todos han salido con pito. Menudos cabrones son; eso sí, algunos bastante guapos. Solo hay tres, por cierto. Kim te estaba vacilando.

—De tres madres diferentes, supongo.

—Carla, Chrissie, Cora Lee: las tres ces. Todas locas de atar.

Una casa aparece entre los árboles. La familia que vive allí está sentada en unas sillas de jardín mirando hacia la carretera en vez de hacia la puesta de sol del lago que tienen a su espalda. Me gustaría ser uno de ellos, ahí repantingada con un perro y una Corona en la mano. Uno de ellos señala la camioneta; me imagino que están jugando a adivinar adónde va la gente. Me pregunto si a alguien se le habrá ocurrido que somos un dúo de hermanos recién reencontrados que intentan localizar a una prostituta desaparecida.

—Ya es hora de que encuentre un trabajo de verdad —digo en voz alta.

—¿Nunca has tenido trabajo?

—Me pasé cuatro años en Raspberry. Nadie contrata a delincuentes juveniles que no tienen ni número de la seguridad social.

—¿Qué? —Jackie se vuelve hacia mí—. Creía que te habías mudado a un lugar mejor.

Niego con la cabeza y sigue mirándome. Cuando éramos niños, a la hermana mayor de un amigo de Jackie la mandaron a Raspberry. Cher era la típica chica mala de pueblo, demasiado guay para el colegio, pero no tan dura como para evitar robar le los cigarros y metértelos en el bolsillo. Cuando volvió unos meses después, se había rapado la cabeza dejándose escrito en un lado: «tus muertos». Al poco, estranguló a su novio con un cinturón cuando se enteró de que le había puesto los cuernos.

—Sí que he tenido trabajos —digo—. Pero no por dinero. He limpiado habitaciones de motel, he cosechado marihuana, he sido conejillo de indias de tatuajes, cosas así. Un verano, el maquinista del Gusano Loco de la feria ambulante de Bill Lynch me dejó sustituirle cada vez que se iba a hacer una paja. Solo me pagaba con fichas de la feria, pero me daba un montón. Así que yo salía al aparcamiento y las vendía a mitad de precio. —¿Y qué coño es un conejillo de indias de tatuajes?

—Un tipo estaba empezando un negocio de tatuajes y me usó para probar diferentes tintas y diseños. Tengo unos cuantos en el culo que intento esconder de West.

—¿West? ¿El de la taberna?

—Sí.

Jackie me mira, sacude la cabeza y resopla.

—Madre de Dios. Sabes que no puedes poner nada de eso en un currículum, ¿verdad?

—Ya lo sé. Tampoco tengo que entrar en detalles. Diré que he sido adiestradora canina, jardinera, ayudante en eventos y asistente de artista. Si quieren mi currículum, me tocará arrodillarme.

—Ayudante en eventos —dice entre risas—. Creo que eso es mucho resumir.

El sol se esconde entre los árboles y las nubes empiezan a acumularse formando una bola gigante. En la media luz, la autopista resplandece.

—Mira —digo, señalándola—. Qué bonito.

Jackie entorna los ojos.

—Son cristales rotos. De conductores borrachos.

—Ah.

Da un golpecito contra la ventana con los nudillos, suspira y se saca del bolsillo una bolsa de tabaco de mascar.

—No se lo digas a Jewell. Se suponía que esta mierda me ayudaría a dejar de fumar. Pero ahora estoy enganchado. —Echa mano a la bolsa y se pone un poco bajo el labio.

Nos quedamos en silencio mientras debato cómo sacar el tema de papá.

—¿Qué tal en casa cuando me fui?

—Igual que cuando estabas. Salvo que papá se volvió aún más cabrón y mamá más dura con él. No paraban de discutir y nosotros

nos dispersamos. A veces íbamos a casa a comer, pero cada uno estaba tramando su propio plan de fuga. Bird y yo empezamos a trabajar en la construcción cuando yo tenía quince años. Poppy tenía novios mayores con los que pasaba las noches. Al final, papá cabreó a un tío al que no tendría que haber cabreado. Localizó droga de primera, convenció a unos cuantos ejecutivos para que le dieran un pastizal, compró toda la que pudo y se la vendió a un capitán de barco que iba a Estados Unidos. Les sacó tanta pasta que era imposible que se saliera con la suya. Les devolvió incluso menos dinero del que habían puesto, el muy imbécil. Al día siguiente, una banda se presentó en la casa con navajas, hachas, de todo. Papá se lar gó y ellos fueron detrás, y le dijeron a mamá que volverían a por el resto de nosotros. Mamá tenía miedo de que, si llamaba a la policía, encontraran algo de papá en casa y le echaran la culpa a ella, y al final acabara en la cárcel y no pudiera cuidar de nosotros. Así que llamó a una vieja amiga suya, Bev, y le pidió que nos metiera en su coche y nos llevara a Jubilant. Bev nos dejó en el Ejército de Salvación y luego mandó a mamá a la mierda. Al cabo de unos meses, ahorramos el dinero suficiente para comprar el tráiler. Bird y yo solíamos hacer autostop para ir y venir y así íbamos sacando sus cosas de la casa y llevándoselas. Nos pasamos años así.

—¿Y qué pasó con el dinero?

—Ni puñetera idea. Ya sabes que papá no es capaz de ahorrar ni un dólar. Probablemente se lo fundió en una semana.

Me quedo pensando.

—Deberíais haber guardado el vestido bueno de mamá.

—¿Qué?

—Su vestido amarillo. Todavía sigue colgado en el armario.

—¿Has entrado ahí? No es seguro, Tabby. El suelo está a punto de hundirse.

—Era como si os hubierais evaporado.

—¿A que acojona?

—Hace falta mucho más que eso para acojonarme.

Delante de nosotros aparece un rótulo enorme donde pone: «chicax guapax,6 dólares». Detrás, en la fachada del almacén azul, hay pintada una silueta de una mujer tetona doblada por la cintura con las manos en las caderas. Está desnuda salvo por un lacito atado al cuello.

—¿Por qué lleva un lacito?

Jackie la mira y se encoge de hombros. Encuentra un vaso de café vacío en el suelo y escupe dentro.

—¿Por qué no?

Una suave llovizna cae ahora sobre la treintena de coches que hay en el parking. Aparcamos y al entrar unos cuantos hombres se dan la vuelta para asegurarse de que no estoy casada con ninguno de ellos. Los taburetes y las paredes están pintados de un tono azul neón y se respira un hedor a vómito. La mujer que baila alrededor del poste ni siquiera se esfuerza por no parecer cabreada de narices. Nos sentamos en un rincón y esperamos a un camarero. Al cabo de cinco minutos, una mujer con unas bragas de cuero con flecos se acerca con una bandeja. Rocía el mantel de vinilo con un producto para limpiar el cerco de vino tinto que ha dejado el último cliente.

—Buenas noches, señora —dice Jackie, quitándose el sombrero—. Tomaremos dos copas de su mejor cosecha.

Ella abre dos cervezas de golpe y nos las planta en la mesa. —¿Algo más?

—¿Poppy Saint trabaja esta noche?

—No.

—¿Y ha venido por aquí últimamente?

—No.

—¿Sabe dónde está? —A Jackie no se le da muy bien aparentar normalidad, porque no deja de dar golpecitos con el pie como un demente.

—Es su hermano —interrumpo—, no un novio celoso. El hijo de Poppy está enfermo y tenemos que hablar con ella.

Ella duda.

—No se nos permite decir nada a los clientes sobre las bailarinas.

—Solo queremos saber qué noches baila.

—Hace tiempo que no baila aquí.

—Entonces no es bailarina.

Jackie la mira desde debajo de sus largas pestañas.

—¿Tiene hijos?

Ella relaja los hombros.

—Poppy viene los fines de semana. Pero si le preguntas a otra persona, te dirá que ya no trabaja aquí.

Se marcha y Jackie examina su botella para ver si hay algo flotando dentro.

—¿Y ahora qué?

—Pues venimos este fin de semana y te vas a la trastienda.

—Y una mierda. —Por poco se le cae la cerveza—. Solo me falta que alguien me vea volver y entonces medio Jubilant se enterará. Y Jewell se volverá loca.

Me muerdo la uña, pensando.

—Pues nos traemos a mamá. Que ella responda por ti.

—Vale. —Aparta la botella—. Vámonos ya de este antro.

Me bebo de un trago la mitad de la cerveza y volvemos a la llovizna, respirando la brisa fresca del mar. Espero a que estemos de nuevo en la carretera para hablar:

—Mamá dice que no te metes en líos por una razón.

—¿A qué te refieres?

—Dímelo tú.

Empieza a llover a cántaros y los limpiaparabrisas no funcionan bien. Tengo que parar dos veces porque no veo ni a medio metro de distancia. Jackie no me dice nada, se queda sentado mirando al frente. Cuando por fin lo dejo en su casa, se baja de la camioneta de un salto, se da la vuelta y mantiene la puerta abierta, dejando que se cuele la lluvia.

—Tabby, no me meto en líos porque tengo hijos que empiezan a copiar todo lo que hago. —Tamborilea con las palmas de las manos sobre el capó—. ¿Vale?

—De acuerdo.

Cierra la puerta sin mirarme a los ojos y observo cómo camina por la hierba mojada con las manos en los bolsillos. Hasta por detrás parece rebosar culpa.

Janis no puede dejar de mirarme el corte de pelo nuevo. Se estira en la alfombra con los brazos cruzados bajo la nuca y me dice:

—Pareces finalista de un concurso de belleza.

—Anda, muchas gracias. Siempre he querido quedar segunda.

—Espera. —Se baja las gafas de sol sobre la nariz—. Finalista significa la mejor.

—Finalista significa que has llegado a la última prueba pero no te has llevado el premio.

—No, es la ganadora, porque quedas al final. Hay una chica en mi grupo de la iglesia que siempre está hablando de que su perro fue finalista en la exhibición canina. Su madre debió de darle cien pavos al juez, porque ese perro es tonto y siempre está ladrando como un poseso y tiene el pelo hecho puré. —Le revuelve el pelo a Swimmer con las manos hasta que se le eriza en todas direcciones.

Swimmer me señala.

—Amalilo.

—«Amarillo», Swimmer. —Janis le agarra de las orejas y le atrae la cara a la suya. Su cabeza parece diminuta en comparación con la de él—. ¡A-ma-ri-llo! —Lo suelta y Swimmer se cae de espaldas. Janis me mira y dice—: Le gustan las rubias. Le encanta Dolly Pardon y nos obliga a escuchar el disco de Navidad de Kenny y Dolly aunque sea verano.

—Dolly Parton —corrijo.

—Eso. Dolly Pardon.

Swimmer empieza a cantar una versión de With Bells On, con gestos de manos y pataditas incluidas. Janis se tapa los oídos y se esconde

debajo del sofá.

Después de cenar, mamá y yo metemos a los niños en el coche y los llevamos a casa de Jackie. Cuando entramos, vemos que Jewell tiene preparado un estuche de rotuladores y un montón de folios en la mesa. Está haciendo unos sándwiches de queso a la plancha y dándoles forma de corazón con un cortador de galletas.

—¿Adónde vais vosotras? —pregunta Janis, sin quitarse el abrigo.

—Bingo —le dice mamá—. La tía Jewell va a cuidar de ti.

—¡Anda, si es Janis, el terror del barrio! —dice Jewell, abriendo el congelador—. Jackie te ha comprado un poco de ese helado de chicle que te destroza los dientes. Ven a verlo.

Janis se vuelve hacia nosotras.

—Decidle a esa Poppy Saint que vuelva aquí a la de ya —suelta cruzándose de brazos—. Y decidle que Janis ha dicho que Swimmer no sabe hacer nada y que necesita a su mamá.

Swimmer se tambalea con los dedos en la boca y se apoya en su hermana, mirándonos con sus ojos grandes y solemnes. Jewell les desabrocha los abrigos y los lleva a la mesa mientras nos escabullimos.

—Como encontremos a Poppy la voy a estrangular —dice mamá.

—¿Siempre ha sido así de desastre? —Le lanzo a Jackie las llaves de West mientras mamá y yo subimos al otro lado de la camioneta.

—No siempre —dice Jackie—. Tuvo a Janis cuando solo tenía dieciséis años y era una bala perdida, pero entonces tuvo que ir a la escuela nocturna por orden judicial. Allí empezó a leer libros y acabó

sacando sobresalientes. No nos lo podíamos creer. Luego hizo un curso para maquillar muertos...

—Arreglar a los cadáveres para los funerales —interrumpe mamá.

—Eso —dice Jackie, metiendo marcha atrás para sacar la camioneta de la entrada—. Tiene el graduado escolar, pero nadie la contrata.

—¿Por qué no?

—Porque papá chantajeó a la funeraria de Solace y se corrió la voz.

—Estuve allí el otro día. ¿Cómo los chantajeó?

—Descubrió que enterraban los cuerpos en ataúdes caros y luego los sacaban y los envolvían en arpillera. Volvían a enterrar los cuerpos, limpiaban los ataúdes y los revendían. Por eso todos los cadáveres flotaban sueltos por ahí cuando ocurrió la inundación.

—¿Y cómo se enteró papá?

—Vete tú a saber. Los delincuentes se huelen como perros.

—¿Qué tiene que ver eso con Poppy? Ella no es papá.

Jackie suspira.

—Yo qué sé, Tabby, si la vida fuera justa, yo habría crecido jugando en ligas menores y yendo a casa de la abuela los domingos a comer jamón.

Mamá le lanza una mirada de reproche y contraataca:

—Pero en vez de eso pegabas a los niños con un bate de béisbol y llamabas a tu abuela puta gorda.

No sé por qué me hace gracia. Empiezo a reírme y enseguida me pongo a temblar de la risa. Jackie resopla, mamá se une y los tres

nos carcajeamos por toda la autopista.

—Es que era una puta gorda —chilla Jackie entre jadeos, secándose los ojos.

—¡Ya lo sé! —grita mamá, y nos da otro ataque de risa.

El Bluebells está hasta los topes. Parece el ultramarinos en el día de las degustaciones, lleno de tíos grasientos merodeando por ahí y salivando delante del género. Cogemos una mesa y por fin aparece una camarera que ni siquiera se molesta en decir hola, sino que solo nos informa de que la cerveza cuesta un dólar más los fines de semana. Mamá pide una taza de té, pero no tienen de eso, así que Jackie le pide una piña colada sin alcohol. La camarera la trae en una copa de plástico con una falsa rodaja de naranja pegada al borde. Mamá la mira como si quisiera morderla. —Mamá —dice Jackie—. ¿Cómo aguantaste tantos años a papá sin beber ni un trago?

—No lo sé. —Mira a todos los clientes que se llevan botellas a la boca—. Pensé que alguien tenía que estar sobrio o nos iríamos todos a la mierda.

Jackie parece incómodo sentado junto a su madre en un lugar como este. Le hace señas a otra camarera.

—Disculpe, esta noche me gustaría un poco de acción en la trastienda, ¿se puede?

Ella ni siquiera se detiene.

—Tienes que hablar con Charlie.

—Vale. —Se levanta y le da un golpecito en el brazo—.

¿Y dónde está Charlie?

Ella se señala el cinturón de munición lleno de chupitos que lleva puesto.

—Estoy ocupada, cariño. Dame diez minutos.

—Está de permiso de fin de semana —interrumpo—. No le quedan muchos minutos.

Chasquea los dedos.

—Pues vamos.

Jackie me mira mal y la sigue.

Mamá toquetea un posavasos sobre la mesa. Está de los nervios.

—Menudo sitio —comenta—. Por el amor de Dios. Allí hay una mujer con el culo de los vaqueros cortado. ¿Qué sentido tiene eso?

Una nueva bailarina aparece en escena untada en aceite. Mamá se la queda mirando, paralizada, y luego me dice:

—No quiero que Janis y Swimmer crezcan como tú. —Sus palabras quedan suspendidas entre nosotras mientras la mujer empieza a retorcerse entre unas cadenas—. Sé que tuvo que ser duro. Nunca dejé de rezar por ti, Tabby. Me repetía a mí misma que estabas bien, que esa mujer te había criado bien. Pensaba que te habría instalado en una casa bonita con un dormitorio rosa bonito. Me imaginaba que tendrías una nueva vida y que estarías mejor que nosotros y no querrías volver. No tenía ni idea de cómo encontrarte.

—Ni que lo hubieras intentado.

—Bueno, a lo mejor no fuiste a un colegio caro ni llevas abrigos de piel ni nada por el estilo, pero creo que tuviste muchas cosas a tu favor.

—¿Crees que tienen dormitorios rosas y bonitos en Raspberry, el Centro de Material Defectuoso? Porque ahí es donde me crie.

Mamá emite un sonido gutural como el de un gato que intenta expulsar una bola de pelo, busca en el bolso un pañuelo de papel arrugado y se limpia el rímel de los ojos antes de que se le corra. Se le ve todo el pelo gris bajo estas luces azules.

—¿Alguna vez te has metido en las drogas? —me pregunta. —Lo intenté. Pero eran difíciles de conseguir en Raspberry.

—¿Cuánto tiempo estuviste?

—Cuatro años. —Levanto la voz por encima de la música para que pueda oír todo lo que le digo—. Luego pasé un tiempo en un piso tutelado, pero me escapé y acabé en un edificio abandonado en Saint John con un grupo de adictos al crack. Solían ir por ahí recogiendo aparatos electrónicos rotos en carritos de la compra. Sacaban los cables, freían las carcasas de plástico en un pequeño hibachi y vendían el cobre por unos dólares en una chatarrería. Ese era su objetivo en la vida: encontrar pletinas viejas, freír los cables, venderlos, comprar droga, freírse el cerebro. Si de verdad quieres ver lo que las dro gas pueden hacerle a la gente, date una vuelta por uno de esos lugares.

Mamá saca dos cigarros del paquete y me ofrece uno.

—¿Crees que Poppy podría acabar así?

—Claro —digo, mientras rebusco en el bolsillo para sacar el mechero —. Una de las yonquis que conocí ahí se había criado en una mansión de Ontario. Si ella acabó así, cualquiera puede. Cuando la conocí, se había destrozado casi toda la piel de la cara y el cuello porque sentía que le ardía todo el tiempo. Le gritaba a la gente que le apagara las llamas.

—¿Cómo pudiste vivir con esos drogadictos?

—No tenía elección. Pero al cabo de unos días hice autostop con una chica que me llevó a una granja de marihuana a las afueras de Oromocto. Me presentó a su hermano, un tatuador, y acabé viviendo con él. No era mal tío. Aunque tenía algunos problemas.

Mamá se inclina para encenderse el cigarro.

—¿Qué tipo de problemas?

—Nada serio. Le gustaban los zapatos de mujer. Compraba pares nuevos y me hacía llevarlos durante unas semanas. Luego tenía que devolvérselos.

—¿Para qué?

—Le gustaba el olor.

—Eso es asqueroso, Tabby.

—¿Y a mí qué más me daba? Me ofrecía un techo bajo el que dormir, comida, me dejaba conducir su coche... Y cada dos semanas más o menos me hacía un tatuaje y me daba un par de tacones nuevos. En realidad, si lo piensas, me mimaba bastante. —No quiero ni pensarlo.

Miro de reojo su cóctel.

—¿No te lo vas a beber?

Me lo acerca y le doy unos sorbos entre calada y calada al cigarrillo, mientras vigilo la puerta de atrás.

—¿Y tú qué? —pregunto.

—¿Yo qué?

—¿Cuándo os separasteis papá y tú?

—Cuando nos mudamos a Jubilant ya no era capaz ni de olerle los pedos. Como un año después, se presentó en la puerta de casa. Le dije que estaba hasta el gorro de él, y llamé a la policía para que se fuera. Después de aquello volvió un par de veces, pero no dejé que pusiera un pie dentro. Entonces, hace unos meses, me llamó para decirme que había pillado cáncer. Esperaba que saliera corriendo para hacerle de enfermera y me contó un cuento chino sobre que nunca había amado a otra mujer. Le dije que se la picara un pollo. La policía montada tenía una orden contra él y se enteraron de que había estado merodeando por Jubilant. No les dije nada, pero unas semanas después me llamaron para decirme que estaba en el hospital, y que le habían visto y sabían que no merecía la pena arrastrarlo por los tribunales con el dinero de los contribuyentes. —Mamá se agarra al borde de la mesa—. Ahí viene Jackie.

Apago el cigarrillo y veo a Jackie zigzaguear hacia nosotras entre la multitud.

—No se cree que estés aquí, Tabby —dice cuando llega a la mesa—. Le he dicho que nos veamos en la puerta de atrás dentro de dos minutos para demostrárselo.

—¿Va a salir? —Agarro el bolso.

—No sé. —Mira para atrás—. Hablamos fuera. El gorila ese está encima de mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mamá mientras salimos a toda prisa.

—He pedido estar con Poppy, y me han llevado a una habitación. Ha entrado y, al ver que era yo, ha intentado salir por patas. He tenido que agarrarla del cuello. Le he contado lo que Janis dijo sobre que Swimmer necesita a su madre. Y entonces se ha venido abajo, se ha echado a llorar y ha empezado a decir cosas sin sentido. Está desquiciada.

—¿Desquiciada en qué sentido?

—Desquiciada en plan yonqui. Preguntando quién está fuera, diciendo que se la van a llevar y mierdas así.

—¿Que se la van a llevar?

Jackie nos empuja dentro de la camioneta y rodea el edificio hasta llegar a la puerta de atrás. Nos quedamos ahí sentados mirando la puerta gris iluminada por un cartel de «Prohibido el paso». A nuestra espalda, la brisa que corre entre los árboles suena como una baraja de naipes. Jackie se estruja la visera de la gorra y mamá empieza a tararear una de sus viejas canciones de misa.

—Vamos, Jackie —susurra mamá—. Reza con nosotras.

—¿Cómo sabes que no lo estoy haciendo ya?

—Porque eres mi hijo.

La puerta se abre y por fin aparece. El corazón se me sube a la garganta y luego se desploma hasta mis rodillas. Tiene los ojos como dos túneles oscuros, las piernas largas y escuálidas y unos tacones altísimos. No para de tirarse del vestido de tubo hacia abajo para taparse los muslos.

—¿Jackie? —Entorna los ojos al cegarse con los faros. Tiene la voz de pito, como una niña pequeña.

Él abre la puerta sin apagar el motor y se baja. Mamá sale por la otra puerta.

—Poppy —dice mamá—, ya es hora de que vuelvas a casa y te recuperes. No puedo cuidar a los niños yo sola.

Poppy se agarra de un brazo, temblando.

—Sí, volveré. Pero ahora mismo no.

—¡Ahora mismo sí! —grita Jackie—. Te arrastro por los pelos si es necesario.

Poppy estira el cuello para intentar ver por detrás de él. Está a punto de volver corriendo adentro, así que salgo de la camioneta y doy unos pasos. Ella se acerca haciendo resonar los tacones hasta situarse delante de mi cara. Incluso en la penumbra, le veo los pinchazos en los brazos.

—Esta no es Tabby —afirma—. ¿Cuánto le habéis pagado a la zorra esta?

—Olvídalo —le dice Jackie a mamá—. No quiere a sus hijos. Tendrás que llevarlos a los servicios sociales. Vámonos.

Poppy intenta darle una bofetada, pero él la esquiva.

—¡Sube a la puta camioneta! —grita.

Poppy suelta un grito que retumba por todo el aparcamiento y me provoca un escalofrío por la espalda. Una vez oí ese mismo sonido cuando un gato se quedó atrapado en una de las trampas para conejos que teníamos detrás de la casa. La miramos mientras se quita los zapatos brillantes, primero uno y luego otro, y los lanza contra la fachada trasera del Bluebelles. Luego se acerca cojeando y se sube a la puta camioneta.

—No seas tan dramática —la riñe mamá.

Todos nos apretujamos a su alrededor y mamá saca un cinturón de seguridad de entre los cojines de vinilo y estira la mano por encima de mi regazo para intentar abrochárselo a Poppy. Jackie nos saca de allí antes incluso de que se cierre la puerta. Vamos los cuatro como sardinas en lata y apenas puede maniobrar con los brazos para conducir.

—Me acuerdo de ti. —Poppy tiene los ojos tan vidriosos que es difícil saber si me está mirando a mí. Deja caer la cabeza sobre mi hombro, manchándome la camisa de maquillaje—. Estabas sentada en nuestro antiguo tejado con una toalla atada al cuello como una capa. Te vi volar lejos, surcando las colinas. —Levanta el brazo huesudo e intenta hacer un movimiento de ola.

Mamá y Jackie están quietos como estatuas.

Cuando volvemos al tráiler, Poppy se tambalea por el pasillo hasta la habitación de los niños y no vuelve a salir. Jackie decide quedarse esta noche por si intenta escaparse. Vemos varias reposiciones de La Ruleta de la Fortuna en el salón y, so bre la una de la madrugada, mamá se levanta y dice que se va a la cama.

—Será mejor que uno de vosotros se quede despierto —nos dice.

En cuanto cierra la puerta, Jackie se dirige a mí:

—Háblame de ese tal West. ¿No le importa que antes fueras una Saint?

—Sigo siendo una Saint. Ni que me hubieran cambiado la identidad por arte de magia. —Le doy una de mis mantas.

—Me imagino que si el colega te presta su camioneta así como así, es que va en serio. Yo, antes de conocer a Jewell, no per mitía que una mujer dejara ni un paquete de tampones en mi casa, y mucho menos que se llevara algo.

Me muerdo la uña del pulgar.

—¿Cómo sabías que Jewell era la definitiva?

Se revuelve en el suelo, intentando ponerse cómodo.

—Se tenía que ir del pueblo, así que le dije que me estaba muriendo. Pero como no se me ocurría de qué me estaba muriendo, le dije que no podía irse porque necesitaba ayuda para mover un frigorífico. Ella dijo: «Venga, vamos a moverlo», así que le dije que no me lo traían hasta el miércoles. Entonces me preguntó por qué el repartidor no podía ayudarme a moverlo, y le dije que se estaba muriendo. Por último, ella gritó: «Jackie, ¿me estás pidiendo que me quede?», y yo dije: «Hostia, pues creo que sí».

Me echo a reír y mamá nos manda callar desde el dormitorio.

—Pero esta vez es distinto. —Estira los brazos por detrás de la cabeza y se queda mirando el techo—. Voy a ser el mejor padre de todo Jubilant.

—¿De todo Jubilant? —digo en tono burlón.

Coge al vuelo el cojín que le lanzo y se lo coloca debajo de la cabeza. Ninguno confía en que el otro no se quede dormido, así que los dos nos mantenemos despiertos toda la noche. Cuando está a punto de amanecer, me arrastro a la cocina para hacer café. Jackie aparece y nos bebemos la cafetera entera en silencio. Me levanto a preparar otra cuando Jewell aparece con los niños.

—¿Está aquí? —grita Janis, prácticamente tirando la puerta abajo. Echa a correr por el pasillo, se resbala con los calcetines y se estampa contra la pared del otro extremo.

Jewell va tras ella, con Swimmer enganchado a la cadera. Lo deja en el suelo y levanta las manos para mostrarnos los dedos del niño manchados de morado.

—Me dejé el material de manualidades por ahí y, cuando colgué el teléfono, Janis estaba jugando a las manicuras, poniéndole pintura de tela en las uñas con un pincel. —Se sienta en una silla y se queda mirando a Jackie—. ¿Qué tal ha ido?

Nos quedamos callados, escuchando cómo Poppy le murmura algo a Janis. Swimmer corretea por el pasillo guiado por su voz.

—Por lo menos ha venido —dice Jackie.

Después de unos minutos, Janis sale y nos dice:

—Parece un juguete de goma. A saber lo que ha hecho.

Jewell tiene que irse al médico y Jackie le dice que vaya yendo, que él quiere quedarse un rato. Mamá se despierta y prepara tostadas y huevos para todos, pero es más de mediodía cuando Poppy por fin sale de la habitación. Está tan esquelética que le cuelga la ropa del cuerpo. Conecto con la mirada todos sus huesos, pero no consigo encontrar a la hermana que recuerdo.

—Creía que te había soñado —me dice. Se sienta en el sofá con Swimmer pegado al costado. Le agarra la mano y nos pregunta—: ¿Qué narices es esta guarrería?

Janis examina su obra.

—A mí me parece que está muy elegante.

—¿Has dormido? —le pregunto a Poppy.

—Yo no duermo. —Se mete los dedos huesudos en el pelo para intentar desenredárselo—. Solo le doy vueltas a la cabeza.

—Déjanos eso a nosotros —dice mamá—. Intenta comer algo.

—Tengo que salir un rato.

Jackie se saca del bolsillo las llaves de la camioneta.

—Te llevo.

—¡Yo también voy! —grita Janis.

Poppy cambia de tema.

—Te has arreglado el diente —me dice. Se toca una de las paletas delanteras mientras me observa la cara—. Y yo antes era más guapa que ahora.

Jackie la interrumpe.

—Pops, si dejas las drogas y te recuperas, volverás a ser el pibón que traía loco a todo el mundo.

Me levanto a servirle una taza de café y mamá me susurra en la cocina:

—Seguro que pronto empieza con el mono.

Cada vez que le preguntamos a Poppy cuándo quiere salir a hacer ese recado, nos da largas. Jackie ya lleva horas de retraso en el trabajo. Llama para decir que no va a ir, pero su jefe dice que dos chicos ya han llamado diciendo que están enfermos. Jackie cuelga y maldice entre dientes.

—Vienen ahora a buscarme.

—No te preocupes —le digo—. Como Poppy intente algo le hago un placaje.

Diez minutos después, oímos un bocinazo, y cuando le acompaño afuera, Jackie me rodea con un brazo y luego con el otro. No me había dado un abrazo de verdad desde que medía lo mismo que Swimmer, y los dos nos ruborizamos. Echa a correr para subirse a una camioneta amarilla y, cuando se aleja, Poppy sale y se pone a mi lado. Entrecierra los ojos por la luz y se frota las costillas con la mano.

—Solo voy a salir un par de horas, Tabby. Necesito meterme algo.

—¿Qué tal si en vez de eso te pones las pilas? Si eliges una aguja antes que a tus propios hijos, entonces no eres la Poppy Saint que recuerdo. Esa chica sabía echarle un par.

Coge un puñado de piedras y las aprieta en el puño.

—No tienes ni idea de por lo que estoy pasando.

—Sí, la tengo.

Se vuelve hacia mí.

—¿Drogas?

—No. Lo otro. Lo que tienes que hacer para conseguirlas. Ni los temblores, ni los vómitos, nada puede ser peor que vender tu cuerpo. Si eres capaz de soportar eso noche tras noche, puedes pasar el mono sin problema.

La puerta se abre de golpe y Janis se abalanza sobre nosotras y se choca con los muslos de Poppy. Poppy abre la mano y las piedras caen a sus pies.

—Creía que te habías ido —le grita Janis—. Por favor, no te vuelvas a ir. Te prometo que no meteré más salchichas en el váter. Conseguiré trabajo para que puedas quedarte en casa con Swimmer.

—¿Trabajo? —dice Poppy—. ¿Qué vas a hacer?

—Pasear perros.

—Odias a los perros.

—No tengo que ser su amiga. Solo tengo que ponerles una correa en el cuello y tirar de ellos por todo el jardín hasta que se cansen. —Janis tira de la camiseta de Poppy—. ¡Vamos adentro! Mientras Janis la empuja hacia el interior del tráiler, Poppy se vuelve y me lanza una mirada asesina.

—He encontrado a mi hermana —susurro al teléfono—. Estaba por ahí metiéndose droga. Pero ya la hemos traído de vuelta a casa y va a ir a una clínica de metadona.

—No jodas.

—Jackie conoce una en el centro del pueblo y la convenció de que lo intentase. Tardamos una eternidad en obligarla a cruzar la puerta, pero una vez que le dieron una dosis, se calmó mucho. La enfermera quería que ingresara en el hospital por su peso y tal, pero Poppy le dijo que se escaparía a pillar si no estaba con sus hijos, así que accedieron a dejarla venir a citas regulares todos los días. ¿Te importa si me quedo en Jubilant unas cuantas noches más para asegurarme de que sigue así?

West suspira. Me lo imagino de pie en el pasillo, con una rodilla doblada y el pie apoyado en la pared. Probablemente tenga una cerveza en la mano y el auricular debajo de la barbilla.

—¿Por qué suspiras? ¿Crees que te voy a robar la camioneta? —No. Es que estoy cachondo.

Ahora me lo imagino jugueteando con el cable del teléfono, masajeándose el cuello.

—No pasa nada —añade—. Ya estaba aburrido y cachondo como un perro antes de que entraras en el Four Horses.

—Te estás portando muy bien conmigo, West. Qué pena que no bebas café.

—Claro que bebo. Pero me tiene que apetecer. —Hace una pausa—. Por cierto, ¿estás sola?

Janis aparece tras la esquina y grita:

—¿Con quién hablas? ¿Es tu novio? —Tapo el auricular lo más rápido que puedo y ella pregunta—: ¿Puedo hablar con él?

Levanto el auricular.

—Janis quiere decirte hola.

—Ponme con ella.

Janis arrastra una silla y se pone cómoda. Me quedo ahí de pie escuchándola cotorrear con él durante más de diez minutos sobre sus opiniones acerca de todo, desde tormentas de nieve hasta hombres con coleta. Probablemente ha descubierto más cosas sobre él que yo. La dejo hablar hasta que saca el tema de que derramé una Pepsi en la camioneta.

Esa noche, mientras mamá juega a la Game Boy y los demás estamos embobados frente al televisor, el Ford de Lyle Kenzie aparece en la entrada con un rugido y él abre la puerta de golpe antes de que tengamos tiempo de reaccionar. Poppy coge a los niños y echa a correr hacia el dormitorio. Intento cerrar la puerta, pero es demasiado tarde. Lyle se abre paso a empujones y me aparta a un lado. Miro a través de la puerta abierta y veo a otro hombre en la camioneta.

—¿Dónde está? —grita Lyle.

—Hay niños aquí, Lyle —dice mamá.

—Tiene que pagar.

Mamá trata de bloquear el pasillo, pero él la empuja. Le sigo de cerca mientras se aproxima a la habitación y abre la puerta del cuarto de los niños. Janis y Swimmer están sentados encima del baúl de los juguetes.

—¿Dónde está tu madre?

—No te lo voy a decir —responde Janis.

—No me vengas con gilipolleces —dice Lyle.

—¡La policía está de camino! —grita mamá desde el cuarto delantero.

Lyle se da la vuelta, pasa a mi lado hacia el salón y se asoma a la oscuridad que hay tras la ventana. Entonces se retira la parte delantera del abrigo para mostrarnos el revólver que lleva metido en el pantalón.

—Siete ochenta y dos —digo en voz alta, fingiendo hablar por un micrófono—. Tenemos un siete ochenta y dos. Lyle Kenzie y cómplice.

Lyle vuelve la cabeza en mi dirección y por fin me reconoce. Se abalanza sobre mí con los ojos desorbitados, luego cambia de idea y sale corriendo por la puerta, amenazando con algo que no consigo descifrar. Mamá y yo nos asomamos a la ventana y vemos cómo la camioneta sale del jardín.

—¿Qué es un siete ochenta y dos? —pregunta mamá. No parece asustada, lo cual me hace suponer que no es la primera vez que pasa esto. Vuelve a comprobar que los niños están bien y yo llamo a la policía de verdad. Unos veinte minutos después, aparece un coche y de él sale un policía que parece tener diez años.

—Estas escaleras no son seguras —me riñe, como si no tuviéramos problemas más graves en este momento. Se quita la gorra y mamá le sirve un vaso de Tang. Se sienta en el sofá, se lo coloca entre las rodillas y echa la ceniza del cigarrillo dentro mientras rellena el papeleo. Janis le dice:

—Mi madre está más flaca que un galgo, así que le he dicho a mi hermano Swimmer que la metiéramos en el baúl de los juguetes. Entonces ha entrado Lyle Kenzie con cara de reventar cabezas. ¿Quiere anotar lo que me ha dicho? Me ha dicho: «No me vengas con gilipolleces, o te enseño la pistola», y yo he dicho: «Oh, qué miedo, ¿dónde te has comprado la pistola? ¿En el Walmart?».

—Janis Jean —la interrumpe Poppy—. No inventes.

Janis se ruboriza y pone los brazos en jarras.

—Bueno, tampoco me puedo acordar exactamente de todo lo que ha pasado.

El policía deja de escribir y nos dice que no hay suficientes agentes de servicio para que pueda quedarse. Antes de que Jackie vuelva, ya se ha ido.

—¿Cuántas veces tengo que deciros que cerréis la puerta con llave? —le grita Jackie a mamá—. ¡Y voy a poner clavos en las puñeteras ventanas!

Ella pulsa el botón de pausa de la Game Boy.

—¿Y cómo vamos a ventilar?

—¿Estás dejando entrar a gente armada y lo que te preocupa es ventilar?

—No le he dejado entrar. —Mamá se quita las gafas, que le quedan colgando del cuello—. Ha entrado por las malas.

Jackie se acerca al coche a coger algunas herramientas. Janis lo sigue de cerca, dándole su versión de los hechos. Esta vez Lyle le ha dicho que iba a volar la casa por los aires.

—Si veis faros de coche, avisadme —nos dice Jackie—. No esperéis. —Mira a los niños—. Y se acabó lo de fumar aquí dentro. Os salís afuera.

—¡Yo no fumo! —grita Janis—. Es malo para los polmones. —Pulmones —corrige Jackie.

—Polmones.

—Que sí, vale —dice Jackie—. También es malo para los polmones.

Lo primero que hago a la mañana siguiente es ir a la comisaría. Cuando digo mi nombre completo, el agente me lanza una sonrisa burlona.

—Debe de ser la primera vez que una Saint entra aquí por voluntad propia.

Sonrío con dulzura.

—Pero probablemente no la primera que le escupa en el café en cuanto se dé la vuelta.

Me manda sentarme en una sala de espera durante casi una hora hasta que por fin grita:

—Ya puede entrar a hablar con el inspector Surette, si quiere. —¿Se refiere al hombre que lleva toda la mañana ahí sentado viendo el boletín deportivo?

Surette ya peina canas en el bigote, pero conserva una cara redonda de niño pequeño. Me hace un gesto para que pase a su despacho. En la mesa tiene una bandera de Acadia junto a un trofeo de bronce con forma de policía con el arma reglamentaria en alto.

—¿En qué puedo ayudarte?

Me siento y me coloco el bolso en el regazo.

—Sé que ha leído el informe. Si quería una mujer menos prostituyéndose por drogas, ya la ha encontrado. Pero ahora tiene que protegerla.

—Yo no tengo que hacer nada. —Apaga la televisión y se acomoda en la silla—. Ella ha hecho lo que debía. Ahora os tocaría sacarla de Jubilant para que no tenga que andar por ahí alerta todo el día. —Hago un gesto, y él me mira y añade—: Sí, yo también tengo mis propios intereses en mente. Llévate a tus hermanos y podremos llegar a un acuerdo. —Coge un plátano muy maduro, lo pela, le da dos mordiscos y lo tira a la papelera. —¿Qué significa eso?

—Significa que si necesitas ayuda con un camión de mudanzas o una nueva casa donde vivir o algo así, me avisas.

—¿Por qué?

—A veces tus hermanos son la mierda, a veces son el ventilador. De cualquier manera, siempre me toca a mí limpiar el desastre. Ahora mi mayor preocupación es esta. —Da unos golpecitos a un crucigrama a medio terminar—. Y quiero que siga así. —Se da cuenta de que estoy mirando su trofeo y lo empuja hacia mi lado de la mesa—. Este me lo dieron por «Dejarme el Culo de Tanto Trabajar». —Me enseña lo tersas que están las nalgas del hombrecillo, coge un pañuelo y lustra ambos glúteos antes de volver a colocarlo en su sitio. Luego abre un cajón, saca otro trofeo y me lo pone delante—. Este es el «Premio Culito de Bebé». Por gestionar una crisis con suavidad.

—¿Cuál era la crisis? —pregunto—. ¿La panadería se quedó sin bizcochos?

—Apuesto a que tuvo algo que ver o bien con el hermano uno, o bien con el hermano dos. —Me ofrece un chicle, pero lo rechazo. Él

desenvuelve uno y espero mientras hincha un enorme globo; me cuesta contener las ganas de levantarme y reventárselo con el dedo.

—¿Tiene algún premio que no tenga que ver con culos? —pregunto finalmente.

Se agacha a sus pies y planta un pene de cerámica sobre el escritorio.

Vuelvo a la camioneta dando tumbos y me quedo allí sentada echando humo. Tiene razón. Lo único que podemos hacer es largarnos. ¿Pero adónde vamos a ir? Nadie nos quiere cerca. Es la historia de los Saint, y se remonta a Garnet Saint y su puto espectáculo de fracaso ambulante. Quizá el abuelo Jack fue un borracho ladrón de nacimiento, pero papá se emparejó con una buena mujer que por algún motivo creyó que merecía una oportunidad. Podría haber conseguido un trabajo de verdad, pagar sus impuestos, ganarse el pan y traerlo a casa. En cambio, ¿qué fue lo que hizo? Se esforzó por ser el mayor gilipollas del mundo. Probablemente eso fue lo único que le salió bien en la vida.

Arranco el motor y conduzco con intención de regresar al tráiler, pero antes de llegar al cruce doy media vuelta y atravieso el pueblo a toda velocidad. Un horrible veneno me quema la garganta. Bajo la ventanilla y escupo unas cuantas veces, pero no logro desprenderme de él.

En Jubilant solo hay un hospital. Es un edificio antiguo que antes era un manicomio, y todavía hoy apesta a locura. Los pasillos están pintados de ese color amarillo verdoso que pone enfermo a cualquiera que no haya llegado ya mal. Cuando pregunto por Wendell Saint, todas las enfermeras de alrededor dejan de hacer lo que están haciendo y se vuelven hacia mí. Está en el último piso, en la esquina izquierda, lo más lejos posible del puesto de enfermeras, y estoy segura de que es por una buena razón. Subo y me planto en la puerta de su habitación, intentando armarme de valor.

—Hola, papá.

La mañana que Barbara Best vino a buscarme, mamá insistió en que esperáramos juntas en la entrada de casa. Papá tenía que salir en libertad de la cárcel en cualquier momento y mamá temía que, si aparecía antes de que llegara el Volvo de Bárbara, pusiera el grito en el cielo y se negara a dejarme ir. Papá siempre nos había considerado de su propiedad, probablemente porque apenas poseía nada. Mamá era suya. Bird, Jackie, Poppy y yo éramos suyos. Suyos porque así podía ignorarnos, darnos órdenes o usarnos como chivos expiatorios. Suyos porque así podía reclamarnos como público cuando tenía un chiste que contar, o arrearnos un puñetazo si no nos reíamos lo suficiente.

—Me ha enseñado fotos del sitio donde vas —dijo mamá, echando un vistazo a la carretera cada tres segundos—. Algunas muy bonitas. Es como las casas que salen en los programas de la tele.

Esperé ahí, con una mochila raída de Bird que solo tenía una correa, oyéndola de fondo mientras ella repasaba una lista de cosas que debía y no debía hacer, como mantener la cabeza baja en el coche hasta que cruzáramos el puente. O cuando estuviera limpiando culos de viejos, cantar una canción en mi cabeza e imaginarme un campo de margaritas. O comerme todo lo que me pusieran delante, aunque no lo hubiera visto en mi vida. O nunca, jamás, decir quién es mi padre.

En secreto, una parte de mí estaba encantada de poder convertirme en una persona diferente de verdad, no solo en mis fantasías. Tal vez podría ser una chica con vaqueros de marca, y con un caballo en un establo al que cepillar la cola cada vez que me viniese en gana. Mis nuevas amigas se llamarían Victoria y Cindy y me invitarían a fiestas de pijamas en las que el peor delito que podría cometer sería

robar galletitas de la despensa. Podría empezar de cero, como dijo mamá.

No discutí con ella cuando me dijo que me tenía que largar. En casa no había para dar de comer a todos, y fuera adonde fuera, era imposible ser más miserable. Siempre me pregunté cómo sería criarse en una familia normal, de esas que ven películas juntos y son capaces de aguantar una partida a algún juego de mesa sin que nadie estampe a otro jugador contra la pared. Veía a los niños en el colegio sacar bolsas para el almuerzo de velcro con sus nombres grabados en etiquetas, hablando de cómo sus abuelos los llevaban a la isla del Príncipe Eduardo a ver la casa de Ana la de Tejas Verdes. El único sitio al que nos llevaba la abuela Jean era al aparcamiento de la Royal Legion. Una vez, después de pasarse el día vigilándonos, nos dijo que quería ir a saludar a Gladys. Regresó corriendo tres horas más tarde. Recuerdo cómo sus enormes tetas sin sujetador se bamboleaban bajo el vestido azul claro que decía «La Abuela Más Genial del Mundo», mientras chillaba: «¡me cago en todo, me había olvidado de vosotros!». Bird y Jackie llevaban un rato saltando de coche en coche y Poppy se había comido unas pastillas para la tiroides que había encontrado entre los asientos.

Así que sí, estaba intrigada. Pero no conocía de nada a aquella mujer, Barbara, y por la forma en que mamá hablaba, daba la impresión de que nunca íbamos a volver a vernos.

—A tu padre se le romperá el corazón cuando se entere de que te has escapado.

—¿Cómo que me he escapado?

Le lancé una mirada asesina, me colgué la mochila al hombro y bajé hasta el inicio del camino de entrada, hecha una hidra. No miré para atrás y ella no me siguió, pero la oí sollozar como una plañidera profesional.

Barbara Best llegó justo a tiempo. Salté al impecable asiento trasero y le dije que arrancara rápido.

—¿No debería hablar con tu madre? —preguntó.

—No, es demasiado sensible. Ha dicho que nos fuéramos.

Barbara Best se despidió de mamá con la mano. Cuando empezó a alejarse, miré hacia atrás y vi a mamá corriendo por el jardín, agitando los brazos. Barbara ya me estaba haciendo cientos de preguntas y no oyó que mi madre le estaba pidiendo a gritos que parase. Durante los siguientes once años de mi vida, me pregunté si mi madre estaba intentando cancelar todo el plan.

—Tabatha, ¿qué comida te gusta?

Abrí la boca y la volví a cerrar. Estuve a punto de decir que cualquier cosa que mi madre no hubiera matado con sus propias manos.

—Pizza.

—Bueno, en casa tengo jamón y patatas listas para meter en el horno. Espero que eso sea suficiente para hoy.

Me rugió el estómago y Barbara se echó a reír.

—¡Madre del amor hermoso!

En ese momento me di cuenta de que nunca encajaríamos. ¿«Madre del amor hermoso»? Menuda gilipollas. Por si fuera poco, tenía un arsenal de cintas de Billy Joel.

A la salida del pueblo, nos quedamos atrapadas detrás del autobús de Acadian Lines, que paraba una vez al día frente a la biblioteca. Los pasajeros salieron de su vientre gris y empezaron a cruzar la calle justo delante del coche de Barbara, así que tuvimos que esperar un rato. Eché un par de miradas furtivas a la marquesina

que había destrozado unas semanas antes. Todavía no habían sustituido el cristal, solo habían pegado unos cartones en su lugar.

—¿Cuáles son tus aficiones? ¿Te gusta la jardinería?

Obviamente no se había fijado en nuestro árbol de botellas de refresco.

—Sí.

No sé cómo, pero antes de verlo bajar del autobús, supe que mi padre estaría a bordo. Llevaba un traje viejo y arrugado y una bolsa de basura colgada del hombro. Tenía un ojo morado con pinta de ser del día anterior y los nudillos vendados, algo que a otro hombre podría haberle dado un aspecto de tío duro, pero que a él le hacía parecer aún más patético. De repente me di cuenta de que debía de causar tantos problemas en la cárcel como en la calle, que papá era papá fuera donde fuera. No podía dejar de ser él.

Vi cómo le pedía un cigarrillo al conductor del autobús y se apoyaba en el tronco de un árbol para encenderlo con un paquete de cerillas empapadas. Barbara Best siguió mi mirada y dijo:

—Pon el seguro de la puerta, Tabatha. Nunca se sabe con este tipo de gente. —Repiqueteó con los dedos en el volante, impaciente, y medio segundo antes de que tocara el pedal del acelerador con la sandalia abierta, papá por fin levantó la mirada. Nada más verme se le descompuso la cara con una sonrisa de oreja a oreja. Entonces desvió la vista hacia Barbara en el asiento del conductor y apretó los labios. Me lanzó una mirada inquisitiva y yo le hice un corte de mangas.

Mientras Barbara Best divagaba sobre cómo una semilla debe cultivarse en la tierra adecuada, yo me giré y observé por la ventanilla trasera cómo mi padre salía a la carretera y se hacía cada vez más y más pequeño.

—Te has equivocado de habitación.

—Soy tu hija... Tabby.

Gira la cabeza para mirar, parpadea un par de veces e intenta incorporarse.

—Me cago en la puta de oros. ¿De dónde coño has salido? ¿Estoy muerto? ¿Dónde está tu madre?

Entro y me pongo al lado de su cama, frente al santo patrón de Villa Mierda.

—¿Cómo estás, papá?

—Pensaba que estaba bien, pero ahora creo que me está dando un patatús. —Tiene la voz rasgada debido a tantos años fumando al aire libre en camiseta. Parece que le han frotado las cuerdas vocales con papel de lija. Cierra los ojos y se aprieta los párpados con las palmas de las manos. Luego vuelve a abrirlos, se inclina hacia mí e intenta tocarme la cara.

Me da un escalofrío.

—Te pareces a mí, en los ojos. Y en la mandíbula también.

—Se me queda mirando—. ¿Estás aquí de verdad? Me estoy muriendo, por si no lo sabías.

—Algo he oído.

—Los médicos dicen que no se puede hacer nada. Son unas sabandijas, todos y cada uno de ellos. —Vuelve a intentar incorporarse—. ¡Cretinos de los cojones! Mi hija Tabby ha venido a verme. Debo de tener un pie en el otro barrio. ¿Dónde has estado?

—En muchos sitios.

—Malos, seguro. Yo también, chavala. Y este es el peor de todos. Tu madre me dejó aquí a merced de estos desgraciados.

—Y no la culpo, papá. Nunca cuidaste de ella. Le pegabas y la abandonabas cada vez que te daba la gana.

—En cuanto estuve demasiado débil como para sostenerme mi propia polla, se largó. Después de tantos buenos años.

—¿Qué buenos años? ¿Intentas darme pena o qué? ¿Después del infierno que nos has hecho pasar? ¿Después de la vergüenza que hemos pasado por ser quienes somos?

—Solo uno mismo tiene la culpa de avergonzarse de ser quien es. No eres tan tonta como para no saber eso, chica. —Desiste en sus intentos de incorporarse y se deja caer de espaldas sobre la almohada.

—No me digas lo que ya sé.

Me agarro a la estructura de su cama, recordando cuando me estampó la cara contra el lavabo porque no quería lavarme los dientes y se me partió la paleta delantera por la mitad. No volví a sonreír hasta que cumplí quince años y un dentista subvencionado por la beneficencia vino a Raspberry. Me ciega la rabia durante unos segundos, y luego casi puedo verla brotar de mí, negra, como si se encharcara en las sábanas blancas de papá. Me sorprendo alargando la mano derecha hacia él y entonces le agarro por la garganta. Le aprieto la nuez con fuerza y se echa a reír. Su cara pasa del azul al carmesí, pero no para de reírse. No se resiste, así que tengo que decidir yo si aflojar o matarlo. Lo suelto y empieza a toser sin parar. Una enfermera asoma la cabeza, pero papá le hace un gesto para que se vaya.

—Tabby, escúchame —logra decir—. No estoy bien. Nunca he estado bien, ni de la cabeza ni del corazón. Mi padre me quitó la humanidad a hostias. Si supiera lo que es el arrepentimiento, me arrepentiría de todo lo que he hecho. —Suspira—. Solo sé follar, pegarme y comer. Punto. No siento nada. Y ya ni siquiera puedo follar. Mejor mátame ahora mismo. Prefiero que seas tú antes que el Doctor Puto Subnormal.

—No voy a matarte, gilipollas. Voy a dejarte ahí tumbado pensando en cómo nos has echado tanta mierda encima que nunca podremos salir de debajo.

—Me odias, ¿verdad? —Parpadea—. ¿También me quieres un poco?

Antes de abrir la boca para contestar, me viene a la cabeza una cosa que me contó mamá una vez. Dijo que cuando papá se enteró de que estaba embarazada de Bird, no se separó de ella. Le cantaba canciones a su barriga y construyó una cuna con un viejo gallinero. Y por eso llamaron al bebé Bird.

Papá me mira a la cara con sus ojos pequeños, examinando sus propios iris azules, su propia boca. Luego se agacha y mete la mano entre el colchón y el somier.

—Tengo una cosa para tu madre. Ayúdame.

Le aparto el brazo y deslizo la mano hasta que toco algo con las yemas de los dedos. Lo empujo, lo muevo hacia delante y saco un fajo de billetes.

—Guárdatelo en el bolso y no hables con ninguno de esos ladrones al salir. —Me da una palmadita en la mano y cierra los párpados—. Te pareces a mí. No como tu hermana. Ella parece una mendiga. No hay nada peor que eso.

Cuando llego a la puerta, vuelve a abrir los ojos.

—Eh, chica.

Hago una pausa.

—Hay mucho más en el lugar donde estaba eso.

Me monto en la camioneta y lo cuento todo rápidamente. Hay más de dos mil dólares. Me tiemblan las manos mientras enrollo los billetes y me los meto en la bota. Piso a fondo el acelerador y salgo de allí a toda velocidad hacia la autopista. El corazón me late con fuerza mientras intento trazar un plan. Si conduzco hasta Yarmouth, podré coger el ferry a Bar Harbor. He oído que es fácil encontrar trabajo en Estados Unidos, y allí nadie me conocerá.

Casi he llegado al final de la rampa cuando veo la chaquetita morada de Janis arrugada en el suelo del asiento del copiloto. Entonces dudo y freno de golpe. Los neumáticos levantan una nube de polvo que se posa lentamente en el parabrisas.

Pienso en una historia que papá me contó una vez sobre el abuelo Jack. Un día volvía a casa del colegio y vio a una niña de cuatro años llorando en un porche. La niña salió corriendo hacia él y le suplicó que la ayudara, que había salido al patio a dar de comer a las gallinas y su abuela se había olvidado de que estaba fuera y había echado la llave a la puerta. La anciana se había puesto a dar gritos por la ventana, pero no recordaba cómo abrir el pestillo. Jack fue a por una ganzúa. Volvió, forzó la cerradura y le dijo a la niña que llevara a su abuela a acostarse en una de las habitaciones mientras él se paseaba por la casa cogiendo todos los objetos de valor que encontraba. Cuando la niña salió de la habitación, le dijo que no contara a nadie que había estado en su casa.

—Como digas que me has visto, aunque solo sea a un gatito —afirmó—, volveré y mataré a tu abuelita por la noche.

El abuelo Jack le dijo a papá que era como si Garnet se hubiera apoderado de su cuerpo. Garnet no se lo habría pensado dos veces antes de hacer algo así a gente tan indefensa. Papá me dijo que fue la única vez que vio a su padre arrepentirse de algo. ¿Pero acaso esa historia hizo que papá se detuviera a reflexionar cada vez que se sorprendía a sí mismo haciendo lo mismo que el abuelo Jack? Pues no. Probablemente era peor que Jack y Garnet juntos. Y ni siquiera tenía la decencia de llamarlo oportunidad. Llegaba a casa con el motor de otro metido en su camioneta y actuaba como si no hubiera tenido opción.

Ahora yo he estado a punto de hacer lo mismo que papá, y nos odio a los dos por ello. Doy media vuelta con la camionet a y vuelvo a bajar por la rampa. El camino es de sentido único, pero no me preocupan los coches que vienen de frente. Cualquiera lo bastante listo como para salir de este pueblo ya se fue hace tiempo. Miro por el retrovisor hasta llegar al tráiler y, cuando me detengo en la entrada, espero unos minutos para asegurarme de que no me ha seguido nadie. Hay tanto silencio que un ciervo asoma la cabeza entre los árboles, al fondo de la parcela. Abro el maletero y sale corriendo. Me quedo mirando el espacio vacío donde estaba. Luego me acerco al tráiler y subo las escaleras desvencijadas.

—¿Alguien ha pedido un milagro? —pregunto, irrumpiendo en el interior.

Swimmer está encaramado en el sofá, chupándose los dedos. Se los saca de la boca y levanta en el aire su pálida manita.

4

Antes de volver a Solace River, llevo a Poppy a hacer la compra para un mes y le doy el resto del dinero a mamá.

—¡Será hijo de puta! —Se desploma de rodillas—. ¿Todo este tiempo ha tenido todo ese dinero? ¿Y qué pretendía hacer con él? Y nosotras aquí con los niños medio muertos de hambre y Bird, que necesita una silla decente... —Golpea el suelo varias veces con la palma de la mano—. ¿Por qué me castiga así? ¿Por qué? Después de todos los años que he mentido por él y le he cocinado y he actuado como si fuera su puñetero saco de boxeo.

—Papá no está bien, mamá. Él mismo lo dijo. Es como esa muñeca de Poppy que por un defecto de fábrica salió sin orejas ni nariz.

—Ay, sí, qué espanto —dice Poppy—. ¿Cómo se llamaba?

—Bernadette.

—¡Bernadette! —grita. Me sigue hasta el dormitorio, se sienta en la cama mientras me paso un cepillo por el pelo mojado—. ¿Vas a volver con tu novio con esos vaqueros? Están he chos polvo. —Va al armario y rebusca dentro hasta sacar un vestido azul aciano con florecitas blancas—. Toma. A mí ya no me queda bien.

Se desliza por mis curvas como un guante. Poppy me mira en el espejo de cuerpo entero que cuelga de la puerta del armario y me dedica una sonrisa triste. Saca un secador de un cajón y se ofrece a secarme el pelo, pero le tiemblan tanto las manos que apenas es capaz de sostenerlo. Arranca el enchufe de la pared y suelta una palabrota en voz baja.

—Apuesto a que preferirías no haber vuelto —me dice—. Si yo fuera tú, ya me habría largado.

—Volveré. Jackie se quedará a dormir aquí todas las noches hasta que yo vuelva y el inspector Surette ha puesto un coche patrulla a dar vueltas por el barrio cada pocas horas para vigilar. Esta tarde he visto pasar uno.

Vuelve a sentarse, con las rodillas y los codos temblando, ligeramente desincronizados.

—Siento que no sé nada de mi propia hermana.

Así, tan de cerca, puedo verle unas manchas grises en los dientes delanteros. Tiene el blanco de los ojos de un tono amarillo apagado.

—Tendremos mucho tiempo, tú y yo. Y Jackie. Supongo que ya nunca podré conocer a Bird.

—Puedo contarte cosas de él. —Se anima—. Le encantaba jugar a las cartas, igual que ahora, solo que antes nadie lo ganaba. A veces me dejaba ganar y fingía que se cabreaba, pero yo sabía que perdía a propósito. Todos sus amigos le tenían un poco de miedo. Tenía la misma mala hostia que papá. Pero a mí no me daba miedo. Era un buen hermano. Y un buen padre también. En Navidad mimaba muchísimo a las niñas. Si una quería jamón y la otra pavo, él salía a comprar las dos cosas.

Se me borra la sonrisa al recordar cómo eran las navidades en casa. Le cojo la mano a Poppy, pero es tan frágil que me da miedo romperle algún hueso. La suelto y le cae en el regazo con un golpe seco y suave.

—Poppy, les diste a Janis y a Swimmer el apellido Saint por una razón. Imagino que creías que la cosa mejoraría, y que algún día podrían lucirlo como una medalla del Corazón Púrpura en lugar de como la insignia de la vergüenza.

—No fue por eso. —Se encoge de hombros—. Solo quería que fueran ambos míos, con el mismo apellido y tal, por si alguien intentaba quitármelos. —Se le ponen los ojos vidriosos mientras entra en la cámara de tortura que es ahora su cabeza—. Ni siquiera deberían haberme dejado traer a Swimmer a casa desde el hospital. Estaba tan colocada que ni siquiera recuerdo haberlo parido.

Miro la colcha de la cama.

—Estoy harta de ser quien soy —añade.

—Pues empieza a ser quien vas a ser.

Ella asiente y me coge de la mano. Esta vez la aprieta con fuerza.

Cuando West entra en la cocina, estoy sacando una cazuela humeante del horno con el vestido de Poppy puesto. El asado tiene una guarnición completa: nabo, zanahorias y patatas al romero. Tira el manojo de llaves en la mesa y da una vuelta a mi alrededor mirándome como si fuera un nuevo modelo de coche en un concesionario.

—Me estás poniendo nerviosa —digo—. ¿Te gusta o no?

—Me encanta... todo. El vestido, la comida. Me siento como si acabara de salir de la cárcel o algo así.

Pongo la sartén en el fuego y siento su aliento en la nuca. Em pieza a besarme el cuello y me aparto de la erección que empieza a crecerle en los vaqueros.

—Venga. —Le empujo a la silla—. Llevas pidiendo un asado desde el día que te conocí.

Saco algunos platos del armario y le sirvo una buena ración. Cuando me siento enfrente me mira con cara de tortolito.

—¿Qué?

—Siento que deberíamos bendecir la mesa o algo. —Doy por hecho que está de coña, pero entonces cierra los ojos y dice—: Señor, te damos las gracias por este asado, por fin. Tiene una pinta espectacular. Y gracias por alejar a esos paletos idiotas de mi taberna y por ayudar a Tabby a encontrar a su hermana en Jubilant. Ah, y por traerla a mi vida y por los buenos polvos y todo eso. Amén.

Aguanto la respiración mientras prueba un trozo. Debe de gustarle, porque antes de que yo me termine mi ración, él ya está rebañando el plato.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —pregunta después de repetir.

—Con Barbara Best. Era lo único que me interesaba de ella. Ni siquiera conocía el nombre de la mayor parte de las verduras que tenía en el jardín porque solo las había comido en lata. Un día Barbara cogió una vaina de guisantes y la abrió con la uña para enseñarme de dónde salían. Flipé en colores.

West se queda callado, como suele hacer cuando hablo de mi pasado, y me gustaría saber en qué está pensando. Después del postre, voy al baño y al volver veo que se ha puesto mi delantal y está de pie en el fregadero, lleno de agua y jabón, fregando los platos. Cojo una cerveza y me siento en la encimera.

—¿Cómo va la camioneta? —me pregunta.

—Bastante bien, teniendo en cuenta que es tan vieja que tiene un reproductor de ocho pistas. —Levanto su llavero en el aire y él se saca mi cromo de lucha libre del bolsillo trasero del pantalón. Los intercambiamos—. He estado pensando en nuestra antigua casa —

digo, examinando a Macho Man en busca de algún desperfecto—. ¿Crees que la parcela todavía será propiedad de mi madre? Dice que nunca pagó impuestos de ningún tipo, pero aún tiene las escrituras. ¿Valdrán para algo?

—Puedo preguntar y a ver qué averiguo.

—Hostia —exclamo, señalando a la pared con la cerveza—. Has puesto el calendario en el mes que toca.

—Y lo he hecho yo solito.

Me doy cuenta de que tiene la casa un poco más limpia. La manta está bien doblada sobre el respaldo del sofá y da la impresión de que ha regado y podado las plantas. Le doy un sorbo a la cerveza y trago con fuerza.

—Bueno, ahora que has recuperado la camioneta, ¿me vas a pedir que me busque otro sitio donde dormir?

West vuelve a sumergir las manos en la espuma y saca un puñado de cubiertos. Miro cómo los limpia uno por uno con delicadeza. Al terminar se seca las manos en el delantal, lo cuelga de la barra del horno y me coge de la mano. Dejo que me guíe por el pasillo hasta el dormitorio, donde abre un cajón de la mesilla de noche, saca varias velas aromáticas y las enciende con un Zippo. Le observo mientras las coloca por toda la habitación.

—¿Qué es esto?

—Un detalle romántico.

—Oh. Creo que es la primera vez que alguien tiene eso conmigo. Aunque una vez un chico pintarrajeó mi nombre debajo de un puente.

—Tabby. —West tira el mechero en la cómoda—. Cállate.

Un rato después de que las velas se hayan consumido, me tumbo en la cama desnuda al lado de West e intento imaginármelo paseando por el hipermercado, oliendo diferentes velas y echando en el carro las que más le gustan.

—Gracias por el detalle romántico —susurro.

—De nada —murmura él. Pensaba que estaba dormido. Entonces añade—: ¿Puedo preguntarte una cosa?

—¿Qué?

—¿En el culo tienes un tatuaje de dos caballos montándoselo?

—No. —Me doy la vuelta.

—¿Seguro?

—Son unicornios.

—Ah, entonces vale. Buenas noches.

Ronca sobre la almohada hasta que le sacudo con la mía.

Al día siguiente, mientras él está trabajando, doy un paseo has ta mi antigua casa. Un par de coches frenan a mi lado para ofrecerse a llevarme, pero ambos conductores son tíos con gafas de sol y pinta de tener demasiado tiempo libre. No estoy de humor para pervertidos, así que les digo que estoy haciendo ejercicio. Uno que lleva una pegatina en el parachoques donde pone: «club de catequistas de solace river» antes de alejarse me grita:

—¡Bollera!

El camino por el río es largo, así que me da tiempo a pensar. Últimamente he soñado con Raspberry. Hace dos noches soñé que

recibía por correo un aviso de que me habían seleccionado al azar para disfrutar de unas vacaciones allí con todos los gastos pagados.

La historia de cómo acabé allí es igual de ridícula. Cuando me fui de Solace River estaba en libertad condicional por haber destrozado la marquesina del autobús, un pequeño deta lle que mamá se olvidó de mencionar a Barbara Best, así que creo que infringí la ley por faltar a mis citas con el agente de condicional que me asignaron, un tío patético que siempre llevaba camisetas de hockey. Lo único que sé es que Barbara hizo unas cuantas llamadas y se reunió con alguien en el juzgado. Cuando volvió, me pidió que me sentara y me dijo que tenía que ingresar en un centro de menores donde tenían algunos programas de los que podría beneficiarme. Luego me metió en el coche y me llevó al campo, como si fuera un animal salvaje al que tuviera que soltar. Ni siquiera paramos a hacer pis. Ya había decidido por su cuenta que Raspberry era mejor para mí que mi propia familia, y no tengo ni idea de qué clase de incompetencia hizo que nadie cuestionara esa conclusión. Gracias a mamá, Barbara estaba al tanto de los problemas de papá con la ley, y estaba segura de que, si volvía, me convertiría en una delincuente profesional. Supongo que nadie le dijo que los centros de menores son fábricas de delincuentes profesionales.

Durante el trayecto, sacó un sobre lleno de dinero y me dijo que cuando fuera un poco más mayor y me independizara, podía usarlo para ir a terapia.

—Bua, gracias, Babs —dije, guardándomelo en el bolsillo trasero del pantalón—. No hace falta que bajes, puedes dejarme en la puerta y así podrás volver cuanto antes a fardar de esto con tus amigos del bingo o a hacerte dedos al ritmo de Billy Joel, o lo que vayas a hacer.

Insistió en acompañarme adentro. En el vestíbulo intentó darme un abrazo «de verdad de la buena». Así fue como lo llamó. Yo me alejé unos dos metros. De ninguna manera iba a dejar que me tocara una

persona que llevaba unos tacones color melocotón a juego con los botones de la chaqueta. Frunció el ceño y se marchó de vuelta al país de los calzoncillos lavados en seco y los tupperwares apilables.

Me hicieron firmar un contrato como parte del proceso de admisión. Tuve que sentarme a leer en voz alta tres páginas de normas hasta que por poco se me escapa el alma de tanto bostezar. Me dejaron sola para reflexionar sobre ellas «seriamente» y saqué la navajita que había logrado colar en el bolsillo interior de la cazadora, me hice un corte en la yema del dedo y firmé con sangre. A nadie le hizo ninguna gracia. Cuando volvieron a entrar, me obligaron a desnudarme para cachearme otra vez y me mandaron a una evaluación psiquiátrica.

Barbara Best me envió unas cuantas cartas selladas con pegatinas cursis de rasca y huele, pero las tiré sin siquiera abrirlas. Pensé en escribir a mamá sin remitente, pero todas las cartas tenían que enviarse a través de Raspberry y no podía estar segura de que no añadieran su sello. No quería que mi madre supiera que estaba allí. No volvería a pegar ojo nunca más. Además, como papá se enterase de dónde estaba, probablemente me sacaría de allí, y entonces sí que me arrepentiría de haberme marchado.

Nuestra calle aún no está asfaltada. Antes todos la llamaban la calle vieja de Solace River, pero ahora tiene cartel propio. No me he dado cuenta en toda la semana. «Victory Road». Me pregunto por qué le han puesto así. La única victoria que conozco de esta calle fue una batalla judicial sobre si es higiénico montar una guardería en un granero.

Después de diez minutos caminando por la orilla del río, oigo voces a lo lejos. Doblo la curva y veo a un grupo de chavales haciendo botellón en la calle, al lado de nuestra casa. Se quedan inmóviles

cuando me ven llegar, pero cuando me meto en la parcela, uno de ellos grita:

—¡Eh! ¿Sabes de quién es esa casa?

Me giro y veo a una chica que tiene más o menos la edad que yo tenía cuando me fui. Lleva minifalda y está sentada en un hormiguero.

—¿Por qué? —Me cruzo de brazos.

—Todo el mundo dice que siguen ahí, escondidos en las paredes.

—Pues igual todo el mundo debería fumar menos porros.

Siento sus miradas clavadas en mi espalda mientras rodeo el lateral de la casa hasta desaparecer de su campo de visión. Me topo con una silla de plástico caída de lado, la agarro y la levanto. Me siento y noto un pinchazo en el culo.

—Dios santo —me digo en voz alta—. Somos una puta historia de terror.

Vuelvo la cara hacia la brisa, tratando de bloquear los recuerdos que se reproducen como pequeñas películas de fantasmas a lo largo de la fachada exterior de la casa. Incluso con los ojos cerrados, veo a mis hermanos lanzándose huesos de pollo, prendiendo fuego a todo lo que pillan, a la pequeña Poppy saliendo a la calle con un pañal de trapo sucio, a mamá gritándole que vuelva, a papá metiendo la camioneta en el jardín, a punto de atropellarla. Veo peleas, cristales rotos, comidas frías, a todos nosotros mordiendo el polvo cada vez que intentábamos hacer las cosas del derecho.

Qué infancia. No teníamos libros, ni juguetes de nuestra propia década. Mi única posesión, la única verdaderamente mía, era una pequeña canica que había encontrado entre las cañas del río.

Siempre la llevaba encima, y la frotaba entre los dedos, como si así pudiera liberar los colores que había atrapados dentro.

Una vez tuve una amiga, pero solo me duró un mes. Normalmente los demás niños del colegio guardaban las distancias con los Saint, pero la familia de Summer se había mudado desde la isla del Príncipe Eduardo y no sabían nada sobre nosotros. Un día vino a jugar y, cuando su madre vino a recogerla, mamá salió del bosque con un conejo que acababa de matar en la mano y el brazo manchado de sangre. Al mismo tiempo, Bird y Jackie estaban jugando a un juego que consistía en que uno escupía al aire y el otro tenía que atrapar el escupitajo con la boca. Su madre puso cara de estar sufriendo un infarto. Después de aquello, a Summer solo la dejaron volver a dirigirme la palabra dentro del colegio, y cuando celebró su cumpleaños no me invitó.

Mamá decía que las fiestas de cumpleaños eran lo peor. Que todas las niñas se sentían como una mierda si no llevaban el vestido más bonito o si su regalo no era el mejor, y que debería alegrarme de no tener que ir. Pero yo me sentí como una mierda igualmente. Quería ir a una fiesta. Y ni siquiera estaba segura de si lloraba porque no me había invitado o porque, aunque me hubiera invitado, no habría tenido ningún vestido que ponerme ni ningún regalo que ofrecerle.

Poco después, me inventé a la Chica Dura. Me vestía de negro y asustaba a los niños en el patio congelándome los brazos en la nieve y apagándome cigarrillos en las muñecas. Les dije que Summer me había puesto una orden de alejamiento y que por eso ya no nos juntábamos. Ni siquiera sabían quién era Summer. Apenas sabían quién era yo, excepto que era de la calle de tierra. Así es como clasificamos a la gente en Solace River: o eres de la parte alta de la colina, o del otro lado del puente, o de antes del puente, o bien de la calle de tierra. Cada vez que les decía a los demás niños que vivía en la calle de tierra, daban un paso atrás y me miraban como si me hubiera comido mi propia mierda para desayunar. Si además añadía «Saint» a la ecuación, todos se dispersaban como palomas.

Poco después me convertí en la Camionera. En el campo trasero, detrás del garaje, teníamos una vieja camioneta pickup que ya no funcionaba, y yo jugaba a que era un camión de dieciocho ruedas, me ponía una de las gorras de rejilla de papá e iba a Sacramento, Australia, Moose Jaw, o cualquier lugar que tuviera un nombre chulo. Me inventaba historias sobre cómo tenía que ir a toda leche para resolver algún problema. Una vez jugué a llevar una carga de heno para un grupo de caballos hambrientos en Rusia y llegué justo a tiempo antes de que todos se murieran.

En mi época de Camionera, papá tenía un amigo llamado Terry Profit que solía venir a pedirnos herramientas. Si papá no estaba, a veces se quedaba a dormir varios días en nuestro sofá. Una noche le oí intentar entrar en el dormitorio de mamá, pero ella tenía la puerta cerrada con llave. Se pasó un buen rato llamando, pero ella no le dejó entrar. Al día siguiente, se metió en el garaje y me vio jugando con la camioneta. Se acercó, dio un golpecito en la ventanilla y me preguntó si podía llevarle. Al principio me dijo que conducía muy bien y consultó el mapa para asegurarse de que llegaríamos a París al anochecer. Incluso dijo que teníamos tiempo de parar en la siguiente salida a comernos unas hamburguesas, y cuando me detuve en el aparcamiento de camiones, me dijo:

—París es la ciudad del amor, ¿sabes? Lo mejor es que vayamos practicando.

Entonces me metió la mano en las bragas. Me puse a gritar, pero me tapó la boca con la otra mano. Olía como un cubo de estiércol después de haberlo dejado cociéndose al sol durante unos días.

Terry Profit fue la razón por la que no conseguí la guitarra roja que me había prometido Barbara Best si me portaba bien. Cuando me matriculó en el colegio de New Brunswick, vi que una de mis profesoras tenía un pisapapeles con forma de Torre Eiffel. Debajo ponía: «París: la ciudad del amor» escrito en cursiva con letras rosas, y lo robé porque no podía soportar verlo ahí todos los días.

De todos modos, después de lo que le pasó a la Camionera, volví a ser Tabby a secas. Empecé a beber con los chicos mayores en el club de campo y a pasear por el río dejando que el reflejo de la luna en el agua se me clavara en los ojos. Ahí dentro veía nadar a todo tipo de seres; brujas de mar, lampreas. Una vez que estaba colocada vi al abuelo Jack flotando boca arriba, cantando la canción del verdugo. Le dije hola y se calló, volvió la cabeza y se me quedó mirando fijamente.

Me levanto de la silla de plástico y sigo andando hasta la parte de atrás del garaje. La vieja camioneta sigue ahí, acumulando óxido. Me abro paso hasta ella a través de la maleza. Hay un cuervo posado en el guardabarros trasero que no sale volando hasta que estoy a un metro de distancia.

Los hierbajos que antes apenas hacían cosquillas a los neumáticos de la camioneta ahora han crecido hasta casi sobrepasar la altura del capó. Los aparto, abro la puerta y me subo a los sucios asientos de piel. En cuanto cierro la puerta y pongo las manos en el volante, me viene el olor del aliento de Terry Profit. Empujo la manilla de apertura hacia abajo, pero se atasca y tengo que hacer presión con el codo con todas mis fuerzas. La puerta se abre de golpe y me caigo sobre la hierba. Me quedo ahí tumbada cagándome en todo mientras el cuervo me observa desde un árbol.

—¿Qué coño estás mirando?

Ni se inmuta. Cojo un trozo de tubería que hay en la hierba, me pongo de pie y lo estampo en medio del parabrisas antes de romper los retrovisores laterales y los faros. Me doy la vuelta para lanzárselo al cuervo, pero en la rama ya no hay nada.

Desde aquí, la casa parece aún más ruinosa. El tejado está tan desviado hacia un lado que probablemente se desplomará con el próximo soplo de viento. Los aleros podridos cuelgan por algunas de

las partes que aún no se han caído. Ojalá la casa entera se derrumbara ahora mismo, se hundiera en la tierra y de sapareciera para siempre.

Encuentro una buena piedra, me alejo unos pasos y la lanzo contra una de las ventanas rotas de la planta de arriba. Fallo, cojo otra piedra y al segundo intento consigo romper del todo el cristal. Un montón de gatos callejeros salen corriendo en todas direcciones. Empiezo a coger todo lo que veo tirado por el jardín y lo lanzo hasta hacer añicos todas las ventanas de dos lados de la casa.

Entonces me fijo en el árbol de botellas. Varias botellas que contenían diversos líquidos siguen clavadas en las ramas, impidiendo el crecimiento de las hojas. Mamá dijo que poco después de mudarse aquí la abuela Jean trajo una caja de botellas vacías porque tenía la superstición de que los espíritus malignos se colaban por los cuellos, se quedaban atrapados en el vidrio y se freían bajo el sol abrasador. Lástima que el demonio ya estuviera dentro de la casa con sus pies deformes y apestosos encima del sofá. El árbol no es más grande que yo, por lo que puedo retirar fácilmente las botellas. Las coloco en fila junto a la puerta y las hago pedazos una a una contra ella, bautizando así a este barco mientras se va a pique.

Estoy sudorosa y medio asfixiada cuando entro en la casa dando tumbos, les pego unas patadas a unas sillas, descuelgo de la pared el reloj del gallo y le reviento la cara contra los armarios. Hago fuerza con todo mi peso contra el frigorífico que está inclinado en el pasillo con la puerta abierta, pero no se mueve. Finalmente, me rindo y me desplomo en el suelo junto a él.

—¿Tabby? ¿Qué haces?

Me pongo en pie de un salto cuando West asoma la cabeza.

—¡No entres! —grito mientras me tropiezo con todas las cosas que he tirado y le empujo hacia el exterior.

—He ido a casa y no estabas, así que me he imaginado que estarías aquí. Solo quería saber si te apetece ir a comer algo.

Voy a la camioneta y me monto. Él me sigue y nos quedamos mirando la casa a través del parabrisas. Después de un rato, algunos de los gatos vuelven a aparecer de entre los arbustos con las colas erizadas. Uno de ellos se cuela dentro por un agujero en la fachada y el resto van detrás.

—He llamado al ayuntamiento —dice West—. Sigue siendo vuestra.

Me giro para mirarle a los ojos y veo los mismos remolinos cobrizos que había en el interior de mi canica. Me concentro en ellos hasta que puedo relajar los puños. Entonces vuelvo la vista hacia la fachada destrozada de la casa, mientras las cortinas del piso de arriba ondean en las ventanas.

Cuando cumplí dieciocho años, me echaron de Raspberry y me metieron en un piso tutelado de reinserción. El supervisor que se suponía que vivía con nosotras solo pasaba una vez a la semana para asegurarse de que no hubiéramos quemado la casa, lo que habría sido fácil porque era prácticamente de cartón piedra. Cada vez que alguien tosía en la habitación contigua, sonaba más fuerte que si estuviera sentado a tu lado. Las alfombras estaban grapadas al suelo y las ventanas estaban cubiertas de cortinas de plástico transparente manchadas de amarillo por toda la nicotina. Solo había agua caliente para que se bañara una persona al día, y si intentabas ser esa persona, todas las demás aporreaban la puerta y te gritaban que te fueras a la mierda para poder cagar.

Las mujeres que vivían ahí eran todavía más zorras que las mayores zorras de Raspberry. Sobre todo Simone. Simone tenía cuatro hijos que vivían con diferentes parientes, y nunca hablaba de ellos ni iba a visitarlos. Solía meterse crack en un albergue para personas sin techo y luego venía quejándose de que los policías eran los peores

delincuentes, de que le habían robado su abrigo de piel y la habían violado en un furgón. Cuando estaba muy mal se arrancaba el pelo y se hacía cortes en los brazos y las piernas con cuchillos. Tenía gruesos mechones teñidos de rojo por todo el pelo. Pasaba de ser extremadamente cariñosa conmigo, casi maternal, a amenazarme con matarme mientras dormía. —¿Buscas trabajo, Tobey? —me preguntó una noche.

A veces también me llamaba Tammy o Abby.

—Sí —le dije—. ¿Por qué?

—Conozco al dueño de un motel. Solo paga cuatro dólares la hora, pero en negro.

Me llevó directamente allí y me presentó a Enzo. Nos enseñó cómo las camareras de piso vaciaban los ceniceros y limpiaban los vellos púbicos de los retretes, y nos indicó dónde tirar las botellas de vino vacías y los condones usados. Dijo que nos pondría a prueba un día para ver qué tal nos iba. Le dio a Simone la habitación de al lado para que la limpiara y a mí me asignó otra a la vuelta de la esquina.

Nunca había estado en una habitación de motel. Curioseé un poco, preguntándome qué clase de gente se alojaría allí. La aspiradora parecía del siglo diecinueve y las toallas estaban almidonadas y tiesas como tablas. En el cajón había una Biblia con un montón de notas escritas a bolígrafo en los márgenes. También había botellitas de champú y acondicionador del tamaño de muñecas, y me guardé unas cuantas en los bolsillos.

Cuando estaba quitando las sábanas de la cama, Enzo entró y cerró la puerta tras de sí. Le oí bajarse la cremallera de los pantalones, pero antes de que pudiera darme la vuelta, me agarró de las muñecas. Intenté quitármelo de encima, pero me aplastó con todo su peso y me inmovilizó contra la cama. Grité y le mordí la mano mientras él intentaba taparme la boca y utilizaba la otra para

levantarme la falda vaquera, retirarme las bragas y metérmela. Cuando al fin dejó de sacudirse, le dije que iba a llamar a la policía.

—¿Piensas que te van a creer? Tu amiga se pasa el día mintiendo a la policía. No seas estúpida. —Se abrochó el cinturón—. Limpiarás las habitaciones y, cada día, tú y yo pasaremos un rato juntos. Te pagaré siete dólares la hora, tres dólares más de lo que pago a las otras chicas.

Se marchó y yo me eché a llorar contra la almohada hasta quedarme sin aliento. Miré la pequeña mancha de sangre redonda en la sábana y luego estiré el brazo, arranqué la sábana de la cama y la tiré a la basura. Cuando Enzo volvió una hora más tarde, yo estaba fregando el lavabo del cuarto de baño tal y como me había enseñado. Miré nuestras caras en el espejo y, con una voz que no reconocí, dije:

—Diez dólares la hora.

Una vez logré ahorrar ciento sesenta dólares, salí huyendo del piso tutelado y de Enzo. Durante mucho tiempo fui incapaz de mirar a un hombre desnudarse. Cerraba los ojos o miraba a la pared. Incluso a veces me ocurría con Jared Smoke, que desnudo parecía un dios griego. Cada vez que me rozaba la piel, yo apretaba los puños sin darme cuenta.

Me vuelvo hacia West y me quedo mirándolo. Tiene la boca un poco abierta y está roncando como siempre. Levanto la sábana y veo cómo el pene le cae hacia un lado. Me hace gracia que tenga la piel del escroto más oscura que el resto del cuerpo. Alargo la mano y la dejo reposar encima un momento. El vello es suave y cálido. Tiene el pecho salpicado con pecas que forman la silueta de un pájaro sentado en una rama. Conecto los puntos con el dedo. Luce una pequeña cicatriz en la mandíbula y otra debajo de la ceja derecha. La beso y abre un ojo.

—Eres la mejor persona que he conocido, West.

—Joder —murmura—. Pues has conocido a las peores, entonces.

Me tumbo encima de él y nos miramos durante unos segundos. Entonces nos convertimos en un amasijo de bocas y extremidades y siento como si se me fuera a derretir la piel mientras le dejo que se hunda en mí. Estoy a punto de llegar al orgasmo cuando llaman a la puerta principal.

—No me jodas. —West estira el cuello, tratando de mirar por la ventana de reojo. Se incorpora apoyado en las rodillas para ver mejor—. Mierda. Es mi primo. Quédate aquí. —Se enfunda unos vaqueros, se abrocha la bragueta y sale al pasillo.

No sé qué hacer, así que me quedo quieta y escucho su voz amortiguada.

—Hola, Danny, pasa.

Danny entra con fuertes pisadas.

—¿Qué tal, West?

—Sin novedad. ¿Ya te funciona la moto?

—Tommy me ha dicho que estás liado con una tía. Que le dejaste la camioneta.

—Dile a Tommy que le den por culo.

—¿Has hablado con Abriel?

—No —responde West—. Y baja la voz.

Se dan la vuelta cuando aparezco medio desnuda, tan solo con una de las camisas de West.

—Tabby, este es mi primo Danny.

Danny es alto y tiene el pelo rubio ceniza. Podría confundirse con West de no ser porque tiene la cara más ancha y los ojos más pequeños, inyectados en sangre.

—Os parecéis —digo.

—Ya. —West se rasca la barba incipiente de la mejilla—. No sé quién se llevó la peor parte. —Intenta aparentar tranquilidad, pero veo cómo se agarra con fuerza a la encimera que tiene detrás—. ¿Quieres un café, Danny? Si no, tengo cosas que hacer.

—¿Me estás echando? —pregunta Danny.

—No si no es necesario.

Danny coge el salero de la mesa y le empieza a dar vueltas entre los dedos.

—Abriel quiere hablar contigo.

—Abriel tiene teléfono.

Danny deja el salero, saca un cigarrillo del bolsillo de la camisa y se lo lleva a los labios. Lo enciende y exhala un anillo de humo que queda suspendido en el aire. Me mira de arriba abajo mientras mete el dedo por el agujero.

—¿Te parece bien si lo intento con ella? A ver si vale la pena.

West se retira de la encimera, pero antes de que pueda agarrarlo por el cuello, Danny se da la vuelta y sale por la mosquitera dando un portazo tan fuerte que por poco la desencaja de las bisagras. West sale corriendo descalzo. Le sigo y le veo gritar algo, escupiendo saliva entre los dientes, pero el sonido queda ahogado

cuando Danny arranca la moto. West hace un gesto de desdén mientras la Honda Shadow se aleja calle abajo.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunto.

West se limpia la boca.

—Tengo que contarte una cosa.

Me acompaña adentro y se pone a hacer café, cosa que nunca hace. Nos sirve una taza a cada uno, las lleva a la mesa y se sienta delante de mí. Se alisa las cejas con los dedos, le da un sorbo al café y se agarra las rodillas con las manos para intentar que dejen de moverse.

—Tabby, estoy casado.

Hasta hace un mes, vivía en una especie de comuna haciendo colgantes y llaveros que vendía en un mercadillo de fin de semana. La gente pagaba una pasta por ellos porque el adolescente que trabajaba en nuestra mesa estaba buenísimo. Tenía unos quince años, hoyuelos en las mejillas y una melena negra, larga y brillante. Se ofrecía a probarles los collares a mujeres de mediana edad y a sus madres; les ataba los extremos de cuero alrededor de sus cuellos flácidos e inclinaba un espejo de mano en diferentes ángulos mientras les susurraba sedosos cumplidos al oído. Las mujeres se alejaban con sus pantalones verde menta, acariciando con una sonrisa sus nuevos colgantes de plumas mientras él contaba el dinero.

Al principio yo me dedicaba a observarlo desde la mesa cercana donde estaba vendiendo tapacubos. El tatuador con el que vivía tenía un amigo que se ofreció a llevarme al campo, cerca de Miramichi. Me dijo: «Oye, vamos a montar un negocio juntos». Yo me imaginé que sería una tiendecita rural con colchas y tarros de

miel, pero acabamos vendiendo trastos viejos y viendo películas de Alfred Hitchcock en blanco y negro a todas horas. Ni siquiera me acuerdo de su nombre de pila. Creo que era Victor. ¿O Vince? Pero todos lo llamaban Scrounge.

De cualquier forma, llevaba unas semanas en el mercadillo cuando el chico de los colgantes se acercó a mi mesa. Me trajo un té negro caliente en un vaso de papel y me preguntó por los diferentes tapacubos. Empezó a hablarme de la comuna en la que vivía y, cuando le hice un millón de preguntas al respecto, se ofreció a llevarme a conocer a todo el mundo. Me fui con él después del trabajo y nos emborrachamos con vino de diente de león en compañía de otras diez personas. Vivían en una cabaña grande y vieja rodeada de algunas construcciones más. La cabaña estaba llena de guirnaldas de luces y tenía un cráneo de alce clavado en la puerta. Había un pozo y varios generadores. La mayoría de los que vivían allí eran drogadictos con títulos universitarios. No entendía por qué elegían esto en vez de sentarse en un despacho con calefacción gratis.

Aun así, era mejor que lo que teníamos Scrounge y yo. Nos alojábamos en una pequeña casa de techos bajos propiedad de la hermana de su abuela. Todas las habitaciones estaban llenas de sus «niñas», muñecas de todo tipo colocadas en diferentes situaciones: celebrando fiestas de cumpleaños, bailando, jugando al ajedrez... Algunas escenas eran aún más inquietantes: había muñecas tirándose de los pelos o celebrando el funeral de un bebé muerto, y un grupo de muñecos dispuestos en semicírculo que parecían estar humillando a un niño pecoso con la cabeza gacha.

Le pregunté a la anciana qué muñeca era su favorita y frunció el ceño. «Yo no tengo favoritos». Le guiñé un ojo y dije: «Claro que los tiene». Se puso roja desde el cuello hasta la frente, salió cojeando rápidamente de la habitación, atravesó de golpe las puertas del salón y se metió en la cocina, donde la oí servirse un chorro de ron

Black Seal en la taza de medición que utilizaba como vaso para beber.

Así que cuando los miembros de la comuna me permitieron quedarme a cambio de hacer llaveros y cagar en cubos de helado, les dije: «Resulta que hacer llaveros y cagar en sitios aleatorios son dos de los talentos que Dios me ha dado». Creyeron que los estaba vacilando.

El nombre real del niño era El Niño. No le creí hasta que me enseñó su partida de nacimiento. En realidad, su nombre completo era Billy El Niño Billyboy, así que entendí por qué se quedó con El Niño. Era capaz de subirse al tejado en unos pocos segundos. Tú estabas a su lado, sonaba un silbido y de repente aparecía en lo alto con una sonrisa. También sabía dar patadas voladoras, decir el alfabeto completo con eructos y convencerte de casi cualquier cosa. Era la única persona en la comuna que no empezaba cada frase con la palabra «cuando»: «Cuando Robbie regrese», «Cuando llegue al oeste», «Cuando tenga dinero». Era experto en globos aerostáticos porque su abuelo solía operar uno para una empresa de turismo. El viejo montaba en los globos a los veraneantes y surcaba los aires con ellos sobre granjas y ríos. Él se quedaba mudo en un rincón, manejando las válvulas de propano mientras las parejas se besaban y sacaban fotos con cámaras caras. El Niño se montaba con él algunos domingos por la tarde. Su abuelo lo alzaba a hombros para que estuviera aún más alto y le mostraba toda la tierra engullida por el asfalto.

El Niño y yo encajábamos a la perfección. Cuando le contaba todas las cosas que me habían pasado antes y después de irme de casa, me abrazaba y sollozaba. Luego, para levantarnos el ánimo, intentaba tirarse pedos al son de O Canada, aunque nunca pasó de una sombría O que sonaba como una trompeta. Al comienzo de la temporada de truchas, su tío se presentó con una furgoneta llena de aparejos de pesca y discos de vinilo. El Niño nos presentó y su tío dijo que nos quedáramos los discos para venderlos en el mercadillo

porque se había pasado a los cd. Mientras rebuscaba entre las pilas, no dejaba de mirarme la parte de atrás de los pantalones cortos y de hablarme de pesca, como si me importara. Me preguntó si quería acompañarle en el viaje. Estaba bueno y tenía un buen gusto musical, así que le dije que sí. Después del fin de semana, me preguntó si quería ir a vivir con él a Blood Rain.

Cuando El Niño y yo nos despedimos, le di mi canica y le hice prometer que no la perdería. La sostuvo al sol, mirando cómo la luz se colaba a través de ella. Luego salió corriendo detrás de la furgoneta, dando saltos y haciendo aspavientos. Su tío y yo lo miramos por el retrovisor mientras nos reíamos. Me contó que El Niño tuvo un gemelo idéntico que murió al nacer. «¡Imagínate que hubiera dos iguales!», gritó por encima del ruido del motor.

Sonreí, pensando que un gemelo podría eructar el alfabeto al derecho mientras el otro lo hacía al revés. Entonces la furgoneta pasó por encima de un bache que había en la carretera. El agua del cubo de los peces se derramó, miré hacia atrás y vi una trucha enorme y fea resbalando por el suelo metálico hacia nosotros. El tío se las arregló para mantener una mano en el volante mientras estiraba el brazo hacia atrás, la cogía, apuntaba y volvía a lanzar la trucha en el cubo. Fue en ese momento cuando me enamoré de él.

Jared Smoke era el tipo de hombre capaz de echar tres polvos seguidos si una estaba dispuesta. Y había que estarlo. Tenía unos abdominales de infarto y el pelo tan suave como el pelaje de un gatito. Vivía en la reserva, en una oficina reconvertida con suelos de linóleo y luces fluorescentes en el techo. El lavabo estaba al final del pasillo de su apartamento y aún tenía en la puerta un cartel donde ponía «hombres». Para bañarse, había que hervir agua y ponerla en una palangana del lavadero del sótano. Tenía instrumentos musicales por todas partes y yo cantaba cada vez que cogía uno. Decía que tenía una voz bonita.

Cuando me enteré de que estaba casado, me encerré en el cuarto de baño y traté de llorar para deshacer el nudo que tenía en el estómago. Desde que nos conocimos, me había hecho ilusiones de que aquella era una relación de verdad. Incluso soñaba despierta con que nos enamorábamos y hacíamos bebés a los que cantar. Me dijo: «No pensaba que fuera a importarte», y luego: «No te preocupes, no va a volver». Así que me quedé. Unas dos semanas después de mi llegada, su abuela llamó por teléfono y se gritaron en otro idioma. Luego apareció su hermana y nos dijo que el consejo nos estaba esperando en la calle para hablar con nosotros.

Jared y yo entramos juntos en la sala y, cuando les vio las caras, me soltó la mano y se sentó a dos sillas de mí. Cuando por fin hablaron, él no tradujo nada, a pesar de que me había dicho que iba a hacerlo.

Más tarde, cogí mi chaqueta y mi bolso de su casa. Me daba mucha vergüenza andar recogiendo el resto de mis cosas. Jared me llevó a la estación de autobuses y me dio cuarenta dólares. Me senté en un banco del interior y miré el panel electrónico para ver qué autobuses llegaban y adónde se dirigían. El primero que se iluminó en la pantalla tenía como destino Halifax. A través de la ventana observé cómo Jared Smoke toqueteaba la emisora de radio para encontrar una buena canción. Arrancó el coche, se alejó cantando y probablemente nunca más volvió a pensar en mí.

West rasga una servilleta de papel y enrolla los jirones hasta formar una bolita dura.

—No sé por qué aceptó cuando le pedí que se casara conmigo. Ni ella tampoco.

Me los imagino casándose en un granero lleno de luces blancas. Recuerdo la fotografía de ella que vi la primera noche que dormí aquí. Apuesto a que llevaba un vestido lo bastante corto como para

enseñar las pantorrillas de esas piernas tan bronceadas. Intento no imaginarme las mismas piernas enroscadas alrededor de West en la cama en la que he dormido, pero lo hago igualmente.

—Después de la boda, quiso que comprara la taberna, así que lo hice, y justo después me pidió que comprara la casa de empeños de enfrente. Estaba furiosa porque me negué a hacerlo. Odiaba mi ropa, odiaba esta casa, no soportaba que respirara a su lado. Hace unos años un tipo rico vino al pueblo a comprar caballos, y cinco minutos después ella se largó con él. No la he vuelto a ver.

Por fin consigo que mis cuerdas vocales funcionen.

—¿Has hablado con ella?

—Me llama una vez cada tres meses más o menos para asegurarse de que sigo siendo un desgraciado. —West extiende el brazo sobre la mesa, pero yo echo la silla hacia atrás—. Si entrara por la puerta ahora mismo, la mandaría a tomar por saco.

—¿Por qué sigues casado con ella?

—Supongo que no tenía una buena razón para ponerme con el papeleo.

Echo un vistazo a las cortinas que cosí, colgadas de la ventana, y siento un nudo en el estómago. Aparto la mirada hacia las sombras que se deslizan como fantasmas por los armarios y me pregunto si dentro habrá alguna botella de algo fuerte.

—Necesito un cigarro.

West sale de la habitación y le oigo rebuscar entre las baldas del armario del pasillo. Vuelve y me ofrece un cigarrillo Peter Jackson de aspecto mugriento.

—Lo dejé hace años, pero guardaba un paquete por si acaso el mundo se acababa.

—¿Tu mujer te obligó a dejarlo?

Se agacha junto a mi silla y carraspea como si fuera a dar un discurso, pero luego baja la cabeza y suspira. Nos quedamos así, yo sentada, él en cuclillas, sin decir nada, hasta que el sol de la tarde empieza a morir en el linóleo. Por fin se levanta y le crujen los tobillos.

—Supongo que debería empezar a hacer la cena. —Siento cómo me observa—. Tabby, te lo querría haber dicho antes, pero no le veía sentido.

—¿Pensabas que no me importaría que estuvieras casado?

—Solo estoy casado por ley. No significa una mierda. Se largó.

—Tu primo dijo que ella quería hablar contigo.

—Su hermano Tommy es colega de Danny. Ese cretino asqueroso siempre está intentando convencerla de volver a Solace para que le ayude a cuidar de su madre. Pero no va a pasar, y aunque pasara, no sería bienvenida aquí.

Me levanto, camino por el pasillo y me tumbo en su cama, intentando decidir si marcharme en este mismo instante. Aprieto los ojos y me imagino a su mujer contoneándose, tumbada a su lado en el sofá viendo la tele. Me da la impresión de que me está utilizando para ponerla celosa. ¿Por qué si no iba a dejar que una desconocida se mudara con él prácticamente de un día para otro y se llevara su camioneta por ahí? Incluso puede que invitara a Danny a venir, con la esperanza de que me encontrara aquí.

Cuando abro los ojos, West está de pie en la puerta.

—Pégame. —Se señala la mejilla—. Venga, dame una hostia para poder acabar ya con esto y comernos unas tiras de pollo.

Revuelve en un cajón, saca una máscara de demonio de Hal lo ween y se la enfunda en la cabeza.

—¿Por qué tienes eso ahí guardado?

El demonio se inclina sobre mí, acercando cada vez más su espantosa cara a la mía.

—Pégame —insiste.

Obedezco. Le tiro de la cama.

—¡Joder, qué cabrona! ¿Eso era tu mano? —Intenta reírse, pero solo le sale una mueca de dolor—. Me he comido hostias con puños americanos que dolían menos.

Me agacho, le levanto la máscara y ahogo un grito. En el pómulo ya se le está formando un bulto hinchado.

—¿Qué? —Se agarra el labio superior y se lo retira a un lado—. ¿Me faltan dientes? Mejor dame otra vez para asegurarte.

Le digo que necesito un rato a solas para pensar, se levanta del suelo y cierra la puerta del dormitorio tras de sí. Cuando se va a trabajar, salgo a la cocina y me como unos palitos de pollo que me ha dejado en la sartén. Están bastante buenos.

Me doy un baño y me siento en el sofá a hojear el libro de cocina de West. Finalmente, lo cierro y rebusco en el bolso el número de teléfono que anoté. Marco y solo suena una vez antes de que lo coja mamá.

—Ah, Tabby. Creía que eras la policía.

—¿La policía? ¿Por qué?

—Swimmer ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Qué quieres decir?

—En cuanto he salido a casa de Bird, Poppy se ha ido a por drogas. Ha dejado a los niños en el coche en casa de un camello y Janis se ha quedado dormida. Swimmer ha desaparecido del asiento trasero y nadie sabe nada de él.

—¿Cuándo ha pasado esto?

—Hace cinco horas.

—Joder.

Cuelgo, me pongo las botas y echo a correr hacia la taberna. Cuando le cuento a West lo que le ha pasado a Swimmer, echa a todo el mundo y apaga las luces. En cinco minutos ya estamos en la autopista.

—Acelera.

—Eso hago. —El motor traquetea—. Esto es lo más rápido que tira. —West mira por el retrovisor—. Mierda, ¿he cerrado la caja?

Llegamos a Jubilant unos minutos después de medianoche. Hay un coche de policía aparcado en la puerta de la casa de Pop py. Me apresuro a entrar y veo a mamá sentada en el sofá con Jewell. Un agente de policía habla por teléfono en la cocina.

—No hay noticias —susurra Jewell antes de que le pregunte—. Poppy está en el hospital con un ataque de nervios. Jackie ha salido a buscarlo. Acabamos de acostar a Janis.

Mamá tiene los párpados tan hinchados que parece que le han dado un puñetazo en cada ojo. Le pregunto si está bien y Jewell le da unas palmaditas en la mano, me mira y niega con la cabeza. Voy al

armario de la cocina donde mamá guarda un cartón de Export «A», cojo dos paquetes, me meto uno en la chaqueta y arranco el envoltorio del otro. Le quito el papel de plata del lado izquierdo como a ella le gusta, enciendo uno y se lo acerco a la uve que forman sus dedos.

—West ha venido conmigo —le digo—. Vamos a ver qué podemos averiguar.

—Ha sido justo al lado de Wharf Road —explica Jewell—. Ya hemos dado cincuenta vueltas por arriba y por abajo.

Vuelvo a la camioneta y le digo a West:

—Tenemos que oír lo que dice la gente del pueblo. ¿Hay algún bar por aquí?

—El Hug 'n' Slug —responde, metiendo marcha atrás—. El dueño estaba a punto de cerrarlo hace un tiempo, pero supongo que aún sigue dando guerra.

Me muerdo una uña hasta la piel, mirando fijamente los jardines de todo el mundo a la que pasamos. Nos detenemos frente a un edificio cuadrado con rejas en las ventanas y un cartel colgado sobre la puerta que dice «Lighthouse». He pasado por delante varias veces. La pintura era azul, pero el viento salado le ha dado un color turquesa pálido. Es casi bonito a la luz de la luna.

Un zumbido eléctrico suena cuando entramos y la mano del camarero se desliza bajo el mostrador, donde probablemente guarda un arma.

Hay seis o siete personas sentadas y algunas más jugando al billar.

—¿Está Lazlo? —pregunta West.

—No.

Nos sentamos en la barra y pedimos un par de cervezas. El camarero se relaja un poco, saca dos vasos y nos mira fijamente mientras los sirve.

—Hemos oído que hay un niño desaparecido —dice West—. Hemos visto carteles en la comisaría de Irving.

Un hombre sentado en la barra se vuelve para mirarnos.

—Es el crío de la stripper. —Saca la pajita del vaso, la tira en la barra y da dos sorbos rápidos—. Me suena tu cara.

—Llevo la taberna de Solace River.

—¿El Punch 'n' Kick?

West se quita el abrigo y lo cuelga con demasiada fuerza en el respaldo del taburete.

—El Four Horses.

—Eso. —El hombre se da un golpecito en la mejilla y señala el ojo morado que le he hecho a West—. Parece que alguien ha sacado lo mejor de ti.

Una mujer se acerca y le susurra algo al oído. Se inclina tanto que las puntas del pelo rubio oxigenado se cuelan dentro del vaso del hombre. Aparto la vista de su escote flácido. Lleva unos tacones de leopardo.

—Bonitos zapatos.

—Me los pillé en Frenchy por cuatro pavos. —Levanta un pie pecoso en el aire y lo gira. La sirena borrosa que lleva tatuada en el tobillo menea la cola—. ¿Quién coño eres tú?

—Tabby. Él es West.

Ella recupera el equilibrio.

—Soy Angela, este es Bernie, y por allí hay un montón de soplapollas que no merece la pena ni conocer.

—Decíamos que es una pena lo del niño desaparecido.

—No van a encontrar a ese niño. Esa mujer tiene unos cuantos enemigos. Quieren acabar con su hermano y todos ellos.

—Angela, cállate, que estás borracha. —El camarero le quita el vaso vacío.

—¿Fumas? —Le muestro el paquete de tabaco y me bajo del taburete—. Vamos afuera.

La calle está desierta. Le doy un cigarro y lo enciende con el mechero que le cuelga del llavero. Su llavero es un zapato con un estampado de leopardo exactamente igual a los que lleva puestos.

—Hostia, tu novio es muy guapo. —Inhala bruscamente y aguanta la respiración mientras dice—: Cuando habéis entrado por poco me caigo de la silla.

—Bueno, no es mío exactamente. Está casado.

—Pues que le follen. —Expulsa el humo—. No merece la pena.

—¡Yo me lo follo! —Suspiro—. Y créeme, merece la pena.

Ella resopla y se tambalea sobre los tacones.

—Me caes bien. Deberías quedarte. Pero te lo advierto...

—Me señala con el extremo encendido del cigarrillo—. Este sitio es un coñazo. En fin, no hay más que verlo. —Señala la calle mojada y se le cae el cigarro al suelo sin querer. La miro mientras intenta

sacarlo de una grieta de la acera. Al final consigue pellizcarlo entre los dedos y se lo lleva a la boca, manchando el filtro de carmín rosa.

—Y bien, en cuanto al niño ese desaparecido —digo—. ¿Sabes algo?

—Troy y el resto estaban en su casa dando gritos, y me ha parecido que hablaban de dónde esconder a no sé qué niño. Yo solo he ido a comprarle hierba a Kay, ¿eh? —Suelta una larga bocanada de humo —. Pero han pasado de mí.

—¿No has llamado a la policía?

—Joder, no. Seguro que lo cuidan mejor que su madre. De todos modos, yo no te he dicho nada. Que esos gilipollas me cortan el cuello.

—¿Por qué crees que se lo han llevado?

—Probablemente para vengarse de alguien por algo. De cualquier manera, el niño acabará en los servicios sociales. Lo sé porque a mí me pasó, ¿vale? —Desvía la mirada al final de la calle. Cuando se vuelve hacia mí, le brillan los ojos—. Ni siquiera me dejan ver a mi puto hijo.

West y yo volvemos al tráiler y dormimos en la camioneta. Por la mañana, vamos a desayunar a una estación de servicio y llamo a mamá desde una cabina. Lo coge Janis y me dice que Swimmer sigue sin aparecer y que la abuela no puede hablar por que está llorando. Le digo que intente animarla y que luego hablamos.

West aparca en la puerta del Lighthouse y espera hasta que se enciende la luz de «Abierto» y se mete para pillar al dueño. Pasan veinte minutos y me quedo dormida en los asientos calientes por el sol. Entonces la puerta se abre de golpe y me despierto sobresaltada.

—Laz conoce a un tal Troy —dice West, deslizándose de nuevo frente al volante—. Dice que no le extrañaría que fuera él quien estuviese detrás de todo esto.

—Vale. ¿Y qué hacemos?

Mira hacia la barandilla del muelle, donde algunos barcos se dirigen a mar abierto. Entonces gira la llave en el contacto.

—Tendremos que mandar a la policía.

En la comisaría descubrimos que solo tienen un coche patrulla buscando a Swimmer. El agente al cargo se queda sin aliento solo de levantarse de la silla. En la camisa del uniforme se le abren los dos botones centrales. West le da la dirección de Troy, pero nos dice que no puede hacer nada sin una orden de registro. —Tiene a una mujer en un bar diciendo que oyó a gente en esa casa discutiendo sobre dónde esconder a un niño. —West se frota las rodillas de los vaqueros—. ¿No cree que merece la pena investigarlo?

El agente se quita una legaña del rabillo del ojo con el dedo meñique.

—Señor, déjeme que se lo explique otra vez. Aunque quisiera comprobarlo, no puedo entrar en una propiedad privada sin una orden de registro.

Los interrumpo:

—¿No deberían publicar por lo menos algún tipo de comunicado de prensa con la foto de Swimmer?

—La verdad es que aún no lo consideramos un caso de persona desaparecida.

—¿Qué coño dice? ¿Por qué?

—Porque no es la primera vez que su hermana pierde a su hijo. El año pasado recibimos una llamada de una señora a un kilómetro de distancia diciendo que había aparecido en su jardín, jugando con su perro.

—Lleva toda la noche desaparecido. Si hubiera estado jugando con el perro de alguien, ya habrían llamado, por el amor de Dios.

Se encoge de hombros.

—Puede que sí, puede que no. Podría ser alguien que conoce a su madre y aún no lo ha llevado a casa.

—¿Me toma el pelo? —dice West, que parece dispuesto a hacerle una llave en la cabeza—. ¿Y si se equivoca? ¿Y si fuera su hijo?

—Señor... —empieza a decir el policía, aunque no continúa.

Me pongo en pie.

—Vámonos.

West le da una patada a la puerta al salir y grita:

—¡Putos maderos!

Luego me habla sobre un agente de la policía montada de Solace River, el único en quien confía lo suficiente como para llamar cuando una pelea se descontrola en la taberna. Encontramos una cabina de teléfono y la operadora le pone con él. Hablan durante un rato y al colgar me dice que es posible que la policía montada tenga problemas de jurisdicción, pero que verá lo que puede hacer.

Vamos al parque infantil para echar un vistazo rápido antes de volver al tráiler. Cuando llegamos no hay nadie. Saco la llave de repuesto de la maceta del cisne, entramos e intentamos charlar, pero estamos demasiado cansados. Nuestras voces se apagan y nos quedamos un

rato sentados en silencio. West recorre el interior del tráiler con la mirada; apuesto a que se está preguntando cómo se me ha ocurrido hacer alguna vez comentarios sobre su casa.

Justo antes del anochecer, un Toyota Tercel aparca en la entrada. Jackie sale, da la vuelta y ayuda a mamá a bajar del asiento del copiloto. Janis sale por detrás y tarda tres intentos en cerrar la puerta. Swimmer sigue desaparecido. Lo veo en sus ojos.

—Janis, este es West —le digo una vez que se quita las zapatillas.

Se queda de pie en la alfombra, mirándole desde detrás de sus gafas de sol.

—Tú eres él.

—Yo soy él.

—No puedes conocer a Swimmer, porque se ha escapado.

West asiente.

—No pasa nada. Lo conoceré cuando vuelva.

—Volverá el martes porque es cuando vemos los Teleñecos.

—Señala a Jackie y a mamá—. Este es el tío Jackie y esta es mi abuela. La puedes llamar abuela.

West les estrecha la mano, pero ellos apenas levantan la vista.

—Hemos ido al hospital para intentar sacarle más información a Poppy —dice Jackie—. Ha pegado un bote y ha intentado cargarse las ventanas. Han tenido que atarla dos veces porque está tan esquelética que se escurre de las correas.

—¿Quién es Troy? —pregunto.

Jackie se estremece.

—¿Quién ha dicho Troy?

—Una mujer del Lighthouse ha dicho que Troy iba a por Poppy. ¿Quién es?

Jackie se huele el sobaco, dice que tiene que ducharse y se aleja por el pasillo.

Mamá deja el bolso encima de la mesa.

—Poppy ha dicho que esos malnacidos de la casa de la droga no querían dejarla salir. Querían saber por qué la buscaba la policía y qué nombres había dado. Han corrido las cortinas y no la dejaban ni llamar para ver cómo estaban los niños, le han obligado a tragarse unas pastillas a la fuerza y le han repetido las mismas preguntas una y otra vez. Y no sabe cuánto tiempo ha pasado hasta que ha oído a Janis gritarle a través de la gatera.

—Joder. —Siento que se me esfuma toda la sangre de la cara—. Yo le di a entender a Lyle que la policía estaba detrás de Poppy.

—No es cosa de Lyle —dice mamá—. Es Troy. No es la primera vez que usa a Poppy para llegar hasta Jackie. Cuando solo era bailarina, un fin de semana le dio drogas como caramelos y la convenció de que podía ganar mil pavos por noche haciendo lo que no debía. Él tiene la culpa de que se volviera adicta.

Janis se tumba en el suelo de la cocina y no dice ni pío mientras yo cuezo unos espaguetis y West pica lo que encuentra en la nevera. Tengo unas diez preguntas que hacerle a Jackie, pero después de salir de la ducha se dirige directamente a la cabina de la tienda de Frosty para llamar a Jewell. Le pregunto por qué no usa el teléfono de aquí y me dice que no quiere ocupar la línea por si llama la poli.

—Usa el cerebro —me dice, llevándose el dedo índice a la sien.

Sigo pensando en lo que ha dicho mamá. Troy tendría que ser un hijo de puta demente para secuestrar a un niño. Apuesto a que West está pensando lo mismo. Lleva cinco minutos cortando las manchas marrones de la misma cebolla.

Cuando por fin vuelve Jackie, instala una radio de policía en la cocina y no se despega de ella en toda la noche. El resto nos sentamos en el salón, mirando a la tele mientras masticamos.

—¿Swimmer estará cenando? —pregunta Janis.

—Pues claro —digo—. Y se manchará toda la cara, como siempre.

—Y los brazos —añade.

—Y la camiseta.

Le da un mordisco al pan.

—Lleva una camiseta de los Pitufos —dice con la boca llena—. Se lo he recordado a la poli.

Después de cenar, West me dice que tiene que volver a Solace River para echarle un ojo a la taberna. Me da la espalda mientras se pone las botas y me da la sensación de que ya ha tenido bastante. A lo mejor se ha dado cuenta del motivo por el que la gente siempre guarda las distancias con los Saint. Una parte de mí quiere subirse a la camioneta con él y olvidarme de que he encontrado a Poppy. Descuelgo el abrigo del perchero.

—Deberías quedarte —me susurra.

Me asomo y veo a mamá desplomada en el sillón y a Jackie con la cabeza apoyada en los brazos sobre la encimera de la cocina. West está a punto de añadir algo, pero Janis aparece entre los dos.

—¿Puedes buscar a mi hermano en Solas River? —le pregunta a West—. A lo mejor ha ido a pescar, así que igual deberías buscar a un niño sentado con un palo en el agua. Tiene la cabeza así de grande. —Abre los brazos.

West le dice que estará atento y se marcha. Janis me sigue hasta la ventana frontal y le dice adiós con la mano mientras arranca el motor. En el límite de la parcela da un bocinazo y entonces se aleja. Yo sigo con el abrigo en la mano.

—Por ahí va un buen hombre —suelta Janis.

—¿Cómo lo sabes?

—Créeme.

La luna llena está baja en el cielo, como si se hubiera abierto un túnel entre los árboles. Janis se queda mirándola con la nariz pegada al cristal.

—¿Crees que los lobos se van a comer el cerebro de Swimmer? —No, cariño. Los lobos no comen humanos.

—Sí. Lo vi en la tele del tío Jackie. Nos comen vivos. Pero no creo que quieran comerse a Swimmer porque huele que apesta. —Expulsa una bocanada de vaho—. Algunos lobos se llevan a los bebés y los convierten en bebés lobos. Así que cuando Swimmer vuelva, a lo mejor anda a cuatro patas y rebusca en los cubos de basura.

Cuando por fin llama la policía, nos dicen que han ido al domicilio de Troy y que no había nadie. Las puertas estaban cerradas y no había ningún coche. Finalmente se han puesto en contacto con todas las agencias de policía marítima y han alertado a los medios de

comunicación, y apuesto a que solo ha sido porque West ha llamado al destacamento de Solace River.

Mamá va a acostarse y no vuelve a salir. Llamo a la puerta del dormitorio para preguntarle si me presta el coche y me dice que sí, si consigo arrancarlo. Tiene un coche pequeño al que le faltan los dos retrovisores laterales. Pruebo con la llave y piso el acelerador hasta que el motor se pone en marcha. La itv caducó hace cuatro años y en el suelo hay un agujero tan grande que se ve la grava de la entrada. Del retrovisor cuelga un ambientador con forma de langosta. Lo huelo por curiosidad, pero el olor se ha disipado.

Hace tiempo que no conduzco un coche con marchas y tardo un minuto en arrancarlo. Voy dando tirones mientras salgo de la casa, pero al llegar a la altura de la tienda de Frosty ya lo tengo bajo control. Pensar en que Poppy ha salido a pillar después de lograr estar medio limpia me pone tan nerviosa que por poco me llevo por delante un buzón.

Empieza a llover cuando aparco en el hospital. Salgo y me quedo de pie, mirando la ventana iluminada de Poppy y apretando los dientes. Cuando llego está dormida, así que me quedo sentada en el pasillo con la espalda apoyada en la pared y espero a que entre una enfermera a comprobarle la medicación. Cuando la mujer vuelve a salir, me dice que Poppy ya está despierta. Entro, manteniendo las distancias. Poppy tiene los brazos y la cara arañados y magullados.

—¿Ya te han dado una paliza antes de que pueda hacerlo yo o qué?

Me mira con los ojos entornados.

—Fui yo. Me di golpes en la cara hasta que me inyectaron un tranquilizante. —Se incorpora sobre la cama—. ¿Dónde está mi niño?

—No lo sabemos.

Tiene los ojos enrojecidos.

—Por favor, mátame.

Porque ya parece muerta, que si no, me lo plantearía seriamente. Tiene la piel tan pálida que prácticamente se camufla con las sábanas, a excepción de los agujeros negros y amarillos que se le marcan en los brazos. Veintiún años y ya está destruida. No soporto mirarla.

—Es la segunda vez que alguien me dice eso en este hospital. Los dos queréis la salida fácil.

Me doy la vuelta y salgo de la habitación hacia la escalera, subo de dos en dos los cuatro pisos hasta el último, empujo la pesada puerta y camino hasta el final del pasillo. La puerta 404A está cerrada, pero la abro de una patada y entro. El aliento rancio de papá hace que sea fácil verlo en la oscuridad. Enciendo la lámpara y me quedo quieta a su lado durante unos segundos escuchando el silbido de su respiración. No me puedo ni imaginar qué clase de sueños retorcidos le rondarán por la cabeza.

Tardo unos minutos en desenganchar todos los tubos. Averiguo cómo aflojar el freno de pie de la cama y la arrastro al pasillo. No se despierta hasta que se abren las puertas del ascensor. —¿Qué coño pasa?

Una enfermera dobla la esquina y nos grita que nos detengamos justo cuando se cierran las puertas. Antes de llegar a la segunda planta, papá empieza a forcejear y me exige que lo devuelva a su habitación. Lo mando callar, tal y como me ha mandado él a mí mil y una veces. Las puertas se abren y empujo su cama a toda velocidad por el pasillo. Cuando estoy a punto de llegar a la habitación de Poppy, echo a correr y meto a papá de un empujón por la puerta abierta.

—¡Os merecéis el uno al otro! —grito.

Un fuerte estruendo resuena en el pasillo cuando la cama de mi padre choca contra la de Poppy y la empotra contra la pared. Las enfermeras aparecen corriendo, Poppy grita como si la estuvieran rociando con ácido, papá grita: «¿qué cojones es esto?» y yo me doy la vuelta y salgo del hospital.

5

Las manecillas del reloj de la habitación delantera del tráiler hacen demasiado ruido. Es como una tortura china.

—Mamá —digo—. Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—Hay que volver a Solace River.

Lleva todo el día sentada con el albornoz granate, mirando por la ventana sin hacer nada. Desde que la cara de Swimmer apareció en la página dos del Jubilant Herald, la gente ha empezado a dejarse caer por aquí para ver el tráiler del niño desaparecido. Unos gilipollas paran enfrente de la casa y nos señalan desde su monovolumen. Yo los señalo a ellos.

Mamá suspira.

—En mis tiempos, cuando pasaban estas cosas los vecinos venían con cacerolas y cigarros, se ofrecían a hacerte algún recado en la farmacia o a fregar los platos. Cuando era pequeña todo era así.

Intento cerrar las cortinas, pero ella levanta el brazo y me agarra de la muñeca como un águila. Me planteo si decirle que el problema somos nosotros, no el pueblo.

—¿Qué fue de tu amiga Bev? —le pregunto tras cambiar de opinión.

—Cuando me arrejunté con Wendell perdí a todas mis amigas, una por una. No podían estar tranquilas a su lado, tenían que andar comprobando constantemente que no les había robado el bolso de la

silla. Pero Bev no. Cuando tu padre estuvo en la cárcel siempre venía para ver cómo estábamos. Pero no quería problemas. Cuando los hombres esos vinieron a por nosotros ella nos llevó a Jubilant, pero estaba acojonada por si se le presentaban en casa al día siguiente. Siempre decía que no tenía idea de por qué me había juntado con un hombre como ese, pero Tabby, se le daba de miedo bailar, ¡y era muy gracioso! Una noche me hizo reír tanto que me meé en los vaqueros nuevos.

—Pero luego sacó los colmillos. —Me armo de valor para plantearle la pregunta que llevo años haciéndome—: ¿Por qué te quedaste con él?

Janis levanta la vista. Ha hecho unos cuantos dibujos de Swimmer para pegarlos en los postes de teléfono. En todos ellos aparece bailando al son de notas musicales que brotan de un rectángulo gris que se supone que es el equipo de música. Espera expectante la respuesta de mamá.

Mamá coge la taza de té frío que hay en el alféizar de la ventana.

—No me quedé con él. Me fui.

—No, perdiste tu casa y no pudiste volver.

—Bueno, pero aquí no lo dejé entrar, ¿a que no? —Baja la taza con un golpe y me doy cuenta de que está decidida a anotarse ese tanto.

—¿Pero por qué te quedaste con él antes de todo eso? Cuando te pegaba, pegaba a tus hijos, desaparecía o estaba en la cárcel...

Desvía la mirada hacia la ventana, donde un gato de tres patas cojea a lo largo de la cuneta. Doy por hecho que no va a contestarme cuando entonces dice de pronto:

—A veces tu padre lloraba por las noches. No quería haceros daño. Pero no era capaz de cambiar. —Parpadea varias ve ces—. En la otra casa, el pomo de la puerta del baño estaba mal puesto. Había que girarlo a la izquierda en vez de a la der echa. Tu padre nunca fue capaz de aprendérselo. Aunque acabara de entrar, no paraba de girarlo a la derecha, se ponía nervioso, se quejaba a gritos de que no se abría y yo tenía que volver a enseñárselo. Tenía algún tipo de daño cerebral, creo, por culpa de su padre.

—Como el tío Bird —dice Janis, moviendo un lápiz marrón de un lado a otro del papel para dibujar el pelo de Swimmer.

—¡Dios mío! —Mamá se levanta de un salto—. ¡Se me ha olvidado darle de comer a Bird! ¡Joder! Han pasado dos días. ¡Janis, tráeme el sujetador!

—Siéntate, mamá. Voy yo.

—¿En serio? —Se desploma en el sofá—. ¿No te importa?

Janis me mira mientras me pongo las botas.

—¿Quieres que vaya a enseñarte dónde guardan las latas de atún? —pregunta.

—No, quédate aquí y termina los carteles.

Al salir respiro una bocanada de aire fresco. El cielo se parece al de Solace River después de una tormenta; las nubes se cuajan en racimos de color verde pálido. Atravieso los patios traseros en lugar de ir por la calle.

Pienso en lo que me dijo Poppy, que si fuera yo ya se habría largado. Ni yo misma sé qué es lo que me retiene aquí. Lo único que sé es que después de que me echaran de Blood Rain, en mi vida me había sentido tan desarraigada. Empecé a imaginarme el típico final feliz de película en el que todos los miembros mi familia, después de

pasarse años mirando el horizonte, en cuanto veían mi cara rompían a llorar de alegría y desempolvaban una vajilla de porcelana. Nos dábamos un festín de jamón con patatas fritas mientras escuchaban con atención todas y cada una de mis palabras y se turnaban para rellenarme la bebida.

Lo fuerte es que me pareciera normal tener una vajilla de porcelana. Por Dios, ¿dónde iba a guardar mamá eso? ¿En el arcón junto a las sábanas de satén?

A través de la ventana lateral distingo la forma de la cabeza de Bird, y cuando entro, veo a los tres mosqueteros sentados a la mesa.

—Hola, pandilla —les digo—. ¿Habéis comido algo hoy?

Tres pares de ojos me miran fijamente.

—Os preparo algo, ¿vale?

El gordo murmura algo tipo «A buenas horas, mangas verdes». Hoy lleva pantalones, gracias a Dios. Voy a la cocina y abro los armarios. Hay latas de sopa, algunas galletas viejas, sazo nador en polvo y pan mohoso. En la nevera hay una botella enorme de ron especiado, media bolsa de cebollas y tres botes de pepinillos caseros. En el congelador encuentro un pollo entero, así que lo descongelo en el microondas, lo condimento con el sazonador y lo meto en el horno.

—Pronto estará listo —digo, volviendo a la mesa—. ¿A qué estáis jugando?

—Canasta —contesta por fin el gordo.

—¿Habéis jugado alguna vez al burro?

—Canasta —repite.

El del parche en el ojo se vuelve para mirarle con el ojo bueno.

—Burro.

Me siento y les enseño las reglas básicas del juego. Echamos varias partidas e incluso Bird lo pilla y escoge cada carta con solemnidad. Cuando el pollo está listo, se lo sirvo con una guarnición de cebollas fritas y pepinillos. La ración de Bird tengo que cortarla en trocitos para poder dársela. Así, sentada tan cerca, me doy cuenta de lo fuerte que es su olor corporal. Encuentro el cuarto de baño; la bañera tiene aspecto de no haberse usado nunca. La limpio con el jabón de fregar los platos y luego la lleno de agua hasta la mitad.

—Vamos, Bird. —Lo separo de su plato vacío—. Vamos a darte un baño. —Lo aparco en el baño y le quito la camiseta por encima de la cabeza—. ¿Puedes ponerte de pie?

Extiende los brazos enjutos. Tiro de ellos para levantarlo un poco. No sé si es lo mejor, así que lo vuelvo a sentar, le bajo los pantalones y los calzoncillos y se los retiro por los pies. Luego intento levantarlo de nuevo. Por fin se queda desnudo, aferrado a mí. La piel le cuelga de los huesos y parece muy encogido. En la foto que vi en la nevera de Jackie, Bird le sacaba una cabeza. Ahora es de mi altura y probablemente pesa lo mismo que yo.

Huele tan mal que tengo que contener la respiración mientras me las apaño para meterlo en la bañera sin que se me resbale. Una vez sentado, le agarro suavemente de los tobillos y le estiro las piernas hacia delante. Sonríe cuando el agua caliente le envuelve el cuerpo.

—¿Qué te parece? —le pregunto.

Me señala el grifo, así que lo abro para que salga un poco más de agua caliente. Encuentro una pastilla de jabón escuálida, le quito la mugre con papel higiénico y le restriego la pastilla por el pecho y los hombros. Le limpio la cabeza y la cara y luego los brazos. Después le pongo el jabón en la mano y le animo a que siga él con el resto del cuerpo. Le voy guiando poco a poco: «Lávate las piernas. Lávate las rodillas. Lávate tus partes. Lávate la barriga». Lo miro y pienso que

llevo tantos años cabreada por no tener una familia que me cuide que nunca se me había ocurrido que yo también me estaba librando de cuidar de ellos.

Cuando terminamos, Bird se recuesta en el agua y cierra los ojos. Por un momento parece un hombre normal. Me siento sobre la tapa del retrete y observo el museo de la guerra que es su cuerpo. Tiene el antebrazo deformado de cuando papá los tiró a él y a Jackie por la ventana como si fueran un saco de basura, y tiene tatuajes con los nombres de sus hijas a ambos lados del pecho hundido. De cerca, las cicatrices de su cara son tan brillantes que casi puedo ver mi reflejo en ellas. Por alguna razón le falta la mitad del dedo anular. Me inclino para verlo mejor y entonces abre los ojos de golpe.

—A Tabby la mordió una cobra real.

Me quedo atónita un segundo.

—Sí, es verdad. —Me levanto el pantalón para enseñarle la cicatriz.

Parpadea varias veces. Luego saca la lengua por un lado de la boca y me sonríe.

Swimmer lleva cuatro noches desaparecido. Mamá tiene la radio de la policía encendida todo el tiempo. Janis ha tenido una pesadilla con vampiros desnudos tumbados en la bañera y ahora no puede ir a mear sin un cuchillo de carne en la mano. Me estoy volviendo loca de pasar tanto tiempo sentada sin hacer nada. Le digo a mamá que voy a comprar papel higiénico y me llevo su coche.

La casa de Troy es un rectángulo beis de dos plantas en lo alto de una colina, al final de un largo camino asfaltado y sin vehículos. Aparco en la parte más baja y subo con el corazón desbocado. Me asomo a la parte de atrás y veo una piscina que nadie se ha ocupado de cuidar. Intento no imaginarme a Swimmer deambulando

por allí y cayéndose dentro. En el porche hay algunas botellas de alcohol vacías y una lata llena de colillas. Llamo a la puerta, espero unos minutos y entonces toco el timbre. A través de las cortinas no se ve nada. Estoy a punto de irme cuando se abre una ventana en el piso de arriba. Una mujer de aspecto desagradable con un albornoz rosa asoma la cabeza.

—¡Largo de mi propiedad, coño! —grita—. Y dile a Jackie que como se le ocurra volver a venir por aquí, Troy le rajará el cuello a Bird.

Me muerdo la lengua con fuerza.

—Nuestro sobrino ha desaparecido —digo, saboreando la sangre—. Estamos preguntando a todo el mundo. Solo tiene tres años y tiene que tomarse la medicación. Se pone malísimo cuando le da cagalera.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¿No ha visto los carteles ni ha encendido la televisión?

Aprieta los labios.

—He dicho que largo de mi propiedad.

—Quiero hablar con Troy.

Cierra la ventana con un golpe. Intento accionar el pomo, pero la puerta está cerrada. La aporreo y la ventana vuelve a abrirse. Veo el cañón de un rifle asomando hacia fuera.

—Vale, vale. —Levanto las manos. Mientras retrocedo por el camino, me fijo en que entre las rocas hay algunas gominolas. Anoche llovió, pero los colores siguen vívidos. Hago una pausa, miro hacia atrás y veo que sigue apuntándome con el arma.

Salgo de allí y voy directa a comisaría. Cuando irrumpo en el despacho del inspector Surette, está al teléfono. Tengo que

sentarme y escuchar cómo pide por catálogo una lámpara con astas de ciervo. Vuelve a guardarse la tarjeta de crédito en la cartera y se rasca la piel flácida de la papada antes de colgar.

—Yo no investigo desapariciones. —Cierra la puerta—. Tienes que hablar con el inspector McNeil.

—No he venido por eso.

Se sienta en su escritorio y se cruje todos y cada uno de los nudillos.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

—Somos propietarios de un terreno en Solace River. Si se deben impuestos, quiero hacerme cargo. Y quiero que derriben la vieja casa. Dormiremos en un puñetero cobertizo si es necesario.

—Eso no es poca cosa. —Se pone las gafas y hojea un tarjetero Rolodex.

—Pedirnos que nos vayamos tampoco lo es. Somos tan bienvenidos en Solace River como aquí.

—¿Os llevaréis a Jackie?

—A todos. En cuanto recuperemos a Swimmer.

Arranca una de las fichas del tarjetero.

—Haré algunas llamadas.

—Y otra cosa más.

—¿Qué?

Pienso en el otro día, cuando di de comer a Bird. No dejaba de morder la cuchara, y cuando le di un manotazo en el brazo, chilló y se alejó de mí tan rápido que por poco se cae de la silla de ruedas.

—Dígame que irán a por la gente que estuvo a punto de matar a Bird.

Surette se quita las gafas y las deja en el escritorio. En la muñeca lleva una pulsera con información médica que refleja la luz del sol cuando se cruza de brazos.

—Estamos bastante seguros de quiénes fueron. Pero todos tienen coartadas muy sólidas. No tenemos nada en su contra. Ni una huella decente, ni arma, ni testigos.

—Troy no tiene un pelo de tonto, ¿verdad?

—No, porque se juega la cárcel.

Nos quedamos unos segundos en silencio antes de que vuelva la atención al tarjetero. Yo cojo el catálogo y lo hojeo hasta llegar a la lámpara con astas.

—Ochocientos dólares es una estafa. Jackie podría cazar un par de ciervos y hacerle lo mismo por cien.

Surette me mira por encima de las gafas.

—No tiene que cazar ninguno. Las astas se caen.

—Claro, si uno está dispuesto a perseguir al animal por el bosque esperando el momento mágico. —Me levanto—. Supongo que es así como funcionan las cosas en esta comisaría. Se quedan esperando a que los problemas se solucionen solos.

Cierro el catálogo de golpe y me marcho.

Tengo que apurar al máximo una botella de jerez para armarme de valor y llamar a West. Una parte de mí espera que me diga adiós

muy buenas y que me vaya muy bien, pero en lugar de eso me dice que en Solace River los vecinos no paran de hablar de Swimmer.

—Y opinan que nos lo merecemos, ¿no?

—Joder. No, Tabby. No pienses tan mal de la gente.

Sostengo el auricular en el cuello mientras abro una lata de salsa de chile, sin saber muy bien qué decir.

—¿La taberna estaba cerrada cuando llegaste?

—Había cerrado la caja, pero no la puerta. Y aunque parezca mentira, no había entrado nadie. En este pueblo se están volviendo vagos.

Vuelco la salsa en una olla. No encuentro ninguna cuchara limpia, así que me pongo a remover con un cuchillo de untar. Luego cojo el auricular con las dos manos y lo presiono contra mi oreja. Oigo cómo West tira una chapa de cerveza al cubo de la basura y falla. Acto seguido se oye un largo crujido y sé en qué silla se ha sentado.

—¿Quieres que vaya a buscarte? —pregunta.

Estoy tan aturdida que no contesto.

—¿Estás ahí?

—Sí. —Me acerco y apago el fuego mientras del líquido bro tan unas burbujas marrones y calientes—. No puedo irme de aquí. Soy la única que puede dar de comer a Janis o a Bird. Mamá no sale de casa, ni siquiera se ducha por si acaso llaman por teléfono. Me mataría si se enterase de que tengo la línea ocupada ahora mismo.

Justo en ese momento, mamá entra y se pone a revolver en los armarios mientras murmura que hay una cabina de teléfono al final de la puñetera calle.

—Escucha —suelta West—. Ya tengo listos los papeles del divorcio. Abriel cree que tiene derecho a la mitad de la taberna, pero el abogado con el que hablé dice que ni de coña.

Dejo caer el teléfono por error y mamá lo coge, se despide de West y cuelga. El corazón me retumba en los oídos mientras paso la salsa de chili a un cuenco y la cubro con papel de aluminio. Se lo llevo a los Mosqueteros, y estoy tan distraída dando de comer a Bird que no me doy cuenta de que lleva una corbata de bolo hasta que estoy a punto de irme. Cuando vuelvo al tráiler, mamá está en la puerta. Lleva una blusa bonita y se ha peinado un poco. Janis está sentada en la escalera detrás de ella con un bolso rosa de lentejuelas colgado del brazo.

—Me acaban de llamar del hospital —dice mamá—. No creen que tu padre llegue al final de la semana. —No me mira—. De cualquier forma, me iba a acercar a ver a Poppy. Ha preguntado por Janis.

—¿Vas a despedirte de él?

No contesta, sube al coche y se mira los dientes en el espejo. Cuando llegamos al hospital, entra delante de Janis y de mí. La seguimos tres metros por detrás mientras sube a la segunda planta y entra en la habitación de Poppy.

—¿Cómo estás, Poppy? —pregunta mamá mirando a la pared. Echa un vistazo a la habitación y fija la mirada en un cuadro de una jarra de vino y un queso.

Poppy se incorpora sin fuerzas y tiende los brazos a Janis. Janis no se mueve, abre la cremallera de su bolso y saca una tarjeta doblada que ha hecho ella misma. Poppy la abre y se vien e abajo. La deja en la mesilla y yo me inclino para leer lo que pone dentro. Dice: «todabía te qiero, pero ponte vuena ya».

—Papá está moribundo —dice Poppy—. Creo que verme lo puso peor. Empezó a apagarse. Primero no podía caminar, ahora no puede

masticar la comida.

—¿Todavía habla? —pregunta mamá.

—Anoche habló.

—¿Qué dijo?

—Que no está preparado para morirse.

—¿Solo eso? —Mamá juguetea con las gafas—. ¿No preguntó por mí?

—Mejor sube —dice Poppy.

Mamá se levanta y sale de la habitación. Las tres nos quedamos mirando el umbral de la puerta durante un minuto.

—¿Por qué hay dos camas? —pregunta Janis.

—Porque pedí que pusieran una para que te quedaras a dormir —responde Poppy.

Es mentira. La enfermera le dijo a mamá que Poppy había tenido pesadillas por culpa del síndrome de abstinencia y había intentado atacar a su compañera de habitación mientras dormía. Tuvieron que llevarse a la pobre señora a la otra punta del hospital.

—No, gracias —dice Janis.

Poppy aprieta la mandíbula.

—Vete a jugar un rato a la salita de fuera. Tengo que hablar con Tabby.

Janis se sienta y, en lugar de obedecerla, coge una palangana para los vómitos y la examina, intentando averiguar para qué sirve.

—Janis Jean —insiste Poppy en tono severo—. ¿Qué te acabo de decir?

Janis finge que no la oye, así que le digo que he visto en la salita un libro de murciélagos. Ella levanta la vista.

—¿Qué tipo de murciélagos?

—De los asquerosos.

Suspira, pero entonces se levanta y sale de la habitación dando tumbos.

—Menudo numerito montaste trayendo a papá aquí —dice Poppy—. No quería que volvieran a subirlo. No se callaba, estuvo hablando hasta que me quedé dormida. A la mañana siguiente obligó a una enfermera a bajarlo otra vez y continuó donde lo había dejado.

—¿Qué tenía que decir?

—No paraba de hablar. Que por qué es como es, que el abuelo Jack le hacía la vida imposible... Me contó que su profesora siempre lo llamaba estúpido, hasta que un día se cabreó y le dijo que no era estúpido, que solo tenía hambre porque el abuelo Jack estaba de juerga y no tenían nada que comer en casa. La profesora le hizo levantarse delante de toda la cla se y comerse un bote de pegamento por contestarle. —Poppy se retira el pelo grasiento detrás de las orejas—. Me dijo que aprendió a odiar desde que nació y que no podía desaprenderlo, bla, bla, bla. Un montón de soplapolleces. —Mete la mano debajo de la almohada y saca un mapa garabateado con tinta azul en un folio—. Me dio esto cuando de verdad se dio cuenta de que no iba a salir de aquí. Así que no pienses que era para nosotros. —Lo tapa con la mano y me hace un gest o para que me lo guarde en el bolso—. ¿Y sabes qué? Me pidió que le consiguiera un cura, dijo que tenía que ser un negro o un micmac, porque no se fía de los hombres blancos con falda.

—¿Se lo has dicho al médico?

—¿Quién va a encontrar un cura en Jubilant que no sea blanco como un folio? Por no hablar de que soporte estar con papá en la misma habitación. Que le den por culo. No merece la salvación.

Puede que aún estemos a tiempo. Salgo a buscar a Janis. Está tirada en la salita ocupando el sofá entero.

—Mira —dice, señalando el libro—. Estos murciélagos te arrancan los ojos.

Una niña rubia en el sofá de enfrente entierra la cara en el pecho de su padre.

—Te muerden el ojo y te lo sacan —insiste Janis, más alto—. Y tienes que ponerte un parche de pirata como el amigo de Bird.

Le confisco el libro y lo devuelvo a la estantería, pero Janis vuelve a por él. No me apetece discutir, así que la dejo.

—Venga —digo, cogiéndola de la capucha de la chaqueta.

Cuando subimos a la habitación de papá, mamá está sentada en el borde de su cama. Cuando nos ve entrar asiente con la cabeza. Papá parece uno de los murciélagos que me acaba de enseñar Janis, escuchimizado y con la cara arrugada.

—No puede hablar, pero sí oíros —explica mamá.

Janis se señala a sí misma.

—ja-nis.

Papá se agarra de los codos y los mueve de un lado a otro como si estuviera meciendo a un bebé.

—Muy bien —le dice mamá—. Una vez la cogiste en brazos cuando era un bebé. —Se vuelve hacia Janis—. Y te cantó unas canciones.

—¿Qué canciones? —pregunta Janis.

—Probablemente la del marinero borracho.

—¿Y cómo era?

Papá balbucea una especie de gruñido, intentando cantársela.

Solo tengo dos buenos recuerdos de mi padre, y uno de ellos es de cuando me enseñó esa canción. Era un día de verano en Solace River y estábamos sentados sobre una manta en el lago secreto, justo donde estuve con West.

Empiezo a cantarla y papá intenta seguir el compás golpeando los barrotes de la cama, pero está demasiado débil y se desploma sobre la almohada. Canto los versos que dicen: «Mételo en la barca hasta que esté sobrio» y «Aféitale la barriga con una hoja oxidada», y luego Janis se inventa uno: «Pégale en la ca beza hasta que llore».

Cuando no se nos ocurren más canciones, Janis le lee a papá todo el libro de los murciélagos, inventándose la mayor parte. Tengo que admitir que su versión es muy divertida. Tiene concursos de escupitajos y fiestas de cumpleaños a medianoche. Una especie de tribunal de murciélagos decide si las criaturas capturadas han de vivir o morir. La mayoría muere. Papá parece estar disfrutando mucho para ser un enfermo a las puertas de la muerte. «Pobre cabrón», pienso al ver cómo nos mira a todas con los ojos inyectados en sangre. Se va a morir con el alma sucia llena de pegamento y a nadie le importa un bledo.

Todas levantamos la vista cuando Jackie asoma por la puerta. Parece tan sorprendido como nosotras y arrastra los pies hasta el rincón sin pronunciar palabra. Al cabo de un rato, mamá le pregunta si quiere

decir algo. Se quita la gorra de béisbol y la sostiene con las dos manos delante de papá.

—Estoy a punto de ser padre —dice mirando al suelo—. Ya la he cagado tres veces, pero voy a intentar hacerlo mejor. Eso es algo que tú nunca has hecho, papá. Voy a hacer lo correcto por cada niño que traiga al mundo. No tengo ni idea de cómo, solo sé que haré lo contrario de todo lo que tú hiciste. Eres un pedazo de cabrón —añade con la voz ronca—. Pero te perdono.

Papá traga saliva sin parar mientras le escucha, y me fijo en cómo los profundos surcos de sus mejillas se hunden en las sombras. Miro de reojo al teléfono. Podríamos llamar a un cura, o a un chamán. O a un exorcista.

Papá le hace señas a Jackie, se besa la palma de la mano y se la acerca a la cara. A Jackie le tiembla el labio inferior y sale de la habitación tan deprisa que tira la ficha médica de papá del gancho que hay detrás de la puerta. La tabla se cae al suelo y mamá se sobresalta con el golpe.

Cuando me agacho a recogerla, me doy cuenta de que Poppy tiene razón. Papá no se lo merece.

Mi primera semana en Raspberry me dieron un puñetazo en la cara por tardar más de la cuenta en pasarle la sal a unas tías. Cuando vieron que no empezaba a berrear ni me chivaba a nadie, las muy zorras me dejaron en paz. Pero pronto volvieron a aburrirse y me di cuenta de que me miraban y hablaban de que me iban a partir la cara por algo que había dicho de Arlene, la cocinera. Todo el mundo adoraba a Arlene porque nos dejaba repetir ración de patatas fritas. Por supuesto, yo no había insultado a nadie; buscaban cualquier excusa. Cuando pasé a su lado para marcharme, les dije:

—Yo no he puesto a caldo a Arlene. Es ella la que corta el bacalao.

Me miraron sin comprender.

—De todas formas, me importa un pimiento. No está el horno para bollos.

Nada.

—Y otra cosa os digo: quien se pica, ajos come.

Cuando por fin entendieron mis chistes, una de ellas me persiguió por el pasillo y me exigió que volviera y me hiciera la graciosa un poco más. Se parecía a Danny DeVito, pero decidí que era mejor no decírselo. Después de unos cuantos chistes más sobre que a mí no me las daban con queso, les dije que me apellidaba Smith y me inventé toda una historia que incluía padres muertos y un fiel pitbull con el que vagaba por las calles. Era prácticamente la huerfanita Annie, pero con chupetones en el cuello y un cigarrillo detrás de la oreja.

No me llevó mucho tiempo averiguar que el resto de las chicas venían de familias iguales o peores que los Saint. Todas tratábamos de ocultarlo, pero nos salía por los poros y desprendía un hedor en el aire. A veces, cuando iban a enviar a alguna chica de vuelta con su familia, le daba un ataque y se ponía a gritar. Debía de ser contagioso, porque cada vez que pensaba en Solace River visualizaba el puño de papá.

El tutor que me asignaron en Raspberry tenía veintimuchos años y no era feo. Me dejaba llamarle Pete en vez de señor Chambers. Era corpulento y pálido, con ojos de un tono azul helado, y llevaba camisas bonitas. Después de que me arreglaran el diente, empezó a escribirme notitas en las que me decía que le parecía guapa y más madura que las demás chicas. Yo nunca había tenido novio y me gustaba que me prestara atención. Un día me llevó al almacén del gimnasio y me susurró que no le estaba permitido tocarme, así que yo tendría que tocarle a él. Después de eso, todas mis «tutorías» consistieron en hacerle pajas. Más tarde descubrí que él fue la razón

principal por la que mi estancia en Raspberry se alargó tantos años. Puso en mi expediente que yo era un peligro para la sociedad y que le había contado con detalle todos los delitos violentos que pensaba cometer en cuanto saliera.

Al parecer, este tipo de cosas ocurrían constantemente. Todo el mundo, desde los conserjes hasta los agentes de la condicional, se aprovechaban de las internas. Lo descubrí cuando empecé a pasar el rato en el taller de chapistería con las chicas mayores que dedicaban todas sus horas libres a hacer anillos para los nudillos y ganzúas caseras. Por cuarenta pavos del dinero de Barbara Best, me contaron todo lo que había que saber sobre Raspberry. Por otros veinte, me hicieron copias de todas las llaves del edificio.

Cuando le dije a mi tutor que ya estaba harta de limpiarle el sable, se asustó, pensó que iba a chivarme y me encerró en el sótano. Lo primero que hice cuando me dejó salir fue colarme en la cocina y darme un atracón de todo lo que no estuviera bajo llave. Luego volví al sótano a por una grapadora industrial que había visto allí. Esa misma noche utilicé las llaves para entrar en su habitación y lo desperté con una mamada. En cuanto se relajó y cerró los ojos, saqué la pesada grapadora de debajo del jersey y le incrusté tres o cuatro grapas metálicas directamente en los huevos.

No todo el personal de Raspberry eran delincuentes. Había una profesora que me caía bien, la señora Dunphy, que nos enseñaba costura y cocina. Llevaba botas con punteras de acero y vestidos largos de tela vaquera, y soltaba más palabrotas incluso que nosotras. Después de descifrar su código para los exámenes tipo test (las cuatro primeras respuestas siempre eran abba y las cuatro últimas, acdc) me preguntó si venía de una familia de genios. Le conté la vez que papá se puso una corbata de segunda mano, fue a otro pueblo y se hizo pasar por un miembro del consejo escolar del colegio. Compró un calentador de agua con cargo a la cuenta de crédito del consejo, e incluso consiguió que el empleado de la tienda se lo cargara en la camioneta antes de marcharse del pueblo, y por

el camino cambió la matrícula. A la señora Dunphy le dio un ataque de risa tan grande que tuvo que golpearse el pecho con el puño para tomar aire. Pero entonces me sentó y me dijo que debía encontrar la forma de usar mis poderes para hacer el bien.

Y así lo hice. Las chicas de Raspberry siempre se quejaban de que no podían hablar con sus novios. Solo nos permitían sesenta minutos de teléfono a la semana y solo podían utilizarse para llamar a familiares designados. Una noche estábamos todas sentadas en la sala común viendo MuchMusic y el presentador anunció que los fans podían llamar por teléfono al programa, hablar con un contestador automático y el mensaje se convertía en texto que aparecía en un rótulo continuo en la parte inferior de la pantalla. Les dije a las chicas que podían mandarse men sajes de esta manera. Muy pronto, durante los videoclips, empezó a aparecer una retahíla de falsas efusividades sobre cualquier grupo, seguidas de las instrucciones: «R. S. soy L. J., quedamos en el campo trasero a las 7 el 3/5». Apenas éramos capaces de contener los gritos de emoción delante de los supervisores de turno. No se dieron cuenta hasta casi un año después, y para entonces ya se habían producido ocho vis a vis encubiertos.

Nos cuesta un buen rato convencer a mamá del plan. Me cuenta que ella y los niños casi se congelan vivos el invierno pasado y que está ahorrando el dinero de papá para el depósito de gasoil. Pero al final me lo da.

Entro en el taller de Jody y Lyle Kenzie se me acerca con una llave inglesa en la mano, apretándola como si quisiera romperme la cabeza. No he sabido nada de él desde que la policía le advirtió que se alejara del tráiler de Poppy, pero me doy cuenta de que sigue empeñado en cobrar lo suyo.

—Tú no eres policía —me dice.

Le doy un sobre con el dinero y veo cómo lo cuenta.

—¿Qué coño es esto? Me debe mil dólares. Como no me deis el resto, voy al hospital y le pego un tiro en la cara.

—Claro, seguro que nadie se da cuenta. —Se ajusta los pantalones, intentando pensar en una respuesta ingeniosa—. Te daré el doble de lo que te debe, en efectivo —añado—. Lo único que tienes que hacer es hablar con la gente que se ha llevado al hijo de Poppy.

—¿Qué? —dice con un bufido.

—Nos vamos. —Le muestro los documentos de la propiedad—. El tráiler de Poppy. Dile a Troy que puede quedárselo.

—¿Y quién iba a querer ese pedazo de mierda?

—Es la única forma de demostrarle que vamos en serio. Por mí como si lo usa como laboratorio de metanfetamina.

Lyle mira el papel durante tanto rato que me planteo que tal vez está fingiendo que sabe leer. Por fin lo enrolla y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Qué cojones quieres que haga?

—Traer a Swimmer al tráiler. Le diremos a la policía que ha vuelto por su propio pie y se acabó el asunto. Nos mudaremos y Troy podrá volver a ser el rey del mambo.

Lyle se da golpes con la llave inglesa en la otra mano.

—Más vale que no te andes con jueguecitos.

—No la cagues. —Me doy la vuelta para irme—. Por cierto, te has dejado la puerta del granero abierta.

—¿Qué?

—Se te va a escapar el pajarito.

—¿Qué?

—Olvídalo.

Se da la vuelta hacia el taller mascullando algo entre dientes y por fin oigo cómo se sube la bragueta.

Lo último que le dijo papá a Poppy antes de que le metieran los tubos por la garganta fue: «Nací un viernes y moriré un viernes». Debería haber apostado.

No había nadie con él cuando se murió. Una enfermera se lo dijo a Poppy de pasada, lo que la cabreó muchísimo. Luego se dio la vuelta y nos hizo lo mismo a nosotros.

—Papá la ha palmado —soltó al teléfono—. ¿Alguien puede traerme una bolsa de patatas fritas con kétchup? La máquina expendedora se ha tragado mi única moneda, joder.

Mamá colgó el auricular y llamó a la centralita del hospital para preguntar qué iba a pasar con el cuerpo. Dijeron que si nadie lo reclamaba, lo incinerarían después del fin de semana, así que esperamos.

El lunes por la mañana, a primera hora, Jackie y yo vamos con mamá a la sala donde las familias pueden sentarse y ver el fuego a través de una ventana. Jackie rodea a mamá con el brazo y se acomoda como si estuviera en el cine.

Al cabo de unas horas, el encargado del crematorio asoma la cabeza por el cuartito para decirnos que está tardando más de lo normal.

—Van a tener que darle chicha a la freidora para acabar con ese corazón tan negro, ¿eh, mamá? —dice Jackie con sorna.

El crematorio parece un gran horno de pizza. Me imagino las llamas devorando las manos y los pies de papá, su suave barri ga gris y su sonrisa de chacal. Cuando se nos acaban las cosas que decir, dejo de prestar interés a todos los sonidos de la habitación y busco en mi interior el único otro buen recuerdo que tengo de mi padre.

Era enero y todos los niños estábamos en casa enfermos de gripe. Habían movido mi cama y la de Poppy a la habitación de Bird y Jackie, donde los radiadores funcionaban mejor. Mamá también estaba enferma y no podía hacer mucho por nosotros. No había nevado en todo el invierno, pero aquella mañana toda la casa se estremeció con lo que sonó como el chasquido de un látigo gigante, y en ese momento la nie ve empezó a caer del cielo en gruesos copos. La oíamos golpear las ventanas, pero ninguno teníamos fuerzas para levantar la cabeza y mirar. Papá subió las escaleras a toda velocidad y apostamos a quién iba a tocarle cobrar esa vez. Pero entonces dijo: «¡Vamos! ¡Arriba!» y en dos viajes nos sacó a los cuatro de la cama, con mantas y todo, y nos aparcó en el viejo sofá frente al ventanal.

—¡Wendell! —gritó mamá desde su habitación—. ¿Qué hacen los niños fuera de la cama?

Dio unos golpes junto a la puerta de la cocina y luego se hizo el silencio. Jackie, que tenía cuatro años, se hizo un ovillo de sudor y murmuró: «Yo no he hecho nada». Yo imité a Bird, que apretaba la frente ardiendo contra el cristal frío, y de pronto papá apareció en el patio. Llevaba dos pantalones, un gorro con orejeras y calcetines de lana en las manos.

Poppy, que era un bebé, soltó una risita cuando papá empezó a contonearse de un lado para otro. Todos lo miramos muy rígidos mientras él corría en círculos, saltaba y chocaba los talones y luego

brincaba como un conejo, moviendo la nariz, mientras echaba miradas furtivas a la ventana para captar nuestras reacciones. Sacó la lengua para atrapar algunos copos y luego fingió que había tragado demasiados y se estaba ahogando. Se llevó la mano a la garganta y dijo: «¡Socorro!». Todos nos partimos de risa. Finalmente, extendió los brazos, se desplomó hacia atrás e hizo un ángel de nieve. Quedó precioso, a excepción de la petaca de whisky que llevaba en la mano y que le desnivelaba las alas.

Cierro los ojos y congelo el recuerdo en mi mente en forma de bola de nieve de plástico. Atrapo dentro a un hombre diminuto que se parece a papá y lo tumbo suavemente de espaldas sobre la nieve.

Se enciende una luz verde encima del horno y Jackie abre la puertecilla.

—Se ha pirado. —dice, volviendo a asomar la cabeza—. Debe de haber echado un vistazo al lugar y ha hecho bomba de humo antes de que se la hicieran a él.

—Muy gracioso —contesta mamá, poniéndose el abrigo—. Vámonos. A lo mejor la policía está intentando llamar.

El empleado del crematorio le dice con delicadeza que aún tiene que pulverizar los fragmentos de huesos de papá y ella hace un gesto de impaciencia. Finalmente, nos llaman a una trastienda donde el hombre vierte las cenizas en una caja de cartón y se la pone en las manos a mamá. Ella se queda mirándola y luego se la mete bajo el brazo.

—Esto no está bien —dice Jackie—. No podemos dejar que vuelva a casa ahí.

—Las urnas caras son un timo —responde mamá, de camino a la puerta—. A tu padre le da igual. Está muerto.

De vuelta en el tráiler, rebusca en la bolsa con los efectos personales que le entregaron en el hospital y calcula por cuánto podría empeñarlo todo. Miro cómo coloca a papá en la estantería junto a su madre y le saca la lengua. Papá odiaba a la abuela Jean desde que le echó laxante para caballos en el café para que no abandonara a mamá cuando estaba embarazada de Poppy. Se largó de todos modos, se marchó insultándola a gritos mientras la mierda le resbalaba por la pierna. La policía nos dijo más tarde que acabó estrellado en una cuneta con un ciervo metido en el asiento del copiloto. Lo llevaron al hospital, pero se escapó, hizo autostop hasta Maine y volvió a casa un mes después con un camión lleno de cigarrillos de contrabando y un tío de terranova llamado Ghoulie. La policía intentó que Ghoulie delatara a papá, pero el hombre tenía un acento de la bahía tan marcado que el juez no entendía nada de lo que decía.

Me despierto en mitad de la noche y me parece oír llorar a mamá. Me pregunto si estará preocupada por Swimmer o triste por papá, o ambas cosas. Llamo suavemente a su puerta.

—¿Estás bien, mamá? ¿Quieres que te traiga algo?

—¿Como qué?

—¿Un pañuelo? ¿Un cigarrillo? ¿Un vaso de agua? —No responde, así que sigo—. ¿Un valium? ¿Un chupito de tequila? ¿Un sundae de chocolate?

Me devano los sesos para acordarme de las cosas que le gustaban. Recuerdo que una vez le pregunté qué pediría si pudieran concederle tres deseos. Yo quería que nos alejara de papá, pero ella pidió veinte minutos a solas con Rod Stewart. Le pre gunté cuál sería su segundo deseo y dijo que veinte minut os más con Rod Stewart, y como tercer deseo, otros veinte. Me llevé las manos a la cabeza y le pregunté por qué coño no había pedido una hora con él en el

primer deseo y me dijo que porque probablemente necesitaría descansar entre medias para seguir el ritmo.

Vuelvo a llamar a la puerta.

—¿Rod Stewart?

—Ah, sí, claro. —Se suena ruidosamente la nariz—. Seguro que está ahí fuera en calzoncillos.

No estoy segura de que el coche de mamá pueda llegar hasta Solace River, así que convenzo a Jackie para que me recoja con el Tercel. No es difícil una vez que le digo por qué tengo que ir allí.

Los días cada vez son más cálidos y el coche no tiene aire acondicionado. Jackie se desabrocha un botón de la camisa a cada hora que pasa. Se revuelve por el calor y se sube las mangas. —¿Qué es eso? —le pregunto señalándole una costra que tiene en el antebrazo.

Jackie gira la muñeca para que pueda ver el tatuaje: «wendell saint d.e.p».

—¿Por qué coño te has hecho eso?

Se encoge de hombros y me dan ganas de abofetearle. No le he dicho que fui a ver a Lyle, ni pienso hacerlo. El hecho de que Lyle no rechazara mi oferta en el acto señala a Troy como el secuestrador de Swimmer. Si se lo digo a Jackie y va a por Troy, se cargará el trato.

—Respóndeme a una pregunta —le digo—. ¿Por qué Troy va a por ti?

—Ni lo sé, ni me importa.

—Vamos, no me jodas. Me crie en Raspberry. Allí nadie había hecho nada nunca.

—Bueno. —Aprieta el volante—. Dejé preñada a su prim a y le dije que fue otro. La tía era una mentirosa, de todas formas. Primero dice que toma la píldora, luego, cuando la dejo, dice que está embarazada y que quiere abortar. No la creí, así que no le di el dinero para ir a Halifax. Me estaba pidiendo demasiado. Sé lo que cuestan esas cosas. El caso es que al final se lo hizo una mujer en Amherst y acabó pillando una infección. —Saca un fajo de tabaco de mascar de la chaqueta y se lo mete debajo del labio—. Fui a verla al hospital. En la habitación me encontré con Troy y empezó a darme empujones. Sacó un cuchillo y los médicos nos echaron. Intenté llamarla para decirle que la ayudaría con dinero si lo necesitaba, por haber perdido el trabajo en la cafetería. Me sentía como una mierda, Tabby, de verdad.

—Me alegro. Te lo mereces. Probablemente ya no pueda tener hijos.

Jackie palidece, como si no hubiera pensado nunca en eso. —Troy fue a por Bird porque yo me lo esperaba y él no. Y además odiaba a Bird.

—Si la intención de darle una paliza era empatar la situación, ¿para qué iba a secuestrar Troy a Swimmer?

Jackie escupe por la ventana.

—Delaté a su hermano por robar máquinas expendedoras y le condenaron.

—Hostia, tío. ¿Te das cuenta de que Troy y tú habéis jodido a todo el mundo, excepto a vosotros dos? Me cago en todo.

—Cállate, Tabby. Tú no estabas aquí y no tienes ni puta idea. —Hace una pausa—. Me importa una mierda su hermano después de lo que le hizo a Poppy. Podría haber sido la única de nosotros que fuera a la

universidad para maquillar fiambres. Y ahora es una drogadicta de cuarenta kilos con la mitad de los dientes podridos. ¿Me estás diciendo que algo de lo que yo hice se puede comparar con lo que esos hijos de puta le hicieron a Bird? Sé que debería haber pagado yo, ¿vale? —Detiene el coche a un lado de la carretera y deja caer la cabeza sobre el volante. Sus hombros se empiezan a sacudir y rompe a llorar como no lo había visto desde que era pequeño y papá le pegaba patadas sin motivo—. Deberías haber visto a Bird después de aquello —dice a duras penas—. Le pegaron con tuberías y todo. Ahora están todos jugando al billar y follándose a tías y riéndose del retrasado de la casa tutelada que no puede ni limpiarse el culo. Bird ya ni siquiera es una persona. ¿Qué clase de hermano soy si me quedo de brazos cruzados?

—Pero ya está hecho. No puedes cambiarlo.

—Cuando Josie nació, Bird me dijo: «Jackie, no sabía que llevaba dentro tanto amor». —Jackie se limpia los ojos con el dorso de las manos con brusquedad—. Nunca volverá a ver a esas niñas.

Nos sentamos en medio del denso calor. Pasa un camión de troncos y el coche da una sacudida. Jackie echa la cabeza hacia atrás y exhala un suspiro tembloroso.

—¿Cómo empezó todo esto? —le pregunto.

—Nadie nos quería en Jubilant, igual que nadie nos quería en Solace. Incluso antes de que llegáramos ya había gente planeando cómo echarnos.

—¿Por qué? Si solo erais mamá y vosotros.

—Porque no hay un solo hombre ni perro al que papá no haya estafado de aquí a Charlottetown. Ni siquiera creo que sepamos ni la mitad de lo que hizo. Mamá estaba desquiciada. Solo hablaba de la casa, de su cocina, de que llevaba toda la vida en Solace River...

—¿Qué hicieron?

—No podíamos dejar que la obligaran a huir de nuevo.

—Entonces, ¿qué hicisteis?

—No estoy orgulloso de todo lo que hicimos, pero tuvimos que empezar con Troy porque ese puto paleto endogámico estaba organizando a todos sus amigos punkis para...

—¿Qué hicisteis?

—¡Joder, Tabby! ¡Nada! Le emborrachamos y le sacamos fotos desmayado con los huevos peludos de un vagabundo en la cara. Hicimos fotocopias en la biblioteca y las pusimos por todo el pueblo. Entonces Bird empezó a follarse a la novia de Troy en público, donde todo el mundo los viera, cada vez que tenía oportunidad. Nada. Cosas de críos.

Suspiro.

—Por desgracia, lo único que no te compro de la historia es lo de que Bird y tú hayáis pisado alguna vez una biblioteca.

A nuestro lado pasa otro camión, que nos pita por haber parado tan cerca del asfalto. Jackie arranca el coche y vuelve a fundirse con la autopista. Enciende la radio, pero yo la apago. —Tenéis que salir de Jubilant. Estoy intentando recuperar el terreno de Solace River. —Espero a que la noticia cause su impacto—. Y, por cierto, si yo quisiera podría ir a la universidad.

—¿Qué?

—Has dicho que Poppy era la única que podría ir a la universidad.

—Me refería a la única de nosotros.

—¿Qué coño quiere decir eso?

Jackie se mete una nueva ración de tabaco debajo del labio en lugar de contestarme, así que enciendo un cigarro y le suelto el humo en la cara. Entonces aparece el cartel de «bienvenidos a solace river» y me acuerdo de que papá una vez me contó que, cuando el cartel era de madera, el abuelo Jack le pegó dos tiros a la B con una Remington para que parecieran dos pezones. Apuesto a que a Jackie le haría gracia, pero estoy demasiado cabreada para contárselo.

Diez minutos más tarde, aparcamos delante de nuestra antigua casa. Jackie se queda mirándola mientras algunos pajaritos cantan en los árboles. Sale del coche con un portazo, pero ellos cantan más fuerte, como los Quién en Villa Quién.

Entramos en la casa y deambulamos en busca de cualquier cosa que valga la pena rescatar. En el sótano encuentro una vieja caja del Elixir de Garnet, pero el contenido de las botellas se ha evaporado.

Jackie descuelga de la pared una foto enmarcada del abuelo Jack y papá cuando papá era pequeño. Los dos salen sin camiseta y tienen exactamente la misma cara de pocos amigos. Al fondo sale la casa, cuando la pintura todavía no se había descascarillado y la hierba estaba recién cortada. El abuelo tiene los brazos llenos de tatuajes. Papá agarra un pico con una mano.

—No entiendo por qué me llamó como el abuelo. Nunca le oí hablar bien de él hasta que se murió. —Jackie deja la foto en el alféizar de la ventana—. ¿Te enteraste de que hicieron un fiestón en el pueblo cuando apareció el cuerpo? Supongo que hasta entonces todo el mundo se imaginaba que se había ahogado en el río, pero la policía ni siquiera se molestó en dragar el agua para averiguarlo. Jack se tiró ahí dentro tanto tiempo que cuando un granjero intentó sacarlo tirándole de los tobillos, se le resbaló la piel de los pies como calcetines.

Se me ponen los pelos de punta.

—¿Por qué crees que era así?

—Por la guerra, supongo. Papá decía que a Jack le daba miedo la oscuridad. Se iba a cazar a primera hora de la mañana y volvía antes de la puesta de sol, para no tener que dormir en la cabaña aquella. Los otros hombres siempre se burlaban de él por eso, hasta que le reventó un vaso de whisky en la cara a alguien. Desde entonces no dijeron nada.

Mientras subimos al piso de arriba, Jackie se tropieza con un gato que le araña la pierna.

—¡Será hijo de puta! —grita, intentando darle una patada—. ¿Podemos salir de aquí de una puñetera vez antes de que pille la rabia?

—Un segundo.

Le obligo a seguirme hasta el joyero de mamá. Lo abre, pero dentro no hay nada a excepción de unas pulseritas de plástico. Saco el vestido de la percha, pero está hecho jirones. No tiene sentido llevárselo, aunque lo hago igualmente. También cojo una camisa de papá. Jackie me ayuda a esquivar los agujeros del suelo y bajamos la escalera hasta llegar al garaje. Un cuervo baja en picado desde el viejo poste de la luz y grazna como si pidiera refuerzos.

Mientras nos apretujamos en el garaje abarrotado de cosas, mi memoria se remonta al día en que llegué. Me pregunto qué habría cambiado si me hubiera dado media vuelta y me hubiera largado del pueblo en ese momento. Poppy seguiría desaparecida, lo que significa que Swimmer seguiría a salvo en el tráiler con mamá. Me da un escalofrío en el aire asfixiante.

—Mapa. —Jackie chasquea los dedos.

Saco del bolso el papel que me dio Poppy y lo despliego. Papá hizo un croquis del terreno y dibujó una rosa de los vientos en la parte superior para indicar la ubicación. Trazó una X y luego dibujó el viejo congelador justo encima, con un signo de interrogación. Le dijo a

Poppy que si alguien lo había movido, debería haber una hendidura en la tierra donde estaba antes. Pero por lo que parece, nadie lo ha tocado. Está lleno de viejas piezas de maquinaria agrícola que papá utilizó para lastrarlo, con más piezas apiladas encima. Tardamos una eternidad en arrastrarlo hasta el otro extremo del garaje.

—Un metro y medio —leo.

—¿Un metro y medio? Por Dios. Espero que valga la pena.

Jackie sale y coge una pala metálica del maletero del coche de Jewell. Busco un rastrillo para hundir en la tierra y lo uso para hurgar y arañar en el fondo del agujero cada vez que Jackie levanta la pala. Después de tres cuartos de hora, dejamos de hablar. Jackie se quita la camisa y yo me retiro el pelo de la cara. Ojalá tuviéramos agua.

—Hostia. He tocado algo. —Jackie deja caer la pala.

Hundo la mano en la tierra hasta palpar una especie de funda de plástico. Intento tirar de ella, pero está atascada, así que la agarro fuerte con los dedos. Jackie me aparta a un lado, tira de un extremo y la saca de la tierra con las venas del cuello a punto de estallar. La deja caer a nuestros pies y nos quedamos mirando una bolsa de basura industrial transparente que envuelve algo del tamaño de un bloque de piedra.

Jackie sale del hoyo y vuelve a bajar un minuto después con un viejo cuchillo de pescado. Rasga el plástico con el filo, retira los escombros que se han colado dentro y empieza a sacar montones de billetes sucios atados con bramante. Los coge con las dos manos, midiendo su peso.

—Madre de Dios. —Me mira—. Es un huevo de pasta.

Entramos en el Four Horses sonriendo como maniacos.

—Guau. —West baja el periódico—. ¿De dónde habéis salido?

Nos pregunta a qué viene tanta sonrisita y yo retiro una esquina de la manta que llevo en los brazos para enseñarle el dinero. Él señala con la cabeza a un par de tipos que están en la esquina y Jackie capta la indirecta, me quita el fardo y lo coloca a sus pies. Charlamos un poco mientras los dos hombres miran fijamente al televisor tratando de averiguar quiénes somos. Finalmente, se aburren, pagan la cuenta y se van.

Le cuento a West que papá se ha muerto y nos prepara a los tres una copa de una bebida fuerte a la que llama Río Desalma do. Le echo un par de miradas furtivas mientras sirve, preguntándome si habrá presentado ya los papeles del divorcio.

—¿Cuándo es el funeral? —pregunta, acercándonos los vasos. —No va a haber.

—¿Tu madre no quiere hacer un funeral?

—Mi madre estuvo jugando a la Game Boy durante la cremación.

—Es raro volver aquí —dice Jackie, mirando a su alrededor—. No ha cambiado nada. —Se bebe la copa de un trago sin pestañear, se pone la gorra hacia atrás sobre la frente sudorosa y observa las viejas fotografías de la taberna. Empieza a bombardear a West con preguntas personales, como cuánto dinero ingresa el local ahora en comparación con la época en la que lo llevaba Clutch Kelly.

—West es de Cable —le digo—. No lo sabe.

—¿Y cómo acabaste aquí?

—Oí que el Four Horses estaba en venta y no pedían mucho —responde West—. Empecé en el almacén de Labatt y acabé en la

fábrica de cerveza. Aprendí mucho y, al cabo de un par de años, ya estaba harto de tener un jefe y comencé a pensar en montar mi propia marca. Al final hubo un cambio de planes y en lugar de eso terminé en esta pocilga.

Me gustaría añadir que el cambio de planes fue que se casó con una puta egoísta de mierda.

—¿Tu madre te puso West? —pregunta Jackie.

—¡Jackie! —Le doy un empujón.

West le rellena el vaso.

—West es mi apellido.

—Espera. —Golpeo la barra con las dos manos—. ¿Qué me estás contando?

—Da igual. Me llamo West.

—No, no da igual. No me hagas saltar por encima de la barra, Ronnie, o Gene o como te llames.

—¿Gene? —Hace un gesto de disgusto.

—No tiene cara de Gene —dice Jackie mientras piensa—. Más bien de Rick.

—¿Rick? —West se cruza de brazos—. No me jodas. ¿En serio?

Se abre la puerta y entra una señora mayor con una visera de plástico amarilla. Cuelga la chaqueta, se acerca a la barra y se queda mirando a Jackie como si estuviera detrás de un cristal.

—Tú eres el hijo de Mary Saint —le dice—. He oído que tu padre ha fallecido.

Jackie se bebe la copa de un trago, la pone boca abajo sobre la barra y empieza a darle vueltas.

La anciana se acerca y le pone la mano en el hombro.

—Dile a tu madre que rezamos por su nieto.

Jackie se sonroja.

—Gracias —murmura finalmente.

Cuando volvemos a Jubilant ya es de noche, pero Jackie insiste en que le enseñemos el dinero a Bird. Mientras pedimos hamburguesas en el autoservicio, admite que casi nunca pisa la casa azul.

—No soporto verlo así —dice—. Y él tampoco soporta verme.

Cuando llegamos a la entrada, Jackie saluda a Bird por la ventanilla y Bird le hace un corte de mangas. Saca el dedo equivocado, pero Jackie capta el mensaje.

—¿Ves? —dice con un suspiro.

Bird huele la comida cuando entramos por la puerta y se acerca con la silla de ruedas hasta la mesa. Los tres mosqueteros rasgan la bolsa. Bird se mancha la cara de mostaza y pepinillos y no me deja limpiársela.

—Bird, tengo que contarte una cosa —dice Jackie—. Papá ha muerto.

Bird sigue masticando.

—¿Entiendes lo que te digo? Papá está muerto.

Bird se traga el resto de la hamburguesa de un mordisco, levanta la vista y ladea la cabeza hacia la derecha.

—¿Vale?

Bird coge el cartón donde venían las bebidas y lo parte por la mitad. Tira los trozos al suelo y se queda mirándolos. Entonces pasa con la silla de ruedas por encima una y otra vez, mientras repite: «Que te jodan, que te jodan, que te jodan».

—Sabes que nos quería, ¿no? Aunque fuera un cabrón. ¿Y sabes cómo lo sé? Porque nos ha dejado un montón de pasta. Mira esto. —Jackie saca uno de los fardos y lo agita delante de Bird.

Bird mira el dinero, babeando.

—Ahora podemos hacer lo que queramos. Podemos volver a salir de pesca como antes. Tú y yo. Lo que nos dé la gana.

Bird se acerca a la pared con la silla y arranca un jirón de papel.

—Josie.

—Está con su madre —le dice Jackie—. ¿Te acuerdas? Está con su madre y con su hermana en Alberta. Se mudaron al campo para poder montar a caballo. Tienen un jardín tan grande que podrían correr en línea recta y no llegarían al final hasta el jueves.

—Josie y Michelle.

Jackie me tiende el fajo de billetes.

—No puedo hacer esto.

Casi puedo sentir el calor que desprende por la espalda.

—No pasa nada —le digo—. Yo me quedo.

Se dirige a la puerta y un segundo más tarde oigo el motor del Tercel. Me quedo ahí con Bird hasta que se olvida de Josie y Michelle y me dice que quiere jugar a las cartas. Llevo a la mesa a los demás y echamos varias partidas.

No dejo de darle vueltas a un mal presentimiento, y después de veinte minutos tratando de ignorarlo, le digo a Bird que tengo que ir a comprobar una cosa. Me levanto de la cama, cojo el dinero y salgo pitando hacia el tráiler. Todas las luces están apagadas y hay una nota en el frigorífico que dice que mamá y Janis han ido al hospital a ver a Poppy. Descuelgo el teléfono y llamo a casa de Jackie. Lo coge Jewell.

—¿Está Jackie?

—No está. Pensaba que estaba contigo.

—Jewell, necesito que vengas a recogerme al tráiler.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¡Ahora mismo!

—No puedo. Jackie se ha llevado el coche.

—¡Mierda!

—Se lo pido a mi vecina. Espérame ahí.

Cuelgo y escondo el dinero en una lámina suelta del techo, encima de la litera de Janis. Luego cierro con llave y espero en la calle. Al cabo de quince minutos aparece Jewell en un coche rosa de Mary Kay.

Me monto y ella da media vuelta, pisando el acelerador tan a fondo que invadimos el carril contrario.

—Esta tarde ha cogido las armas del abuelo del garaje y ha dicho que iba a intentar venderlas. No pensé que todavía funcionaran.

—En el Tercel hay una Ruger —dice Jewell—. Jackie la pegó con celo debajo del asiento.

El último Río Desalmado que me he bebido se me revuelve en el estómago mientras ella acelera. No tiene ni que preguntarme adónde vamos; se dirige al otro extremo del pueblo, apaga los faros y se acerca al principio del camino de entrada de la casa de Troy.

—Llama a la policía —le digo—. Usa el teléfono público de Frosty y vuelve enseguida.

Antes de que pueda contestarme, salgo y echo a correr hacia la casa, intentando no salirme de la zona oscura. A través de la ventana veo cristales rotos por toda la alfombra del salón. Jackie debe de haber entrado por la fuerza. Trepo por el alféizar, esquivando los fragmentos, me agacho y me dirijo a la cocina.

Sobre una balanza hay un montoncito de marihuana. Encima, en la pared, está impresa en una placa la parábola esa de las huellas en la arena, la que tranquiliza a los gilipollas como Troy diciéndoles que Jesús siempre les cubre las espaldas. Oigo voces y con sigilo saco un cuchillo de un taco de madera que hay en la encimera. Sigo los sonidos por la escalera enmoquetada hasta el dormitorio principal.

Al llegar a la puerta, veo a la mujer que me apuntó con el rifle sentada en el suelo. Lleva el mismo albornoz rosa. A su lado hay un hombre tatuado con el pelo rubio rapado. Troy. El muy cretino está escuálido y no se parece en nada a lo que me imaginaba. Entro en la habitación y veo a Jackie de pie junto a ellos, apuntando a Troy a la cabeza con una pistola.

—¡Joder, Jackie!

Todos me miran alarmados. Los ojos grises de Troy recorren los ángulos de la habitación, como si revolotearan entre las posibilidades. Tiene la camisa blanca desabrochada, y su pec ho delgado y pálido se hincha y deshincha: arriba, abajo, arriba, abajo. La mujer se inclina hacia delante como si quisiera levantarse y salir corriendo, pero Troy le pone la mano en la pierna como si todo estuviera bajo control.

Jackie amartilla el arma.

—Ve a por Swimmer —me dice.

Corro por el piso de arriba, rebuscando en los armarios y debajo de las camas deshechas. Me tropiezo al volver a bajar por la escalera, me apoyo en la pared para levantarme y bajo cojeando el resto del camino. Reviso las habitaciones de la plant a baja y entonces abro la puerta del sótano y grito el nombre de Swimmer. No hay respuesta. Encuentro el cordel de la bombilla y bajo a la pata coja.

En el suelo de cemento junto a la lavadora hay una pila de ropa sucia. En medio del amasijo de toallas y sábanas veo un pequeño calcetín de rayas y me desplomo de rodillas, rebuscando como una loca en la pila, lanzando la ropa por los aires hasta dar con una camiseta de talla infantil. Me quedo mirándola un segundo antes de acercarla a la luz. Es de los Pitufos. Me pon go en pie a duras penas, subo medio a gatas hasta la planta principal y grito:

—¡Jackie! ¡Vámonos! ¡La policía está de camino!

No hay respuesta. Apoyo el pie malo y siento una descarga de dolor por toda la pierna mientras subo a todo correr las escaleras hacia el dormitorio principal.

Troy y la mujer mantienen una respiración agitada y entrecortada, como animales moribundos. Jackie aprieta la pistola contra la sien de Troy y él cierra los ojos con fuerza y gira la cabeza hacia el lado

opuesto del cañón. En el cuello luce un tatuaje de una serpiente devorando a un pájaro.

—¡jackie, no lo hagas!

Fuera suena un claxon y me abalanzo a la ventana. Le hago un gesto a Jewell con la mano y ella vuelve a tocar el claxon. Jackie me agarra del brazo y me empuja fuera del dormitorio. Noto unas punzadas de dolor en el tobillo mientras corremos escal eras abajo y salimos por la puerta principal. A lo lejos se oyen sirenas que se acercan. Tenía un cuchillo de cocina en la mano, pero ya no sé dónde lo he dejado. Debería haber limpiado el mango.

—¡Adentro! —grita Jewell.

Jackie y yo nos metemos en el asiento trasero, cerramos de un portazo y ella da marcha atrás por el camino de entrada, dando tumbos sobre las rocas. Justo antes de que el morro del coche se meta en la carretera, Troy sale corriendo de la casa y grita:

—¡el puto niño no está aquí, jackie! ¡lo he enterrado!

Jewell intenta no sobrepasar el límite de velocidad.

—Le he dicho a la policía que he oído disparos procedentes de la casa de Troy. Luego he colgado.

—Para aquí y déjanos salir a Tabby y a mí —dice Jackie—. Ve directa al hospital y busca la habitación de Poppy. Finge que estabas haciendo un recado en el pueblo y has pasado a visitarla.

—Mamá y Janis están allí ahora —añado.

—Bien. —Jackie agarra a Jewell por el hombro—. Hazme caso. Dile a mamá que vuelva al tráiler y quédate con Janis. Si aparece la policía buscándonos a mí o a Tabby, diles que has estado en el hospital

toda la noche y que lo único que sabes es que los dos hemos ido a Solace River.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —Se le quiebra la voz.

—Luego te lo cuento.

Jackie y yo bajamos y nos escabullimos por el bosque hasta una calle lateral oscura donde está aparcado el Tercel. Volvemos al tráiler y nos colamos dentro, sin encender la luz.

—Llama a West —dice Jackie—. Nos han visto antes en el Four Horses. Que le diga a la poli que hemos bebido demasiado y nos hemos quedado a dormir en su casa.

West apenas me ha dicho hola cuando empiezo a soltarle lo que Jackie me acaba de decir.

—Tabby, ¿en qué movida me estáis metiendo?

Le cuento la versión corta.

—Tienes que decirle a la policía que has visto la camiseta de Swimmer.

—¿Cómo? Nos acusarán de allanamiento de morada.

West suspira profundamente.

—Esto no huele bien. Quiero decir, ¿por qué el niño no lleva su ropa?

—Le habrán puesto ropa limpia. Piénsalo. Si Troy le ha hecho daño a Swimmer, no iba a dejar las pruebas a la vista.

—Tal vez no es tan listo.

—Es lo bastante listo como para haberse salido con la suya hasta ahora, lo bastante listo como para irse de rositas después de lo que

le hizo a Bird.

Mamá entra en el tráiler y yo cuelgo sin despedirme. Jackie empieza a contarle lo que ha pasado cuando llegan dos policías y llaman a la puerta. Mamá espera a que Jackie y yo nos escondamos en el baño antes de abrir. La oímos preguntar a los policías si vienen con noticias de Swimmer. Ella les dice que estoy con mi novio en Solace River y les pregunta por qué me buscan a mí cuando deberían estar buscando al niño. Se me había olvidado que mamá ha tenido que mentir tantas veces por papá que se le da bastante bien.

Cuando los policías se marchan, corre las cortinas, enciende unas velas y abre la puerta del baño. Jackie le dice que ha entrado en casa de Troy, pero omite la parte en la que le ha apuntado a la cabeza con una pistola. Rescato el dinero de papá de la habitación de los niños y lo dejo caer sobre la mesa. Mamá le echa un vistazo y se queda muda.

—Papá lo enterró debajo del garaje —le explico.

—Por el amor de Dios —dice mamá, sosteniendo un billete de cien dólares junto a la llama de una vela—. Aquí hay sangre seca.

—Se debió de cortar la mano —responde Jackie. La guía hacia una silla y divide el dinero en tres montones irregulares—. Vamos a contarlo.

Sumamos en silencio, mientras las sombras deformadas de los montones crecen cada vez más alto en la pared.

—Cincuenta y ocho —anuncio después de media hora.

Mamá coloca dos montones en el centro.

—Cincuenta y seis.

Jackie mete los números en una calculadora de Hello Kitty de Janis.

—¿Cuánto es? —pregunta mamá.

Jackie le muestra seis dígitos en la pantallita de plástico.

—Dios. —Mamá se levanta, se sienta, se vuelve a levantar y empieza a dar vueltas para comprobar que todas las cortinas están echadas. Vuelve a sentarse en el sillón y mira con estupor los billetes mugrientos de cien dólares esparcidos sobre el mantel.

Jackie la agarra de los hombros.

—Vamos a comprarte una casa. Puedes llevarte ahí a los niños. Compraremos un sitio lo bastante grande como para poder meter también una habitación para Bird, y así lo sacamos del agujero ese.

Mamá le coge de la mano, luego estira el otro brazo sobre la mesa y me agarra la mía. Incluso a la luz de las velas, puedo ver que todos tenemos los dedos manchados de negro.

A Poppy le han subido la dosis de sedantes y la tienen vigilada por riesgo de suicidio. Le dijo a mamá que seguiría viva al menos el tiempo suficiente como para matar a quien secuestró a Swimmer. Tuvieron que quitarle la tele porque no paraba de ver la cara del niño en las noticias. Le dio un ataque de nervios cuando Jewell intentó despertar a Janis e irse, así que Jewell dejó que Janis durmiera en la cama supletoria. Por la mañana voy a buscarla. Cuando entro en la habitación, Janis está dándole un dónut a Poppy.

—¿Me puedes contar qué coño está pasando? —pregunta Poppy.

—Luego.

Una enfermera está dando órdenes a la gente en el pasillo y Poppy dice:

—¿Oyes a la perra esa? Como vuelva a poner un pie aquí dentro, le parto la cara. Era la enfermera de Bird. La pillé obligándolo a tragar a la fuerza, metiéndolo y sacándolo de la cama como si fuera un puto muñeco de trapo.

—No digas palabrotas —dice Janis, recogiendo las migas que se le han caído a Poppy por el pecho—. Que Jesús está escuchando.

—¿Qué palabrota? —suelta Poppy. Tiene la piel escamosa debajo de los ojos—. No, claro que no está escuchando. —Me mira mientras cojeo hacia una silla—. ¿Qué te ha pasado?

—Un accidente cazando zorros en el campo —digo con un acento inglés muy malo—. Mi corcel y yo sufrimos una caída muy fea.

—Qué graciosa.

—Solo intento animar el ambiente.

—Mejor déjalo.

—Pues vale. —Me siento y coloco el pie sobre un taburete de metal —. Entonces no te cuento que encontramos el dinero. Ni que te vamos a trasladar a un hospital bueno en Solace River. —No hay ningún hospital bueno en Solace River.

—Entonces te reservaremos la mejor habitación y la redecoraremos.

—¿Vais a redecorar la comida también?

Janis le aparta el dónut.

—Deja de quejarte o te dejamos aquí.

—Pareces mi madre cuando te pones así —le dice Poppy.

—Porque es ella la que me cuida todo el tiempo —responde Janis—. Swimmer también parece la abuela cuando dice «mal dita sea». Fijo

que se lo dice mucho a los malos si no le dejan coger queso rallado de su nevera.

Poppy contrae la cara y yo me vuelvo a levantar.

—¿Cuánto dinero había? —me pregunta Poppy.

Me pongo a recoger las cosas de Janis.

—Tabby, dame veinte pavos para tabaco.

—Vamos, Janis.

Poppy intenta agarrarme de la chaqueta mientras saco a Janis de la cama y de la habitación. Janis ignora los gritos de Poppy y me pregunta si puede tomar leche con chocolate de la cafetería. La invito a desayunar y la llevo al parque infantil que hay detrás del hospital. No juega, solo se sienta en el puentecito de madera con las gafas de sol puestas y los brazos colgando entre las cuerdas. Me doy cuenta de que lleva dos zapatillas distintas y me siento fatal.

—Bueno, ¿sabes qué? —le digo—. Vas a vivir en una casa nueva con un dormitorio muy grande.

Se le ilumina un poco la cara, pero enseguida vuelve a bajar la mirada, como si ya hubiera oído eso antes.

—No quiero ir a vivir a una casa nueva si mi madre también va a vivir allí.

—Tu madre no quiere drogarse, ¿sabes?

—Entonces, ¿por qué lo hace?

—Le han cambiado algo en el cuerpo para que se encuentre mal si no se droga.

Janis balancea una pierna.

—Una vez me casé con mi osito de peluche grande, Lippy, que gané en la feria por darle un golpe a una rana en la cabeza. Swimmer llevó los anillos y mamá hizo de juez, y después celebramos una fiesta con Cheetos y bailamos. Pero eso era antes, cuando era simpática.

Veo mi cara reflejada en sus gafas de sol y le pregunto:

—¿Te ha hecho daño alguna vez?

—No. —Janis apoya la barbilla en la cuerda—. Pero le prendió fuego al horno y tuve que llamar yo a los bomberos porque se le olvidó cómo se usaba el teléfono.

Dos niñas con botas vaqueras moradas a juego corren hacia los toboganes. Miro a Janis, que tiene los ojos clavados en sus botas.

—¿Quieres ir a jugar con esas niñas?

Se hurga en el agujero de la rodilla de los vaqueros y no contesta.

—Venga. —La agarro por los pies, la deslizo por debajo de la cuerda y la bajo al suelo—. Vamos a mirar el catálogo de Sears a ver qué muebles tienen para tu nuevo dormitorio. Seguro que quieres una cama de esas que tienen forma de coche de carreras. —¿Tienen alguna con forma de piña?

—A lo mejor.

—¿Tú vas a vivir en nuestra nueva casa? Si quieres puedes dormir en mi cuarto nuevo conmigo y con Swimmer.

—Puede que viva en casa de West con él —digo, mientras siento cómo me sonrojo—. No está lejos de tu nueva casa.

—¿Te vas a casar con West? Si tú no quieres me caso yo.

—Cuidadito, que tú ya estás casada.

—¿Con el oso Lippy? Ya no. Nos divorciamos cuando me engañó.

—¿Con quién te engañó?

—Con la muñeca de Swimmer, Wendy. Le clavé un tenedor en la frente.

—Así que te quieres casar con West, ¿eh? —Me agacho para abrocharle la cremallera, pero ella me aparta la mano.

—La abuela dice que tiene buen culo, pero a mí me gusta más su camioneta.

Cuando volvemos al tráiler, la arropo para que se eche una siesta y me tumbo en la litera inferior de Swimmer, ahora vacía. Miro el bulto del cuerpo de Janis hundido en el colchón, demasiado cansada para dormirme yo también. Una de las fotografías que me enseñó la primera noche que estuve aquí está tirada en el suelo. Me agacho y la cojo.

Papá tenía razón: me parezco a él, mirando a la cámara como si quisiera darle un puñetazo, y tengo las mejillas hundidas para ser tan joven. Probablemente fue el verano en el que Bird y Jackie empezaron a cazar gatos para usarlos como blanco de tiro. El mismo verano que Terry Profit me deslizó la lengua húmeda por la oreja.

Vuelvo a tirar la foto al suelo y me quedo mirando el rectáng ulo de cielo gris enmarcado en la pequeña ventana. A los Saint nos atrae una especie de fuerza oscura, como las mareas con la luna. Incluso cuando vivía lejos y fingía ser otra persona, todo a lo que intentaba agarrarme acababa trayén dome problemas. Estoy segura de que si hubiera intentado esquivar este nido de víboras dando media vuelta y largándome de Solace River el mismo día que llegué, la oscuridad me habría seguido por cualquier otra parte. A veces incluso puedo sentir cómo cambia de forma a mi lado. Si alguna vez encuentra una manera de entrar en mí, acabaré como papá y Poppy, con los ojos como dos peces muertos, dejando masacres a mi paso.

La almohada de Swimmer huele mal. Hay algo abultado debajo de sus sábanas. Rebusco y saco una camiseta y una blusa de mujer. Debía de acurrucarse con la ropa de Poppy como si fuera una manta de protección. Las vuelvo a poner donde estaban, extrañamente avergonzada por invadir la intimidad de un niño de tres años.

En el cajón inferior de la cómoda hay una huella en yeso de sus manos, como patitas de mono, y junto a ella una fotografía de él y su hermana de pie en una de esas piscinas infantiles baratas. Janis saca el bíceps mientras Swimmer le sonríe. «Swimmer significa "nadador", pero en realidad no sabe nadar», le dice Janis siempre a todo el mundo. Poppy me contó que le llamó así porque fue concebido con preservativo. Si su padre no sabe que existe, quizá debería saberlo. Janis me dijo que el padre de Swimmer se llama John. Probablemente otra muestra del sentido del humor de Poppy.

Nadie ha movido un dedo por encontrar a Swimmer excepto nosotros. Esa es la triste realidad. Por eso quiero salir de aquí, y también por eso no puedo irme.

Cierro los ojos e intento conciliar el sueño, pero los pensamientos siguen martilleándome la cabeza como botas dentro de una secadora. Tenemos que expulsar la oscuridad, pero eso no es algo que un sacerdote o un chamán puedan hacer por nos otros. Si alguna vez queremos salir de este bucle infernal, tenemos que correr más rápido que el fantasma de papá para volver a Solace River, deslizarnos en esa cáscara seca de nuestra antigua vida y empezar de cero. Es la única forma de engañar al diablo: escondernos en el único sitio donde nunca miraría.

6

West no me coge el teléfono de la taberna ni el de casa. Llevo dos días seguidos llamando. Cuando por fin suena, me abalanzo sobre el auricular.

—Empezaba a pensar que estabas muerto en una zanja.

—Si lo estoy, la otra vida es la misma mierda que esta.

Es el inspector Surette.

—Lo siento. Pensaba que era otra persona.

—Yo también siento no ser otra persona. Resolvería muchos de mis problemas. —Surette tose—. Bueno, ya paro con mi ingenioso verbo. Solo te llamo para decirte que la casa de tu padre está fuera de la red del pueblo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que, al estar en una calle sin asfaltar, con su propio pozo de agua y sin electricidad desde que se fue la familia, te alegrará saber que está libre de impuestos. Aunque he oído que está en bastante mal estado.

—Por eso le pedí demoledoras.

—Estoy en ello. Pero si reconstruyes la casa, tiene que ser legal. Este vacío no puede repetirse.

—Vale. ¿Hay noticias de Swimmer?

—Al inspector McNeil le están llegando muchas pistas falsas. Creo que hay gente que intenta hacerle perder el tiempo a propósito.

—Todos sabemos quién ha sido.

—Nadie sabe nada con seguridad. Ni siquiera tú.

Cuelgo el auricular de un golpe y vuelvo a comerme la cabeza con lo de West. Me preocupa que Troy se haya enterado de que West nos dio una coartada y haya mandado a alguien a por él. Cuando vuelve a sonar el teléfono a la tarde siguiente, estoy medio histérica.

—¿Dónde estabas?

—Abriel se presentó aquí —dice West.

—¿Qué? —Me da un vuelco el corazón—. ¿En la taberna?

—En casa.

—¿En tu casa?

—Bueno, no es del todo mía. Todavía no.

Ojalá los teléfonos tuvieran pantallas para poder ver la expresión de la cara de la otra persona.

—¿Qué quería?

—Quiere que volvamos juntos. Le dije que lo nuestro se ha acabado, pero no me escucha. Sigue hablándome como si yo tuviera amnesia, diciendo que todo fue culpa mía y que ella lleva todo este tiempo intentando volver conmigo.

—¿Te has acostado con ella? —Vacila medio segundo de más—. Me imagino que te ha puesto muy difícil decir que no.

—Me enrollo el cable del teléfono alrededor del dedo con tanta fuerza que la piel se me vuelve azul.

—Tabby, no lo vi venir. Necesito solucionar algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Tengo que hacerle algunas preguntas.

Le cuelgo aún con más violencia que a Surette. No puedo quitarme de la cabeza la melena castaña de Abriel extendida sobre mi almohada. Seguro que se dio una vuelta por la casa y decidió que no estaba tan mal ahora que tiene plantas y cortinas nuevas. Probablemente se puso mi delantal y empezó a freír huevos. Incluso aunque vuelva a irse, siempre volverá.

Cojo el bolso, salgo por la puerta y empiezo a correr calle abajo. Me desvío hacia la entrada de la casa azul e irrumpo dentro, meto los pies amarillos de Bird en sus zapatillas de velcro mugrientas y le introduzco los brazos en las mangas de la cazadora vaquera. Lo deslizo con la silla por la rampa irregular de la entrada y echo a correr por la calle de tierra lo más rápido que puedo. Él va dando tumbos con la gorra de camionero torcida hacia un lado de la cabeza. Cuando sus ruidos de protesta se hacen más fuertes, me detengo para encenderme un cigarro. Me tiemblan las manos mientras empujo la silla de ruedas por la cuneta, hacia el bosque. Me adentro unos seis metros entre los árboles hasta que ya no puedo mover más la silla. La aparco junto a un tronco y me siento.

—Dijo que si volvía, la mandaría a la mierda —suelto—. Dijo que no siente nada por ella, que lo suyo se acabó en cuanto se largó por la puerta.

Bird intenta agarrar mi cigarrillo. Se lo acerco a los labios para que le dé una calada y me lo arrebata. Miro cómo se lo coloca con delicadeza entre las yemas de los dedos y le da caladas cortas como una viejecita. Me pregunto cómo puede sostener un cigarro pero no

una cuchara, y por qué puede arrancar a trozos el papel pintado pero no es capaz de ponerse sus propios pantalones. Seguro que mamá lo trata como a un bebé solo para poder cuidar de él, del mismo modo que se acerca a traerme una toalla en cuanto me oye abrir el grifo de la ducha. No pue de protegernos de que nos abran la cabeza o nos viole el dueño de un motel, pero siempre aparece con sopa caliente y toallas limpias.

Saco otro cigarro de la cajetilla y me lo meto entre los dientes. —¿Para qué coño he vuelto aquí? Papá ya ha recibido su me recido. Poppy no tiene remedio. Janis y Swimmer serán los siguientes en caer en las drogas. Jackie acabará en la cárcel. Y mamá... En fin, mamá nunca será feliz, ¿verdad? Y aquí estoy yo, una mujer adulta sin casa, sin trabajo, sin coche, sin marido. ¿Quieres saber por qué tardé tanto tiempo en venir a buscaros? Quería tener algo que demostrar después de todos estos años. Pero me ha salido el tiro por la culata. —Le doy una patada al bolso—. Ni siquiera tengo número de la seguridad social, lo que significa que no existo, igual que la casa en la que crecimos.

Se me agota el mechero. Intento encenderlo diez veces y luego lo reviento contra un árbol.

—Ni siquiera sé cuál es el puto nombre real de West.

La niebla flota entre las ramas de los árboles, mezclándose con el humo del cigarro de Bird. Nos quedamos sentados tanto tiempo que mi mente deambula por toda clase de lugares extraños. Empiezo a imaginarme que Swimmer lleva todo este tiempo en este mismo bosque, comiendo brotes de helecho y moras silvestres y parloteando con los pájaros. Casi puedo verlo saliendo de la niebla con piñas en el pelo.

Al cabo de un rato empieza a hacer frío, así que le abrocho el abrigo a Bird y lo llevo de vuelta a la calle.

Janis quiere venir conmigo a Solace River. Nunca ha estado. No sé si ha estado alguna vez en algún sitio. Me sabe mal dejar a mamá sola, pero tengo que resolver el tema de la casa.

—Me lo imagino como un sitio donde siempre está nublado y el agua está toda negra y todo el mundo te mira así. —Janis pone cara de malas pulgas. Se monta en el asiento delantero del coche de mamá y empieza a subir y bajar las ventanillas y a buscar monedas bajo las alfombrillas—. ¿Vamos a ir a ver a West a su casa?

Hago como que no la he oído y la distraigo diciéndole que elija una buena canción en la radio. Pasa dos veces por todas las emisoras y por fin se decide por Dutch Mason, se acomoda y asiente con la cabeza como un viejo cantante de blues.

—Janis, ¿qué quieres ser de mayor? —Siento verdadera curiosidad.

Se endereza como un rayo.

—Gaitera.

—¿Por qué?

Me da la sensación de que se moría de ganas de que alguien se lo preguntara.

—Porque sí. Puedes ir a desfiles, y llevas cosas colgando de los calcetines y un bolso por delante y no tienes que ponerte bragas. Todo el mundo te mira y dice «¡Hala!» y te hace fotos. Se te oye llegar desde muy lejos, y vas con una persona al fondo que toca un tambor así de grande. —Abre los brazos—. Y los viejos miran y lloran porque les hubiera gustado tocar la gaita pero ahora son demasiado viejos.

—¿Qué llevan los gaiteros en los bolsos?

—Pañuelos y chicles.

Señalo el bolso de lentejuelas que tiene en el regazo.

—¿Eso es lo que llevas en el tuyo?

—¿Aquí? —Lo abre y me muestra un billete de un dólar, una figurita de un conejo de cerámica y un brillo de labios que se llama «Frutifantasma».

—¿De dónde has sacado un billete de un dólar? Ya ni siquiera los fabrican. Puede que algún día se revalorice.

Lo desenrolla.

—¿Cuánto?

—Quizá valga cien dólares si esperas mucho.

El coche de mamá pierde aceite, así que tenemos que parar en cuatro gasolineras diferentes por el camino. En una de ellas, Janis se desabrocha el cinturón y dice que vuelve enseguida. Me quedo mirando la puerta de la tienda hasta que sale con un granizado de zarzaparrilla, una caja de palomitas Cracker Jack y unos regalices. En la mano lleva un billete de cinco dólares y un puñado de monedas.

—Creía que solo tenías un dólar.

—Sí, pero le he dicho al chico que un billete de un dólar valdrá cien algún día y me lo compró por diez.

Me inclino y le doy un sorbo a su granizado.

—Eres igualita a tu tía Tabby, ¿lo sabías?

—Sí. —Janis asiente, ajustándose las gafas de sol.

Debe de ser la hora de comer cuando llegamos a la casa. La maquinaria de obra está aparcada en todo el medio y no hay nadie.

Ya han derribado el garaje y los cobertizos y han empezado a desmontar la casa por detrás.

Le describo mi plan a Janis.

—Podrás poner un columpio ahí y una casa del árbol detrás. Seguro que el tío Jackie te construye una si se lo pides por favor.

—¿Así? —Junta ambas manos bajo la barbilla y hace un aleteo de pestañas—. Eso es lo que hago en la iglesia para que el señor Northwood me deje clavarle los clavos a Jesús.

Cuando volvemos al coche y conducimos hacia el centro del pueblo, me doy cuenta de que la inmobiliaria está solo a un par de bloques del Four Horses. Veo la camioneta de West en el apar camiento y cruzo con Janis al otro lado de la calle.

Entramos en la pequeña oficina beis y ella empieza a mirar las maquetas de las casas, metiendo los dedos pegajosos de caramelo en las ventanas de una de ellas, una casa prefabricada llamada Buckingham.

—Estaba pensando en algo más parecido a esto. —La dirijo hacia la Brunswick—. Tiene mucho espacio y así no cabrearemos a la reina de Inglaterra.

La empleada tiene unos diecinueve años y lleva un vestido largo de flores color lavanda con cuello de encaje que podría considerarse un «look de triunfadora» en una granja amish. Parece estar cronometrándonos con su reloj, y a los cuatro minutos se acerca y nos recita el folleto palabra por palabra.

—La Brunswick es una espaciosa casa de dos plantas diseñada para la vida moderna. Cuenta con cuatro elegantes dormitorios, tres cuartos de baño y un garaje para dos coches.

—¿un garaje para dos coches? —grita Janis.

La mujer sigue recitando datos, y después de soportar una hora de preguntas de Janis y mías, que van desde «¿Están incluidos los electrodomésticos?» (yo) a «¿Cuántas personas caben en la bañera?» (Janis), finalmente dice:

—¿Quieren hablar de la financiación?

—Pagaremos en efectivo.

Parpadea varias veces.

—¿El depósito?

—No, todo.

—Somos ricas —explica Janis, con una mano en la cintura.

La aparto a un lado.

—Hemos recibido una herencia.

La mujer me hace rellenar unos formularios y escoger unas muestras de revestimiento y suelo. Le pido a Janis que sostenga todos los cuadraditos rectangulares y en el coche se dedica a revolverlos e informarme de cuáles son aburridos y cuáles preciosos. Me permito mirar de reojo la taberna.

Cuando estamos a punto de salir de la calle principal, me doy cuenta de que Janis no ha visto nada interesante. Encuentro un parquecillo desangelado y nos sentamos a tirar palos al agua. Lueg o vamos a la tienda de comestibles a por algo de picar y le compramos una camiseta a Swimmer en la que pone «Solace River: Fluyendo con todo el flow desde 1768». Janis ha insistido. Estaba colgada en el escaparate junto a otra que decía: «¿Para esto me afeito las pelotas?».

—No le digas a la gente que somos ricas, ¿de acuerdo? —le advierto.

—¿Por qué no?

—Porque no. No queremos que se entere el mago.

—No me vaciles.

Poppy le dijo a Janis que hemos heredado el dinero de la abuela Jean. Debió dejarlo ahí, pero en vez de eso se inventó una historia que solo se le podría haber ocurrido a una adicta al crack. Dijo que la abuela Jean era una princesa que se había escondido en Solace River de un malvado mago que quería robarle el alma. Cuando la princesa cumplió dieciocho años, la familia real le mandó su herencia, pero la abuela Jean la quiso guardar toda para nosotros. Al principio, Janis no entendía nada. Tenía un millón de preguntas. Si la bisabuela Jean era una princesa, ¿por qué decía palabrotas y les partía el cuello a los pavos? Y si era tan buena, ¿por qué siempre escupía las pipas de girasol en la alfombra y le obligaba a Janis a recoger todas las cáscaras mojadas?

A los diez minutos se queda frita en el coche y casi todo el camino de vuelta a Jubilant lo hace dormida. Yo me paso el trayecto intentando no pensar en West. Una parte de mí se arrepiente de no haber entrado en la taberna. Quizá debería haber irrumpido dentro y exigirle que mandara a la mierda a Abriel, tal como dijo que haría.

Justo antes de llegar a la salida de Jubilant, Janis se despierta y grita:

—¡Ostris!

Miro hacia donde señala y casi freno de golpe ahí mismo, en medio de la autopista. Es la roca del cubo de Rubik. Tiene unas cuadrículas negras recién pintadas, que han rellenado de naranja por un lado y de azul por el otro. Aparco el coche en el arcén, salto y corro hacia

ella. El resto de los lados visibles están pintados de verde, rojo y blanco, respectivamente. Se ha resuelto de la manera fácil.

—¿Qué pasa? —Janis saca la cabeza por la ventanilla del coche.

—¡Es una señal! —grito, trotando hacia atrás.

—No es una señal. Es una roca pintada.

—Es una señal.

Vuelve a observar la roca durante un minuto y me mira con sus gafas de sol.

—¿Has vuelto a comer las galletas locas esas?

Los idiotas del taller de Jody me dicen que Lyle no está. No se pueden creer que haya entrado sin más. Uno de ellos me pregunta si me apetece pasar un buen rato y le digo que mi idea de un buen rato es una ducha donde el agua salga caliente durante el tiempo suficiente como para poder afeitarme los sobacos. Otro me mira de arriba abajo y me pregunta si soy como mi hermana.

—La verdad es que no —digo—. Ella es piscis. Yo géminis.

El primero me dice que Lyle no vuelve hasta mañana, pero, por si acaso me está mintiendo, lo distraigo pidiéndole que revise los bajos del coche de mamá. Enseguida arregla unos cables, carga la batería y repara el agujero del depósito de aceite. Luego me lanza lo que él considera que es una mirada sexy y me invita a dar una vuelta de prueba. Le digo que tengo cita con el ginecólogo y me entrega las llaves sujetas entre dos dedos, preocupado por si al tocarle la mano le contagio hongos o algo así.

De vuelta al tráiler, me equivoco de camino y acabo en una carretera desierta llena de baches, demasiado estrecha para poder dar la vuelta. Se me ocurre que por aquí podría haber alguna cabaña vieja donde Troy tuviera escondido a Swimmer, así que continúo hasta que el asfalto se convierte en tierra. Entonces la tierra da paso a la arena y de pronto aparece una playa de sierta. Apago el motor y abro las ventanillas. Desde el agua sopla un viento frío que agita la hierba marina de un lado a otro a lo largo de las dunas y se cuela a través del punto de mi jersey. Los tablones de un viejo paseo marítimo están desparramados por todas partes como un amasijo de dientes, y la escalera de un viejo faro se ha deformado hasta adoptar forma de corazón. Es difícil saber si la tormenta fue hace diez años o la semana pasada.

Me adentro en la arena y camino a lo largo de la orilla intentando divisar alguna cabaña más allá de la costa. Si Lyle hubiera estado en el taller le habría dicho que tenía veinticuatro horas para entregar a Swimmer o, de lo contrario, pondría hasta el último centavo del dinero que le prometí como recompensa por recuperar al niño. Cualquier vecino de Jubilant estaría dispuesto a vender a Troy por esa cantidad de dinero. Pero ahora que la brisa del mar me arroja un poco de oxígeno fresco en el cerebro, no puedo quitarme de la cabeza lo que Surette me dijo sobre que Troy era lo suficientemente listo como para haber esquivado la cárcel durante todo este tiempo. Si Troy se entera de que tiene a la policía encima, ¿qué haría para evitar que lo atrapasen? Sería capaz de entregar a Swimmer a cualquiera de sus esbirros para que se deshicieran de él como si fuera un saco de basura.

Me acerco a una hoguera llena de latas vacías de cerveza Keith, me siento en un tronco que ha arrastrado la marea y contemplo cómo el océano sube y baja sobre el horizonte. Una gaviota se acerca dando saltitos, pero cuando la saludo se sobresalta y sale volando.

De pronto me llama la atención un bulto que flota en el agua. Se mece entre las olas, desaparece y vuelve a aparecer, se hunde y

emerge de nuevo. Me levanto para verlo mejor y veo una bolsa de plástico negra anudada en un extremo. La observo du rante varios minutos hasta que me empiezo a marear. No puedo quitarme de la cabeza la horrible idea que me invade el cerebro.

Me subo los vaqueros hasta las rodillas y me quito las botas. Cuando meto los pies descalzos en el agua helada, siento un latigazo. Me sumerjo hasta la cintura y estiro los dedos lo suficiente como para agarrar una esquina de la bolsa. Justo cuando la tengo agarrada, una ola me levanta y mis pies dejan de tocar fondo. Pataleo y tiro mientras la corriente trata de llevarse la bolsa. El agua helada me quita el aliento y empiezo a entrar en pánico, pero entonces la siguiente ola me arrastra hasta otra zona donde hago pie. Rompo la bolsa de plástico allí mismo, en el agua, y de pronto me veo rodeada de cartones de leche flotantes y tarrinas de margarina vacías. Vadeo hasta la orilla y me desplomo de rodillas en la arena. Hasta que no vuelvo al coche no empiezo a sollozar de alivio.

—¿Quién te ha dicho que te fundas todo el dinero en una puta mansión que a la larga nunca nos podremos permitir? —grita Jackie.

—¡Fue idea tuya lo de comprarle una casa a mamá! No podemos quedarnos sentados viendo la Ruleta de la Fortuna. Casi no nos queda tiempo.

—No confías en mí para guardar el dinero, ¿verdad? Crees que me lo voy a llevar.

No le contesto y se larga. No había pensado en eso, pero quizá debería haberlo hecho. Cuando estábamos sentados uno al lado del otro contando los billetes, me di cuenta de que tiene los mismos pulgares afilados de papá, con los mismos pliegues alrededor de los nudillos.

Cuando oigo que el coche se aleja, me acurruco en el sofá y miro cómo las gotas de agua se desprenden de las nubes. El cie lo se rinde y la lluvia arrecia, emborronando todo al otro lado de las ventanas. Me tumbo y dormito hasta el final de la tarde, cuando me despierto con la tormenta intentando traspasar las paredes. Me siento junto a la ventana y miro cómo el viento arrastra la maceta de plástico del cisne por el césped, desparramando a su paso tripas de basura fangosa.

He vuelto a soñar con Raspberry. Esta vez caminaba por los pasillos llenos de estúpidos murales pintados imitando grafi tis. Pasaba por delante de la cafetería gris y subía por la escalera A. Llamábamos a esa escalera «la Ruleta Rachel» porque el rellano del medio no se veía desde ninguna de las dos plantas y nunca sabías si Rachel te estaba esperando ahí con el puño en alto. La escalera B era más segura, pero estaba en el otro extremo del edificio. En cualquier caso, en el sueño todo el bloque estaba vacío, así que tomaba la escalera A, giraba a la izquierda en la tercera planta y me detenía en la cuarta puerta a la derecha, mi antigua habitación. Todo estaba igual que como cuando me fui: la silla inútil, la cama con el edredón que picaba, las sudaderas con capucha que colgaban en el armario. En un pequeño estante junto a la cama había frascos de esmalte de uñas y un ejemplar del Nuevo Testamento que me leía por las risas. Entonces me acercaba y lo abría, y en la primera página, donde ponía «Esta Biblia pertenece a», mi letra decía: «La zorra a la que se la robé». La cama frente a la mía estaba desnuda. No tenía sábanas ni almohada. En la vida real, ese lado de la habitación estaba reservado a todo un desfile de distintas piradas terroríficas. Primero vino una tía que se cortaba las muñecas y que había intentado ahogar a su primo bebé. Era la monda. Cuando se fue, quitaron hasta el colchón y volvieron a hacer la cama para una pirómana que me mandaba a tomar por culo y me deseaba la muerte cada vez que intentaba entablar conversación. Todas estas psicópatas iban y venían, y yo estaba allí indefinidamente. No tenía ningún sentido.

En Raspberry, los domingos era el día de visitas familiares y a veces bajaba para espiar a las madres de las demás. Luego volvía a mi habitación y me quedaba junto a la ventana mirando los campos que se ondulaban más allá de la cancha de baloncesto. Me preocupaba que el cielo y la hierba no fueran más que un decorado al otro lado de la ventana, y que si rompía el cristal, apareciera otra habitación. Algunas noches, cuando intentaba dormir, me imaginaba que había una persona atrapada dentro de esa habitación. Cuando pensaba mucho en ello, casi podía oír su respiración.

En el sueño, lo hacía (romper el cristal) y, efectivamente, me encontraba una habitación oscura y sin ventanas oculta en el otro lado. Había una niña desplomada en un rincón y, cuando levantaba la cara, me daba cuenta de que era yo misma con catorce años la que me miraba fijamente.

Menuda ida de olla.

Me levanto del sofá y merodeo por el tráiler, pero me siento como si todavía siguiera dentro del sueño, por los pasillos de Raspberry. Veo las luces fluorescentes y prácticamente puedo oler la lejía del suelo. Me fumo unos diez cigarrillos antes de que mamá y Janis vuelvan por fin de la casa azul. Corro hacia ellas y ayudo a Janis a quitarse el abrigo.

—¡Tenemos que construir un arca! —me dice, con el pelo mojado pegado a las mejillas—. ¡Lo ha dicho Jesús! —Se mete en el cuarto de baño y se queda ahí un rato. Veinte minutos después, me la encuentro tumbada frente al televisor. Le pregunto qué ha pasado con el arca y dice que no tenía la madera adecuada.

Más tarde, suena el teléfono y mamá intenta pasármelo. Niego con la cabeza. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no imaginarme a West jugando a las casitas con Abriel, y oír su voz me transportaría directamente a la mesa de su cocina. Y los vería haciendo manitas a la luz de las velas o algo así.

—Es Jackie —dice mamá—. La policía tiene una orden de registro para entrar en casa de Troy.

Agarro el auricular.

—No se lo digas a mamá —me pide Jackie—, pero la policía ya ha registrado la casa. No han encontrado la camiseta de Swimmer. Tampoco armas ni drogas. Troy debe haberlo limpiado todo.

—Jackie, esto no me gusta. Swimmer se está convirtiendo en una patata caliente. ¿Y si...? —Se me revuelve el estómago.

—Troy no tiene huevos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Solo porque no mató a Bird? Tal vez solo dejó vivo a Bird para castigarte.

—A ver, cállate un segundo. Te he llamado para decirte que ya no estoy cabreado por lo de la casa. —Le oigo dar golpecitos con el pie —. Lo he mirado, y los impuestos son bastante bajos en la calle de tierra, así que solo tendremos que preocuparnos de las facturas. ¿Le has enseñado a mamá las fotos de los folletos?

—No.

—Pues no se las enseñes. Y así le damos una sorpresa de la hostia.

—Janis ya le ha dicho cuántas habitaciones tiene.

—Sabe que Janis miente más que habla.

—¿Para eso llamabas?

—No. La zorra de la novia de Troy acorraló a Jewell en la puerta de la consulta del médico para decirle que cuando nazca el bebé, más le vale tenerlo vigilado las veinticuatro horas. Jewell vino a verme después al trabajo temblando como un gato mojado. No me hace ni puta gracia irme, pero hemos hablado de que nos gustaría tener

familia cerca por el bebé, por Bird y por todos. ¿Sabes qué? Cuando fuimos a Solace el otro día no me pareció el agujero inmundo que recordaba. De todos modos, Jewell y yo nos quedaremos con vosotras en la casa nueva hasta que podamos vender esta y comprar una para nosotros solos. —Reanuda los golpecitos con el pie—. Así que nada, ¿te parece bien?

—¿Esta es tu manera de pedir perdón?

—Que sí, joder. Ya te lo he dicho.

—No.

—¿Sabes qué, Tabby? —Suaviza la voz—. Va a ser niña.

Le doy la enhorabuena, cuelgo y vuelvo a la mesa.

—¿Qué me he perdido? —le pregunto a mamá.

—Un gilipollas pajeándose en el cementerio.

Yo también me he vuelto adicta a la radio de la policía. Nunca pasa nada, hasta que pasa todo a la vez, así que tenemos que estar atentas. Anoche, en el lapso de una hora, un desgraciado amenazó con ahogar al gato de la familia si su mujer no le compraba otro paquete de cervezas, un grupo de chavales estrellaron un quad en el lago y un drogadicto mangó un montón de boletos de lotería de la tienda para luego volver veinte minutos más tarde a reclamar el boleto ganador. La policía utiliza códigos por radio, pero son bastante fáciles de descifrar para alguien que ha pasado unos cuantos años en un centro de menores.

—¡Hostia, mamá! —Se me enciende la bombilla—. Fijo que Troy tiene una radio.

—Vale, ¿y qué? Todos los camellos tienen radio para saber dónde está la policía.

Cojo el teléfono, llamo a la comisaría y le cuento mi plan a Surette.

—Me vas a costar el trabajo.

—¿El trabajo que no está haciendo?

—Que sí, me lo pensaré.

Debe de habérselo pensado rápido, porque subo el volumen de la radio y en cuestión de pocos minutos retransmiten que han enviado a unos agentes de guardia a investigar el robo de una licorería en Halifax: Tabatha Mary Saint. Mujer caucásica, veintitantos años, 1,68, 55 kilos, vista por la zona de Jubilant. Según lo que trasciende por la radio en los próximos días, los policías me interrogan, registran el bosque y el tráiler, pero no encuentran ni rastro de los seis mil dólares que he sacado de la caja registradora. No tienen números de serie de ninguno de los billetes y la cámara de seguridad de la licorería no funcionaba en el momento del robo. Peor aún, el procedimiento no se siguió con la suficiente rapidez y no hay ni una sola huella dactilar útil. En un momento dado, uno de los policías se deja la radio encendida «por error» y se le oye decir que toda la investigación ha salido como el culo y que el jefe le ha pedido por favor que no salga en los periódicos.

Pero el sábado por la mañana todavía no tengo noticias de Lyle. Empiezo a fantasear con queroseno, cerillas y su nueva camioneta. Me levanto temprano para intentar volver al taller, pero mamá me corta el paso.

—Feliz Día de Jubilant. —Le da un trago al Pepto-Bismol—. Dentro de una hora empieza el desfile.

Lleva la misma ropa que ayer. No creo que haya pegado ojo estas últimas noches. Se pasa todo el tiempo con una oreja puesta en la radio y la otra en el teléfono, por si suena.

—Me llevo a Janis.

—No. —Niega con la cabeza—. Siempre la llevo yo.

—Entonces voy con vosotras. No pienso quedarme aquí.

Recorro el pasillo y asomo la cabeza por la puerta de la habitación de Janis. La pierna le cuelga del lateral de la litera y la sacudo con suavidad. Por la punta de un calcetín le asoman tres dedos del pie.

—¿Quién quiere ir al desfile?

—Yo. —Abre un ojo y luego el otro—. Seguro que Swimmer va. Siempre aplaude cuando pasan los krisnas en los cochecitos esos tocando el claxon.

Encuentra sus gafas de sol entre las sábanas y se baja de la cama de un salto. La veo rebuscar en un cesto de ropa sucia y sacar una gorra con pinzas de langosta de hace tres festivales. Ahora le queda pequeño. Cada vez que se lo encaja en la frente, se le vuelve a subir.

—Se dice «Shrinerss» —la corrijo.

—¡No, se dice shiners! —grita—.Y brillan que no veas. ¡Si tienes que sacar brillo a algo, los llamas y vienen pitando!

Trato de quitarle la gorra de la cabeza para cepillarle el pelo, pero se escabulle, sale corriendo por el pasillo, atraviesa la cocina y llega hasta la entrada para meter al husky de peluche de Swimmer en el asiento trasero del coche. Luego vuelve a entrar, se sienta a la mesa con una bolsa de tabaco y empieza a meter papelitos de uno en uno en la máquina de liar de mamá, y luego alinea los cigarrillos liados en una fila ordenada. Mientras tanto, mamá se ducha, friega algunos platos, recoge y llena un termo de té. Inspecciona el trabajo de Janis, le da una bolsita de plástico y Janis mete dentro los cigarrillos, la cierra y la guarda en el bolso de mamá. Luego las dos se dan la vuelta y echan a andar en direcciones opuestas para revisar que la estufa y las luces están apagadas. Esta debe de ser su rutina.

—Vamos a por Bird —digo mientras saco el coche por el acceso.

Mamá niega con la cabeza.

—A Jackie no le va a hacer ninguna gracia.

—¿Por qué? ¿Quiere que Bird se pase todo el día arrancando el papel de pared de la casa o qué?

—No quiere que nadie se entere de lo mal que está.

—Esa es la cuestión. Todo el mundo tiene que enterarse. Que hablen de cómo Bird apenas es capaz de sostenerse la cabeza, y así Troy sabrá que hace tiempo que ha ganado la guerra.

Chasquea la lengua, pero guarda silencio mientras yo aparco en la casa azul. Bird está sentado en el porche. Lo levanto y mamá dobla la silla y la mete en el maletero. Mientras lo acomodo en el asiento trasero, sugiero que nos llevemos también a los otros dos mosqueteros, pero mamá dice que mejor no.

—Esos dos son demasiado impredecibles. Un día me los llevé a la compra y se empezaron a pegar en el pasillo de la pasta. Había fideos por todas partes.

Una vez en la carretera, miro por el retrovisor y digo:

—Oye, Janis, en el desfile deberías decirle a todo el mundo que nos vamos a mudar a Solace River.

—¿Para qué?

—Para que cuando vean una casa grande montada en un camión, no piensen que se ha perdido del desfile. Dirán: «¡Eh, mirad! ¡Ahí va la nueva casa de Janis Saint!».

—Sí. —Janis asiente—. Dirán: «¡Ahí va la casa más rápida del mundo!». ¿Verdad, tío Bird?

Bird mueve la cabeza de lado a lado, babeando.

Tardamos un rato en encontrar un sitio para aparcar y luego tenemos que caminar por la calle intentando encontrar un lugar vacío para ver el desfile. Cada vez que Bird ve a una niña con coletas, gruñe y empieza a señalarla.

—No, Birdie. Esa no es Josie —dice mamá.

Pregunto a un señor dónde podemos comprar gorras del festival y me dice que vaya al quiosco. Caminamos durante un rato por medio del infierno cuando me doy cuenta de que el «quiosco» no es más que dos caballetes con un cartel pegado. Lo atiende el fumeta del pueblo, un adolescente que parece dormido, salvo por la sonrisa grasienta que tiene en la cara. Cuando se acuerda de por qué está ahí sentado, me vende una diadema con antenas luminosas, pero luego tarda quinientos años en calcular el cambio.

Le pongo a Bird la diadema torcida en la cabeza, en un esfuerzo por que quede lo más patético posible. Veo a unos niños con baberos de langosta y compro uno también. Mamá no tiene fuerzas para negarse. Se limita a mirar las lucecitas sacudiéndose sobre la cabeza de su hijo y suspira.

Por fin, un grupo de diez majorettes aparece por la esquina. A una niña regordeta y pecosa se le cae el bastón al suelo. Lo lanza al aire, falla justo delante de nosotras y dice con resignación: «Mierdaaaa». Lo recoge, lo agita con rabia hacia el cielo y grita: «¿En serio?». Luego se quita las plataformas con una mano y echa a correr entre jadeos para alcanzar al resto del grupo.

—Ha dicho una palabrota —informa Janis a todos los que nos rodean.

Dos adolescentes llevan la pancarta del desfile, donde pone: «jubilant: orgullo y progreso». Una de ellas va con un cigarrillo encendido en la mano. Mamá la señala.

—Esa es la hija de Frosty.

—No se llama Frosty —le digo—. Frosty es el nombre de su tienda.

Baja la voz.

—Mis cojones, progreso. Frosty sigue alquilando películas porno en vhs. Las graba del canal Quebec y, como no sabe francés, se inventa los títulos. A todas las llama «Miss Frenchie».

En la carroza de la Asociación de Pescadores de Langosta de Jubilant van un montón de personas con gorritos impermeables de pie en fila india que sujetan un cartel pintado donde pone: «cola del paro». De la parte trasera del vehículo cuelgan algunas trampas para langostas que se arrastran vacías por la acera. La multitud guarda silencio a su paso.

Cuando la banda de gaiteros aparece al fondo, le doy un golpecito en el hombro a Janis.

—Lo sé —dice, apartándose de mí. Se baja de la acera y le levanta el pulgar a cada gaitero.

—¿De verdad crees que serás capaz de soplar tanto aire en esas bolsas? —le pregunto.

—Sí —responde—. Inflé seiscientos globos para la fiesta de cumpleaños de Swimmer.

—¿Seiscientos?

—Probablemente setecientos.

La Reina del Día de Jubilant luce un enorme chupetón en el cuello, cosa que no le ha preocupado en absoluto a la hora de recogerse el pelo. Saluda a la multitud con guantes blancos como si llevara toda la vida haciéndolo. Como si mamá y yo no la hubiéramos visto hace

media hora pidiendo cambio a la salida de la licorería, gritando a alguien en un coche:

—¿Dónde está Jimmy? ¡Dijo que iba a traer hachís para el Gravitron!

—¿Qué es el Gravitron? —me ha preguntado mamá al pasar de largo.

—Es una atracción de feria que parece un ovni y gira a toda velocidad mientras suenan canciones de Mötley Crüe, hasta que todo el mundo se queda pegado a las paredes. Entonces, a veces, uno de los trabajadores hace cabriolas, se mete entre los asientos o se pone a dar volteretas. Te sorprendería lo mucho que follan gracias a los trucos.

—Seguro que sí —ha dicho mamá—. ¿Y para qué quieren el hachís? A mí me parece que con la atracción esa ya tienen suficiente, ¿no?

Cuando el desfile se despeja, la multitud atasca la calle. Janis saca uno de sus dibujos de Swimmer, lo despliega y va parando a distintos niños para preguntarles si lo han visto.

—En la foto lleva una camiseta amarilla, pero ahora podría llevar una azul, una naranja o una verde. Pero no marrón. No lleva camisetas marrones porque el marrón le da ganas de hacer caca. —Echa a correr hacia un niño que se parece a Swimmer por detrás y le agarra del pelo.

—¡Controle a la niña! —le dice su madre a mamá. Luego entorna los ojos—. Yo os conozco.

—Ah, ¿sí? ¿Me conoces? —pregunto. Empieza a hacer un comentario sarcástico, pero me inclino sobre ella y susurro—: Llevas un pintalabios hortera de cojones, y como se te ocurra volver a abrir la

boca, me enteraré de quién es tu marido y me lo follaré hasta dejarlo seco.

Es lo único que se me ha ocurrido. Le tira del brazo a su hijo y, en cuanto está a una distancia prudencial, se da la vuelta y me hace un corte de mangas.

Miro alrededor y veo todo lleno de idiotas atiborrándose de perritos calientes y cigarrillos, empujando carritos de bebé, gritando a sus hijos mayores, que se quejan porque se han gasta do todo el dinero de la comida basura en calcomanías para la cara. Me da la impresión de que todo el mundo lleva estampados de camuflaje y no entiendo muy bien por qué. Hay una señora de ciento treinta kilos con falda de camuflaje que no se va a fundir con el entorno precisamente. Incluso en mitad de la espesura, sería difícil pasarla por alto con ese cinturón de pedrería y esa incapacidad para dejar de gritar: «¡Mamá se va a tomar un copazo!».

Nos miro y me doy cuenta de que tampoco somos mejores que ellos. Mamá ni siquiera se ha peinado. Janis tiene pinta de haberse disfrazado de vagabunda por Halloween: lleva zapatos de dos pares diferentes y una mancha naranja chillón en todo el medio de la camiseta. Rebusco en el bolso, saco una toallita, la limpio un poco y le meto la camiseta por dentro.

Seguimos bajando por la calle hasta el aparcamiento del parque de bomberos, donde instalan las casetas de juegos del festival, y mamá empieza a hacer su clásico ruidito que suena como si tuviera una bola de pelo en la garganta. Le pregunto si quiere irse a casa, pero niega con la cabeza. Empieza a llorar en silencio mientras caminamos entre la multitud que golpea topos y lanza aros. Compro un algodón de azúcar mustio que nadie se come e intento sonreír cada vez que Janis me mira. Mamá me dice que antes celebraban un torneo del juego de la soga después del desfile, pero el comité del Día de Jubilant lo prohibió después del incidente del año pasado.

—¿Qué pasó?

—Un tío se enrolló la cuerda a la muñeca —explica Janis—. Y el otro equipo tiró de ella y se encontraron con una mano arrancada. Y yo le dije a un periódico: «¡Es lo más loco que he visto en mi vida!». Cuando se fue la ambulancia tuvieron que traer un camión de bomberos para lavar todas las potas de colores que había por la calle.

—No lo vio —dice mamá—. Estábamos en el baño cambiándole el pañal a Swimmer. Pero sí que le dijo eso a un reportero. Tenemos el artículo guardado en casa donde sale su nombre.

—Un momento. —Janis señala delante de nosotras—. Ahí hay una cosa para el tío Bird.

Se gira y conduce la silla de ruedas hasta los puestos de artesanía, y la oímos preguntar por el precio de los ángeles de papel. Regatea con la anciana hasta llegar a dos dólares y vuelve a cerrar el bolso de lentejuelas. La mujer le tiende un ángel y ella lo coge con delicadeza y se lo pone a Bird en el regazo. Vuelvo la mirada mientras este le arranca el papel a jirones.

Angela, la mujer del Lighthouse, está apoyada en la fachada del parque de bomberos. Hoy también lleva los zapatos de leopardo. Me mira, pero no me reconoce. Me imagino que aquella noche iba ciega como un piojo.

Janis se levanta la camiseta y me muestra que se ha puesto el bañador por debajo de la ropa para poder montarse en el tanque de agua. La llevamos a la atracción destartalada y cuando le toca, se sube a la plataforma y se columpia con las gafas de sol puestas mientras les grita insultos a los hombres que lanzan pelotas. Nadie logra tirarla y al cabo de media hora mamá empieza a impacientarse por estar tanto rato al sol. Tiene los nervios tan fritos que casi puedo oír cómo chisporrotean.

—Ah, bueno, vale —refunfuña Janis cuando mamá le compra una pelota al hombre de la taquilla. Apenas ha acabado de decirlo cuando mamá la lanza y acierta de lleno en la diana naranja. El asiento se desploma y Janis desaparece. Luego se queda dentro del agua durante un rato largo a propósito. Por fin, saca la cabeza y sale chorreando a gatas de la plataforma, fingiendo que ha estado a punto de ahogarse. Le pregunto qué tal y se lleva la mano al pecho, jadeando. Mamá le dice que ya es hora de irnos y ella corta el numerito y pone cara de pánico.

Janis agarra la silla de Bird y la empuja con todas sus fuerzas hasta la caseta de las subastas. El espectáculo ya ha terminado, pero el subastador sigue ahí recogiendo.

—Qué te apuestas a que le va a pedir cantar con el micrófono —dice mamá.

Miramos mientras el hombre aúpa a Janis al escenario, enciende el micrófono y se lo pone entre las manos.

—¡Hola a todos! —grita, seguido de un «¿Qué?» cuando el hombre le dice que no se lo acerque tanto a la boca—. Yo soy Janis y él es el tío Bird. Di hola, Bird. —Se agacha y le pone el micrófono a Bird, pero él está medio dormido. Janis vuelve a ponerse en pie—. ¿Alguien sabe dónde está mi hermano pequeño, Swimmer? Tengo un dibujo suyo. —Sostiene la hoja en alto—. Es este. Tiene el pelo marrón y es así de bajito. —Coloca la mano a unos quince centímetros del suelo—. Y le gusta Dolly Pardon y los perros y las chuches.

Miro alrededor y me doy cuenta de que hay gente escuchándola. El tío que lleva el tanque de agua ha dejado de vender pelotas para mirarla. Algunas señoras mayores se han puesto a chistar a la multitud y a señalar al escenario.

—Si lo tenéis en vuestra casa, por favor, devolvedlo. —Le tiembla el labio y por la cara empiezan a rodarle unas lágrimas gruesas—.

Porque es mi hermano. Tenemos que mudarnos a Solas River, pero no podemos irnos sin Swimmer porque no sabrá cómo encontrarnos y yo tengo el husky que le regaló la abuela Jean. —Baja el micrófono y el altavoz pega un petardazo. Luego se seca los ojos con el dorso de la mano, vuelve a cog er el micrófono con las dos manos y se lo pega a la boca—. Y si alguien quiere, puedo cantar una canción.

Mamá sube a por ella.

Hacemos el camino de vuelta en silencio. Al llegar a la casa azul agarro a Bird, lo baño y le doy la cena. Hoy toca noche musical con los mosqueteros. El gordo se dedica a aporrear una guitarra vieja con tres cuerdas y a inventarse la letra, que trata de un hombre con los dientes afilados que no piensa bajar al río. Stanley, el pirata del parche en el ojo, gruñe al compás y golpea la mesa con una cuchara de madera mientras Bird se columpia sobre la silla adelante y atrás. Después del baño me ha pedido que le vuelva a poner las antenas. Me quedo una canción más antes de darles las buenas noches. Cuando voy por el medio del jardín, me vuelvo para ver cómo se agitan las luces de colores de Bird al otro lado de la ventana.

Al llegar al tráiler me quito las botas y el teléfono suena una vez. Me abalanzo para cogerlo, pero han colgado. Dos mi nutos después, ocurre lo mismo. Mamá dice que llevan así una hora. Me pregunto si será Lyle intentando mandar algún mensaje. Me vuelvo a poner las botas sin dar explicaciones, me meto en el coche y voy al taller de Jody.

Allí está Lyle. En cuanto llego se asoma a la ventana, mira a ambos lados de la calle y me dice que aparque en la parte de atrás. Me abre una puerta lateral y cuando paso cierra con llave. —¿Qué? —El corazón me bombea en el pecho como un pájaro atrapado en una casa. Busco algún sitio donde sentarme, pero todo está lleno de grasa de motor.

—Quieren dinero a cambio del crío. —Lyle tiene los ojos inyectados en sangre y le huele el aliento a alcohol—. Seis mil pavos.

Por poco me desplomo del alivio. Me meto las manos en los bolsillos de la cazadora para ocultar lo mucho que me tiemblan.

—Seis mil. Eso es mucha pasta. —Intento fingir sorpresa.

—Es lo que cuesta recomprar el Betty Lejos. —Lyle se saca de la chaqueta un whisky Fireball y desenrosca el tapón—. Claro que no creo que sea tan fácil recuperar a la verdadera Betty.

—¿Se supone que tengo que saber de qué coño estás hablando?

—Es el barco langostero de Jimmy. Cuando salió de la cárcel, lo vendió para pagar sus deudas. Betty lo dejó porque no tenía barco para llevar las nasas. Si no hay nasas, no hay pasta. Ahora está en Black Point follándose a algún gilipollas del Ministerio de Pesca mientras Jimmy se bebe hasta el agua de los floreros. Lleva a los bares las botellas vacías para recuperar el depósito y así poder comprar más priva. —Señala una pila de botellas vacías en un rincón —. Todo el mundo le guarda las botellas al pobre Jimmy.

No tengo ni idea de quién es Jimmy ni de por qué Lyle me cuenta todo esto, pero le acepto el whisky cuando me lo tiende, solo para que siga hablando. El primer trago me quema la garganta.

—Betty Lejos, ¿lo pillas? El anterior barco de Jimmy se llamaba Molly Mogollón —dice Lyle—. Porque en ese momento se estaba tirando a una tal Molly.

—Entonces, ¿Jimmy es el hermano de Troy? ¿Al que pillaron saqueando máquinas expendedoras?

Lyle se da cuenta de que acaba de cagarla diciéndome todos esos nombres. Me imagino un hámster en su cerebro intentando a duras

penas dar una vuelta completa en la rueda. Se seca el sudor de la frente.

—Da igual —digo—. Os daremos los seis mil en cuanto nos devolváis a Swimmer. Podemos hacer el intercambio mañana por la mañana.

—Primero tenéis que hacer las maletas. Quieren pruebas de que os vais a largar de verdad. Tenéis tres días. —Me arrebata la botella de nuevo.

—Vale. —Me vuelven a temblar las manos, así que finjo que rebusco las llaves en el bolsillo—. ¿Le has visto?

—¿A quién?

—A Swimmer.

—Yo no sé nada de nada.

Cuando vuelvo, mamá está tumbada en el sofá, arropada con el jersey de perritos que le tejió a Swimmer hace tiempo.

—Vamos a recuperar a Swimmer.

—¿Qué? —Se incorpora—. ¿Cuándo?

—Esta vez ha funcionado. Troy quiere los seis mil pavos que cree que he robado. En cuanto carguemos los camiones de la mudanza, Swimmer será todo nuestro.

Le enseño dónde tengo escondido el dinero en el cuarto de los niños, por si tiene que entregárselo a Lyle.

—¿Y si va de farol? —pregunta.

—No.

Llama a Jackie y habla tan rápido que él no se entera de nada. Le quito el teléfono y ella se desploma en una silla, riendo y llorando al mismo tiempo. Le cuento a Jackie todo lo que ha dicho Lyle. Espero que Jackie se resista cuando le digo que se ponga a hacer las maletas, pero me dice que Jewell ya está envolviendo todos sus cacharros en papel de periódico. Nos pone en el altavoz y ella grita de fondo:

—¿Me tomas el pelo? Estoy deseando poder ir tranquila por el supermercado sin encontrarme cada dos por tres a alguna de sus ex con algún crío.

Lo único que Jackie pregunta es cómo vamos a recuperar los seis mil dólares después de que se los entreguemos.

—No los vamos a recuperar —le digo.

—¿qué? ¿Vamos a darle a ese cabrón el dinero de papá?

—No es el dinero de papá, y lo sabes.

Cuelgo suavemente y no vuelve a llamar. En cuanto se me pasa el subidón de adrenalina, me invade tanto cansancio que apenas puedo mantener los ojos abiertos. Me quedo frita en cuant o rozo la cabeza con la almohada. Durante toda la noche mis sueños se entremezclan y se separan. Me despierto antes que mamá y Janis y empiezo a hacer listas de cosas que necesitamos para abandonar Jubilant para siempre. Lo primero: tengo que asegurarme de que derriban la vieja casa de Solace Ri ver antes de que se presente el tío de la hormigonera para verter los cimientos nuevos. Dejo una nota y me voy con el coche de mamá.

Es tan temprano que la autopista está desierta y mi cerebro encuentra la libertad para divagar de un pensamiento a otro. Empiezo a preguntarme qué estará haciendo West, pero pensar en él me provoca una punzada en mitad del pecho, así que subo el

volumen de la radio e intento concentrarme en un reportaje de la cbc sobre la crisis de la pesca del bacalao.

Llego a Solace River alrededor del mediodía. Victory Road está lleno de charcos. Bajo la ventanilla y respiro el aire cálido y húmedo de las lluvias recientes. Al doblar la curva, me da un vuelco el corazón. En el terreno donde antes estaba la casa, ahora solo hay un lodazal oscuro.

Aparco el coche en un lateral de la parcela y el capataz se acerca.

—Tú debes de ser Tabby —me grita por encima de los golpes.

Le estrecho la mano por la ventanilla y me dice que tardarán tres días más en adecentar todo ese follón. Le pregunto si sus hombres podrían reducir el plazo a la mitad si les doy cien pavos a cada uno en mano ahora mismo.

Levanta una gruesa ceja.

—Por cien pavos por cabeza, los colegas seguro que lo terminan antes de que cierre el bar esta noche. —Hago cálculos y añade—: Espera. Tengo una cosa para ti. —Vuelve con una copia del Solace River Review debajo del brazo—. Los chicos se lo han encontrado dentro de las paredes, así que a lo mejor estaba ahí por algo. —Me lo tiende a través de la ventanilla.

Le doy las gracias y me quedo un rato más para ver cómo el dinero hace su magia. Cuando vuelvo a la carretera, me detengo para echar un último vistazo al montón de escombros. No puedo evitar pensar en todo el sufrimiento que han albergado esos muros a lo largo de los años. Ahora toda esa miseria es libre de volar sobre el río y asentarse entre el sedimento de las profundidades.

Miro el periódico que hay en el asiento del copiloto y lo cojo. A mitad de la primera página hay una noticia sobre que el abuelo Jack ha ganado la casa en una timba. El papel está tan reseco que está a

punto de desintegrarse, pero todavía se puede leer la letra descolorida. Dice que el soldado Jack Saint y su hijo pequeño vivían de alquiler en una habitación en el pueblo cuando la propietaria falleció. La casa estaba en malas condiciones, pero el terreno en el que se asentaba era viable. El hijo de la mujer hizo correr la voz de que estaba dispuesto a cambiar la casa y el terreno por ganado de calidad o el sueldo de un año. Al parecer, el abuelo Jack localizó al hombre en la barbería y le propuso una partida de póquer. Las condiciones eran que, si el hombre ganaba, Jack le pagaría el diez por ciento de su pensión militar mensual durante el resto de su vida. Pero si Jack ganaba, se quedaría la vieja casa y ya está. Según el artículo, el emprendedor soldado Saint debió de nacer con buena estrella.

Por supuesto, no menciona que el abuelo Jack amenazó a un cura que ya le había ofrecido al hombre unos buenos caballos, y que su carácter violento le precedía cuando irrumpió en la barbería dando pisotones con las botas. También omite la parte en la que Jack atiborró al granjero de ron Pusser y tenía el as de picas latiendo como un corazón delator debajo del muslo iz quierdo hasta que milagrosamente encontró el camino hacia el full de la victoria. La abuela Jean me contó la verdadera historia. Estoy convencida de que su versión era más fiel a la realidad, incluso aunque le diera por añadir detalles poéticos.

Al llegar a la carretera principal, me detengo en seco. ¿Izquierda o derecha? Mi mente y mi cuerpo se debaten hasta que piso el acelerador y me dirijo hacia el pueblo. Conduzco despacio por la calle principal, acelero y paso a toda velocidad junto a la taberna de West. Repito el camino tres veces más, ida y vuelta, pero no consigo vislumbrar nada a través de los cristales esmerilados. Finalmente, aparco el coche y entro temblando.

West está solo, contando los botellines de cerveza de la nevera. No me ve hasta que se vuelve para encender el equipo de música. Tomo asiento mientras él se saca lentamente el lá piz de entre los

dientes y se lo coloca detrás de la oreja. Saca una botella de Jim Beam y por un momento creo que me está sirviendo un chupito, aunque no es para mí. Veo cómo se le contraen los músculos de la mandíbula mientras se lo bebe de un trago.

—Vamos a recuperar a Swimmer. —Mi voz suena distorsionada, como un disco de vinilo expuesto a la lluvia.

Vuelve a la cuenta como si yo no estuviera allí. Me quedo mirando fijamente cómo la parte trasera de sus muslos se aprieta contra la tela de sus vaqueros como si quisiera salir corriendo, y con esa visión estúpida, me echo a llorar. Todo lo que ha pasado en las últimas semanas se me viene encima.

West sale de la barra, deja el portapapeles y se sienta a mi lado. Me acaricia la barbilla y me gira la cara hacia él.

—¿Qué pasa?

Me encojo de hombros. Él me limpia los mocos con la manga de la camisa, me retira el pelo de la frente y me mira a los ojos de cerca. Se queda ahí mirándome durante un ciclo entero del lavavajillas y tres canciones de John Cougar Mellencamp.

—¿Por qué me miras así? —susurro.

—¿Así cómo?

—Como si fuera alguien.

—Eres alguien. —Me da un beso suave en la frente—. Eres Tabby Saint.

Echa el cierre a la taberna y le sigo con el coche hasta la casa. El Rabbit blanco descapotable de Abriel está en la entrada, así que tengo que aparcar en la calle. Apuro mi tercer cigarrillo consecutivo,

lo tiro a la cuneta y me acerco a West. Está tan nervioso que no para de toquetearse el bolsillo, donde tintinean algunas monedas.

—¿Lista? —Me pasa el brazo por los hombros y me conduce adentro antes de que pueda contestar.

Al final del pasillo se oyen música y risas. Cuando entramos en el salón, Abriel está junto a la minicadena con una copa en la mano. Está igual que en la foto. Lleva un vestido de tirantes y me doy cuenta de que aún tiene buen cuerpo. Se queda boquiabierta y nos mira a mí y a West alternativamente. Danny está sentado en el sofá fumándose un porro con un hombre que se parece lo suficiente a Abriel como para ser el hermano que West mencionó.

—Vaya, qué sorpresa tan entrañable —le dice Abriel a West, mientras los cubitos de hielo chapotean dentro de su vaso. Me doy cuenta de que está medio borracha. Deja la copa en la mesa, coge a West del brazo y me señala con una de sus largas uñas—. Tú quédate ahí —me ordena.

Los sigo hacia la cocina mientras baja el volumen de la música. Echo un vistazo a la habitación; todo sigue prácticamente igual a excepción de que las llaves del coche están colgadas del gancho de la pared y en la nevera hay pegado un pósit con una marca de pintalabios.

—¿Qué está pasando, cariño? —le susurra Abriel a West—. ¿Qué hace esta aquí?

—Quiero que esté aquí. —West apoya el brazo contra el armario, como si lo necesitara para mantener el equilibrio—. Abriel, no puedes quedarte. Ya te lo dije. Quiero el divorcio.

—Esta casa está a mi nombre.

—Vale, pues quédatela.

—¿Perdona?

—Que te la quedes. O si no te la compro yo y así te compras otra.

Ella enmudece, estupefacta.

—A mí me suena bien —digo.

—¿Quién coño te ha preguntado? —Se da la vuelta—. ¿Qué clase de persona eres, que vas por ahí acostándote con los maridos de las demás?

Las manchitas doradas de los ojos le hacen juego con el vestido. De pronto me arrepiento de haberme puesto una camiseta vieja de mamá donde pone «carne fresca».

Me acerco a la nevera y arranco el papel con la huella de pintalabios. Ella chilla como si le hubiera tirado del pelo.

—¡Tommy! —grita—. ¡Ven aquí!

Tommy aparece con Danny pisándole los talones.

—¿Qué está pasando aquí, West?

—No es asunto tuyo, Tommy —dice West—. Para variar.

Abro la nevera para coger una cerveza. Abriel intenta quitármela de la mano y West se lo impide y se saca otra para él.

—Tabby y yo vamos a bebérnoslas fuera. El resto marchaos a vuestra puta casa.

—¡Ya estoy en mi casa! —grita Abriel.

—Pues Tabby va a dormir aquí esta noche, así que tendrás que irte al sofá.

Ella empieza a cagarse en toda su estirpe. West me coge de la mano y me conduce afuera hasta un pequeño porche trasero que no sabía ni que existía. Quita las chapas de los botellines con el codo y me tiende uno, se sienta y me hace un gesto para que me siente en la silla de al lado. Por la ventana abierta oímos a Abriel decir que no piensa irse a ninguna parte y que soy yo la que se va.

West no se bebe la cerveza, sino que se limita a sostenerla entre las rodillas. Mira la luna, pero me doy cuenta de que no la está mirando de verdad. Le ha dicho que puede dormir en el sofá mientras yo estoy aquí, lo que significa que ha estado durmiendo en su cama. Quiero preguntarle dónde ha dormido él, pero no lo hago. Simplemente me quedo ahí sentada mirando a la luna sin mirarla. Al cabo de un rato, los dos hombres se van y West se relaja un poco por fin. Le da un trago a la cerveza y yo le doy otro a la mía.

Abriel se queda todo el día siguiente y se dedica a pavonearse por el pasillo. Sale a correr en bañador bajo el diluvio universal, entra chorreando y sin resuello y le pide a West que le abra un bote de mostaza mientras le planta las tetas en la cara.

Mientras yo pongo arroz a cocer en el fogón, ella se pinta las uñas de los pies en la mesa de la cocina y me cuenta que está enamorada de West desde que iba al instituto y él pasó por delante de su casa haciendo el caballito con la bicicleta. Cuando vuelve por el pasillo canturreando Stand By Your Man, miro por la ventana para asegurarme de que West no viene, entonces me quito las bragas y cuelo el arroz con ellas. Cuando nos sentamos a cenar los tres juntos y West me pregunta por qué no me he servido arroz en el plato, le digo que estoy reduciendo el consumo de almidón.

Por la mañana, Abriel y yo entramos en la cocina al mismo tiempo. Dudamos un momento y ambas nos acercamos a la cafetera. Me la arrebata y abre el grifo. Me doy cuenta de que empieza a oler a

derrota. Ya lleva un poco menos de maquillaje. El gato entra y nos mira alternativamente a cada una antes de trotar hacia mí y restregarse por mis espinillas.

—Vete a la mierda —le suelta—. Gilipollas.

Lo cojo en brazos y le acaricio el lomo mientras se hace el café. Plop, plop, plop. Miau, miau, miau.

—¿Y bien? —Me fulmina con la mirada, dejando dos tazas sobre la encimera—. ¿Le echas azúcar o tú ya eres lo suficientemente dulce?

Por fin, se sienta con West y se ponen a hablar de dinero. Han cerrado la puerta del dormitorio, así que tengo que pegar la oreja al otro lado. Ella dice entre sollozos:

—¿Y qué hago yo ahora, cariño? ¿Qué hago?

Me entran muchas ganas de gritarle: «¿A quién le importas tú, mentirosa, manipuladora, infiel, mamarracha, zorrona de los cojones, que no sabes ni cantar, ni cocinar, ni nada?».

Cuando abren la puerta, finjo que estaba pasando casualmente por el pasillo para ir a por la aspiradora del armario.

West acompaña a Abriel al coche, así que me pongo a pasar la aspiradora por el salón, donde puedo vigilarlos a través de la ventana frontal. Ella se mete en el coche blanco y se marcha con una cara de satisfacción demasiado obvia para que el trato haya sido justo. West vuelve a entrar y yo desenchufo la aspiradora justo a tiempo para oír un pedo gigante.

—Lo he oído —grito—. ¿Así que te aguantas mientras ella está aquí y ahora me lo sueltas todo a mí?

Entra y se desploma en el sofá.

—Lo siento. No podía relajarme hasta que se fuera.

—¿Por qué no?

Se echa el pelo hacia atrás con una mano, me mira y suspira.

—Me parecía que estábamos peligrosamente cerca de hacer un trío.

—¿Qué?

—Parecía que iba en esa dirección.

—¿qué?

Se le dibuja una sonrisa en la boca.

—Me parto el culo contigo. —Me cruzo de brazos—. ¿Ya tienes las respuestas que querías o qué?

—El desgraciado ese con el que se fue dijo que la llevaría a recorrer el mundo, pero la dejaba sola todo el rato para irse a casas de apuestas. Una vez fueron a las cataratas del Niágara, y ahí se acabó.

—¿Y?

Me cabrea que la haya perdonado con tanta facilidad. Él se pasa las noches en la taberna intentando que le salgan los números y ella probablemente se ha llevado la mitad del dinero de West solo por hacer pucheros.

—Nunca he estado en las cataratas del Niágara —le digo.

—Yo tampoco —bosteza.

Suspiro lo más alto que puedo, pero él ya se está quedando dormido.

Cuando llamo a mamá por la mañana, aún no hay noticias de Lyle. Ya es el tercer día. Le digo que tengo que hacer un recado rápido y que enseguida salgo para allá. Me dirijo a Victory Road a esperar a los camiones con las primeras piezas prefabricadas, pero como a las nueve de la mañana todavía no hay ni rastro de ellos, me doy por vencida y salgo pitando al centro del pueblo. Mamá me dio mi partida de nacimiento nada más volver y me dijo que la necesitaría para conseguir mi número de la seguridad social si quería buscar empleo. Resulta que solo tienes que enviar una solicitud por correo y te envían una tarjeta de plástico con tu número. Ayer llegó a casa de West y me dijo que puedo usarla para abrir una cuenta bancaria e ingresar ahí el dinero, en lugar de dejarlo en la caravana.

El director del banco ni siquiera tiene curiosidad por saber por qué es la primera vez que abro una cuenta bancaria. Por teléfono me dijo que, aparte del número de la seguridad social, lo único que necesitaba era una carta de referencia de un cliente en regla. Ahora me dice:

—Anda, ¿de qué conoces a West?

Y se marcha a fotocopiar una hoja sin esperar respuesta.

Después del banco, me meto en la taberna para enseñarle a West mi nueva y reluciente tarjeta bancaria. La mira al trasluz, haciendo como que comprueba si es falsa o no.

—Qué bien. Ahora puedes sacarte el carné y dejar de conducir ilegalmente mi camioneta.

—No puedo ser tan legal. ¿Qué pensaría la gente?

Le cuento que voy a buscar a Swimmer y se le borra la sonrisa.

—¿Seguro que no quieres llamar a la policía?

—Si lo hago, arrestarán a Troy, Jackie ganará ventaja en el Juego de los Cabrones y todo volverá a empezar.

—Voy contigo.

—No. —Niego con la cabeza—. No vaya a ser que Lyle se acojone al ver a alguien que no conoce.

West tuerce el gesto.

—Ten cuidado.

Sopla sobre mi tarjeta bancaria y le saca brillo con el bolsillo trasero del pantalón antes de devolvérmela. Le cuento lo que me dijo Janis sobre que mamá le había mirado el culo.

—Ah, ¿sí? Hago ejercicios de glúteos mientras estoy detrás de la barra. Me alegra saber que alguien lo valora.

—Espera. Así que mientras les sirves copas a los Ángeles del Infierno, los escuchas hablar de motos y de meter balas en la frente de la peña y cosas así... ¿todo el rato estás ahí de pie apretando los glúteos? —Sacudo la cabeza—. Tienes que llamarte Gene.

—Un Gene no sería capaz de hacer tantas cosas a la vez.

—¿Cuándo vas a decirme tu nombre?

—Unas dos semanas después de que dejes de darme el coñazo.

7

La lluvia me sigue durante todo el viaje a Jubilant. Mamá tiene la ropa empapada en el tendedero. Está con Janis metiendo cosas en cajas y etiquetándolas por fuera con un rotulador negro. Al menos en tres de ellas pone «mierdas».

—¿Por qué guardamos mierdas?

Mamá mira las cajas de reojo.

—No tengo ni idea de lo que Poppy quiere y no quiere.

Meto la mano en una y saco un par de medias de nylon fucsia rotas, un folleto que explica cómo identificar setas mágicas en el bosque y un muñeco de trol sin brazos. También hay un calendario de gatitos de hace cinco años, una baraja de cartas pegajosas de ron, un pendiente de plata y dos botes de plastilina seca. Cojo el rotulador y añado una corrección a la caja: «mierdas gratis». En cuanto la lluvia se evapora, Janis y yo sacamos las cajas a la calle y desaparecen en diez minutos.

Lo único que conservamos de esas cajas son algunas cabezas de poliestireno que quedaron de cuando Poppy estaba aprendiendo a peinar cadáveres.

—Para el tío Bird —dice Janis, mientras las alinea sobre el alféizar—. Para que las rompa.

Cada vez que doblo la esquina y veo las caras sin ojos, pienso en Troy y su banda. Me obsesiona saber dónde tienen escondido a Swimmer. Por alguna razón, la forma en que Troy puso la mano en la rodilla de su mujer la noche en que Jac kie casi les vuela la cabeza

me hace pensar que lo están tratando decentemente. A veces me imagino a Swimmer en un patio de recreo riéndose mientras persigue a una rana a pilas. No sé por qué.

Ayer vi uno de los carteles de Janis amarilleando en un poste de teléfono. Poppy ha estado recibiendo algunas cartas de otras madres de niños desaparecidos, pero no se lo mencionamos.

—¿Qué les va a responder ella? —le digo a mamá—. «Querida Fulanita. Siento tu tragedia y gracias por tus oraciones, pero yo sí que sé dónde está mi hijo. Verás, hace unas semanas salí a pillar y se lo llevó un malnacido que se llama Troy, que es primo de una chavalita a la que preñó mi hermano y que casi se muere cuando le metieron una percha oxidada por el chichi. Y bueno, lo suyo es pensar que dejar a mi otro hermano en silla de ruedas y engancharme al crack sería suficiente venganza, pero ya sabes cómo se las gastan los tipos como Troy».

—Por Dios. —Mamá se sienta y se frota las sienes—. Dicho así...

Alquilo un camión de mudanzas para que los esbirros de Troy lo vean aparcado y preparado. Jackie y yo decidimos que, si es necesario, nos alojaremos en un motel de Solace River hasta que la nueva casa esté terminada.

Inmediatamente, Janis se pone a jugar a las casitas en el camión. Mete allí los juguetes y baila en el suelo de acero con unos zapatos de claqué que se ha fabricado ella misma pegando a lo loco chapas de cerveza a las suelas de sus zapatillas de pelo. Cuando me pregunta si quiero ir a su casa a cotillear, siento la curiosidad suficiente como para aceptar la in vi tación.

—¿Qué me vas a contar? —le pregunto, subiéndome al camión—. ¿El oso Lippy sigue portándose como un perro?

—Metí a Lippy en una de las cajas esas de basura. Se le salió todo el relleno cuando le arranqué las orejas.

—¿Por qué le arrancaste las orejas?

—Porque dijo que había salido tarde del trabajo cuando en realidad estaba de fiesta.

—¿Era ese el cotilleo?

—No.

—Me has dicho que tenías un cotilleo.

—No, te he dicho si querías cotillear.

—Y he dicho que sí, así que, ¿cuál es el cotilleo?

Piensa.

—¿Quieres saber lo que la tía Jewell le ha dicho al tío Jackie?

—Ya lo sé. Que van a tener una niña.

Janis pone los brazos en jarras.

—Eso lo sabe todo el mundo.

—Entonces, ¿qué?

—La tía Jewell le ha dicho al tío Jackie que si no se deshace de las fotos de sus ex desnudas, le va a cortar la salchicha y se la va a dar de comer a las iguanas de su vecino. Las vi una vez. Se llaman Axl y Slash.

Me echo a reír.

—¡Shhh! —me chista Janis—. Es un secreto.

—Si es un secreto, ¿cómo lo sabes?

—Porque estaba en el baño y la tía Jewell se pensó que era el tío Jackie el que estaba dentro. Lo dijo al otro lado de la puerta y yo grité: «¡Soy yo, Janis» y ella dijo: «¡Ay, perdona, Janis!», y yo dije: «¿Puedo acabar de hacer pis?».

—¿Y no dijiste nada más?

—No.

—Porque sabías que era demasiado bueno para guardar el secreto.

—Sí.

—Vamos a contárselo a la abuela.

Janis me da un empujón para apartarme de su camino.

—¡Yo primero!

Al final de la tarde, el camión está lleno de todo lo que vale la pena llevarse. También hemos metido algunos de los muebles de Jackie. Los ha cargado hasta aquí y luego ha dicho que el resto de sus cosas y las de Jewell estaban en el jardín de su casa. Cuando se ha ido, he pasado a escondidas para asegurarme. Es verdad. Debe de haber hecho las maletas en cuanto le he comunicado el mensaje de Lyle, porque tiene un tráiler ya cargado y enganchado al Tercel, cubierto por unas lonas empapadas debido a la lluvia que lleva días cayendo incesantemente. Miro el plástico azul mojado que ondea con la brisa, me doy media vuelta y vuelvo al tráiler.

Janis y yo nos pasamos horas y horas mirando por la ventana, como si Swimmer pudiera descender mágicamente de las nubes montado en un arcoíris. Jugamos al Scrabble y cenamos macarrones precocinados en platos de papel, con una sen sación de incomodidad cada vez más intensa. Janis se pone a discutir con mamá y conmigo sin motivo. Esconde la Game Boy de mamá y no le dice dónde está. Le pregunto qué le pasa y rompe una galleta con el puño. Luego

deja caer los cepillos de dientes de mamá y mío en el inodoro, supuestamente «sin querer».

—¿Necesita un descanso, señorita Pepis? —le pregunta mamá.

—¿Un descanso de qué? —grita, dándole una patada al cenicero—. ¿Quién es la señorita Pepis?

—¡Cuidado con eso! ¡Era de la abuela Jean! —Mamá endereza la pesada base y vuelve a colocar la cierva y el cervatillo de latón que tomaban el sol tranquilamente junto al estanque de colillas.

—Janis —le digo—. Ven aquí.

—¿Por qué? —Las lágrimas se le mezclan con los restos de queso naranja en las mejillas.

—Ven aquí. Te daré cinco dólares.

Se acerca con los brazos cruzados. Intento levantarle las gafas de sol, pero me da una patada. Me las arreglo para subirla a mi regazo y empiezo a frotarle la espalda en grandes círculos hasta que deja de resistirse.

—Swimmer está de camino —le digo—. Tiene que andar despacio porque tiene la cabeza del tamaño de una calabaza. A lo mejor si le cantamos su canción favorita se da más prisa. ¿Cuál crees que es? ¿«Creo en Papá Noel»?

No quiere descruzar los brazos.

—Yo no creo en Papá Noel.

No la culpo.

—¿Y la de los marineros borrachos? En ellos sí que crees, ¿verdad?

Se lo piensa un momento.

—Sí.

Cantamos la canción de papá hasta que por fin se queda dormida. Le pongo el pijama y la meto en la cama. Ronca como un camionero.

—Gracias —dice mamá cuando vuelvo a salir—. Ya estaba a punto de llamar a Troy para decirle que puede quedársela también.

—No tiene gracia.

Prepara dos tazas de té y nos sentamos a oscuras, tan solo con una lamparita encendida. Así será más fácil ver el exterior cuando oigamos el motor de algún coche.

¿Dónde coño está Lyle? Me duele la cabeza. Me levanto y camino entre las paredes desnudas. Estoy preocupada. Quizá la señora Dunphy de Raspberry tenía razón. Soy demasiado lista como para que nadie sospeche de esto. Mi plan era tan sólido que no hemos pensado en un plan B.

Me detengo frente a las dos siluetas blancas que han quedado en la pared donde colgaban los cuadros de terciopelo.

—¿Por qué coño Janis se cree que hay palmeras en Toronto?

Mamá me mira.

—Poppy siempre habla de que se va a mudar allí y se va a llevar a los niños. Dice que ganará diez veces más en los clubes de la gran ciudad. Lo describió como si fuera el país de las maravillas, para animar a Janis. Pero la idea me tiene preocupadísima. No tengo forma de impedir que se vaya y no sabré si los niños están bien, o si está viva o muerta.

—Hay una manera de detenerla.

—¿Cuál?

—Que te nombren tutora legal de Janis y Swimmer.

—¿Quitarle los hijos a Poppy? —Mamá remoja la bolsita de té en el agua caliente—. Se negará.

—Solo sería legalmente. Si no hacéis eso, se los van a quitar.

Nos quedamos mirando los dos rectángulos blancos.

—¿Por qué no ha llegado todavía el tal Lyle? —Mamá saca la bolsita de té de la taza y la pone sobre la mesa—. Ya hemos hecho todo lo que nos pidieron.

—A lo mejor están esperando a que nos vayamos.

—¿Cómo coño van a devolvernos a Swimmer si no estamos, Tabby? Piensa un poquito.

—Estoy pensando. Deja de gritarme. —Me siento—. No sé por qué sigues haciendo té. Si nunca te lo bebes.

—Por hacer algo.

De pronto me doy cuenta de lo demacrada que está. Tiene los pómulos hundidos y en el cuello le pesa una gran papad a. Me doy cuenta de que hace días que no la veo comer nada. Me levanto y voy a los armarios, pero lo único que queda en las baldas es una caja a medias de cereales, algunas bolsitas de té, una bolsa con restos de tabaco y medio paquete de cigarrillos.

—Todo tuyo —dice mamá—. Jewell me puede traer un cartón entero mañana.

—Estoy buscando comida. No sé si te acuerdas de lo que es. —Aun así, cojo el paquete.

Mamá entrelaza las manos y se hace presión sobre los ojos con los pulgares.

—Tabby, intenté ir a por ti. En cuanto nos mudamos a Jubilant, conseguí un teléfono y llamé a todas partes. Barbara Best se había mudado y había dado de baja su número. Ni siquiera me escribió para decirme que ya no vivías con ella. Creo que tenía miedo de que tu padre fuera a por ella, y no le faltaba ra zón. Cuando le conté lo que había hecho, me apuntó a la cabeza con una escopeta. Tuve que decirle que el apellido de Barbara era otro para que no te encontrara.

Me enciendo un cigarrillo y dejo otro en la mesa delante de ella.

—El día que vino a buscarte intenté detenerla —sigue—. Me dejé la voz de tanto gritar, salí corriendo detrás del coche hasta el pueblo, pero ya os habíais ido. Así que me dije a mí misma que era lo mejor para todas. —Sacude la cabeza—. Pero ahora pienso que ojalá pudiera volver atrás.

Nos quedamos calladas un buen rato. Termino de fumar, apago el cigarrillo y digo:

—¿Por qué no te vas a la cama? Yo me quedo vigilando.

—No pienso moverme hasta que sepa dónde está Swimmer.

Apago la radio de la policía y ella la vuelve a encender. Doy unas cuantas vueltas más y compruebo el teléfono para asegurarme de que funciona. Llamo a Jackie.

—¿Sí?

—¿Sabes algo?

—No.

Bajo la voz:

—Prométeme que no has contactado con Troy.

—No he hecho nada, hostia. Estoy aquí en gayumbos dándome cabezazos contra la pared como un gilipollas. —Se le traba la lengua —. Pero te juro por Dios, como dé la medianoche y Swimmer no esté durmiendo en su cama, mañana estoy en la cárcel por lo que le voy a hacer a ese psicópata. —Se le quiebra la voz—. Tabby, si eso ocurre, necesito que cuides de Jewell. Llévatela a la nueva casa y asegúrate de buscarle un buen médico.

—Pásamela.

—¡Cállate y escucha! Siento haberte metido en esto. Tenías razón. Todo ha sido por mi culpa.

Oigo cómo golpea el auricular contra la mesa y algunos ruidos apagados. Jewell se pone y susurra:

—No te preocupes, Tabby. Le he echado algo en la bebida. No se irá a ninguna parte.

—Gracias. —Suspiro aliviada—. Si pasa algo te llamo.

Cuelgo y oigo un golpe en el pasillo. Me quedo inmóvil, atenta. El ruido se convierte en un correteo y Gord, el hurón, asoma la cabeza en la habitación. Suspiro profundamente y vuelvo a la mesa. Mamá se queda mirando el cigarrillo apagado que tiene delante.

—Echo de menos a mis nietas —dice—. Las niñas de Bird. No hablo de ellas porque a tus hermanos no les gusta, pero sueño con ellas todo el tiempo. Igual que antes soñaba contigo.

—¿Soñabas conmigo?

—Todo el tiempo. Ahora sueño con tu padre. Anoche venía flotando a mi habitación y yo le pedía que encontrara a Swimmer y lo trajera a casa. Y lo normal sería pensar que el muy cabrón podría hacerme un favor por una vez en su vida, pero no. Ni siquiera en el puñetero mundo de los sueños. Se quedó flotando sin más sobre mi cama, como un pedo.

Se levanta, se acerca y baja la caja de papá de la estantería, la golpea contra la mesa, abre la tapa y empieza a verter sus cenizas por el fregadero.

—Mamá, ¡no! —Me levanto de un salto—. Vas a atascar el desagüe.

La agarro del brazo, le quito la caja y miro horrorizada cómo mete el dedo meñique en el montoncito gris y se lo lleva a la lengua.

—¡Joder, mamá! ¿Quieres sentarte? Me has dado un susto de muerte.

Vuelvo a meter todo lo que puedo de papá en la caja. Mientras lo escondo en la nevera, oigo unos golpecitos en la pared lateral del tráiler.

—Seguro que es tu padre —dice mamá—. Querrá partirme la cara por lo que acabo de hacer.

—Cállate un momento.

—¿Te he cabreado, Wendell? —grita mamá.

—¡Shhh!

Vuelvo a oír los golpes y decido que es el hurón, pero en ese momento entra trotando en la cocina justo delante de nosotras. Me abalanzo hacia la puerta, la abro de golpe y enciendo la luz exterior. Tardo un poco en ajustar la vista hasta distinguir la silueta de una barriga cervecera que me resulta familiar.

—¿Lyle?

Se echa a un lado y una sombra diminuta se separa lentamente de la suya. Veo la cabeza desproporcionada y la postura torcida.

—¿Swimmer?

Un bracito regordete me saluda.

—Me lo he encontrado en el bosque —murmura Lyle.

Mamá pasa corriendo a mi lado más rápido de lo que jamás la he visto moverse. Su chándal se convierte en un borrón. En cuestión de un segundo, estrecha a Swimmer entre sus brazos y le grita a Lyle:

—¡Fuera de mi propiedad, puto desgraciado!

En cuanto tiene a Swimmer a salvo en el tráiler, entro corriendo y cojo los dos calcetines llenos de dinero del escondite del techo.

—Este es el de Troy —digo, lanzándole el calcetín blanco a Lyle desde la puerta—. Y este es el tuyo. —Le tiro el gris—. Ahora vete a tomar por culo.

Se le caen los dos al suelo. Bloqueo el umbral para vigilarlos a él y a mamá. Lyle vacía los calcetines, arranca las gomas y cuenta los dos montones. Luego me hace un corte de mangas y sale corriendo. En la oscuridad, oigo un ruido de motor y en un segundo su Ford pasa armando un escándalo.

Mamá se acerca al teléfono con Swimmer aún en brazos.

—¡Ni de coña! —grito—. Como llames a la policía, esto no se acaba nunca.

Llevamos a Swimmer al salón y mamá lo desviste. Tiene una rodilla raspada, pero eso es todo. Lo mece de un lado a otro mientras él habla sin parar, tratando de mostrarnos lo que tiene entre las

manos: decenas de juguetes del Happy Meal y un montón más en una bolsa de plástico atada a la trabilla del pantalón.

—Le habrán dado McDonald's a todas horas. —Mamá chasquea la lengua.

Oímos un estruendo. Janis se ha despertado y lo ha oído. Aparece a toda velocidad por el pasillo gritando:

—¡hala!

Swimmer echa a correr hacia ella, se chocan uno contra otro en la esquina y se desploman de espaldas en direcciones opuestas.

—Hola, Swimmer. —Janis se recoloca los pantalones del pijama—. Nos mudamos a Solas River.

—¿Sola Bibe?

Llamo a Jewell para contarle lo que ha pasado y en media hora aparece en el Tercel. La veo resoplar mientras saca a Jackie del asiento del copiloto, así que salgo a ayudarla. Prácticamente no se tiene en pie. Va colocadísimo. Le pregunto a Jewell qué le ha dado y me dice que unos antihistamínicos. Cuando tengo que recordarle que ponga un pie delante del otro al subir las escaleras, ella confiesa:

—Y un par de Xanax.

En el salón, todos rodeamos a Swimmer como si fuera un meteorito caído de otro planeta. No parece darse cuenta de que se ha ido. Intentamos preguntarle qué aspecto tenía el lugar donde ha estado, pero no para de decir «Swime Macdona» y algo sobre una manta de dinosaurio. Janis ordena todos sus juguetes nuevos en montones. Los cuenta para averiguar exactamente cuántas veces ha comido McNuggets.

—Mamá ha llamado a Lyle puto desgraciado —digo.

Jackie murmura:

—A mí una vez Jewell me llamó cabezapolla.

—Más de una vez —apunta Jewell, dándole una palmadita en la rodilla. Alarga la mano y acaricia el pelo de Swimmer. Él cierra los ojos y le apoya la cabeza en la barriga.

—¿No deberíamos acostar ya a este pequeñín? —susurra ella.

—No —dice mamá, sacudiendo la cabeza—. Necesito estar con él unas horas más, asegurarme de que está aquí de verdad.

Llamo a la comisaría y le dejo un mensaje al inspector Surette para informarle de que Swimmer ya está en casa sano y salvo. Surette nos devuelve la llamada al cabo de un rato y suspira al otro lado del auricular.

—Necesito que vengas a rellenar el papeleo, y tengo que ver al niño.

Por la mañana llevamos a Swimmer al hospital. Nos dicen que está bien, así que lo subimos a la habitación de Poppy. Jackie ha llegado primero para contarle todo. Mientras mamá y yo entramos con los niños, levanta la mirada y grita:

—¿Qué le pasa en la cara?

Le digo que esta mañana Janis le ha dibujado unas gafas con rotulador permanente. Mamá me ha hecho jurar que no mencionaría la parte en la que Janis ha estado a punto de echarle acetona de uñas en la frente para borrárselas.

Poppy sube a Swimmer a la cama y lo estrecha con fuerza contra sus costillas. Lo deja ahí cinco minutos, mientras llora tanto que le contagia el llanto a él también.

Jackie le da un golpe con la gorra y me señala.

—Tabby lo ha solucionado todo con Lyle.

—¡Tres hurras por la tía Tabby! —grita Janis, poniéndose en pie—. Eso es lo que hacemos en el grupo de la iglesia. Como cuando Julie G. nos enseñó que el amor de Dios estaba entre nosotros. Yo no veía nada, solo la pizarra, pero me gustaba hacer los tres hurras.

—Creo que te vamos a sacar del grupo ese de la iglesia —dice Jackie —. No tiene buena pinta.

—Entonces más te vale aprender a hacer tarta de m&m's —le suelta mamá—. Porque ese es el único motivo por el que va.

El inspector Surette no sabe si hacer su trabajo o facilitarnos la salida del pueblo. Pero sé qué es lo que prefiere. Nos hace esperar fuera mientras habla con Swimmer a solas en el despacho. Swimmer se queda mirándolo con sus gafas nuevas, pero Surette no le saca mucho más de lo que ya nos ha contado a nosotros. Algo sobre la señora de los malvaviscos y el señor de la moto. Obviamente, nadie se cree que Swimmer lleva dos semanas dando tumbos él solo por el bosque, pero Surette lo ha pillado al vuelo. Da un toquecito en el cristal con los nudillos para llamar mi atención.

—Ya es suficiente, de momento —suspira—. El inspector McNeil viene de camino. —Le da a Swimmer una golosina con forma de pie que tenía en el cajón y él se toma un puñado. Swimmer alarga la mano para que le dé la misma cantidad a él también, y Surette saca algunos pies más de la bolsa a regañadientes. Señala a la puerta y Swimmer se desliza de la silla con la boca llena.

No conozco a McNeil. Mamá dice que es un cretino, y tiene razón. Es demasiado rubio para que sea natural, nos hace un montón de preguntas protocolarias y nos dice que nos vayamos. Mientras mamá

acomoda a Swimmer en el asiento trasero, Surette sale de la comisaría y me hace señas.

—A veces me gustaría seguir fumando. —Se da un golpecito en el bolsillo de la camisa.

Le ofrezco el paquete y se queda mirándolo durante unos segundos antes de sacar un cigarrillo muy despacio. Se lo pone debajo de la nariz, inhala profundamente y luego cambia de opinión y me lo devuelve.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Si te refieres a por qué nos vamos, no te preocupes. Dentro de unas horas, Jubilant podrá volver a ser el apacible pueblecito de pescadores que nunca fue.

Me meto en el coche y enciendo el motor. A través del parabrisas, lo veo ahí de pie con las manos en los bolsillos, mirando cómo dos palomas se picotean en el aparcamiento.

—Janis —digo—. ¿Quieres hacerle un calvo al policía?

Se desabrocha el cinturón y se pone de pie sobre el asiento trasero. Toco el claxon y Surette levanta la mirada justo a tiempo para verle el culo mientras pasamos por delante a toda velocidad.

Damos una última vuelta rápida por el tráiler antes de marcharnos.

—Parece desnudo —me dice Janis, deslizando la mano por las paredes—. Como un perrito caliente sin kétchup.

—¿Quieres despedirte de tu cuarto?

—No.

Cierra la puerta de una patada antes de salir, se sube al asiento del copiloto del camión de la mudanza y aprieta los puños. Mamá está aparcada delante de nosotras en su propio coche con Swimmer y Bird. Sacamos los vehículos a la carretera y esperamos una detrás de la otra en el arcén hasta que el Tercel de Jackie y Jewell dobla la esquina, arrastrando el destartalado tráiler. Parece que escondan una ballena azul debajo de las lonas. Se acercan y Jackie me hace un gesto para que baje la ventanilla.

—¿Dónde está Poppy? —pregunta.

—Volveremos a por ella dentro de unos días.

—No me sale de los cojones. Nos dijeron que podían trasladarla cuando quisiéramos al hospital de Solace River.

—¡Se dice narices! —le grita Janis.

Jackie se apoya en la barriga de Jewell y dice en voz alta:

—No me sale de las narices dejar a tu madre aquí, así que vamos ahora mismo a por ese saco de huesos, joder.

—¡Se dice jopé!

—¡Eso es lo que he dicho, joder!

Mamá y yo seguimos a Jackie hasta el hospital y aparcamos delante. Janis sale corriendo para decirle a Poppy que vamos a por ella y mamá la sigue para recoger las cosas de Poppy.

En diez minutos están todas fuera. Poppy se mete en el camión agarrándose el camisón del hospital para que no se le abra.

—¿No había un camión más grande? —dice en tono burlón. Es la primera vez que la veo sonreír.

—¡hasta la vista, idiotas! —chilla Janis por la ventanilla.

—¿Quieres dejarme sorda, Janis? —suelta Poppy—. ¡Lo que me faltaba!

—Perdona —dice Janis, ruborizándose.

—¿Qué? —bromea Poppy—. ¿qué? ¡No oigo nada!

Una vez llegamos a la autopista, Poppy me dice que un periodista se presentó en el hospital, pero las enfermeras no lo dejaron pasar.

—La poli ha debido de mandar un comunicado de prensa diciendo que hemos recuperado a Swimmer —explico—. No se lo digas a mamá. Le preocupa un huevo que la prensa se entere de los detalles y de que estás en el hospital y aparezcan los servicios sociales.

—Ya lo sé. —Poppy se muerde el labio. Me imagino que debe de haber hecho mucho ese gesto últimamente, porque lo tiene en carne viva—. Quiere que la deje ser la tutora legal de Janis y Swimmer.

Janis le da una palmadita.

—¿La abuela va a ser mi nueva madre?

—No, cielo —dice Poppy—. Tu madre soy yo, pase lo que pase.

Janis se sube la capucha de la sudadera y se cruza de brazos.

El motel La Leyenda de Gluskap es un largo edificio verde de una planta en lo alto de una colina de grava al otro lado del río. Me detengo en el puente Ernie Els y espero a los otros dos vehículos. Cruzamos el río tocando el claxon como locos.

—¡Solace River, allá vamos! —exclamo.

Poppy suspira.

—Quieras o no.

En nuestra antigua casa teníamos una colección de toallas y sábanas de La Leyenda de Gluskap, así que probablemente papá paró aquí alguna vez a tomar algo. Decidimos que es mejor no registrarnos con el apellido Saint.

—¿Y si ponemos Cotillápagus? —dice Janis, bajando del camión de un salto.

Jackie coge las llaves y yo organizo la distribución por las habitaciones. Mamá y Janis compartirán una cama doble, Bird y Swimmer ocuparán otra. Jackie y Jewell tienen su propia habitación unas puertas más allá.

Cuando todo el mundo está instalado, Jackie lleva a Poppy al hospital y yo me subo al coche de mamá para ir a casa de West. Me detengo en la entrada, intentando bloquear el recuerdo del Rabbit blanco de Abriel aparcado en este mismo lugar. Cuando levanto la vista, West está completamente desnudo en la puerta apretando los glúteos. Entro y me masajea los hombros mientras yo repaso todo lo ocurrido en Jubilant. No pienso volver a acostarme con él hasta que aclaremos lo que ha pasado con su mujer, pero estoy tan cansada que me quedo dormida antes de tener que preocuparme por eso.

Cuando por fin me despierto, es más de la una de la tarde. Vuelvo al Gluskap para comprobar cómo están. No han renovado el motel desde los años cincuenta. Las habitaciones tienen moqueta verde y cortinas naranjas, y los televisores todavía tienen antenas. Janis se piensa que está en un resort de lujo.

—¡Me he dado un baño de burbujas sin Swimmer! —presume con la boca llena de galletas saladas—. Tienen jaboncitos y champús, y si quieres más, coges el teléfono y lo pides. ¿Y adivina qué? Tiran el vaso a la basura cada vez que lo usas y te ponen uno nuevo.

—¿Cómo lo sabes?

—La tía Jewell nos ha llevado a Swimmer y a mí a jugar a un videojuego y cuando hemos venido otra vez, estos estaban ahí envueltos y los que tenían las galletas de dinosaurio a medio comer ya no estaban.

Me tiende uno como prueba. En el envoltorio está impreso el eslogan del Gluskap: «¡Somos el único motel del pueblo!».

Me doy una vuelta y veo a papá y la abuela Jean colocados encima del televisor. Mamá dijo que quería enterrarlos a los dos detrás de la casa nueva y comprar unas lápidas pequeñas. Las cajas son casi iguales, así que me alegro de que la de la abuela tenga algunos Cheerios dentro.

—En el restaurante tienen gelatina —dice Janis, saltando de la cama —. Y me ha dicho un chico que a veces es de naranja. ¿Vamos a comprobarlo?

Mamá está allí con Swimmer y Bird. Parece más contenta que nunca, charlando con todos los empleados del restaurante como jamás la había visto y añadiendo a la propina de la camarera un cigarrillo de los caros. Swimmer es famoso, al parecer. En el Solace River hay un artículo sobre él. Lo leo tres veces, pero no menciona a Poppy en ningún momento. Dice que la policía todavía no ha averiguado las circunstancias de su desaparición.

—Jackie no me deja ver la casa nueva hasta que no esté terminada —dice mamá—. Se ha pasado por allí para ofrecer su ayuda y acelerar la obra. —Le da un golpecito a Bird en el hombro—. Se ha llevado a este y le ha puesto un casco. Seguro que se han peleado sobre cómo nivelar los suelos. Como en los viejos tiempos —añade entre risas.

—¿Ya has ido al pueblo? —pregunto.

—¿Para qué voy a ir? —Hunde la cuchara en el puré de patatas de su plato y se la mete a Swimmer en la boca. Desde que volvió, le da

la comida como si fuera un bebé, como a Bird después del accidente.

—¿No quieres saber cómo ha cambiado todo?

—No ha cambiado nada.

—Algunas cosas sí. Ahora hay una gasolinera.

—¡Magia potagia! —Deja la cuchara en el plato.

Miro a Swimmer. Ya se le están borrando las gafas, pero todavía tiene un círculo negro alrededor de un ojo. Me recuerda al perro de Una pandilla de pillos.

—Mira lo que le he enseñado —dice Janis. Tiende las manos con las palmas hacia arriba y él da diez golpes, llenándola de puré de patatas.

—Oye, Swimmer —digo—. ¿Quieres venir a conocer a West?

Él asiente.

—Cobocé a Wes.

A mamá se le tensa todo el cuerpo.

—Tranquila —le digo—. Está aquí al lado.

Bajo a Swimmer de la trona y lo llevo a la habitación para cambiarlo de ropa. Yo también me cambio y me pongo el vestido que me ha dado Poppy. Cuando vamos al coche, Janis está tumbada en el asiento del copiloto con el brazo colgando por la ventanilla.

—La abuela me ha dicho que podía ir.

—La abuela no manda aquí.

Sale, cierra la puerta y vuelve al motel dando pisotones. Espero unos minutos y reaparece con su bolso, se sube y me da un billete de cinco dólares.

—Para la gasolina.

—Ah, vale, ya lo pillo. Lo que quieres es ir a ver a tu novio.

Arranco el coche mientras ella se unta el pintalabios Frutifantasma por toda la boca. Luego se vuelve a poner la gorra y levanta el puño.

El aire por fin huele a verano y hace el calor suficiente como para ir con todas las ventanillas bajadas. Cuando aparcamos en la puerta de la casa, West sale sin camiseta y con una caja enorme sobre la cabeza. Janis y Swimmer salen corriendo del co che para ver qué hay dentro. Abren los ojos de par en par mientras él saca un juego completo de aspersores y se los pone en la hierba para que jueguen.

—Gasias —dice Swimmer con una sonrisa.

—De nada. Bienvenido, amiguito.

Swimmer abre los brazos y cuando West se agacha para estrecharlo, Janis atraviesa el césped a toda prisa para rodearle el cuello con un abrazo. No me lo puedo creer. Nunca la había visto tocar a nadie por voluntad propia. Anuncia que tiene que hacer una inspección de seguridad, se pone a toquetear todas las boquillas con forma de estrella y finalmente le dice a West que le dé caña.

Él abre un grifo que hay en el lateral de la casa antes de venir conmigo a la escalera frontal. Nos tomamos unas cervezas mientras los niños corretean de un lado para otro debajo de los chorros. Janis intenta que Swimmer finja que se está ahogando para poder salvarle, pero no hay manera de que se esté quieto.

Miro la etiqueta del botellín.

—¿Cómo es que no tiene alcohol?

—Abriel me dijo que tenía que dejarlo. —West le da un trago a la espuma.

—Esa mujer estaba empeñada en cambiarte, madre mía. Y mientras tanto, no paraba de beber cebada con jengibre. —Ha go una pausa —. Seguro que no es lo único que se ha bebido.

Él arruga el gesto.

—Solo quería ver si había alguna oportunidad. —Gira la botella entre las palmas de las manos—. No sé, si todavía funcionaba lo del sexo, por ejemplo.

—¿«Si todavía funcionaba lo del sexo»?

—Una mañana me desperté y me quedé mirándola, pero ya ni siquiera me parecía la misma persona que antes. Y se subió encima de mí y me dijo que quería que la llevara a bailar. ¿Y sabes qué pensé? Que tendría que ir a bailar con Tabby. Y se lo dije. —Le da otro trago al botellín.

Estoy a punto de preguntarle por qué coño me ha obligado a imaginarme la escena cuando veo a un tío deambulando en calzoncillos de lucha libre al otro lado de la calle. Lleva una tumbona y se pasea por el jardín de su casa intentando encontrar el lugar perfecto donde tomar el sol. Finalmente se coloca en todo el medio, se sirve una copa de ron y deja la botella al lado de la tumbona. Nos ve y hace un gesto de tocar la guitarra invisible.

West se echa a reír.

—Es mi vecino, Dennis. Lleva empalmando cogorzas desde que se le murió el gato. Pobrecillo. Antes llevaba mullet, pero luego se dejó el pelo largo y dijo que quería montar fiestas en el jardín. —Le dirijo

una mirada rara y él se frota el cuello—. Venga, dame un trago del pis ese. —Me coge la botella de la mano y se la bebe del tirón.

Cuando vuelvo a mirar al otro lado de la calle, el vecino me hace un gesto de un corazón con las manos y sopla dentro. Me planteo cruzar a su jardín para poder tomarme algo más fuerte.

Miro cómo juegan los niños; a continuación, al cielo azul, y luego a la camioneta de West recién lavada, que resplandece al sol en la puerta de la casa. No puedo evitar pensar que esta escena sería perfecta si no fuera porque tengo un cabreo de cojones.

West vuelve y me ofrece una Ten-Penny. Detrás del muslo lleva escondido otro botellín, para que no me dé cuenta de que ha cogido otra sin alcohol. Abro la boca para protestar, pero Swimmer chilla y los dos volvemos la vista. Janis está tumbada boca abajo, mordiéndole los pies como un tiburón.

West se sienta y me rodea con el brazo.

—Joder —dice—. Te queda de lujo el vestido.

Se inclina para besarme. Sigo con la mirada los surcos de sus mejillas y esos ojos cobrizos, y no puedo hacer otra cosa que besarle también. Luego se levanta de un salto para ir a preparar la barbacoa.

Después de comernos unas hamburguesas, los niños y yo nos despedimos y vamos al hospital a ver a Poppy. Por toda la carretera brotan flores silvestres y nos detenemos para hacer un ramo con lupinos y unas flores también violetas que no sé cómo se llaman. Le digo a Janis que se llaman Joyas de la Corona de la Abuela Jean.

—¿Por qué el mago quería arrancarle la piel a la abuela Jean?

—No quería arrancarle la piel, quería robarle el alma.

—¿Qué es el alma?

—Dímelo tú. Seguro que te lo han enseñado en el grupo de la iglesia.

—Ah, sí. Ya sé lo que es.

—¿Qué es?

Se rasca el codo.

—Dios dice que no se puede hablar mucho de eso.

—Claro, claro.

Las habitaciones del Solace General llevan sin pintar desde que mamá estuvo ingresada por una infección que tuvo hace mil años. En la de Poppy hay un ventanal limpio y dos sillones muy cómodos.

—¡Presa! —dice Swimmer, corriendo hacia la cama.

—sor-presa —lo corrige Janis.

—Tienes buena cara —le digo a Poppy.

Es verdad. Esta semana ha ganado por lo menos un par de kilos y parece que anoche durmió un poco. Cuando coge las flores que le tiende Janis y las mete en la jarra de agua, ni siquiera le tiemblan las manos. Ayudo a Janis y Swimmer a su birse a la cama a ambos lados de su madre, y empiezan a to quetear las cartas de tarot que tiene desperdigadas sobre el regazo.

—¿Cuál es tu futuro? —pregunta Janis.

—Tengo que quedarme aquí un tiempo más —le dice Poppy—. Más de lo que me gustaría. Pero ayer hablé con un terapeuta que me dijo

que había un programa para ayudar a la gente como yo. Las sesiones son aquí mismo, en el hospital, dos días a la semana. ¿A que es una maravilla?

—¡Mavavilla! —exclama Swimmer.

Janis no contesta.

—¿Cómo has aprendido a echar las cartas? —le pregunto.

—Veo una telenovela en la que sale una señora que siempre va a preguntarle a una tarotista si su marido la engaña. Me pareció una buena habilidad. Además, seguro que un montón de tías querrían saber si sus maridos les están mintiendo a la cara, ¿no? Así que pregunté por ahí y una chica con la que bailaba antes me dijo que su abuela lleva toda la vida leyendo las cartas, y que ella aprendió también. Así que llamé a la vieja bruja y me dijo que fuera con una caja de vino y un par de cartones de tabaco. Me enseñó todo lo que sé.

—Vamos a adivinar la fortuna de la tía Tabby —insiste Janis.

Poppy recoge las cartas y me las da.

—Baraja.

Me quedo mirando el mazo que tengo en la mano y me empiezan a asaltar las preguntas. ¿Mamá será feliz alguna vez? ¿Jackie será capaz de sentar cabeza con una sola mujer? ¿Poppy podrá mantenerse limpia? ¿Bird volverá a ver a sus hij as? ¿Janis aprenderá a tocar la gaita? Trago saliva. ¿West y yo tendremos una puta oportunidad de una puta vez? Le devuelvo las cartas.

—Me da miedo preguntar.

Janis rebusca en el mazo y saca una carta con la imagen de un hombre y una mujer mirándose uno al otro delante de un sol

gigantesco. Señala a la mujer.

—Esta eres tú, tía Tabby. —Luego señala al hombre—. Y este es West.

—¿Cómo sabes que es West?

Suspira.

—Porque tiene la misma cara que pone él cada vez que te mira. Como si estuviera viendo su serie favorita.

Jackie amenaza con reventar cabezas. Ha ido al banco a ingresar el dinero en mi cuenta y dice que el subdirector se ha sacado de la manga un montón de normas nuevas cuando le ha dicho su apellido.

—El puto Freddy se cree el rey del mambo yendo por ahí con zapatos de cuero verde —me dice—. Le he preguntado dónde los había pillado, ¿en el cubo de los subnormales del Gilimarket?

Cojo el dinero y bajo yo misma. Tiene razón. De repente, la tía de la ventanilla tiene una retahíla de preguntas. Llama al tal Freddy de los cojones y tengo que explicarle que llevo ahorrando el dinero que gané cuidando niños y paseando perros desde que medía lo mismo que el surtidor de gasolina. Me pone nerviosa y acabo ingresando solo la mitad del dinero. Le miro los pies, pero ahora lleva mocasines.

—¿Ese es tu fondo de jubilación? —le pregunto señalando las monedas que decoran las ranuras.

Se cruza de brazos y me dice que Jackie tiene suerte de que no le hayan puesto una denuncia. Señala un recorte de cartón de tamaño natural de una anciana sonriente y dice que Jackie le dio un puñetazo al salir del banco.

—¿Hay alguna ley que prohíba agredir a un trozo de cartón? —Pues claro que la hay. Se llama destrucción de la propiedad.

Me acerco. En el cartel pone: «Tratamos a nuestros clientes como familia».

—Venga, hombre. La abuelita está bien. —Le doy una palmadita en el hombro y se le descuelga la cabeza hacia un lado—. Solo un pelín alterada.

Entorna los ojos y me entran ganas de darle otro puñetazo a la abuelita. El resto de los empleados empiezan a cuchichear mientras me voy. Ahora soy yo la que quiere reventar cabezas. Me alejo por la acera y me detengo en el salón de belleza de Beula.

—¡Beula! —grito mientras abro la puerta de un empujón.

—Ya no es la dueña —contesta una voz.

De la parte de atrás sale una mujer con un vestido de cachemira. Me suena su cara. La vi a través de la ventana el primer día que vine a Solace River. Deja el refresco light que se está bebiendo y se acerca a una de las sillas giratorias. Son del mismo color verde menta de siempre, aunque algo más descoloridas y manchadas de tinte. Me siento y clavo las uñas en los reposabrazos de vinilo.

—¿Has estado aquí alguna vez? —me pregunta.

—Dos veces. La primera se rieron de mi madre por tener la osadía de pedir trabajo. —Siento cómo me arde la cara—. La segunda fue cuando tenía unos once años y gané un concurso por adivinar cuántas tapas de refrescos había colgadas en el árbol de Navidad del colegio. El premio era un vale de la peluquería de Beula Dean. Lo guardé hasta que celebraron una fiesta de San Valentín en el colegio y llegué con todos los di bujos que había hecho del peinado de mis sueños. Y Beula me dijo que mi vale había caducado. —Ahora me

arden los oídos—. Ni siquiera estaba haciendo nada. Estaba apoyada en el mostrador haciendo un rasca y gana.

La mujer se acerca a una nevera y me sirve agua en un vaso de cartón. Sus pendientes tintinean como campanillas de oro mientras me lo da.

—Beula ahora tiene alopecia.

—¿Qué es eso?

—Cuando se te cae el pelo. La muy calva ni siquiera sale de casa porque la peluca carísima que encargó a Nueva York se le puso azul al lavarla. —Me guiña el ojo—. Justicia poética, ¿no? —Preferiría que se muriera en un accidente de tráfico o que se ahogara en la bañera.

—Oye, lo mismo me ofrezco para echarte una mano con eso si el negocio sigue tan flojo.

Miro alrededor. Los pósters enmarcados de modelos con sombra de ojos azul y collares de perlas rosas que cuelgan en las paredes están aún más pasados de moda que cuando yo era niña. Sin embargo, el local está impecable.

—¿Cuándo te hiciste cargo de este sitio?

—En octubre. Intenté comprarlo hace años, cuando me enteré de que Beula quería venderlo, y le hice una buena oferta. Me contestó que no quería vendérselo a una mujer negra. Entonces, sorpresa, en cuanto se le cayó el primer mechón de pelo en la sopa de tomate, adivina a quién llamó. —Se sienta en la silla de al lado y entrelaza los dedos entre las rodillas—. Esa vez mi oferta no fue tan buena.

Levanto el vaso de cartón hacia ella y extiendo la otra mano. —Soy Tabby Saint.

—Olivia Sparks. —Me da la mano y coge el refresco—. ¿Vives por aquí?

—Vivía.

Entrecierra los ojos y espera a que diga algo más. Luego señala una máquina al fondo que parece una cámara de tortura.

—¿Quieres que te haga piercings en los pezones? Compré ese trasto y se quedó ahí. Parece que te vendría bien... algo.

—¿Qué tal un trago? —Me bebo el vaso de golpe y lo aplasto—. Una copa de verdad.

Ella mira el reloj de reojo y repiquetea con los dedos en la lata de refresco.

—Vamos —digo—. En la taberna de ahí son gratis.

—¿Y eso?

—Porque estoy con West.

—¿En serio? —Le da una palmada al mostrador—. Ya era hora de que alguien se lo trajinara.

La casa nueva ha sido vandalizada. Alguien ha pintado con espray «fuera dinero suzio» por toda la fachada. Jewell llama a casa de West para decírmelo.

—No saben ni escribir, los muy idiotas. Jackie ha conseguido borrar la mayor parte, pero ahora está en pie de guerra.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Salió de aquí dando pisotones con su camisa de combate.

—¿Eso es una expresión?

—No, es una camiseta de fútbol vieja y resbaladiza sin botones que se puedan arrancar.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Meterse en una pelea a puñetazo limpio en nuestra primera semana, para que todo el mundo sepa que los Saint aún no han desarrollado pulgares oponibles?

—La mayor parte del tiempo lo dice de boquilla.

—Esperemos que ahora también.

Cuelgo el teléfono, me calzo las botas y bajo a la taberna. Está abarrotada y puedo oler la cerveza supurando por los poros de todo el mundo. Se me había olvidado que es sábado por la noche. West está ocupado, pero capto su atención por encima de la barra. Señala con la cabeza a Jackie, que está pensativo en un rincón. Me acerco y le toco el hombro.

—Qué, ¿calentando para la pelea? —grito por encima de la música.

Señala a tres hombres con pinta de matones que están delante de la diana de dardos.

—He bajado a conocer al comité de bienvenida.

—Escogiendo al nuevo Troy, ¿no?

—No. He venido a acabar con esto aquí mismo. Y ni menciones a ese tío. Como vuelvas a pronunciar su nombre, cojo el coche y me vuelvo a Jubilant.

—Déjalo. Ya estáis en paz.

Se levanta.

—Nunca estaremos en paz.

Se acerca a la barra y veo que West duda medio segundo antes de coger cinco botellines de Oland de la nevera, enfilarlos sobre la barra y quitarles las chapas a todos. Me mira con recelo mientras Jackie se dirige a la diana.

Exploro las salidas y cierro los ojos, pero ahora solo oigo una canción de Aerosmith por los altavoces. Cuando abro un ojo, veo que las cervezas de Jackie ya están en las manos de los hombres. No oigo su conversación, pero me doy cuenta de que nadie se está preparando para una pelea. Sé cómo es una pelea. Empieza con empujones en el pecho, seguidos de advertencias e insultos. Luego las advertencias se convierten en amenazas, luego en miradas de loco, luego el que está a punto de dar el primer puñetazo se quita la chaqueta. Siempre me he preguntado por qué hay tantos preliminares. Si realmente quisiera partirle la cara a alguien, yo me lanzaría sobre él como una ardilla voladora, pero he visto a tipos de dos metros con collares de pinchos seguir ese ritual tan estúpido, como si quisieran darle al otro la oportunidad de retirar lo que acaba de decir sobre no sé qué equipo de hockey sobre hielo.

Jackie me hace señas.

—Esta es mi hermana, Tabby. —Me tiende una de las cervezas.

Los hombres huelen a cuero y a pescado frito. Uno de ellos lleva un jersey de lana, con el calor que hace. Me mira mientras le da un trago a la cerveza.

—Te vi ayer —dice—. En el banco.

—Fui a arreglar unas cuentas —le contesto—. Nuestro padre acaba de fallecer tras sufrir un accidente de taxi y hemos recibido una

buena parte del dinero del seguro. Lo vamos a utilizar para construir una casa nueva en nuestro antiguo terreno.

—¿Qué coño dices? —me susurra Jackie.

—Pero bueno —prosigo—, ahora se nos ha acabado la pasta y tenemos unos sobrinos que comen como luchadores de mma. Además, Jackie tiene uno en camino, así que estamos buscando trabajo. ¿Sabes si alguien necesita empleados?

El alto de la calva brillante saca la cartera.

—Yo tengo una cría de un año. —Me muestra una foto de una niña regordeta con coletas rubias—. ¿No es una preciosidad?

—¿Estás ligando con mi novia? —dice West, dándole un golpe en la espalda. Ni siquiera me di cuenta de que se estaba acercando.

—¿Esta es tu piba? —Calva Brillante se vuelve hacia mí y hace un gesto de sorpresa—. Joder. West no para de hablar de ti últimamente. Antes venía aquí para contarle mi vida, pero ahora todo el rato es mi novia esto y mi novia lo otro.

Miro a West con la ceja levantada.

—¿Qué es esto y lo otro?

—Nada —dice West—. ¿Quién quiere otra?

—Yo un Dory 72 con Coca-Cola —dice Calva Brillante.

West lo mira.

—No te pega beber Dory.

—¿Por?

—Porque tienes la ropa limpia y todos los dientes en la boca.

—Ah, pero la noche es joven.

Me doy cuenta de que Jersey de Lana está algo inquieto. Cuando West se aleja, le dice a Jackie:

—La nueva casa esa que has puesto ahí está cabreando a mucha gente.

—¿Y eso por qué? —pregunta Jackie.

—Creo que ya sabes por qué.

—Si es por mi padre, sé que no era más que un cretino borracho que robaba todo lo que no estuviera clavado en el suelo, pero el cabrón ya está criando malvas. Hasta luego, Lucas. Podemos pasar página.

—No queremos problemas —digo, interrumpiéndolos—. Hemos vuelto a Solace River para que los niños se críen en un lugar decente.

Jersey de Lana echa un vistazo a la taberna.

—A ver cómo te lo digo. Hay gente que quiere recuperar sus pérdidas.

—Estás empezando a cabrearme —suelta Jackie, levantando la voz —. Ya he tenido que comerme un montón de mierda de papá y eso que solo conocí a ese tío cuando era pequeño. Sí, sé que ha estafado a muchos. Yo también soy uno de ellos. Dile a tu «gente» que si no les parece suficiente, pueden desenterrarlo y darle una paliza. Yo ya estoy harto de esta mierda.

—Solo vigila las espaldas, es lo único que te digo.

Agarro a Jackie del brazo y, una vez que estamos en la calle, me doy cuenta de que no se resiste. Lo suelto, me siento en la acera y lanzo

un pequeño grito de frustración.

Jackie mira la carretera y escupe el tabaco a un lado.

—Esos tíos no me intimidan.

—¿No? —Me aparto el pelo de la cara—. ¿Y los tíos que están detrás de esos tíos?

—No creo ni que existan. Olvídalo. Poppy lo vio en las cartas: dijo que a partir de ahora todo va a ir como la seda.

—Pues nada. —Me pongo de pie—. Si las cartas rarunas de la yonqui de la familia lo dijeron, ¿para qué me preocupo?

—Venga, Tabby. No es justo llamarla yonqui cuando está intentando desintoxicarse.

—¿Por qué siempre la defiendes?

—¿Qué?

—Yo también soy tu hermana.

—Ya lo sé.

—Ni siquiera me consideras una Saint.

—¿De qué estás hablando?

—Tú mismo lo dijiste.

—¿Cuándo?

Se enciende la luz del porche y un viejecito sale de su casa con las manos en la cadera. En las gafas se le reflejan las luces de la calle. Sin esperar a que nos pregunte si sabemos qué hora es, Jackie y yo nos separamos. Él se dirige directamente hacia el motel y yo cruzo la

calle en dirección a la casa de West. Lo que realmente quiero es volver corriendo y darle una patada de kárate en el cuello al muy imbécil.

Me siento como si tuviera diez años otra vez. Bird y yo nunca nos peleábamos de pequeños, pero Jackie y yo éramos como Silvestre y Piolín. Recuerdo que una vez oí a Jackie decirle a Bird que había cogido el martillo bueno de papá. Y que lo había perdido en el bosque mientras construía un nidito de amor para sus novietas y tenía la esperanza de que yo cobrara en su lugar. La gente a veces dice que cuando se cabrea lo ve todo rojo, pero yo vi llamas de verdad. Cogí un ladrillo y corrí hacia él para lanzárselo. Bird vio lo que ocurría y apartó a Jackie de mi camino, me agarró y me obligó a no usar la violencia. Le dijo a Jackie que fuera a buscar el martillo, y supongo que el muy imbécil debió de encontrarlo, porque además unos días después mis libros de texto desaparecieron y reaparecieron clavados en lo alto de los árboles, donde solo Jackie estaba lo bastante loco como para trepar. Me castigaron tres veces por olvidarme los libros en casa hasta que Bird tiró unas piedras para que se cayeran. Pasé la noche en vela pensando qué podía hacer para vengarme.

Me levanté temprano de la cama y unté margarina dentro de la gorra de béisbol y las zapatillas de Jackie. No me pareció suficiente, así que le dibujé una polla gigante en la espalda de la cazadora con rotulador. Ese mismo día, en el colegio, se me acercó por detrás en el pasillo con unas tijeras y me cortó la mitad de la coleta.

Cuando vuelvo a casa de West, revuelvo el armario del vestíbulo en busca de la fotografía enmarcada de él y la zorra de su mujer. Al final la encuentro escondida en una caja debajo de la cama, la saco y la rompo contra el poste de la valla. Dejo caer el cristal roto y tiro el marco metálico a la basura del vecino. Luego rompo la foto en pedazos y la tiro por el retrete. Uno de los trozos tiene el globo ocular de Abriel y lo veo dar vueltas y vueltas, mirándome mal por última vez antes de que se la trague el desagüe.

Me siento en el salón, me muerdo las uñas e intento relajarme. Antes de que West llegue a casa, vuelvo a salir y recojo todos los trocitos de cristal que encuentro a la luz de la luna para que no se corte el pie mientras riega el césped.

Ahora que hace veintitrés grados, la agente inmobiliaria se ha puesto un vestido negro de cuello alto y botas de montar. En el pelo lleva una llamativa pinza dorada que se resbala hacia la oreja mientras cuenta nuestro dinero. Lo cuenta al menos ocho veces y luego le falta tiempo para echarnos a mamá y a mí del local.

—Espero que se compre ropa nueva con el dinero —digo en el coche —. Algo que demuestre que es una mujer pero sigue siendo una profesional. Yo le pondría una blusa blanca sin mangas y una falda verde oliva. —Sigo parloteando, inventando diferentes trajecitos de papel para nuestra muñeca-vendedora, solo para que mamá no se dé cuenta de que estoy conduciendo en dirección contraria al motel. Cuando entro en el edificio de la oficina de asistencia jurídica, se levanta de un salto y se agarra al salpicadero.

—¿Qué haces? Da la vuelta.

—Aquí es donde tienes que ir para solicitar la tutela legal de Janis y Swimmer.

—No puedo entrar ahí. Saben todo lo que ha hecho tu padre. En cuanto salgamos, dirán que los Saint somos todos iguales, que no somos capaces de cuidar de nuestros propios hijos.

—Ahora todo ha cambiado, mamá. Papá se ha muerto, la casa ya no está. Ya verás. La gente se va a derretir en cuanto vean a Janis empujando la silla de ruedas de su tío Bird, preguntando en los ultramarinos si tienen plástico de embalaje para que él pueda reventar las burbujas.

Mamá saca un botecito de crema hidratante del bolso y se unta el dedo con ella. Desliza el anillo de boda arriba y abajo hasta que logra sacárselo, y lo mete con cuidado en la guantera.

Cuando entramos en la oficina, una mujer con un top brillante le está pegando gritos a la persona que está detrás del mostrador. Un hombre sale del fondo y le dice que la policía está de camino.

—Esta vez vamos a ponerles una orden de alejamiento —dice—. Usted y su familia no pueden presentarse aquí con esas amenazas. —Cuando la mujer le lanza un bonsái de plást ico, él nos mira con una sonrisa de disculpa—. Perdonen las molestias. Enseguida estamos con ustedes.

—¿Ves? —le susurro a mamá—. Ya nadie conoce a los Saint.

Esa misma noche nos reunimos en el restaurante del motel para decidir qué hacer con el resto del dinero. Jewell se ofrece a transferir su cuenta bancaria de Jubilant a Solace River e ingresar a su nombre lo que quede. En total son unos tres mil dólares. Eso sumado a la pensión de discapacidad de Bird, debería ser suficiente para mantener a todos hasta que Jackie encuentre trabajo.

Jackie y yo no nos hablamos mucho, pero dejé de enfadarme con él cuando recordé lo que pasó después de que me cortara la coleta. Se la quedó y cada dos por tres me la agitaba en la cara, y yo la buscaba constantemente en su habitación y en la de Bird. Nunca la encontré, pero en uno de sus cajones descubrí una caja con dinero y una carta escrita a mano en la que pedía recaudar fondos para un falso equipo de las ligas menores. Jackie había ido de puerta en puerta pidiendo donativos y ya había recaudado cuarenta y ocho dólares. Para que pareciera más fiable, les pedía a los donantes que firmaran con su nombre y escribieran el importe de la donación. Vi que la señora Glen había donado quince dólares. Cuando se lo enseñé a mamá, le dio un ataque de nervios.

Lo miré con expresión de triunfo desde el otro lado de la mesa, recordando cómo mamá lo arrastró de la oreja por todas las casas de los vecinos. Le obligó a devolver hasta el último centavo. Al parecer, llevaba tiempo ahorrando para comprar una pistola que disparaba ganchos.

—Bueno, ya está todo arreglado —dice Jewell—. Una vez al mes, las asquerosas de las ex de Jackie vendrán a recoger la pensión alimenticia y traerán a los niños para que él pueda pasar un rato con ellos. Y yo me iré a cualquier otro sitio.

Mamá le pregunta a Jackie si tiene suficiente para pagar la manutención y él nos cuenta que ya ha encontrado trabajo. Están construyendo un nuevo call center a las afueras del pueblo y él ha trabajado para la empresa constructora que ganó el concurso.

—He oído que cuando se ponga en funcionamiento van a necesitar un montón de gente que conteste al teléfono —me dice—. Deberías echarle un ojo.

Unos días después, veo un anuncio en el supermercado: «¡empleos en el call center! sesión informativa el sábado a las 9 en la biblioteca».

El viernes por la noche estoy tan nerviosa que me dan escalofríos. Cuando entro en la biblioteca a la mañana siguiente, veo a unas treinta personas sentadas esperando. Reconozco algunas caras de hace años, del club de campo de Doyle Street. Llevan galletas envueltas en servilletas y beben café en vasos de poliestireno. Me siento en una silla que emite un chirrido al sostener mi peso y todos se vuelven para mirarme.

—Hola, me llamo Tabby y soy alcohólica.

La mayoría se ríe de mi broma, pero unos pocos responden al unísono: «Hola, Tabby». Enseguida volvemos al mismo silencio incómodo.

Por fin, una mujer vestida con un traje azul brillante se presenta y empieza la charla. Explica un poco el trabajo, que consiste en atender las llamadas de los clientes que tienen algún problema técnico con el ordenador. Todas las soluciones a los problemas están en un manual que los empleados tienen en sus puestos.

Al final de la sesión, entrego el formulario de solicitud de empleo. La mujer agradece mi interés y me dice que se pondrán en contacto conmigo si me seleccionan para una entrevista. Le hago un cumplido sobre su traje y ella garabatea una frase en la parte superior de mi solicitud, que espero que sea algo tipo: «Me cae bien».

Antes de volver a casa de West, entro en la tienda de segunda mano de Frenchy y me pruebo algunos trajes. Todos son una cutrez, pero encuentro un vestido con una chaqueta a juego que es bastante bonito. Me lo pruebo y miro mi reflejo. Me siento como si llevara un disfraz de Halloween.

—¡Menudo traje potente! —me dice la dependienta—. Con este traje puedes llegar adonde quieras.

Tampoco es que tenga mucho camino que recorrer. En la sesión informativa nos han dicho que el programa de incentivos consiste en que los empleados que logren el mayor índice de satisfacción del cliente pueden participar en el sorteo mensual de un cheque regalo para el asador Chalet Suizo.

West llega de la taberna cuando estoy planchando el traje por tercera vez, y le cuento todo lo que he aprendido sobre mi posible nuevo trabajo.

—Anda, ¿sabes algo de informática? —Parece escéptico.

—La mujer me dijo que no hacía falta. Solo necesito saber de personas.

Me mira mientras aliso el cuello de la chaqueta y le paso la plancha por encima.

—La gente se cabrea bastante cuando los cacharros no funcionan. ¿Seguro que podrás mantener la calma?

—Ponme a prueba. —Desenchufo la plancha—. Haz como si fueras un usuario.

Me mira con cara rara.

—A los que llaman les decimos «usuarios». Probablemente para que piensen que estamos en un rascacielos de Los Ángeles en vez de a las afueras de un agujero llamado Solace River.

—Muy bien. —Se lleva el puño a la oreja—. Ring, ring.

—Clien-Tel. Le atiende Tabby.

—¡A buenas horas! —replica West—. ¡Llevo veinte putos minutos en espera!

—¿Esos son iguales que los minutos normales?

—¿Te crees muy lista o qué?

—Si fuera así, dejaría este trabajo sin futuro y me iría a trabajar a Microsoft. ¿Puedo ayudarle con algún problema informático, señor?

—La mierda esta de los cojones no funciona.

—¿Puede describirme exactamente lo que le pasa?

—Se ha colgado la pantalla y yo estoy a punto de reventar la pared a hostias.

—Bueno, es mejor que no haga eso, amigo, o si no tendrá dos problemas... O mejor dicho, tres, cuando su mujer llegue a casa. En

fin, puedo ayudarle a que el cacharro rule, pero primero voy a necesitar el número de serie, así que hágame un favor. Deje la cerveza y vaya a mirar la pegatina de la parte de atrás del chisme con forma de rectángulo gris.

—No bebo cerveza. Es whisky.

—¿En serio? Ahora sí que estoy impresionada. Le había tomado por un simple cervecero. ¿Cómo se llama?

—Larry.

—¿Me está vacilando? Tengo un hermano que se llama Larry.

—No es verdad —dice West.

—Sí lo es durante el resto de esta llamada. Ves, ahora Larry no se va a cabrear conmigo. Tenemos la misma sangre prácticamente.

West sonríe.

—Vale, vale. Pues sí, se te da de puta madre. No digas palabrotas en la entrevista y enseguida estarás de vacaciones en un chalet suizo.

—No, es un cheque regalo para el asador Chalet Suizo.

—¿Qué? Pero si en Solace River no hay de eso.

—Ya. Habría que ir a New Minas.

—No sale a cuenta, con lo que vale la gasolina.

—Pues lo vendemos.

—Espera. He oído que el pollo que hacen está muy rico.

—Bueno, bueno, no vendas la piel del pollo antes de cazarlo. Primero tienen que llamarme para la entrevista.

Jewell me redacta un currículum y paga al recepcionista del motel para que lo envíe por fax a la central de Clien-Tel. Me corrige todo el apartado de experiencia previa para que parezca auténtico y añade un trabajo de camarera en un restaurante que no existe. Da el número de teléfono de su habitación de motel como número de referencia de mi falsa exjefa, Wendy. Cada vez que le suena el teléfono, grita: «Café Sunnyside, al habla Wendy», por si es alguien de Clien-Tel. Cuando llama Jackie desde la obra, le pregunta a Wendy de qué color lleva las bragas.

Por fin llama la mujer, y Jewell le dice que fui la mejor camarera que han tenido nunca, que nunca rompí un solo vaso ni robé nada, y que le daba palique a todo el mundo, desde borrachos en paro hasta abogados. Debió de surtir efecto, porque esa misma noche recibo una llamada automática en la que me piden que pulse uno si me llamo Tabatha Saint. Lo hago, y entonces una voz robótica me da hora para una entrevista.

Esta vez estoy menos nerviosa, hasta que me pongo el vestido y la chaquetita a juego. Entro hecha un flan, y nada más terminar voy directa a tomarme una copa a la taberna. La puerta se mantiene abierta con una pequeña piedra. West oye el ruido de mis tacones y asoma la cabeza por la trastienda. Se le borra la sonrisa cuando ve la expresión de mi cara.

—¿Una cerveza?

—No, gracias.

—¿Y un abrazo?

—¿Y un puto margarita?

—¡Lo sabía! —Salta por encima de la barra y me levanta por los aires. Cuando me deja de nuevo en el suelo, dice—: ¿Cómo que un margarita? ¿Dónde te crees que estás, tía? Si ni siquiera tengo pajitas.

El trabajo no empieza hasta dentro de un mes, pero encuentro formas de mantenerme distraída. Jewell está haciendo una colcha para la niña y me ofrezco a ayudarla. Está uniendo trozos de la ropa de cuando Janis y Swimmer eran bebés. Saco el vestido amarillo de mamá y la camisa de papá y también recortamos varios parches. El proceso nos deja mucho tiempo para hablar y descubro que puedo preguntarle cualquier cosa a Jewell.

—¿Cómo es que mamá estaba tan unida a los hijos de Bird, pero nunca ve a los de Jackie?

—A ver —suspira Jewell—. Cuando Jackie y yo empezamos a salir, sus ex se unieron y amenazaron con cortarle todo el contacto con los niños. Él llama a sus ex «las tres C» por sus nombres, pero yo no soy tan educada. El caso es que yo creo que solo intentaban llamar su atención, pero asustaron tanto a tu madre que dejó de intentar ver a los niños. Ya había tenido bastante con perder a Josie y Michelle.

Por fin, me veo obligada a preguntarle a Jewell qué le ve a Jackie.

—No es lo que le veo —dice—. Es su olor. Cada vez que entra en la habitación es como si hubiera metido las ocho bolas.

Es jerga de billar. Tardé bastante en pillarla. Jackie me dijo que Jewell solía llevar las mesas del Lighthouse por diez pavos la partida, y que incluso tenía un taco especial con sus iniciales grabadas. Le pregunté si alguna vez había jugado contra ella y me dijo:

—Ni de coña. Seguro que me daría una paliza.

Un día le estaba contando cómo West había arrancado por fin las paredes mohosas de la ducha y había instalado una mampara, y ella me dijo:

—Yo que tú agarraría bien a ese hombre.

—Te envidio, Jewell —confieso—. Se te da bien el bingo y de alguna manera has conseguido convertir al bala perdida mujeriego de mi hermano en una persona decente. Haces sándwiches en forma de corazón, por el amor de Dios. Yo no sé por qué West quiere estar conmigo.

Se hace un nudo en el hilo, muerde el cabo suelto y lo escupe.

—Tabby, mira todo lo que has hecho por esta familia. West tiene ojos en la cara. Ha visto perfectamente que no eres una persona que dé la espalda a los demás cuando las cosas se ponen feas. No como la zorra de su exmujer. ¿Cómo se llama? ¿Ramel?

—Abriel.

—¿La sirenita? —Arruga el gesto—. Da igual. Me la pela.

Termino de coser el parche que tengo entre manos y ya estoy recogiendo para marcharme cuando me pide que no lo haga.

—Me parece que el bebé está en camino. —Se aprieta la barriga con los dedos—. ¿Te importa quedarte un ratito más? Noto algo raro.

—¿Dónde está Jackie?

—Han ido a bañarse al lago.

—¿A qué te refieres con lo de «algo raro»? ¿Raro en qué sentido? ¿Qué es raro?

Jewell mira el reloj mientras yo me paseo delante de la ventana. Al cabo de media hora dice:

—Creo que estoy bien. Deberías irte a cenar a casa. West se estará preguntando dónde te has metido.

—No te voy a dejar aquí sola.

—Entonces voy contigo. Me muero por ver a ese hombre.

Coge el bolso y la ayudo a subir a la camioneta.

No le quito ojo a la barriga en todo el trayecto, aunque de repente parece estar bien, porque mantiene la vista fija en la puesta de sol mientras canturrea las canciones de la radio. Al llegar a casa de West veo los coches de mamá y Jackie aparcados en la entrada.

—¿Qué hacen aquí?

Jewell se encoge de hombros. Doy la vuelta y la ayudo a bajar del asiento del copiloto. Ella no dice ni pío.

—¡sorpresa! —grita Janis antes de que ponga un pie en la casa. Detrás de ella veo a mamá, Jackie y Swimmer sentados a la mesa de la cocina de West. Han puesto varias sillas extra que reconozco de la taberna. Bird está aparcado en el extremo opuesto con la silla de ruedas y West está de pie junto a la encimera sosteniendo una tarta con velas en los brazos. Jewell apaga las luces y todos empiezan a cantar el Cumpleaños feliz. Excepto Bird. Bird canta la sintonía de la liga de Hockey de Canadá.

Pido un deseo y soplo todas las velas. West me guiña un ojo, se acerca al fogón y empieza a sacar langostas de una olla enorme mientras Jewell empapela el suelo con periódicos para que podamos tirar los caparazones al suelo mientras comemos.

—¿Te acuerdas de cuando papá robó todas las langostas de unas nasas en Yarmouth? —pregunta Jackie, con el mentón manchado de mantequilla—. Encontró una boya cerca de la orilla, se metió en el agua y sacó unas cuantas con sus propias manos. Luego siguió nadando un buen rato, llevándolas hasta la orilla de dos en dos y de tres en tres y después las metió en el asiento trasero del coche. Volvió a casa con las manos en carne viva y una veintena de los

bichos esos en el coche. Nos pasamos un mes entero comiendo langosta. ¿Te acuerdas?

—Yo no estaba —le recuerdo.

—Ah. —Jackie baja la mirada al plato—. Es verdad.

Mamá carraspea.

—Tu padre puso un tanque de agua salada en medio del salón. Poppy les puso nombres a todas las langostas y les metió juguetes de baño.

—Un momento —interrumpe Janis—. Las langostas no viven en el agua.

—Claro que sí. —Jackie le da un codazo—. ¿Dónde creías que vivían?

Se pone pálida.

—En el bosque.

—¿Alguna vez has visto una langosta en el bosque?

—Cavan túneles debajo de los árboles.

Jackie parte una pinza del crustáceo y sorbe la carne al lado del oído de Janis. Ella le dice que va a vomitar, se levanta de la silla y sale corriendo por el pasillo. Vuelve cuando West empieza a cortar la tarta.

—¿Quieres saber de dónde salen los helados? —le pregunta Jackie.

Empieza a describir las ubres de las vacas y ella se tapa los oídos.

Por el rabillo del ojo veo a Bird intentando darle tarta a Swimmer. No le acierta en la boca y se le resbala por toda la barbilla, hasta que Swimmer se enfada, coge un trozo y se lo tira a la cabeza. Janis

llega corriendo y les dice de malos modos que le guarden una porción a Poppy. Miro alrededor: toda la cocina está llena de caparazones de langosta y restos de tarta.

—Perdona —le susurro a West.

—¿Por qué? —pregunta.

Después de cenar nos tomamos unas cervezas y me entero de algunas hazañas de papá que me había perdido. Mi favorita es cuando robó un coche de policía y lo devolvió a la comisaría en mitad de la noche lleno de latas de cerveza vacías.

Cuando todos se van, West no me deja que le ayude a recoger. Después de fregar y guardar todos los platos, se sienta conmigo a la mesa. Me inclino hacia delante y le aparto el pelo de los ojos.

—¿Cómo has montado la fiesta?

—Dale las gracias a tu hermano.

—¿A mi hermano? ¿Cuál?

—A Bird. —West intenta no sonreír—. Él lo ha organizado todo.

—Me creo más que Bird se haya levantado para bailar la Macarena que la fiesta haya sido idea de Jackie.

—Jackie me llamó para decirme que iba a por un montón de langostas. Y luego llamó tres veces más para avisarme de que Jewell estaba haciendo un pastel y me preguntó qué tipo de helado te gusta más y todo eso.

—Vaya —digo—. Me sorprende que se acuerde del mes en que nací.

—Tengo una cosa para ti. —West se levanta de un salto y va al vestíbulo. Oigo un estruendo y entonces aparece con una caja

enorme de forma irregular. Es tan grande que la ha envuelto con tres tipos de papel distintos.

—Qué...

—Calla y ábrelo.

Agarro el papel por un borde y voy rasgando varios jirones verdes y amarillos que caen por todas partes. La caja de cartón que hay debajo está cerrada con cinta adhesiva, pero West aparece enseguida con una navaja. Corta los precintos y da un paso atrás como si algo fuera a estallarnos en la cara. Al quitarlos descubro un estuche de vinilo. Abro los cierres, levanto la tapa y siento que el corazón se me sube a la garganta. El brillo es casi cegador. Me agacho y me la pongo en el regazo con cuidado, recorriendo con los dedos las curvas de la madera y los relucientes trastes plateados.

—Me has comprado una guitarra roja.

Acaricio la etiqueta que cuelga del mástil. West se sonroja cuando le doy la vuelta y leo las dos palabras que ha escrito en letras grandes y temblorosas:

«Con amor, David».

8

Mamá está montando un numerito con la venda en los ojos.

—Por el amor de Dios, Jackie, que me voy a romper la crisma. —Sacude los brazos mientras él la guía por el aparcamiento hacia su coche y le empuja la cabeza para meterla dentro como un policía. Cuando cierra la puerta, mamá sigue quejándose dentro.

Janis y yo subimos al coche y saludamos a Jewell, que viene detrás en el Tercel con Bird y Swimmer. Jackie no quería que Jewell viera la casa hasta que estuviera completamente terminada, pero cedí y la llevé a escondidas la semana pasada. Recorrimos todas las habitaciones contemplando nuestros reflejos en los relucientes suelos de madera y los electrodomésticos.

—Tu madre se va a cagar en los pantalones —me dijo Jewell. —Más le vale, o a Jackie le va a dar algo.

Ahora miro la barriga de Jewell por el retrovisor. Ha crecido tanto que ya le cuesta mucho conducir.

—¿Ya tenéis nombre para la niña? —le pregunto a Jackie mientras se monta en el asiento del conductor y salimos del Gluskap.

—Calla, calla —dice—. Jewell tiene un libro lleno de nombres estúpidos. Celofán, Poseidón... Gilipolleces de ese tipo. Dúplex, Dinamo.

—¿Celofán?

—¿Y Flipsy? —sugiere Janis.

—Hay que evitar que se puedan hacer chistes con los nombres —grita mamá.

Se cree que tiene que hablar a voces solo porque lleva una venda en los ojos. Miro al asiento trasero y la veo agarrada al tirador de la puerta como si fuéramos a estrellarnos.

—Entonces, ¿por qué coño me pusiste Tabby? —le pregunto. —Os puse a ti y a tu hermana Tabatha y Lollipop porque sa bía que os llamarían Tabby y Poppy. Me gustan las letras dobles. Quería llamarte Hannah, porque se lee igual al derecho y al revés, pero tu padre se puso a gritar: «¡Hannah banana! ¡Hannah banana!» hasta que no pude soportarlo más.

—Me imagino que nunca se le pasó por la cabeza lo de «Tabby Vomitabby».

—Tienes suerte de haber nacido —dice mamá—. Porque en esa época le obligaba a hacer la marcha atrás.

—Qué bonito, mamá. —Jackie mira por el retrovisor para asegurarse de que Jewell no nos sigue demasiado cerca antes de escupir tabaco por la ventanilla—. Menos mal que sí que estás aquí, Tabby. —Estira la mano y me revuelve el pelo.

Recoloco a papá y a la abuela Jean en mi regazo. Janis y Swimm er han hecho dibujos en las cajas. Entre un montón de garabatos me parece distinguir algo con forma de gato vomitando sobre un perro, y también un hombre con bigote verde.

Cuando llegamos a Victory Road, Jackie apenas puede estarse quieto en el asiento. Me da un puñetazo en el hombro de los nervios mientras la casa se eleva entre los árboles, y aparca al final del camino de entrada para que mamá pueda verla en todo su esplendor. Nos quedamos unos segundos contemplándola. El revestimiento es casi del mismo color que la pintura de nuestra

antigua casa, aunque en realidad solo lo elegimos por el nombre: «Amarillo Oro».

El Tercel se detiene y ayudo a Bird a montarse en su silla mientras Jackie coloca a todos en fila frente a la casa.

—¿Podemos disfrutar de este momento sin pedos? —dice Jewell después de que alguien se tire uno.

—Bueno, mamá. —Jackie le retira la venda de los ojos—. Ahí la tienes.

Ella recorre con los ojos desde el porche hasta la cima del tejado y luego los baja de nuevo. Contempla cada una de las relucientes ventanas que le devuelven la mirada y nos pone las manos a Jackie y a mí en los hombros para mantener el equilibrio. —Madre mía — logra decir por fin.

—¡Venga! —grita Janis, agarrándola del brazo para arrastrarla hacia la entrada. Jewell las sigue lo más deprisa que puede, no quiere perderse ni un momento de mamá cagándose en los pantalones. Jackie agarra la silla de Bird y lo empuja desp acio hasta la casa, deteniéndose para enseñarle la rampa para sillas de ruedas que él mismo ha fabricado. Bird mueve la cabeza de un lado a otro y desliza las manos por los barrotes de madera mientras sube.

Me quedo atrás con Swimmer y los veo desaparecer por la puerta principal. El sol ha encendido todas las copas de los árboles de hoja perenne que hay en la parte trasera de la casa, que brillan como si tuvieran las ramas recubiertas de oropel dorado. Es Navidad en julio.

Cojo a Swimmer en brazos.

—¿Qué te parece?

Él asiente con la cabeza mientras se chupa los dedos con alegría.

Lo único que se oye a varios kilómetros a la redonda son las risas que brotan de vez en cuando de dentro de la casa, hasta que por las ventanas del piso de arriba mamá grita de pronto:

—¿cómo que tengo un baño para mí sola? ¿estáis de broma?

Entonces me acuerdo de las palabras de Barbara Best que guardo en la memoria desde hace tantos años.

—La música está en todas partes —susurro.

Swimmer se saca los dedos de la boca, ladea la cabeza y sonríe. Yo también sonrío. Luego lo bajo al suelo, le cojo de la mano, mojada y pequeña, y entramos en la casa.

Agradecimientos

En grandes luces de neón:

Gracias a los miembros de mi grupo de escritura: Ryan Turner, Stephanie Domet, Carsten Knox y Jaime Forsythe, por su inquebrantable compañía en esta locura total.

Gracias a las primeras lectoras de mis escritos, Marie Fennell y Erin Smiley; a la Federación de Escritores de Nueva Escocia; al Centro Banff y al jurado de subvenciones de Arts Nova Scotia por creer en mi obra.

Gracias a Greg Hollingshead por machacarme (con palabras, que conste); a mi increíble agente, Carolyn Forde, con la que atracaría un banco después de haber sido testigo de semejante precisión (¿plan B?); y a HarperCollins por cumplir la exquisita promesa de tratar a creador y obra como una sola entidad indivisible.

Gracias a la sabia y maravillosa Padma Viswanathan. Su fidelidad a esta novela ha movido montañas. Me has hecho un regalo excepcional, y prometo poder hacer algún día lo mismo por otro escritor o escritora.

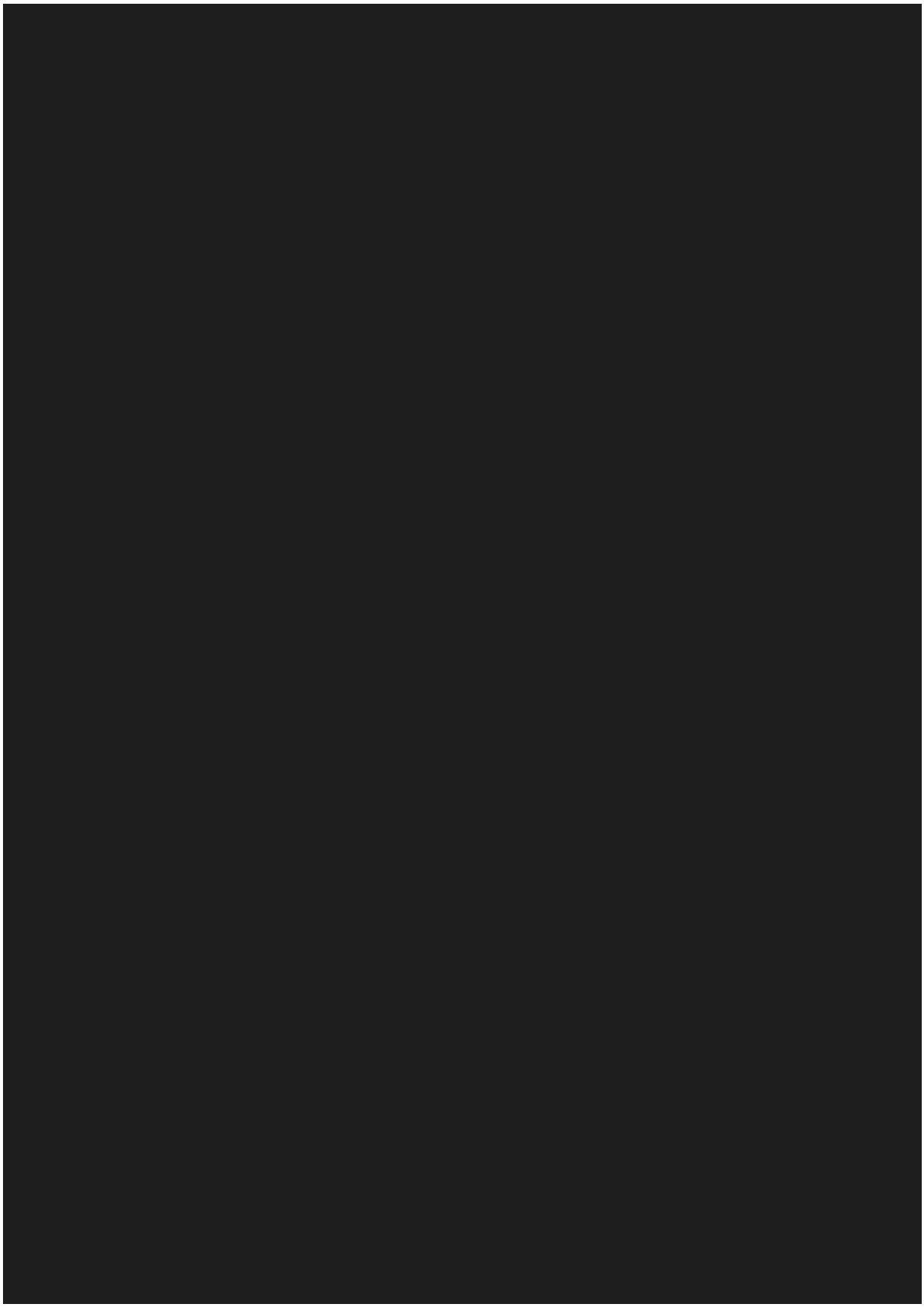
Gracias a mis amigos. Algunos de vosotros sois auténticos miembros de mi familia; los demás, igual de cercanos. Me rodeáis de apoyo incluso cuando las cosas se ponen difíciles, y eso marca la diferencia. Todos y cada uno de vosotros sois imprescindibles.

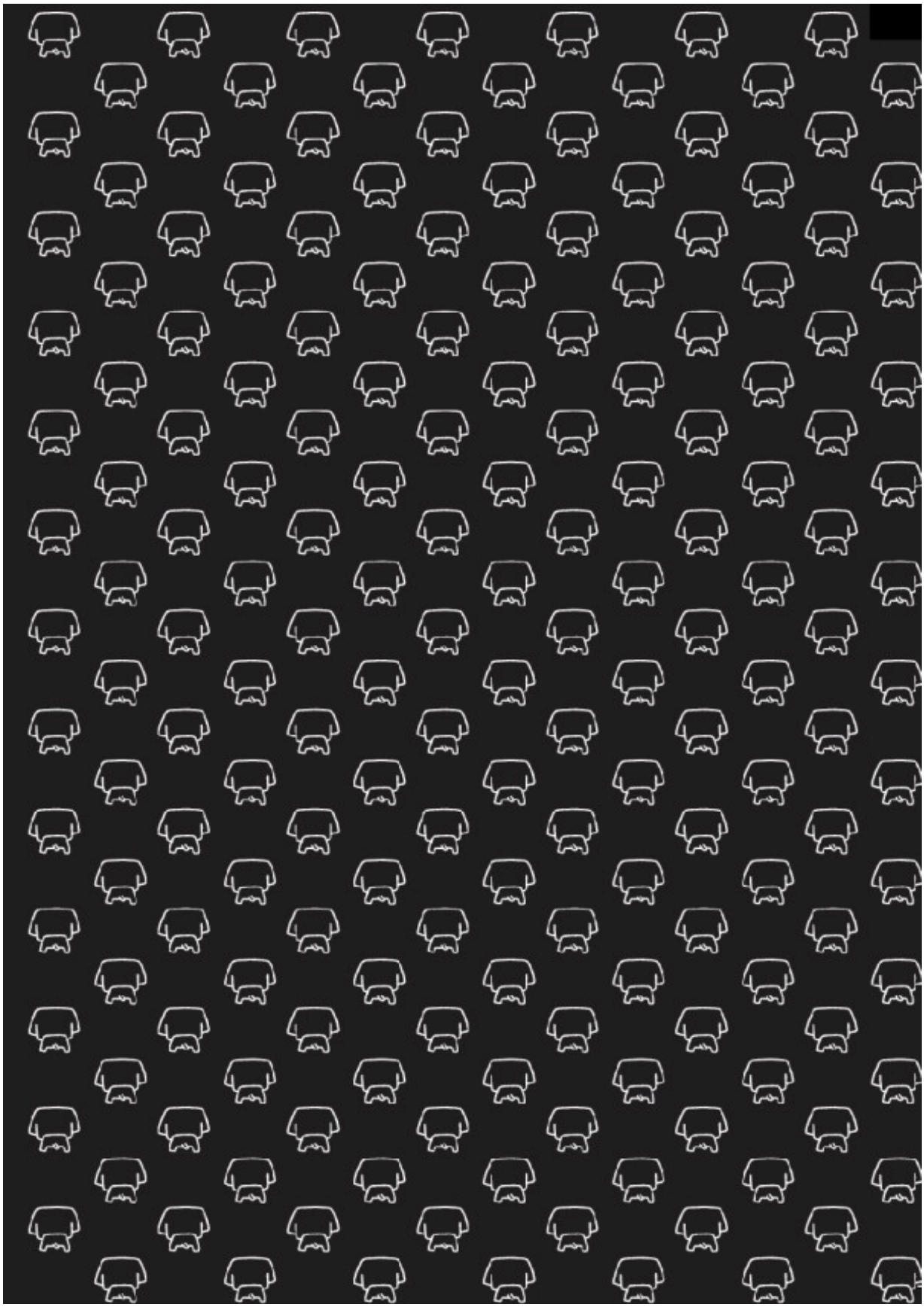
Gracias, Shawn Truman Bent. Me has hecho recuperar la fe en el amor. Me haces reír tanto que perturbas la tranquilidad, y mientras yo me dedico a mis mundos imaginarios, tú te encargas de cocinar,

limpiar y cortar leña en el mundo real. Será un honor casarme contigo.

Hace un par de años, salió un artículo en el New Yorker donde ponía que los agradecimientos de los autores eran una pérdida de espacio. Yo digo que el mundo necesita más gratitud, no menos. Prescindir de los agradecimientos sería como proyectar una película y no poner los títulos de crédito, o publicar un disco sin nombrar al técnico de sonido ni a los cantantes de los coros. Así pues, solo me queda añadir:

A Nueva Escocia, preciosa, cabrona y azul. Estoy orgullosa de haber nacido en un lugar donde todo el mundo dice gracias, gracias, gracias.







Tabby

NO ERES NINGUNA PERDEDORA

UNA NOVELA DE **Sarah Mian.**

«ME PREGUNTO SI REALMENTE EXISTEN LOS LAZOS DE SANGRE. AUNQUE SIEMPRE HE PENSADO QUE MI FAMILIA NO ES MÁS QUE UNA MANADA DE LOBOS OBLIGADOS A CONVIVIR EN UNA GRAN CHOZA LLENA DE CORRIENTES DE AIRE, DE VEZ EN CUANDO SIENTO COMO SI ALGO TIRASE DE MÍ. IMAGINO QUE HAY UNA LARGA CUERDA QUE NOS MANTIENE UNIDOS, QUE SE ESTIRA Y SE DESHILACHA CON EL PASO DE

LOS AÑOS. SUPONGO QUE TENGO MIEDO DE QUE LA CUERDA ESTÉ A PUNTO DE ROMPERSE POR FIN.»